Vida admirable de la MADRE
MARIANA

La obra que vas a leer, está marcada, ante todo, por la genuina verdad. Se trata de la vida de un modelo de acabada santidad y heroísmo religioso en su amada criatura, la virgen religiosa Concepcionista Madre Mariana de Jesús Torres y Berriochoa, Abadesa y una de las fundadoras del Monasterio Real de la Limpia Concepción de Quito, Ecuador.

La historia y las profecías de María Santísima del Buen Suceso son inseparables de Mariana de Jesús Torres (1553-1635). Nuestra Señora le pidió a ella convertirse en víctima expiatoria por las herejías, las blasfemias y la impiedad que regirían a la Iglesia en el siglo 20.

Su fe extraordinaria y las revelaciones que ella recibió fueron escritas en 1790 por el Rev. Padre Pereira, un sacerdote franciscano que ella convirtió 150 años después de su muerte.

La devoción a María Santísima del Buen Suceso ha sido aprobada por los Obispos de Quito desde el año 1611.

2002571 N

©FUNDACIÓN
JESÚS DE LA MISERICORDIA
Av. Eloy Alfaro N29-150 y 9 de Octubre
Tel.: (593)(2) 2564 519 / 2528 611
Fax: (593)(2) 2561 445
P.O. Box 6252 C.C.I. Quito-Ecuador
Email: info@fundacionjesusdelamisericordia.com

LIBRERÍA FIAT VOLUNTAS TUA INC.
2336 SW 67th Ave. Miami, FL 33155 U.S.A.
Tel.: (786) 388-3128 Fax: (786) 388-9698
E-mail: fiatvtua@bellsouth.net

Vida admirable de la MADRE MARIANA Tomo I

P. Manuel Sousa Pereira

Vida admirable de la
MADRE MARIANA
de Jesús Torres y Berriochoa

P. Manuel Sousa Pereira

Tomo I

Vida admirable de la

MADRE MARIANA

de Jesús Torres y Berriochoa

Tomo I

P. Manuel Sousa Pereira

Edición autorizada a:

FUNDACIÓN
JESÚS DE LA MISERICORDIA
Av. Eloy Alfaro N29-150 y 9 de Octubre
Tel.: (593)(2) 2564 519 / 2526 611
Fax: (593)(2) 2561 445
P.O. Box 6252 C.C.I. Quito-Ecuador
Email: info@fundacionjesusdelamisericordia.com

FVT
LIBRERÍA FIAT VOLUNTAS TUA INC.
2336 SW 67th Ave. Miami, FL 33155 U.S.A.
Tel.: (786) 388-3128 Fax: (786) 388-9698
E-mail: fiatvtua@bellsouth.net

Introducción

Antes de iniciar la traducción de la "Vida Admirable" de la Madre Marianita, me ha parecido conveniente entregar a los lectores los datos más importantes relativos a la Fundación del Monasterio de la Inmaculada Concepción en la ciudad de Quito.

Presento estos datos sin ningún comentario pues ellos podrán servir como base de veracidad e historicidad de la vida de la Sierva de Dios.

Fundación del Monasterio

"...La Real Audiencia (de Quito) se empeñó en llevar a definitiva realidad la fundación, como se efectuó solemnemente el 13 de enero de 1577, recibiendo ese día el velo de Religiosas las nueve Monjas primeras que fundaron el Monasterio".

"Fue la Fundadora del Monasterio y su primera Abadesa, doña María de Taboada, sobrina del Bachiller Don Garcí Díaz Arias, primer Obispo de Quito, de noble familia gallega y que se llamó en el claustro, Sor María de Jesús. Las otras Fundadoras fueron: doña Catalina Rodríguez, doña Francisca Jaramillo, doña María de la Torre, doña Aldonza de Castañeda, doña Lucía Jaramillo y doña María Rodríguez, que profesaron en manos del Padre Juan Izquierdo, Vice-comisario General de la

Providencia de Quito, el 25 de enero de 1577, y doña Juana de Castañeda, doña Magdalena de Valenzuela, doña Juliana de Arce, **doña Mariana Torres** y doña Leonor de Tamayo, que como no tenían edad, fueron profesando a medida que iban cumpliendo lo requerido...

Ya para 1583 la Comunidad había crecido, aumentándose el número de Religiosas tanto que, entre Monjas, Novicias y la servidumbre, subían casi a cien personas las que habitaban en sus claustros".

Hasta aquí la cita de José Gabriel Navarro en su libro "Contribuciones a la Historia del arte en el Ecuador", volumen III, pág. 122.

En 1977 el Padre José María Vargas O.P., conocido historiador y escritor sobre el arte religioso, en su libro "Historia del Ecuador siglo XVI", después de narrar las solicitudes al Rey de España y todas las intervenciones de Instituciones y Personajes que se interesaron en el asunto, nos relata la Fundación del Monasterio de la Limpia e Inmaculada Concepción en los siguientes términos:

"Entre tanto se había dispuesto ya el edificio del Monasterio con sus dependencias y superada la competencia entre el Ordinario y los Franciscanos, la Audiencia dictó el auto de fundación el 13 de enero de 1577, poniendo el Monasterio bajo el patrocinio del Rey. En carta escrita el 15 de enero informaba la Audiencia a Felipe II: «Dos días ha entraron al Monasterio trece, once doncellas y dos viudas, mujeres principales y todas hijas de buenos, con mucho contento de esta tierra por ver comenzado un remedio de doncellas pobres y puerta abierta para que en esta casa se alabe y sirva a Dios»" (Cita tomada de A.G.I., 76-6-1, V.G., 4° serie, vol. I),

El Padre Vargas continúa diciéndonos: "El grupo de estas trece Fundadoras lo componían doña María de Taboada que tomó el nombre de María de Jesús, Catalina Rodríguez, Catalina de la Concepción, Francisca Jaramillo, Francisca de los Angeles, María de Torres, María de San Juan, Aldonsa de Castañeda, Ana de la Cruz, Lucía Jaramillo, Lucía de la Concepción, María Rodríguez y María de la Encarnación. La Fundadora doña María de Taboada fue sobrina del Obispo Díaz Arias...".

"Estas Religiosas profesaron el 25 de enero de 1577, en manos del Padre Juan Izquierdo Vice-comisario General de la Provincia franciscana de Quito. El Monasterio se convirtió en el Centro de numerosas y selectas vocaciones, del cual se desplazó el personal para las fundaciones de Loja, Cuenca, Riobamba y Pasto... Este mismo día entraron al Monasterio Juana de Castañeda, Magdalena de Valenzuela, Juliana de Arce, **Mariana de Torres** y Leonor Tamayo. El hábito que adoptaron constaba de túnica y escapulario blancos, manto azul, un velo negro con tocado en la frente, sandalias y un relicario de la Inmaculada pendiente de un cordón azul. Para régimen del Monasterio aceptaron las Reglas y Constituciones que el Papa Julio II había aprobado en octubre de 1511 para las Conceptas de Toledo".

Finalmente presentamos la parte pertinente del Prólogo del libro "Soy la Virgen del Buen Suceso" escrito por Monseñor Dr. Luis E. Cadena y Almeida. Año 1966. Dice así:

"A modo de preámbulo canalizador de nuestra atención hacia este venero de espiritualidad... que ha sido... el Real Monasterio de la Limpia Concepción de la ciudad de Quito, me permito transcribir lo aseverado por uno de los más antiguos historiadores y testigos de primera mano, el Presbítero don Diego Rodríguez Docampo, encomendado por la Real Audiencia, en virtud de Cédula de su Majestad el Rey de España, para formular el relato verídico del acaecer eclesiástico en estos sus dominios".

En "Biblioteca de Autores Españoles", por don Marcos Jiménez de la Espada, tomo III, Madrid 1965, página 51, se lee lo siguiente:

Convento de Monjas de la Concepción de Nuestra Señora la Real.

"El Convento monacal de la Concepción de Nuestra Señora se fundó en esta ciudad de Quito el día 13 de enero de 1577".

"En los principios de su fundación, estando las nueve Religiosas Fundadoras rezando en el Coro... (continúa la narración de la aparición de la Santísima Virgen). Sacóse información muy bastante de esta maravilla y de las que obró Dios Nuestro Señor por intercesión de su Madre Santísima, en dar salud a los que estaban en aquel tiempo enfermos y en particular a una mujer tullida que vino la noche del suceso a pedir sanidad, y habiendo quedado con entera salud, tomó el hábito en el dicho Convento donde murió.

Ha habido Monjas de singular virtud y religión, como lo fueron doña María de Jesús Taboada, primera Fundadora Abadesa, y otras que imitaron su virtud.

Y la que más resplandeció en bondad y obediencia, penitencia y don de oración, sentimiento y devoción de Nuestro Señor Jesucristo y el amor y reverencia que siempre tuvo al Nombre de Jesús, y su nacimiento, **fue Mariana de Jesús,** una de las primeras que **desde niña** tomó el hábito; vivió y murió con grande ejemplo, así en lo espiritual y temporal como en su gobierno, siendo Abadesa diversas veces, cuyas súplicas y oraciones fueron aceptadas a la Divina Majestad, que se conseguían de su Misericordia lo que pedían.

Su muerte fue en tanta paz y santidad como en la que vivió; sus Confesores declararon en los sermones que se hicieron en su entierro y honras y cabo de año, como fue muy celosa en el divino servicio y que mereció grandes revelaciones de su Divina Majestad y de su Santa Madre, y el Niño Jesús se le venía a los brazos, y que tuvo don

de profecía. Está recibida en esta opinión y en la del Obispo Monseñor D. Fray Pedro de Oviedo, que la trató y confesó y supo los pronósticos proféticos que tuvo, de que sea Dios loado y bendito, que hace Santos y da su divino Espíritu a quien es servido. Nos dicen otras cosas particulares de revelaciones y favores que tuvo, hasta que con verificación se ajusten y hecha, se dirá por extenso en la historia que me está cometida por esta Real Audiencia, en virtud de Cédula de S. M".

Hasta aquí la cita pertinente.

Transcribimos también, parte de la HOMILIA pronunciada por el Cardenal Antonio J. González Zumárraga, Arzobispo emérito de Quito, en la fiesta de Nuestra Señora del Buen Suceso, en el Monasterio de la Concepción de Quito, el 2 de febrero del 2006.

"En esta Iglesia del Monasterio de la Purísima Concepción de la Santísima Virgen María... se celebra, el 2 de febrero de cada año... una fiesta particular de este Monasterio, la de la Santísima Virgen del Buen Suceso, en recuerdo de que el 2 de febrero del año 1594 se apareció por vez primera... a la segunda Abadesa de este Monasterio, la Madre Mariana de Jesús Torres y Berriochoa, cuya causa de beatificación y canonización está ya introducida en la Congregación para las causas de los Santos, en Roma".

"Me parece oportuno y conveniente que en esta fiesta de Nuestra Señora del Buen Suceso conozcamos la personalidad y las virtudes de esta sierva de Dios Mariana de Jesús Torres y Berriochoa, que fue la vidente de Nuestra Señora del Buen Suceso".

"La personalidad de la sierva de Dios MARIANA DE JESUS TORRES Y BERRIOCHOA*".*

"Su nombre de pila fue MARIANA FRANCISCA TORRES Y BERRIOCHOA.

Nació en un pueblo de la Provincia de Vizcaya, España, en el año de 1563. Sus padres fueron don Diego Torres Cádiz y doña María Berriochoa Alvaro. Mariana Francisca fue la mayor de tres hijos. Recibió la Primera Comunión a los nueve años de edad. La familia

Torres y Berriochoa tuvo que trasladarse a vivir en Santiago de Compostela de Galicia a causa de un incendio que destruyó su casa solariega de Vizcaya. Ante una petición de las matronas de Quito, del primer Obispo de San Francisco de Quito, Ilustrísimo Garcí Díaz Arias y del Cabildo de la ciudad, el Rey Felipe II autoriza la fundación del Monasterio de la Limpia Concepción de Quito en 1556. El rey escoge en la provincia de Galicia a cinco Monjas franciscanas de las fundadas por Doña Beatriz de Silva en 1540. Este grupo de cinco Monjas Fundadoras vino presidido por la Madre María de Jesús Taboada, vino también su sobrina, la niña Mariana Francisca Torres y Berriochoa. El Monasterio de la Limpia Concepción de Quito se inauguró oficialmente el 13 de enero de 1577. El 8 de diciembre de ese mismo año de 1577, cuando Mariana Francisca tenía aproximadamente 15 años de edad, viste el hábito de Concepcionista e inicia su formación religiosa. En 1578 emite sus votos simples y cambia su nombre de Mariana Francisca por el de Mariana de Jesús. El 21 de septiembre de 1579, a los dieciséis años de edad, se consagra plenamente a Dios y a la Iglesia con su Profesión Religiosa Solemne".

Hasta aquí la transcripción del inicio de la Homilía de Monseñor Antonio González Zumárraga.

Lista de las Abadesas que han gobernado este Monasterio Real de la Inmaculada Concepción de Quito desde su fundación

1a. La Reverenda Madre María de Jesús Taboada gobernó nueve años (Española).

2a. La Reverenda Madre Ana de la Concepción gobernó tres años (Española).

3a. Reverenda Madre Magdalena de San Juan Araujo gobernó seis años.

4a. Reverenda Madre Magdalena de Jesús Valenzuela gobernó nueve años.

***5a. Reverenda Madre Mariana de Jesús Torres gobernó diez y ocho años** (Española).*

6a. Reverenda Madre Lucía de la Cruz Jaramillo gobernó tres años (Española).

7a. Reverenda Madre María de San Rafael gobernó tres años (Española).

8a. Reverenda Madre Ynes de la Trinidad Zorrillo gobernó nueve años.

9a. Reverenda Madre Mariana de Santo Domingo gobernó nueve años.

10a. Reverenda Madre Magdalena de Santa Marta gobernó tres años.

11a. Reverenda Madre Mariana de los Reyes gobernó tres años.

12a. Reverenda Madre María de San Rafael gobernó tres años.

13a. Reverenda Madre Gertrudis de San Ambrosio gobernó tres años.

14a. Reverenda Madre Ana de San Nicolás gobernó nueve años.

15a. Reverenda Madre Ysabel de la Asunción gobernó seis años.

16a. Reverenda Madre Ana de Sta Juana gobernó tres años.

17a. Reverenda Madre Juana de San Gabriel gobernó tres años.

18a. Reverenda Madre Leonor de la Asunción gobernó tres años.

19a. Reverenda Madre María de los Serafines Zuléta gobernó nueve años.

Prólogo

La vida de los Santos, amable lector, es un compendio admirable de las maravillas de Dios en el orden sobrenatural. Es un acto visible de Amor que El tiene para los mortales, proponiéndonos su imitación. Pues en estas criaturas, semejantes a nosotros, Dios derrama con profusión sus Gracias divinas. Esto sucede con cualquiera de sus almas que voluntariamente se entregan a El, sin reserva, correspondiendo fielmente a sus santas inspiraciones, tornándose así en héroe o heroínas de su Santo Amor. Fue lo que aconteció a la Reverenda Madre Mariana de Jesús Torres.

Importa recalcar esta verdad, sobre todo en estos tiempos, en que se va perdiendo o apagando la preciosa Luz de la Fe. Los Santos escasean, faltan las almas con espíritu de abnegación y sacrificio -base fundamental de la verdadera santidad-, al lado de una sólida humildad.

Leemos, tanto en la Historia Eclesiástica, como en la Profana, que en aquellos tiempos áureos, a los primeros cristianos les animaba ese valor, esa fortaleza a toda prueba, para soportar toda clase de austeridades voluntarias, y enfrentar los más crueles martirios, por confesar en público y en privado el Nombre de Nuestro Señor Jesucristo y por vivir como buenos cristianos, porque su amor era ardiente y generoso.

En nuestro tiempo, en cambio, ¡cuánta cobardía!, ¡cuánta insensibilidad!, ¡cuánta flojedad! ¿Y por qué? Porque nos falta el conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Para amar a una persona se necesita conocerla, tratarla íntimamente, y, entonces, llenarnos de admiración

por las bellas cualidades que en ella encontramos.

En el día de hoy, hasta los Ministros del Altar y las personas religiosas se entregan a vanos conocimientos, prescindiendo del conocimiento de Dios. Es porque no lo conocen, o no lo aman como pueden y deben amarlo.

El fuego de la divina caridad se está extinguiendo como un vano calor de humanos conocimientos que nada valen en presencia de la Santísima Trinidad. Dios sólo considera la sólida virtud de las obras que reflejan la Fe que profesamos.

Pero, en medio de nuestra casi insensible tibieza, la Providencia Divina, coloca al alcance de nosotros un modelo de acabada santidad y heroísmo religioso en su amada criatura, la virgen Religiosa Concepcionista Madre Mariana de Jesús Torres, española de nacimiento, Abadesa y una de las Fundadoras de este "Monasterio Real de la Limpia Concepción de Quito", cuya vida vas a leer.

Para escribir esta vida necesitaría poseer gran elocuencia. Pero la convicción de que el diamante nunca necesita de brillo para ser considerado y estimado, o como las grandes pinturas que no se valorizan por la superposición de colores sino por la perfección de las figuras y siendo las virtudes aquí narradas de mayor precio que el diamante y las pinturas, no necesitan de adorno. Y habiendo Dios Nuestro Señor formado en el alma grande de Madre Mariana de Jesús Torres una imagen tan perfecta de santidad religiosa, no es pues necesario, para consideración la finura de la pluma con la que se escribe ni los coloridos de la elocuencia.

La vida, pues, que vas a leer, está marcada, ante todo, por la genuina verdad.

Quiera el Espíritu Santo enviar uno de sus luminosos rayos al fondo de tu alma para tu provecho espiritual, a fin de que consigas imitar, aunque no en todo, al menos en parte, a esta virgen fuerte de nuestro tiempo, que permaneciendo oculta dentro de los silenciosos muros de su claustro religioso, ha sido ignorado su nombre por más

de trescientos años.

Como el sol, que las nubes intentan inútilmente ocultar, sus resplandores pasan a través de ellas, del mismo modo el tiempo no ha sido suficiente para hacerla palidecer. No consiguió, tampoco, que su humildad, el silencio y el recogimiento con los cuales Madre Mariana de Jesús Torres procuraba ocultar las ilustraciones divinas para que no se manifiesten –excepto en algunos casos–, las luces de su alma y los resplandores de su espíritu, bien como los ejemplos de sólidas virtudes que dejó a su posteridad a fin de que, sus queridas hijas, las Religiosas de la Limpia Concepción, las imitasen, amando la Cruz, tal como el Divino Esposo la envía durante la vida mortal llevando hasta el último aliento para descansar de todo trabajo en la Patria feliz del Cielo, bajo el azulado manto de María Inmaculada en compañía de sus Santas Fundadoras.

Y tú, piadoso lector, que leerás la vida admirable de esta virgen Religiosa Concepcionista franciscana, eleva tu corazón a Dios, autor de todo don perfecto y agradece sus bondades, pidiendo al mismo tiempo, por intercesión de esta feliz Religiosa, tu perseverancia final y salvación eterna, único negocio de gran importancia para el cual debes trabajar con esmero todos los días de tu vida mortal y no olvides, también, al Monasterio de Quito, en cuyo recinto reposan los restos de esta admirable virgen, favoreciendo en sus necesidades y procurando proveer a su existencia y conservación, ciertamente por este medio alcanzarás de Dios innumerables Gracias y favores.

Madre Mariana de Jesús Varela († 1934).

Aclaración:

El presente texto es copia fiel de las Crónicas del "Monasterio de la Limpia Concepción de la ciudad de Quito", tomada de un escrito anti-

guo y aprobada por el Excelentísimo señor D. Pedro de Oviedo, Director Espiritual de la Reverenda Madre Mariana de Jesús Torres.

Nota:

Se advierte que algunas palabras antiguas de la Crónica fueron cambiadas procurando conformarse al estilo moderno.

Aprobación:

El Excelentísimo señor Obispo D. Pedro de Oviedo aprobó la vida de la Reverenda Madre Mariana de Jesús Torres, escrita por los Reverendos Padres Menores. Aprobó, también, y propagó el culto al "Niño del cerro Pichincha" y pronunció la oración fúnebre en las exequias de Madre Mariana de Jesús Torres.

Protesto del Autor:

Cumpliendo con lo dispuesto por Su Santidad Clemente VIII, declaro que las revelaciones y otros hechos sobrenaturales contenidos en este libro sobre la vida de la Reverenda Madre Mariana de Jesús Torres, al respecto de las cuales nada ha resuelto la Santa Iglesia Católica, no merecen otro crédito que el basado en lo humano.

La Crónica del Monasterio fue encontrada el día 8 de enero de 1922.

El Reverendo Padre Antonio Jurado, Provincial de los Menores y Prelado del "Monasterio Real de la Limpia Concepción", ilustrísimo teólogo, declaró bajo juramento que Madre Mariana de Jesús fue Santa y poseyó un espíritu extraordinario.

I

La Reverenda Madre Mariana de Jesús fue una de las columnas firmísimas de este "Monasterio Real de la Inmaculada Concepción" de Quito, hija primogénita de la Reina del Cielo, Nuestra Madre Santísima del Buen Suceso, que le confió secretos inefables revelándole las Misericordias de su Amoroso Corazón para con este Monasterio, dejándonos el precioso tesoro de la Sagrada Imagen de Nuestra Madre y Priora, como se verá más adelante, siendo la Reverenda Madre Mariana de Jesús la humilde violeta que ocultó el delicado aroma en el propio pecho de María Santísima, suplicándole no se dé a conocer su nombre ni en su Comunidad. Así hubiera sido hasta el final de los tiempos, si la Santísima Virgen no le hubiese comunicado que después de tres siglos de misterioso silencio, llegado el siglo XX, se conocería la verdad de las apariciones y entonces se sabría su nombre.

En efecto: habiendo llegado el tiempo feliz para que se publicasen las caricias inefables de María Santísima para con su hija predilecta, escribimos estas líneas para Gloria de Dios Nuestro Señor, culto de Nuestra Madre Priora y abogada, la Santísima Virgen del Buen Suceso y honra de nuestra ilustre y angelical Hermana la Reverenda Madre Mariana de Jesús Torres, para provecho, edificación y amor de nuestra Sucesora.

Patria, país de nacimiento de la Reverenda Madre Mariana de Jesús

La Reverenda Madre Mariana de Jesús Torres, española, nació en la provincia de Vizcaya en el año del Señor 1563; fue bautizada en una de las iglesias de su Parroquia, la cual se incendió siete años después. Fue hija legítima del Señor Diego de Torres y de Doña María Berriochoa Alvaro, quienes en el Bautismo de su primogénita, le pusieron el nombre de Mariana Francisca.

La niña fue el encanto de sus padres por la rara hermosura con que el Cielo le había dotado, por la inteligencia relevante, docilidad, dulzura de carácter, y sobre todo por la inclinación a la virtud, pues desde su infancia huía de los juegos infantiles con los niños de su edad, retirándose ocultamente a la Iglesia, donde su virtuosa madre la encontraba postrada a los pies del Tabernáculo.

¡Oh! El Prisionero del Sagrario había herido el tierno corazón de su futura Esposa, que sin saberlo, preparaba una hoguera de Amor divino, para ser la víctima de sus purísimos incendios.

Por eso, lo que más llamó la atención de los padres fue el fervor de la niña a los siete años de edad, cuando ocurrió el incendio de la Iglesia en la que fue bautizada. He aquí el hecho:

Por irreflexión del sacristán, estando el Sacerdote ausente, partió él también a su granja, dejando mucho aceite en la lamparita del Santísimo. Dicen que hubo un leve temblor de tierra y como se rompieron las cuerdas o correas que sostenían la lamparita, se originó el incendio. Salían llamas de la Iglesia y necesitaban socorro; acudieron los familiares del sacristán y los vecinos para ver qué pasaba y cerciorarse del incendio; emplearon, en vano, todos los medios posibles para apagarlo.

Un Sacerdote, tío de la niña, hermano de su madre, llamado Jaime de Berriochoa, que se encontraba, entonces, de visita en casa del Señor Diego de Torres, padre de la niña, salió a ver tanto alboroto y viendo el incendio fatal penetró intrépido en la Iglesia en medio de las llamas diciendo: "Señor Jesús Sacramentado, no puedo consentir que el fuego material te consuma, te consumirá sí, el fuego de mi amor sacerdotal", y recogiendo el Ciborio y la Hostia utilizada para la Exposición, dice:

"¡Moriremos juntos aquí!". Mas el fuego respetó al Ministro del Señor y salió ileso llevando consigo el Santísimo Sacramento. A sus espaldas caían el Altar y la Iglesia.

La familia Torres, sin darse cuenta, había seguido al Sacerdote que se había librado de las llamas y, con lágrimas, le acompañaron a una parroquia vecina donde depositaron las Especies Sacramentales. La niña Mariana había acompañado a su Divino Amante gimiendo como desolada e inocente palomita por la ausencia de su Unico Amor al que lo dejaba prisionero en el Sagrario y sentía destrozado su corazón.

"Dios nos dio, Dios nos quitó.
Bendito sea su Santo Nombre"

Como la casa de los Torres estaba contigua a la Iglesia también fue afectada por el incendio. Los viñedos fueron destruidos y el edificio arruinado en parte. De esto se dieron cuenta los devotos y fervorosos propietarios. Cuando regresaron, como el Santo Job, postrados

en tierra con sus tres hijos -la niña Mariana Francisca, Diego y Santiago, niño de tres años-, dieron gracias al Señor el haber perdido sus haberes al tratar de salvar las Especies Sacramentales, diciendo: "Dios nos dio, Dios nos quitó. Bendito sea su Santo Nombre".

La niña Mariana sufrió mucho viendo padecer a sus virtuosos padres y por la pobreza en que quedaron. Pero el dolor mayor que experimentó fue la ausencia de su Amado Jesús Sacramentado, puesto que cuando lo tenía como vecino le era fácil hacer sus piadosas fugas para ir a adorarlo en el Sagrario; y, ahora que la distancia no lo permite, se siente en soledad y abandonada de su Amante, que comienza a ejercitar a su amada en crueles ausencias y desolaciones, las que en el transcurso de la vida, esta alma creada por Dios, deberá sufrir a fin de ser la heroína del doloroso martirio de amor.

II

La niña Mariana, cual girasol, abría sus delicados pétalos a los refulgentes rayos de Jesús Sacramentado y no pudiendo permanecer día y noche a los pies del Tabernáculo, para poder adorarlo con frecuencia, enflaqueció y como que agonizaba anhelando la unión eucarística.

¡Oh! Los gemidos y súplicas de la niña, como centellas de luces iluminaban la lamparita del Sagrario, y los sacrificios de este amante corazón herían el Corazón Santísimo de Jesús. No pudiendo este Divino Amante resistir los clamores de esta virgen enamorada, dispuso las cosas de tal modo que la niña pudiese gozar de su Amado en el Santísimo Sacramento.

Mariana oye por primera vez la Voz de Jesús Sacramentado

El hecho fue que, por razones de familia, los padres de la niña se vieron obligados a salir de Vizcaya, trasladándose con sus tres hijos a

Santiago de Galicia. Una vez establecidos allí, fue fácil a la niña Mariana ir tras de Jesús Sacramentado.

En algunas ocasiones en que estaba postrada a los pies del Sagrario, su corazón se inflamaba tanto en deseos amorosos de unirse a Jesús en la Santa Comunión, que, con voz delirante exclamó: "¡Oh, mi Amor! ¿Cuándo será el día en que me uniré contigo en la Santa Comunión?". En el mismo instante oyó una Voz que saliendo del Sagrario le dice: "El día que tú quieras, querida hija, porque tu corazón está preparado".

Esta fue la primera vez que escuchó con sus sentidos el dulcísimo acento de Jesús Sacramentado.

¡Oh, cómo la niña quedó inundada en un mar de delicias oyendo la Voz de su Amado, y, como melodiosa cítara, entonaba dulces cantares de Eucaristía! Del mismo modo que la esposa del Cantar de los Cantares, preguntaría en dulces gemidos a sus sentidos y potencias, si vieron a su Amado que le había llamado por las celosías del Tabernáculo. Y viendo a su único Amor solitario y oculto, el corazón de esta tierna niña destilaba dolor y amargura.

Removidos los obstáculos, Mariana recibe la Primera Comunión

Así su vida estaba saturada, desde la infancia, con la mirra del sufrimiento.

Un día se postró a los pies de un Sacerdote, Fraile Menor, abriendo su alma cándida.

Comprendiendo el santo Ministro de Dios que la niña debía recibir la Sagrada Comunión, le ordenó prepararse para ese gran día.

Mariana, llena de júbilo, fue a comunicar a su madre tan feliz noticia, pero la ilustre matrona le dijo que era muy tierna para poder Comulgar.

Es de notar, que en aquellos tiempos los niños hacían la Primera Comunión de doce a catorce años, y ella sólo tenía nueve. Ante esta negativa fue a comunicar al Confesor su tormento. El devoto y virtuoso Sacerdote la consoló diciéndole que luego recibiría la Sagrada Comunión, y que él mismo empezaba a prepararla, perfumando el huerto de su corazón con fragantes azucenas, las que el propio Jesucristo cultivaba en esta virgen inocente.

Llegó, por fin, el 8 de diciembre de 1572 y la niña Mariana recibió por primera vez la Sagrada Comunión.

Primera visión de Nuestra Señora: Mariana es destinada para la Orden de Concepcionistas

Fue tal el torrente de Amor Divino en su corazón, en el primer abrazo que dio a Jesús, que no pudiendo resistirlo, cayó en éxtasis inefable. En éste vio a nuestra Inmaculada Madre que la alegraba con su presencia y le explicaba la grandeza del Voto de Virginidad, manifestándole cómo la propia Reina del Cielo lo había hecho en el Templo de Jerusalén, a los tres años de edad.

Ella le enseñó en qué consistía tal Voto, ordenándole que lo hiciese luego, pues le había destinado para Religiosa de su Inmaculada Concepción. Allí en su Orden daría mucha Gloria a Dios, comprometiéndola desde ese momento a cultivar el Inefable Misterio de su Inmaculada Concepción.

De inmediato vio en el Sagrario a las Tres Personas de la Santísima Trinidad y que, la Segunda –o sea el Verbo Divino–, en su Humanidad Santísima, tomando la figura de un Niño, quería desposarse con ella.

Vio aparecer, también, a San José, Esposo Virginal de María Santísima, y que, María y José Santísimos servirían de padrinos en esta ocasión, para el celestial desposorio.

Ella pronunció el solemne Voto de Castidad según la fórmula enseñada por Nuestra Señora. Cuando concluyó, el Padre Eterno bendijo la unión de su Hijo Unigénito, hecho Niño, con la niña Mariana de Jesús.

Mariana lleva un vida más angelical que humana

Este fue el primer éxtasis que ella tuvo, pues, esta seráfica virgen gozó en su Primera Comunión de las delicias del Esposo Amado que la hizo entrar en el camino del sacrificio y del amor, haciendo notar que a partir de ese momento no existe y no vive sino para amar a Jesús Sacramentado, respirando incendios divinos. Salió, pues, del éxtasis y comenzó una vida más angelical que humana porque no perdió la inocencia bautismal; su Confesor la guiaba con destreza haciéndole observar en la casa las austeridades de la vida monástica, permitiéndole recibir dos veces por semana la Sagrada Comunión.

En cierta ocasión fue sorprendida por su madre en el momento en que su Director le llevaba la Comunión. La virtuosa matrona en un arranque de celo, temiendo que la niña se aproximase al Banquete Celestial sin la debida preparación, la reprendió, pero el Confesor se

lo impidió y llamándola aparte le comunicó el precioso tesoro de Gracias y virtudes con que Dios, pródigo en sus Misericordias, había adornado a esa niña angelical.

La Comunión frecuente, oración, contemplación y mortificación

De esta manera, Doña María transformó su desagrado, en admiración y acción de gracias a Dios Nuestro Señor, por la rica joya que en su hija le confiaba.

Desde entonces le dio facilidades para que comulgara frecuentemente y ejercitara todas las virtudes.

Los padres fueron de esta manera los ayudantes y custodios de esta virgen inocente que caminaba en el camino de la perfección recogida en su oratorio. Ella se dedicó al ejercicio de la oración, la contemplación, mortificación interior y exterior, y demás virtudes religiosas, transformando su casa en un Monasterio y sirviendo a sus padres y hermanos.

En las faenas domésticas imitaba a Marta que preparaba los alimentos para Jesús. Y como María, permanecía a sus sacratísimas plantas presentando al Divino Amante el delicado perfume de su amor, siendo su corazón inocente un alabastro de pureza y sacrificio.

Esta niña sólo conoció el pecado para evitarlo y llorar las ofensas de los pecadores, pues, desde la infancia practicó una vida inocente y de penitencia. Parece que las lágrimas de esta futura Esposa de Cristo apresuraron el momento para que se fundase en la ciudad de Quito la Orden de Religiosas Concepcionistas. Esto porque desde el momento en que la Santísima Virgen le comunicó que debía ser Religiosa de su Inmaculada Concepción, su alma se inflamó en

ardiente deseo de cumplir la orden; mas, no sabiendo dónde, ni cuándo, dejándose llevar por el ímpetu de sus fervores no omitía sacrificio ni oración alguna hasta haber satisfecho sus anhelos. Dios, Nuestro Señor, atendiendo los gemidos de su tierna paloma ya había preparado el suelo ecuatoriano para lecho de sus Amores.

III

Transcurría el año del Señor de 1556, las matronas de Quito, sabiendo que en España había una Orden de Religiosas de la Inmaculada Concepción de María Santísima, llevadas por el amor que tenían a María Inmaculada, estaban deseosas de que en esta ciudad se formase un Monasterio de Religiosas que dé mucha Gloria a Dios Nuestro Señor e hiciese inmensos bienes al pueblo. Reuniéronse las principales de Quito y en unión con el Cabildo y demás habitantes de la ciudad, pidieron, con humildes súplicas, al Rey de España la fundación del primer Monasterio de la Inmaculada Concepción, en esta Colonia.

El Rey de España envía para Quito las primeras Concepcionistas

Habiendo obtenido esta gracia el propio Rey mandó de España el grupo de Fundadoras colocando a la cabeza de ellas a la Reverenda Madre Doña María de Jesús Taboada descendiente de una Casa noble de Galicia. Esta ilustre y cándida virgen era tía de la niña Mariana que,

entre otras Fundadoras, trajo también a su sobrina.

Víctima de los incendios de amor a María Santísima en el Misterio de su Inmaculada Concepción, esta inocente criatura al saber que se iría a fundar en la Colonia, el Monasterio de su Orden, comprendió ser esa la Voz de su Amado que la llamaba diciendo: "Deja tu Patria, la casa de tus padres, que el Rey de los Cielos está enamorado de tu belleza".

¡Oh, cuán dulce fue esa Voz a los oídos de Mariana!; sonó en su alma el momento de su heroico sacrificio. Inmediatamente comunicó a sus padres el llamado divino, el cual les debía separar para siempre.

Nueva aparición del Divino Niño Jesús

Pocos días antes de despedirse de sus buenos padres, al recibir la Santa Comunión, vio en su alma al Divino Jesús en su edad perfecta que le decía: "Esposa mía, ya es tiempo de dar un adiós eterno a tu patria, a la casa paterna, y que Yo, anhelando tu hermosura, te lleve a la mía, donde dentro de fuertes murallas vivirás lejos de la carne y sangre, oculta y olvidada de toda criatura humana, siendo tu herencia y patrimonio, a mi semejanza, la Cruz, los padecimientos. Fuerza y valor no te faltarán; sólo quiero tu voluntad siempre pronta para hacer la mía".

Mariana aceptó de Jesucristo todo cuanto le daba y, a su semejanza, se ofreció en holocausto.

Llegó el día de la despedida que fue tierna para todos los que la presenciaron; dura y amarga para sus padres y parientes, y amarga también para la cándida niña, pues su corazón inocente no tenía otro amor sobre la tierra que el de sus padres y parientes; mas también dulce y satisfecha porque daba a Dios pruebas fehacientes de su amor. Al mismo tiempo Dios la consolaba con los inefables consuelos que sabe dar en las horas de sacrificio.

Ella fue entregada a su tía Madre María de Jesús Taboada, quien ofreció toda su vida para hacer las veces de madre, y entre sollozos y abrazos, esa tierna planta que en América debería ser un árbol frondoso, cuyas ramas darían sombra a muchas almas, dejó el mundo español.

¡Oh Señor, qué incomprensible eres para los mortales y cuán admirable para vuestros escogidos! ¡Qué lucha para la niña! Sus padres querían que fuese Religiosa carmelita en España.

Ella respondía: "Soy llamada para la Orden de la Inmaculada Concepción". "Mas, por ventura, ¿no puedes ser Concepcionista en España? ¿Por qué Mariana debe terminar con la existencia de sus padres?".

¡Oh! El holocausto debía ser perfecto. La niña decía: "Quiero atravesar los mares e ir a tierras lejanas, lejos de la carne y de la sangre y consagrarme al Amor de mi Jesús".

¡Oh, qué espada de dolor para el Señor Diego y Doña María, tener que sacrificar a su tierna hija! Esto que humanamente parece crueldad, fue Providencia Divina para la ciudad de Quito; traer esa planta al suelo ecuatoriano, esa azucena española que con su exquisita fragancia recreó al propio Dios perfumando el ambiente de los claustros concepcionistas y haciendo que brotaran flores delicadísimas y fru-

tos de heroica santidad a lo largo de los siglos.

Habiendo triunfado la niña en el amor y sacrificio, dejando a sus padres y hermanos, casi agonizantes, comenzó su viaje a Quito en un mar de tormentos. Sólo las almas que pasan por este sacrificio pueden comprender lo que el Amor divino hace en estos casos. Como puñal tirano divide los corazones de los padres y de la hija. Matando, deja a la víctima viva, para que así sufra el martirio del amor filial.

En cada latido del corazón de esta Esposa de Jesucristo, en cada momento de su existencia, ella renueva su sacrificio. Inmolándose a los pies del Tabernáculo da evidentes pruebas de su amor al Divino Esposo, consiguiendo para sus seres queridos innumerables Gracias y favores.

IV

Mariana partió de España en compañía de su tía Madre María de Jesús Taboada y de cuatro vírgenes, las que reverenciando las cinco llagas de nuestro Seráfico Padre San Francisco, quisieron fundar la Orden de la Inmaculada Concepción, bajo la protección del Seráfico de Asís, conforme prescribe la Regla.

Terrible tempestad, sobrevino en el mar

Tan pronto se embarcaron, sobrevino en el mar una terrible tempestad nunca vista. El navío ya naufragaba..., el cielo se oscureció de repente transformándose en una funesta noche. Los marineros asustados no sabían qué hacer y decían que la borrasca ya los tenía por perdidos y que iban a ser sepultados en ese vasto cementerio.

En medio de tanta amargura, Mariana -debilitada por el sufrimiento y confundida en el abismo de su humildad-, creyó ser ella la causa de esta terrible tempestad y dijo a su tía: "Tía, ¿seré yo la causa de esta borrasca y, como otro Jonás, deberé ser lanzada al mar para que

éste se calme?". "No, niña mía -le dice la tía-, para eso tenemos la oración que penetra el Corazón de Dios", y tomando a la niña en sus brazos la estrechó contra su corazón.

Aparición de la serpiente infernal: "No permitiré la Fundación"

¡Ah, qué tremendos dolores y amarguras fueron las primeras caricias de Jesucristo para su Esposa Mariana! Enseguida Madre María y la niña vieron en el mar una serpiente monstruosa de siete cabezas, que moviéndose de un lado a otro quería destrozar la nave. Ante esta horrible visión Mariana dio un grito y cayó como muerta.

La Madre María, asustada, temiendo a cada instante la muerte de su sobrina, dirigió a Dios esta humilde oración:

"Tú sabes, Dios mío, que no por mi voluntad hacemos esta Fundación, sino por obediencia al Rey, mi Señor. Si es tu Voluntad que en esta Colonia se funde la Orden de la Inmaculada Concepción, haz desaparecer esta tempestad, esta oscuridad y que se calme la tormenta".

¡Oh prodigio! Apenas Madre María terminó la oración, la niña abrió los ojos. En el mismo instante se abrió el día y se escuchó una voz terrible que decía: "No permitiré la Fundación, no permitiré que progrese, no permitiré que se conserve hasta el fin de los tiempos, y en todo momento la perseguiré".

Esta fue la voz de la serpiente en el momento que calmó la tempestad. La Santísima Virgen destrozó la cabeza de esta serpiente como más adelante se verá.

Mariana es arrebatada en admirable éxtasis: Visión de Nuestra Señora

Serenada la tormenta y abierto el día volvió Madre María a acoger en sus brazos a su sobrina y le dice: "¿Qué te aconteció, hija mía?". "Te diré a solas, tía", le respondió y cuando llegaron al primer descanso, se retiraron y tuvieron una conversación respecto de lo sucedido. La Madre comprendió que al caer como muerta, la niña había tenido algún éxtasis admirable y cuidadosamente le preguntó:

- "Hija mía, dime ¿qué te aconteció?".

- "No sé, tía. Estuve en otros mundos. Vi que alguna cosa, que no sé qué era, se retorcía".

- "¿Qué cosa se retorcía?". Preguntó la Madre.

- "Era una serpiente -respondió la niña-, más grande que el mar y una Señora de incomparable hermosura, vestida de sol, coronada de estrellas, con un Niño precioso en brazos. En el pecho de la Señora había un Ostensorio con el Santísimo Sacramento; tenía en una de sus manos una cruz grande de oro que terminaba en lanza.

Con ésta, Ella sujetó a la enorme serpiente que poseía una lengua de dos puntas. La Señora apoyando la cruz en el Santísimo Sacramento y en la mano del Niño, golpeó con tanta fuerza la cabeza de la serpiente que la despedazó. En ese momento, la serpiente dio esos gritos de que no permitiría la fundación de la Orden de la Inmaculada Concepción".

Madre María comprendió lo que esto significaba y en tiempo oportuno hizo grabar, según esta admirable visión, la Imagen de la Santísima Virgen que las Concepcionistas llevan en el pecho.

Mariana comunicó a su tía las innumerables dificultades que padecerían en el camino y que una vez fundado el Monasterio, en la ciudad de Quito, la Comunidad sería víctima del odio de la serpiente, de per-

secuciones e inmensas tribulaciones a lo largo de los siglos; eso Dios permitiría para la gloria de su Santísima Madre.

El don de profecía

Ella conocía muchas cosas que pasarían en la Comunidad; las Religiosas santas que florecerían en este Monasterio y las almas ingratas que, no correspondiendo a la Gracia de la vocación, serían infelices.

Madre María, asustada y afligida al escuchar esta narración, dice a su sobrina: "Hija mía, si tanto hay que padecer en esta Fundación y tan combatida será la Comunidad de Concepcionistas, no la hagamos, ni continuemos el viaje. Volvamos a España". "No tía -responde la valiente niña-. Es verdad que sufriremos mucho y que habrán almas ingratas, pero habrán también Religiosas santas que con su vida interior, sufrimientos y humillaciones, darán Gloria a Dios y a su Madre Inmaculada conservándose así el Monasterio a través de los tiempos".

- "Hija mía -respondió la Madre- ¿tú serás una de esas almas?".

La niña con candidez angélical y profunda humildad respondió:

- "Sí, tía, llegará un día en que la Reina de los Cielos se comunicará conmigo".

La Madre María admirada, mas sin manifestar dicha admiración, pregunta: "¿Y cuándo será ese día?". Respondió la niña: "Veréis los primeros favores que el Señor y Nuestra Madre Inmaculada harán conmigo, parece que ahora, Madre querida".

Y así se cumplió tal profecía, como más adelante se verá.

Crecieron los sufrimientos atroces cuando estaba aún en el mar. Dios

Nuestro Señor concedió a Mariana el don de Profecía. A los nueve años, sin saberlo, su alma fue adornada con el sublime grado de oración de quietud.

En esta conversación con su tía, cómo estarían suspensos los Angeles esperando el "FIAT" de Madre María para la Fundación del Monasterio, a fin de llevarlo contentos al Trono de la Augusta Majestad; y al mismo tiempo enfurecidos los demonios estaban haciendo guerra cruenta para impedir tanto bien.

Cuando la Madre María de Jesús convencida por las razones expuestas por su sobrina, resolvió proseguir el viaje para efectivizar en Quito la Fundación, sacrificóse como víctima en aras del Amor a su Divino Esposo Jesús y a su Madre Inmaculada. Entonces los Angeles coronarían a las dos triunfadoras y los Coros Celestiales cantarían un himno de amor a María Inmaculada; y al mismo tiempo los Protectores de las futuras Religiosas, que a lo largo de los siglos deberían santificar, prepararían en este momento coronas de flores inmortales para ceñir las frentes de las ilustres y heroicas vírgenes Concepcionistas.

Madre Mariana de Jesús es el escudo de fortaleza en el combate que libró Madre María, honra y gloria de la Orden de la Inmaculada Concepción, y firmísima columna que conserva el Monasterio, siendo de notarse que la Orden fue perseguida por la serpiente infernal desde la cuna de su Fundación; efectivamente, el demonio hizo naufragar en el mar las Bulas de Fundación para que éstas no llegasen a Toledo, mas, fueron salvadas por manos ajenas y entregadas a Santa Beatriz de Silva, Madre y Fundadora de la Orden de Concepcionistas.

V

Vencidas las dificultades del mar llegaron a tierra, y cuando esperaban algún descanso, comenzaron nuevos sufrimientos, pues -por instigación del demonio- no tuvieron los caballos necesarios para continuar el viaje. No es posible expresar lo que sufrieron esas vírgenes tiernas y delicadas, por caminos escabrosos.

El Divino Esposo, premiando sus trabajos, presentábales dolores y cruces a fin [de] construir desde los fundamentos el edificio famoso, espiritual y material, de la Orden de Concepcionistas.

La Fundación del Monasterio

Las Ilustres Fundadoras llegaron a Quito el día 30 de diciembre del año del Señor 1576. Fueron recibidas por la Real Audiencia, el Gobierno Eclesiástico y con grandes manifestaciones de júbilo.

Las nobles y piadosas matronas se esforzaban por reverenciar y amar a nuestras Fundadoras, a las que habían hospedado en las casas que

les habían sido reservadas en aquel Monasterio. Como las paredes de clausura aún no estaban concluidas, tuvieron que soportar muchas penurias. Por eso los Frailes Menores les fortalecían espiritualmente enseñándoles las virtudes religiosas y la seráfica pobreza.

Dispuestas las cosas se fijó el día para la Fundación.

El día 13 de enero de 1577 se fundó el Monasterio, entregándose al Reverendo Padre Antonio Jurado el gobierno espiritual y temporal de las Religiosas. No mencionamos aquí esa ceremonia porque está escrita en el Libro de la Fundación y en las Crónicas de la Orden. Sólo diremos, que en ese día profesaron las siete Religiosas Fundadoras, en manos del Reverendo Padre Vicario Provincial de la Orden Seráfica. Madre Mariana de Jesús no pudo profesar ese día por insuficiencia de edad pues sólo tenía trece años y algunos meses.

Manifestaciones de regocijo por la Fundación

La ciudad de Quito fue toda iluminada para la solemnísima fiesta.

Como en ese tiempo, en los grandes festejos el pueblo se regocijaba con corridas de toros, un rico hacendado facilitó un buen número de toros en señal de júbilo por la fundación del primer Monasterio en la Colonia.

Los habitantes de la ciudad saltaban de alegría reverenciando, amando y obsequiando a las Esposas de Jesucristo.

VI

Una vez fundado el Monasterio y hecha la Profesión de las Madres Fundadoras, las vírgenes de Quito, como diligentes abejas, volaron al jardín de las Concepcionistas para alimentarse con el sabroso néctar de las primeras flores religiosas.

Las mejores jóvenes, nobles y virtuosas, ingresaron al Monasterio y con el Noviciado comenzaron la Vida Claustral. Mariana, desde el momento que puso sus pasos en este bendito suelo, redobló su fervor y comenzó una vida angelical. Como era muy niña fue separada de las otras Novicias y durante un año y medio estuvo ayudando a su tía en las faenas domésticas y en la instalación de los locales de trabajo de la Comunidad. Así, tanto en lo material como en lo espiritual, ella fue la más hermosa columna del Monasterio.

La Reverenda Madre María de Jesús había afirmado o mejor perfeccionado a su sobrina en las virtudes religiosas en las que la joven era un modelo de la más perfecta Observancia, pues, parecía un Serafín que se alimentaba del Amor divino.

Como en los primeros días se hacían muchos gastos en las obras de la Iglesia, en el Monasterio faltaba dinero para la alimentación y el Divino Esposo las ejercitaba en la seráfica pobreza. Algunas veces el alimento era pobre y escaso, en tal situación Madre María sufría mucho por la delicadeza y tierna edad de su sobrina, de modo que

en cierta ocasión le dijo con mucha gracia: "Mi querida Madre no se preocupe de las jóvenes porque vivimos... preocúpese mejor de las mayores". Por esto se ve que ella era el consuelo de su tía.

Noviciado y Profesión de la Hermana Mariana de Jesús Torres

Cuando completó quince años entró al Noviciado comenzando su año de prueba bajo el gobierno de su tía y la Dirección de los Frailes Menores.

Su Director actuó con tanto acierto junto a esta cándida e inocente alma, que, viendo los progresos que hacía en la virtud, se consideraba indigno de dirigirla.

Sus compañeras de Noviciado admiraban su fervor y se guiaban por sus instrucciones, porque muchas veces la veían absorta en oración de quietud (contemplación).

En los Ejercicios Espirituales que hizo para la Profesión, Dios Nuestro Señor le comunicó grandes Gracias. Pasó ese día entero como muerta. Las Religiosas asustadas llamaron al médico, Señor Sancho, que al examinarla dijo admirado: "Puedo asegurar que esa enfermedad no es natural. Déjenla tranquila, pues juro que eso es algo sobrenatural y no tengo nada que hacer con ella".

Este día era la víspera de su Profesión por donde se ve que el médico comprendió que ella estaba recibiendo Gracias extraordinarias de Dios.

Cuando volvió en sí, Madre María le preguntó: "¿Qué te aconteció hija mía?".

"Madre mía", respondió: "Nuestro Señor me garantizó que me recibiría por su Esposa. Conocí las dificultades que pasará nuestra Orden a lo largo de los siglos.

Habrá en todos los tiempos almas ocultas y desconocidas, que con sus sacrificios y sufrimientos, sostendrán esta Comunidad; mas, también habrá Religiosas ingratas e hipócritas que serán infieles y saldrán del Monasterio. Nuestro Señor, de cincuenta en cincuenta años, diezmará a la Comunidad, arrancando la cizaña del hermoso trigal y al fin del siglo XIX una Religiosa sufrirá la enfermedad de elefancia (especie de lepra que hace la piel negra y arrugada como la del elefante) y volverá a comenzar la santificación en este Monasterio. Ella terminará sus días en un lugar destinado a los que padecen dicha enfermedad. Vi la gloria inmensa que tendrá en el Cielo.

En cuanto a sacrificios y sufrimientos nunca desaparecerán".

Cuando llegó el día deseado del desposorio, Madre Mariana de Jesús hizo su Profesión Religiosa en las manos de su Priora y tía la Reverenda Madre María de Jesús Taboada. El acto fue solemnísimo. Los Frailes Menores enseñaron las Ceremonias y práctica de la Profesión. La Reverenda Madre María dirigió a la Novicia un pequeño sermón –el mismo que permanece en una hoja en la Comunidad– y concluido éste, Mariana profesó.

Al terminar de pronunciar los Votos fue al Cielo, arrebata en éxtasis y vio que, en cuanto Madre María aceptaba su Profesión, el Padre Eterno repetía las mismas palabras de la tía: "Si guardares esto te prometo la Vida Eterna".

Vio a continuación la Persona del Verbo Divino, la Santísima Humanidad unida a la Divinidad y al Hombre-Dios como un joven bellísimo en su perfecta edad de treinta y tres años. Con inefable Majestad y dulzura se desposó con ella colocando en su dedo de la mano derecha un anillo hermosísimo con cuatro piedras preciosas. En cada piedra había escrito en latín y castellano, cada uno de los cuatro Votos: pobreza, castidad, obediencia y clausura. En medio del anillo, primorosamente esmaltado, había una estrella con el monograma de María.

En este inefable desposorio fueron padrinos la Santísima Virgen y su castísimo Esposo San José. En ese momento el Divino Esposo Jesús,

presentó su Cruz con todas las dificultades y penas que padeció en su vida mortal, a su Esposa Mariana.

"Mi Esposa, le dijo, quiero que sigas la vida de inmolación. Tu vida será un martirio continuo. Conocerás toda clase de tribulaciones, tentaciones y persecuciones que tendrás que padecer, preservándote solamente de las tentaciones y persecuciones que tendrás que padecer, preservándote solamente de las tentaciones contra la angelical pureza". Le dijo que sufriría persecuciones terribles de parte de las criaturas, como también de personas buenas y justas. Conoció las desolaciones espirituales, desamparos de Dios y ausencia de su Amado, en una palabra, conoció el martirio prolongado y cruel de su vida de amor crucificado. Con profunda humildad respondió a su Amado: "Acepto complacida y agradecida, como don precioso, los sufrimientos que me presentáis, te ofrezco imitar tu vida; mas, como soy miserable criatura, y a pesar de que mi voluntad esté pronta, temo que mi naturaleza desfallezca, por eso te ruego me asistas con tu Gracia".

El Divino Esposo prometió ayudarla y mostrar, veladamente, las Gracias que tenía preparadas para ella. Conoció veladamente la aparición de la Santísima Virgen del Buen Suceso, y, a medida que transcurrían los días, se aclaraba el significado de todo cuanto había visto en éxtasis.

La Santísima Virgen corta una de las venas del corazón

A continuación, la Santísima Virgen le dirigió palabras de dulzura maternal: "Hija mía, le dijo, tú eres mi predilecta y vivirás cubierta con mi manto; más aún, dentro de mi Corazón y para que nunca tengas afectos terrenos y sólo amor a mi Hijo Santísimo, cortaré esta vena de tu corazón". Y aproximando su mano al corazón de la nueva Esposa de Cristo, hizo un corte. Entonces Mariana sintió un dolor

muy agudo y terrible, el que permaneció hasta su muerte. Ella sintió que la vena cortada estaba retorcida en su pecho.

Después se apareció su padrino espiritual, el Glorioso San José, le colocó en el pecho una azucena diciéndole: que hacía esto para que nunca tuviese ni un pensamiento ni ningún movimiento contra la angelical virtud de la pureza.

La Madre Mariana nunca tuvo ningún afecto terreno. Su amor fue solamente para Dios y el prójimo.

Cuando volvió del éxtasis sintió que el Divino Esposo le tiraba del anillo y sintió un dolor tan vehemente que parecía que le arrancaba el dedo. Es de notar que, durante el tiempo que duró el éxtasis, su cuerpo permaneció flexible y podía moverse para hacer todas las ceremonias de la Profesión, su rostro estaba como una rosa, iluminado, algunas veces alegre, otras, derramando torrentes de lágrimas.

La Priora se volvió hacia ella diciéndole: "Ahora que profesaste, en mis manos vas a ejercitarte en el Voto de Obediencia. Nunca te mandé en nombre de Santa Obediencia, ahora sí lo hago ordenándote me cuentes todo lo acontecido hoy".

Respondió la recién profesa: "Oh, Madre mía, cuán dura es la persecución a los justos en los días próximos"; y comenzó a relatarle el admirable éxtasis que tuvo en el momento de la Profesión y lo que Dios le había comunicado.

¡Oh, incomprensibles secretos del Amor divino para con esta virgen cándida que acababa de celebrar sus desposorios con el Divino Amante!

¡Oh, con cuántos cúmulos de Gracias va preparando a su Esposa para la vida de inmolación y sacrificio!

La Profesión de esta heroica virgen concepcionista fue el día 4 de octubre de 1579, habiendo recibido el hábito el 8 de septiembre de 1577.

Por todo esto sea alabado y glorificado Dios en sus Santos.

VII

Después de la Profesión y de haber tomado el nombre de Mariana de Jesús, comenzó una vida más angelical que humana. Se ejercitaba en todas las virtudes cumpliendo diligentemente las órdenes de su Divino Esposo.

La Madre Priora ejercita a Mariana en la virtud de la humildad

Siendo Madre María Priora y Maestra de Novicias, encargó a su sobrina [que][1] le ayudara a cuidar a las otras Novicias. La joven ayudante desempeñó con perfección esa obligación, sirviéndole esto para ejercitar más la virtud de la humildad.

La Reverenda Madre María queriendo verla progresar en la virtud, le castigaba y humillaba en público, con rigor, aun por las mismas

[1] Las palabras entre corchetes han sido añadidas por los editores para una mejor comprensión.

cosas buenas que hacía. En el refectorio le daba severas penitencias y represiones de tal modo que viéndola sufrir con tanta paz y con la sonrisa en los labios, no pudiendo contener su admiración, iba a prosternarse ante el Santísimo y con la frente en tierra le decía: "Señor, hago tales cosas con esta criatura porque quiero que algún día suba a los altares llena de méritos y virtudes".

En los dos años de Juventud[2] fue modelo de todas las virtudes y de la más estricta Observancia.

Completado el tiempo prescrito por la Regla, el día 8 de diciembre, fiesta de Nuestra Madre Inmaculada, la retiraron del "jovenado"; ella con profunda humildad se prosternó en el refectorio delante de la Comunidad, confesando sus faltas y pidiendo perdón de su mal comportamiento durante ese período. Agradeció la caridad con que las Religiosas la soportaron y con amor seráfico les besó los pies.

Así esta palomita inocente siempre se creía mala y decía a las demás Hermanas: "A pesar de retirarme del jovenado siempre seré la última de todas". Y lo fue efectivamente.

El Divino Esposo la favorece con un nuevo éxtasis

Después de este acto de humildad, Nuestro Señor la arrebató en éxtasis, quedando como muerta. En esta ocasión las Religiosas se asustaron mucho porque sabían que ella descansaba en los brazos de su dulcísimo Esposo. En ese delirio inefable, Dios Nuestro Señor, le comunicó el horario que debía observar en las horas libres de los actos de Comunidad, y las penitencias que debía practicar cada semana, comunicándole aun los puntos de meditación en los que debía ejercitarse.

(2) Período en que las Religiosas -después de profesar- permanecen bajo la Dirección de un Director, en algunas cosas.

Cuando volvió en sí, la Madre María le obligó a que le comunicase lo que había acontecido, "porque todo debe ser", le dijo, "con mi bendición y licencia". Oyendo lo que Nuestro Señor le ordenaba: "Haz, hija mía, lo que Dios te manda". Mas, horrorizada con las penitencias atroces, le dijo: "Di a Nuestro Señor que tu Priora teme que pierdas la salud por el rigor de las penitencias".

Nuestro Señor coloca en los labios de Madre Mariana una gota de licor divino

Madre Mariana obediente dio el recado a su Divino Esposo en el día 1 de diciembre, ocasión en la que fue nuevamente favorecida por la Divina Majestad que no quiere que sus Esposas hagan algo sin la bendición y licencia de la Priora.

Jesús respondió benignamente: "No te pasará nada, hija mía; después de las penitencias estarás siempre fresca y vigorosa como una rosa de abril; y así como trasladé mi casa de Nazareth a Loreto, así haré contigo".

¡Oh, prodigio de Amor divino! El Esposo celestial se le apareció en esta ocasión más hermoso que el Cielo, en su edad de treinta años, embriagado de Amor por su Esposa; tomó una gota de agua cristalina y la colocó en los labios de su amada Esposa Mariana, diciéndole: "Esto te fortalecerá en toda tu vida de penitencia". Al saborear el licor divino, esa virgen casta sintió en sus labios una dulzura inefable e inexplicable, y en su alma, delicias tan celestiales que sólo las almas que reciben tales Gracias pueden comprender o expresar lo que Dios Nuestro Señor regala a los que se sacrifican por su Amor. Así fue fortalecida en el cuerpo para practicar las penitencias atroces indicadas por su Amado.

VIII

Las Reglas de las Concepcionistas ya no prescriben penitencias austeras porque pocas jóvenes quieren abrazarlas; permite que algunas, llevadas por el amor, las practiquen siguiendo las inspiraciones divinas.

Madre Mariana de Jesús fue una heroína practicando penitencias atrocísimas: usaba cilicios en todos los miembros de su cuerpo, dejando libre sólo el rostro y las manos.

Las rigurosas disciplinas

Excepto los domingos, todos los días se aplicaba tres disciplinas, una de las cuales era sangrienta. En el Adviento y en la Cuaresma eran tres sangrientas y otras seis también muy dolorosas, pues usaba bastante ortiga. En la Semana Santa eran nueve disciplinas diarias, y todos los viernes del año atormentaba su paladar colocando algunas cosas muy amargas en su boca.

No satisfecha con el rigor con que se martirizaba, se hacía azotar con alguna persona extraña. Para esto se valía de una mujer muy robusta que vivía en el Convento, llamada Martina Ceferina de la Vega. Esta joven fue adoctrinada en nuestra fe por la Madre Mariana de Jesús y recibió en el Monasterio el Santo Bautismo a los doce años de edad. Ella era la confidente de sus penitencias.

Aparición de la Sagrada Familia en el Ejercicio del "Vía-Crucis"

Los viernes por la noche hacía por los claustros inferiores el Ejercicio del Santo Vía-Crucis hasta rayar la aurora. Algunas noches que entraba por el Coro Inferior, cargando la Cruz, se le apareció la Sagrada Familia: Jesús, María y José. En alguna ocasión el Niño Jesús le presentó flores.

Algunos viernes no comía absolutamente nada. La Priora le ordenaba que comiese algo, y ella, por obediencia, ponía algo en su boca, mas no conseguía comer.

El Confesor -Fraile Menor- le ordenó lo mismo y viendo que no podía comer llamó al médico, Señor Sancho, para que la examinase. Éste así lo hizo y encontró los conductos cerrados y se calló en presencia de Sor Mariana, apenas meneando la cabeza. Pero al retirarse dice a las Religiosas y al Confesor: "Esto es cosa sobrenatural". Y así continuó su vida de sacrificios.

Está fuera de duda que la violencia del sufrimiento por la Pasión de Nuestro Señor, le impedía comer.

Los sábados, se penetraba tanto de los dolores de la Santísima Virgen que había que consolarla, y, a duras penas bebía un poco de agua. Todos los días se crucificaba por un cuarto de hora en una gran cruz que tenía guardada en una esquina oscura de su celda, donde tenía

reunidos todos los instrumentos de penitencia y martirio para su cuerpo inocente.

En esas crucifixiones pendía sostenida de pocas cuerdas.

Todos los viernes del año, después de Vísperas y Completas, se retiraba a su celda y hacía una hora de penitencia acompañando a Nuestro Señor cuando fue atado a una columna. Pasaba largo tiempo crucificada.

En las horas de siesta hacía penitencias atroces

Cuando descendía de la cruz, se disciplinaba, se abofeteaba y andaba de rodillas. Algunas Religiosas aplacaban la Justicia Divina con el rigor de sus penitencias.

Madre Mariana, cual víctima inocente, se encerraba en su celda, penetrándose de los tormentos de su Amado, comenzaba a acompañarlo cuando Pilatos lo hizo azotar y así participaba de los sentimientos del Señor en esos momentos.

La Esposa amante se compadecía de su Señor desfallecido, lacerándose con atrocísimas disciplinas, para imitar a Jesús que fue fustigado con tres clases de cruelísimos azotes.

La cándida paloma destrozada y bañada en sangre, pasaba toda la hora de silencio en altísima contemplación de los tormentos de Jesús; y cuando tocaba para Vísperas, salía de su celda dirigiéndose al Coro, con un rostro de bienaventurada y en un profundo recogimiento que hasta los Angeles le admiraban.

¿Cuáles serían los castos abrazos y los tiernos ósculos que esta alma extática daría a la propia persona de Jesucristo, presente en el Sacramento de su Amor?

¡Oh!, sólo las almas que saborean las delicias de la penitencia pueden expresar las riquezas del Amor con que Jesús les trata.

Los ayunos y abandonos en la Semana Santa

Los ayunos de la Iglesia y los de la Regla los observaba rigurosamente. Los domingos comía todo lo que le servían en el refectorio, inclusive la fruta que acostumbraban dar en esos días, porque se alegraba de la Resurrección del Señor. Así como a ella le comunicaba los dolores y aflicciones de su Pasión, le hacía participar también de las alegrías de la Resurrección.

En la Semana Santa, esa heroína amante, pedía a su divino Esposo le retirase todo consuelo espiritual y que le dejase desamparada, para poder participar del desamparo y agonía que Jesucristo padeció en la Cruz; esto le era concedido, y ella pasaba esos días aniquilada y desfallecida por la violencia del dolor que su Señor le comunicaba.

Dormía sólo tres horas en la noche, siempre sobre una piel de carnero lisa, y en cama dura, porque jamás conoció la suavidad de un lecho; trataba su cuerpo con tal rigor como si fuese su mayor enemigo.

Así, esta virgen inocente, se valió de su naturaleza para inmolarse como víctima en aras del sacrificio y del amor. Para imitar a su Amante Crucificado usaba corona de espinas y correas en el cuello, con las que ella se consideraba como cautiva del mismo Dios, concediéndole en su Misericordia lo que ella le pedía. De este modo El premia los sacrificios de los que le aman.

IX

La vida de Madre Mariana fue una oración continua

Ordinariamente rezaba cuatro horas, además de las dos horas diarias de oración prescritas por la Regla. De media noche a una de la mañana y de tres a cuatro de la madrugada, y en otras horas libres. Nuestro Señor le dice que: las personas que tengan devoción de rezar a la medianoche recibirán muchas Gracias, siendo acompañadas en esa hora por la Divina Majestad.

En el éxtasis que tuvo en el segundo año de su Profesión, Nuestro Señor le prescribió el siguiente método de rezar:

Meditación de la mañana

LUNES. El lavatorio de Nuestro Señor a sus Discípulos y la Institución de la Santísima Eucaristía.

MARTES. La Oración de Nuestro Señor en el Huerto y la Prisión del Salvador.

MIÉRCOLES. La presentación de Nuestro Señor a los Sumos Pontífices

y Jueces, y los Azotes que padeció atado a la columna, por amor a nosotros.

JUEVES. La Coronación de Espinas, el Ecce Homo, y cómo llevó la Cruz a Cuestas hasta ser crucificado.

VIERNES. El Sagrado Misterio de la Crucifixión de Nuestro Divino Redentor y las Siete Palabras de su Muerte.

SABADO: La lanzada que recibió cuando estuvo muerto y el dolor cruelísimo de María Santísima.

DOMINGO. Descanso del Alma de Nuestro Señor en el Limbo. Su Gloriosa Resurrección. Sus Apariciones a Nuestra Señora, a la Magdalena y a sus Discípulos.

Madre Mariana meditaba esos puntos todas las semanas, comenzando desde donde había quedado la semana anterior. Así cultivaba la Sagrada Pasión de Nuestro Señor, de la que era devotísima.

Meditación de la tarde

LUNES. El conocimiento de sí mismo, recordando los pecados y su gravedad.

MARTES. La condición y miseria de la vida humana.

MIÉRCOLES. La muerte.

JUEVES. El Juicio Final.

VIERNES. El Infierno.

SABADO. La Gloria de la Bienaventuranza.

DOMINGO. Los divinos beneficios recibidos, tanto generales como particulares y la vida divina de la Gracia.

Estos puntos, Madre Mariana los meditaba con seráfico fervor.

Dios Nuestro Señor le concedió tuviese mucha intimidad con su Angel de la Guarda, que se aparecía en figura de un joven bellísimo de dieciocho años.

Llevaba en el pecho un relicario con los Sagrados Nombres de Jesús y de María. Los reflejos divinos que de allí irradiaban comunicaban a la Reverenda Madre las luces celestiales que la iluminaban. El Angel estaba armado como para un combate.

La vista de su Santo Angel Custodio la fortalecía contra la terrible serpiente que visiblemente la perseguía, retorciéndose detrás de ella y diciendo: "No te dejaré con vida".

La virgen inocente sonreía y el Angel la defendía, de modo que el demonio en figura de serpiente, le atormentaba mucho. A Madre Mariana, el Angel Custodio la hacía salir siempre victoriosa en el combate, porque, combatía con las armas de la humildad y la practica de todas las virtudes; siendo la oración y la penitencia los dardos con que hacía retroceder a la serpiente.

Como más adelante se verá, el amor a Jesús Sacramentado herirá al monstruo infernal.

X

La pasión dominante de Madre Mariana era el amor a Jesús Sacramentado.

No contenta con pasar a sus pies las horas comunes de oración, entregaba todos los momentos que podía, para aliviar su alma enamorada junto a su Amante, comunicándole sus penas interiores y exteriores. Llevaba todos sus trabajos a su Santísima Presencia para que aun esas cosas le enseñase su Amado.

A los pies del Tabernáculo confía al Amado sus dolores secretos

La Santa Religiosa sufría las injurias de sus Hermanas sin abrir los labios para disculparse o quejarse, y sólo a los pies del Tabernáculo confiaba a su Amado sus dolores secretos. Un día que ocurrió una cosa muy grave con sus Hermanas, Madre Mariana lo sufrió en silen-

cio y acudiendo a los pies de Jesucristo le comunicó los tormentos y le pidió fortaleza. Jesús le dice: "En el día en que te desposé, experimenté con cuidado tu voluntad, ahora estás en la plenitud de tus padecimientos". A lo que respondió la cándida virgen: "Señor, mi voluntad está pronta pero mi carne es débil".

Y Nuestro Señor le contesta: "No te faltará fortaleza, así como nada le falta al alma que me pide".

En esto vino un ruido espantoso, viendo que todo el templo estaba inmerso en una oscuridad como de polvo y humo. Asustada, creyó que todo el edificio se venía al suelo y se preguntaba qué sucedía, pues no había sentido temblor de tierra.

Repasando su conciencia no encontraba nada que le arguyese de pecado y en su profunda humildad se sentía culpable.

Aparición de Nuestro Santo Sacramentado, de la Santísima Virgen y de la Magdalena

En medio de la oscuridad de la Iglesia vio el Altar muy claro, como si fuese de día; estaba arrodillada. De repente se abrió el Sagrario saliendo el Santo Cristo, del tamaño que estaba en el Gólgota; la Santísima Virgen a los pies, San Juan y la Magdalena vertiendo lágrimas como perlas.

El Santo Cristo que estaba con la llaga del costado, comenzó a agonizar.

Viendo esto, la humilde virgen se creyó culpable, se prosternó en tierra con los brazos extendidos en forma de cruz, clamando: "Señor yo soy la culpable, castígame a mí, pero perdona a tu pueblo".

Entre tanto el Angel de la Guarda la levantó diciéndole: "No eres la

culpable, levántate y ven que te voy a comunicar un gran secreto". Se levantó y vio a la Santísima Virgen: "Mi Señora, le dice, ¿soy la culpable?". A lo que ésta le respondió: "No eres tú culpable sino el mundo pecador". En esto el Señor comenzó a agonizar y escuchó la Voz del Padre Eterno que decía: "Este castigo será para el siglo XX". Vio tres espadas sobre la cabeza del Santo Cristo y en cada una decía: "Castigaré la herejía, la blasfemia, y la impureza".

Madre Mariana conoció, entonces, todo lo que acontecería en ese siglo.

La Santísima Virgen prosiguió: "¿Quieres, hija mía, sacrificarte por ese pueblo?". A lo que ella respondió: "Mi voluntad está pronta". E inmediatamente las espadas se desprendieron del Santo Cristo, clavándose en el corazón de Mariana, la cual cayó muerta por la violencia del dolor.

La muerte de Madre Mariana

Como era siempre la primera en los actos de Comunidad, las Religiosas, viendo que no aparecía, fueron a buscarla, encontrándola muerta y helada, en el Coro Inferior. La llevaron a su cama, cambiando la piel lisa de carnero, por un colchón suave. Las Hermanas culpables que le atormentaron por la mañana, viendo que no daba señales de vida, se acercaron y besándole las manos le decían: "Perdónanos, Madre Mariana, porque no sabíamos lo que hacíamos".

La Madre continuaba con la fisonomía de un cadáver. Llamaron al médico señor Sancho, que la examinó, no encontrando señales de vida. Después de varias tentativas del médico dijo, con lágrimas en los ojos: "Madre Mariana está muerta, su bella alma dejó la hermosa residencia de su cuerpo". Llamó a un pintor para que la retratase

antes de ser enterrada.

El médico se despidió de la Comunidad manifestando su profundo pesar y aproximándose a la difunta le dice: "Virgen Religiosa: acuérdate de tus devotos que continuaremos peregrinando por este mundo". El médico salió y se hizo pública, en la ciudad, la muerte de Madre Mariana.

Con la noticia, el pueblo se alborotó y golpeando las puertas de la Iglesia pedían [que] hiciesen besar las manos de su precioso tesoro. Entre tanto, acudieron los mejores teólogos de la Orden de Menores, como el Padre Director de la Reverenda Madre.

Cuando llegó el pintor no pudo entrar porque una fuerza irresistible le detenía.

Los Frailes Menores aproximándose al lecho de la difunta, hicieron varias [pruebas], y como no diera señales de vida, las Religiosas culpables entraron para confesar su delito. El Reverendo Padre Provincial las reprendió severamente imponiéndoles una penitencia. Mientras tanto el Fraile Diego rezaba a un lado de la celda y fue arrebatado en éxtasis. El Padre Provincial le censuró con aspereza mandándole, en nombre de Santa Obediencia, que vuelva en sí, diciéndole: "Salga del Monasterio y vaya a su Convento sin perturbar a las Monjas". Así lo hizo besando la mano de su Prelado.

Mariana se presenta ante el trono de la Santísima Trinidad

¡Oh, juicios incomprensibles de Dios que aceptaron el sacrificio de una víctima inocente! Murió verdaderamente la Madre Mariana presentándose al Juicio de Dios que no encontró ninguna culpa. "Ven", le dice, "bendita de mi Padre, recibe la corona que te preparamos

desde el principio del mundo, porque desde tus tiernos años escuchaste mi Voz y dejando el suelo patrio viniste a tierras lejanas para sacrificarte por mi Amor". Dicho esto se presentó delante del Trono de la Santísima Trinidad, comprendiendo algo de ese Misterio inefable. El Padre Eterno se regocijó por haberla creado, el Divino Hijo por haberla redimido y tomado como su Esposa y el Espíritu Santo por haberla santificado.

En el Cielo el alma de Madre Mariana estaba gozando de las delicias inefables, en tanto que en la tierra se elevaban oraciones fervorosas por su vida, especialmente las de la Madre María, la cual lloraba sola, porque no tenía quién formase a sus Novicias, pues tenía puesta su mirada en su sobrina para esa labor y progreso de las Concepcionistas. Clama a Dios por la preciosa vida de tan santa e ilustre Religiosa. Las Hermanas también oraban en unión de los Padres Menores que no abandonaban el lugar, colocando a los pies, humo caliente para ver si la Madre volvía en sí. Viéndola completamente muerta redoblaban sus ruegos, especialmente Fray Diego.

Nuestro Señor le presenta dos coronas

Nuestro Señor, queriendo atender las súplicas humildes de sus siervos, le hizo ver a la Madre Mariana, cómo la oración hecha en vida subía al Trono de Dios y le presentó dos coronas: una, de Gloria inmortal cuya hermosura nadie la podría expresar, y la otra, de azucenas rodeadas de espinas; y le dijo: "Esposa mía escoge cualquiera de estas coronas"; haciéndole entender que con la una llegaba a la Gloria y con la otra volvía a padecer en el mundo.

La virgen humilde dice a su Amado que El escogiese y no ella. "Recuerda", le dice el Señor, "que cuando te tomé por Esposa probé tu voluntad y ahora hago lo mismo".

Esa alma bienaventurada, absorta y embriagada de alegría, conoció a todas las Religiosas Concepcionistas de su Monasterio con sus nombres y oficios que desempeñarían, las Gracias que recibirían y cómo habrían de corresponder hasta el último día del mundo. Vio que algunos oficios serían contrarios a la Voluntad de Dios y que las Religiosas, no teniendo Gracia para desempeñarlos, cometerían muchos deslices.

Rogó por todas y, conociendo a las que serían infieles, gimió por ellas delante del Trono de Dios. Vio que algunas Maestras de Novicias se condenarían, no por pecados propios sino por la mala formación de las Novicias. Le fue revelado que, retornando al mundo, desempeñaría ese difícil cargo. Vio que los Frailes Menores serían apartados del gobierno del Monasterio y todos los sufrimientos que en razón de esto padecería la Comunidad.

A nuestro modo de entender, esa alma feliz estaba absorta sin escoger la corona que Nuestro Señor le presentaba.

¡Oh! ¿Cómo resolver ese problema tan grave y de suma importancia para la Orden de Concepcionistas?

Parece que la Madre Mariana debería fijarse en el Cielo, en asegurar su destino y gozar el inmenso premio eterno merecido por sus sufrimientos, dentro de los cuales está el haber soportado las persecuciones e injurias que las Hermanas le ocasionarían. ¿Por qué exponerse a nuevos combates, horribles padecimientos en este miserable mundo, ella que goza de las caricias del Esposo? ¿Por qué sujetarse a ver a su Amor Sacramentado oculto bajo un velo, ella que contemplaba cara a cara en inefable deleite, el Misterio de la Eucaristía?

Ella deja las glorias del Cielo y baja a la tierra para proteger a sus hijas

¡Oh heroína! ¿Cómo vas a descender del Cielo dejando tantos gozos para padecer? La víctima seráfica, por amor a su Orden Concepcionista comprende estos secretos inefables. Para este combate, su Madre amadísima, la Inmaculada Concepción, aproximándose le dice: "Hija mía, yo dejé las Glorias del Cielo y descendí a la tierra para proteger a mis hijos. Quiero que me imites también en esto y vuelvas a vivir, pues tu vida es muy necesaria para la Orden de mi Concepción".

¡Ay de la Colonia del siglo XX! En él será culpable el Ecuador si no se encuentran almas que con su vida de inmolación y sacrificio aplaquen la Justicia Divina; lloverá fuego del cielo y consumiendo a sus habitantes, purificará el suelo de Quito. En mi Monasterio surgirá una alma, que imitándote, aplacará la Justicia Divina".

Conociendo ser ésta la Voluntad de Dios, acepta el sacrificio que le presenta su Madre Inmaculada y la humilde Religiosa dice:

"Mi Señora y Madre: cúmplase en mí la Voluntad Divina. Ah, ¡cómo mi alma se estremece a la vista del peligro inminente de perderme volviendo a la vida y teniendo que desempeñar los cargos delicados de Priora y Maestra de Novicias! Como Priora debo ser más cariñosa, como tú eres, mas, al mismo tiempo debo tener fortaleza para no permitir que decaiga la Observancia regular que conserva los Monasterios; sobre todo el estricto silencio que manda mi Santa Regla hermanando la unidad y la caridad que en ciertas ocasiones debe llegar hasta el heroísmo.

Como Maestra me das a conocer la formación que debo dar a cada alma a mí confiada, estudiando el carácter y rezando incesantemente para comprender el grado de virtud a que cada cual es llamada para ocupar un sitio en el Cielo bajo tu manto azulado, en el lugar

que le es debido; colocando como cimiento de todo esto la profundísima humildad, de la cual tú, Reina de las Vírgenes, nos das ejemplo.

Sé que debo practicar estas virtudes con cada Novicia, desde el principio hasta la más elevada santidad, conforme al espíritu de cada una, a fin de que, sin mancha, sean dignas imitadoras de su Madre.

Suscitando Religiosas santas para la conservación de mi amado Monasterio, rezaré y me sacrificaré a fin de que la Maestra sea otra de mis Hermanas, pues todas son mejores que yo. Por falta de virtud no me considero apta para tal función. Como virgen casta, formaré a aquellas jóvenes que habiendo pedido permanecer vírgenes me entregas para Esposas de Aquel que se recrea entre lirios y azucenas".

A esto respondió la Madre Inmaculada: "Hija de mi Corazón, no temas. Tú no serás propiamente la Maestra, sino yo. Por tu medio transformaré tus Novicias en santas Religiosas...

Esta joven a quien Jesús llamó para su jardín cerrado, trata, educa y forma como las otras Religiosas; y como Magdalena, después de haber llorado su pecado se lanza a los pies del Divino Maestro...

Esta alma está fundada en la humildad y será Religiosa de mucho espíritu a quien mi Divino Hijo mucho la ama y a quien, levantándole del lodo de la tierra, la introducirá en el Cielo para reunirse con sus Hermanas Concepcionistas. Sólo entonces podrá cantar el Cántico Nuevo".

Mientras esto pasaba en el Cielo, ella escogió, humilde y resignada, la corona de azucenas rodeada de espinas y volvió al mundo para ofrecerse.

En este momento el Reverendo Padre Director, inspirado por Dios, se aproximó al lecho de la Madre Mariana y le dice: "Madre Mariana te ordeno, en nombre de Santa Obediencia, que, si estás muerta, tu alma vuelva al cuerpo para que viva y nos puedas contar lo que aconteció". ¡Oh prodigio! En el mismo instante exhaló un suspiro, abrió sus ojos todavía vidriados por la muerte y dice: "Padre, ¿por qué mandaste con tanto desprecio a Fray Diego en el momento en que nos comunicábamos?".

Llamado el médico señor Sancho, entró al cuarto y preguntó: "¿Qué pasó?".

Respondió la Madre María: "Madre Mariana está viva". "¡Está muerta!", replicó el Doctor. Y entrando apresuradamente a la celda, la encontró viva con sus acostumbradas mejillas rosadas. Asustado dio dos pasos atrás, pensando que se trataba de una ilusión. Entre tanto, los Frailes Menores le animaron diciéndole: "Madre Mariana está viva. Acérquese y véala". El se aproximó y examinándola dice meneando la cabeza: "Padres míos, nada tengo que hacer. Esto no está conmigo, pero respeto a vuestras Paternidades...". Recetó a Madre Mariana una bebida fresca para la sequedad de la boca y se despidió inmediatamente.

El Padre Director quedó a solas con Madre Mariana pidiéndole explicación de lo que había pasado. Humildemente, ella le comunicó todo. Llegando al punto en que decía que ella sería Maestra de Novicias, rogó al Director le impusiese bajo obediencia, no comunicar eso a Madre María; agregando: "Padre mío, temo que esto sea una ilusión", y se humillaba profundamente, temiendo cayese sobre sus hombros cargo tan delicado. El Padre, atendiendo su súplica, dijo a Madre María que la Hermana Mariana le contaría todo excepto un punto que le tenía prohibido decir por obediencia.

Madre Mariana dice a continuación: "Mucho les agradezco su asistencia y todo lo que hicieron por mí, mas ahora ya no es necesario que permanezcan aquí. Pueden ir al Convento". Los Frailes salieron inmediatamente.

Un Hermano es arrebatado en éxtasis viendo la glorificación de la Santa en el Cielo

Luego que dejaron el Convento, el Provincial fue al encuentro del Hermano Diego y lo encontró trabajando en su celda. Le reprendió severamente por haber estado durmiendo en el Monasterio y por eso inquietando a las Hermanas. El Hermano respondió: "Padre mío, no era un sueño natural sino místico". El Provincial aumentó su reprensión diciéndole que era un sueño. De hecho, este Hermano era un Santo.

Le puso de penitencia comer pan y agua en el refectorio y besar los pies de los Religiosos, lo que hizo con santa alegría, siendo premiado por Nuestro Señor con grandes favores.

El Provincial deseando saber lo que había pasado en el éxtasis que tuvo en el Monasterio de las Monjas, le preguntó: "Hermano, ¿qué soñaste pues, cuando te dormiste en el Monasterio?". Con santa simplicidad respondió: "Estaba rogando a Dios por la salud y vida de la Madre Mariana y vi que murió, presentándose su alma al Juicio de Dios. El Señor viéndola limpia de toda mancha le dijo: «Ven, bendita de mi Padre a recibir la corona que te preparamos desde el principio del mundo, porque desde tus tiernos años oíste mi Voz y dejando tu suelo patrio viniste a tierras lejanas para sacrificarte por mi Amor». Dicho esto se presentó ante el Trono de la Beatísima Trinidad. El Padre Eterno se alegró de haberla creado, el Hijo, por haberla redimido y el Espíritu Santo, por haberla santificado.

Vi también, la Gloria inmensa que esta feliz alma recibiría por los sufrimientos e injurias sufridas en silencio y motivadas por sus Hermanas. En eso imitaba a Jesucristo su Esposo que sufrió en los Tribunales durante su dolorosísima Pasión.

Vi también, que las oraciones de la Comunidad, pidiendo su vida, en especial la de la Madre María Taboada, subían al Trono de Dios y que

Nuestro Señor le presentó dos coronas: una inmortal hermosísima, si se quedaba en la Gloria del Cielo y la otra con azucenas rodeada de espinas, si retornaba a la vida. El Señor le hizo escoger, mas, en ese momento, vuestra Paternidad me llamó y no supe más". Con esto el Padre Provincial se convenció más de la santidad de Madre Mariana.

En cuanto los Padres salieron del Monasterio, las Religiosas fueron a abrazar a Madre Mariana y ella extendía sus brazos a cada una, con amor tan acalorado que parecía descendido del Cielo, desbordándose así en afectos fraternales hacia sus Hermanas.

La Madre María quiso seguir hablando a solas, pero esta virgen prudente le dice: "Madre mía, antes de nada debemos dar gracias a Nuestro Señor a los pies del Santísimo Sacramento". Acto continuo, se postraron delante de Jesús Sacramentado y concluida la Acción de Gracias, Madre Mariana se retiró a su celda para contar a su Priora todo lo sucedido a excepción de un punto que por obediencia no lo podía decir.

Atormentada la Madre María le dice: "Hija mía, tengo una espina en el corazón, temo perderme por no ser apta para gobernar, tal vez la Comunidad se acabe y debamos disponernos para [regresar a] España". Madre Mariana respondió sonriendo: "Nada de eso, Madre mía, lo que no puedo decir es algo que se refiere a mi persona y que sabrás cuando Dios lo quiera". Y para tranquilizarla le dijo enseguida: "Madre mía, no te aflijas por la situación del Convento ni pienses en regresar a España, porque este Monasterio nunca se acabará".

XI

Retornada al mundo por amor a sus Hermanas, se dedicó con mayor empeño a practicar la vida monástica de sacrificio y amor. Desempeñó los oficios que la obediencia le confiara, con extraordinaria prontitud y con incendios de amor seráfico.

La hicieron enfermera y ella, desbordándose en efectos amorosos para su Amado, servía a las enfermas como si en cada una estuviese verdaderamente sufriendo Nuestro Señor Jesucristo.

¡Oh, con qué humildad, compasión y caridad servía y consolaba a los miembros dolientes de su Señor Crucificado! ¡Qué torrentes de consuelo derramaba en el lecho del dolor de las enfermas!

En cierta ocasión una Hermana se accidentó quemándose la mitad de la cara y todo el brazo. Entrando el médico, señor Sancho, vio que la quemadura era mortal y que no viviría por haberse quemado hasta los huesos. Madre Mariana con lágrimas oraba de rodillas. Viéndola, el Doctor Sancho le dice: "Si Madre Mariana hace un milagro se salvará". En efecto, después de un mes, se curó completamente y ante el prodigio el Doctor Sancho exclamó: "¡Madre Mariana es una Santa! Si los seglares supiesen de esto la llevarían a los hospitales de apestados y a todos curaría. Así como la sombra de San Pedro curaba a los

enfermos, así también, la sombra de Madre Mariana curaría a todos los que a ella se aproximasen".

¡Oh, cómo el señor Sancho conocía las virtudes de esta fragante azucena, examinando los éxtasis de esta angelical criatura, desde niña, y comprendía la fragancia de su penitencia y la inocencia de su alma!

Madre María, temiendo que su sobrina se envaneciese por la curación milagrosa, le dice: "¡Qué atinado el señor Sancho, tiene muchos conocimientos, qué buena cura hizo!". Madre Mariana respondió sonriendo: "La Misericordia de Dios hizo ese milagro".

Oficio de Proveedora

Madre Mariana desempeñó prodigiosamente el oficio de Proveedora.

Cuando el pan no era suficiente, ella lo multiplicaba en sus manos. Muchas veces, debido a la pobreza del Monasterio faltaba lo necesario para el sustento de las Religiosas, entonces la Santa se postraba a los pies de Jesús Sacramentado pidiéndole a ese rico tesoro, el socorro para su Comunidad.

Se levantaba e inmediatamente venían de afuera las donaciones de alimentos.

¡Oh, con qué gratitud, alegría y humildad recibía, Madre Mariana, el presente que su Divino Esposo le daba para sus Hermanas! Ella mismo lo distribuía y todo era suficiente, porque pasaba por esas manos creadas por Dios para instrumentos de su Misericordia.

¡Oh claustros benditos, testigos de tantas maravillas! ¡Benditos locales de trabajo santificados con las virtudes heroicas de Madre Mariana! ¡Benditas Religiosas que tantas veces saciaron sus necesidades con los milagros conseguidos por la oración y penitencia de su santa proveedora!

Ese oficio lo desempeñó prodigiosamente, como un serafín.

Qué afectos ardientes, qué fe tan viva, qué humildad tan profunda para servir al Cautivo de sus amores. Cuando en sus incendios seráficos se encontraba desolada, con esa confianza que el amor inspira, le decía: "Si precisas de mí, Amor mío, ¿por qué pareces dormir? ¡Hasta cuándo! ¡Qué sueño tan pesado tienes, despierta ya de tu sueño tan largo... me ahogo en un mar de tribulaciones y Tú duermes! Despiértate, Amor mío, y socórreme". Otras veces a los pies del Tabernáculo decía: "¡Piensas que nunca me necesitas!". Así con filial confianza le trataba a Jesús Sacramentado.

Cuando la lamparita del Santísimo se apagaba, rogaba a su Angel de la Guarda que la encendiera. Lo que hacía prontamente. A veces por la noche. Cuando la virgen enamorada dormía, su Angel la despertaba diciéndole: "Mira, hija, la lámpara de tu Amado está apagada", y ella respondiendo le decía: "¿Por qué en lugar de despertarme no la encendiste con tus resplandores?". Y corriendo en dirección al Coro, encontraba a su Amado a oscuras, y hacía que su Angel la encendiera.

¡Cómo esta humilde Religiosa desagraviaba a Nuestro Señor Sacramentado!

¡Cómo su corazón se deshacía en gemidos de amor seráfico que le consumía! ¡Y el Divino Prisionero qué dulces coloquios tenía con su amada!

¡Oh, noches felices pasadas en delicias inefables, en las gradas del Coro, como humilde virgen Concepcionista! Aquí bien se puede exclamar con San Juan de la Cruz: "¡Oh, noche en que uniste al Amante con la amada!".

¡Oh noche tan feliz clara cual la alborada!

El oficio de tornera lo desempeñó como un apóstol del Divino Amor. Los pecadores que venían al torno atraídos por lo suavísimo de su voz y de sus palabras, se retiraban compungidos, heridos por los consejos de esa virgen caritativa... y se convertían.

Quién pudiera comprender las conversiones milagrosas que la Madre Mariana conseguía en el torno. Las almas que allí se aproximaban, mejoraban. Su corazón de tornera era un horno ardiente del Amor Divino y no es de extrañar que las almas tibias se calentaban al aproximarse a ella y que las amorosas también se enfervorizaban.

La Santa tornera era todo caridad. Cuando no tenía a quién mandar para satisfacer las necesidades de sus Hermanas, rezaba al Angel de la Guarda para que trajese o fuese a buscar. Entre tanto la serpiente, que siempre la perseguía, se retorcía junto al torno y Madre Mariana le decía: "Ociosa, porque no tienes nada que hacer estás aquí retorciéndote". Y añadía otras palabras humillantes. "Vete de aquí" y le echaba de la puerta. La serpiente dando alaridos terribles desaparecía. Retornaba, entre tanto, el Santo Angel trayendo lo que precisaba y le avisaba ella donde estaban las Hermanas para que las fuese a entregar.

Es fácil comprender la paz, caridad y unión en que en esos tiempos vivía la Comunidad, santificados los oficios y cumplida al pie de la letra la Santa Regla, dejando Madre Mariana en todos los oficios santos modelos para ser imitados.

Desempeñó el oficio de Vicaria de Coro con mucho celo por el Culto Divino, que aventajaría a los propios Angeles. ¡Qué recogimiento, humildad y fervor en el Oficio Divino! ¡Qué puntualidad para el rezo de las Horas! Si ella vio en el Cielo cómo los Angeles alababan al Dios tres veces Santo, ¡cómo imitaría en la tierra la Salmodia Divina, alternando el Coro de Concepcionistas con el Coro Angélico!

En cierta ocasión en que limpiaba las sillas del Monasterio, se aparecieron las Religiosas fallecidas, que estaban penando en el Purgatorio por haber quebrantado el silencio en el Coro, o por varias distracciones en la recitación del Oficio, o por faltas a las oraciones. Madre Mariana, con sus ruegos y súplicas, aliviaba sus penas.

Se desempeñaba maravillosamente en el Culto Divino. Los Frailes Menores les enseñaban la música o el canto gregoriano. Madre Mariana, dotada de voz melodiosa, cantaba y tocaba el órgano alternando con sus Hermanas. No es posible expresar los afectos amorosos con que ese seráfico cisne cantaba a Jesús Sacramentado y a su Madre Santísima, siendo esa virgen santa la principal maestra que instruía a sus Hermanas a fin de que pudiesen desempeñarse bien en el Culto Divino.

Esta humilde Religiosa, cuando salió del juvenado dijo que sería la última de todas, y así fue. Los sábados, día de limpieza general, ella barría por cuatro Religiosas y cuando Madre María le mandaba que no se agitase tanto, respondía con humildad:

"Madre mía, es mejor servir un día en la Casa del Señor que pasar largos años en el mundo". Preferentemente barría los claustros inferiores, porque allí hacía, de noche, penitencias ocultas. Los demonios queriendo asustarla, esparcían una cantidad enorme de gusanos, que dejaban inmundicias asquerosas por los claustros. Solamente ella veía esos enjambres de animales y con la Señal de la Cruz todos desapare-

cían dejando limpio el lugar que había barrido.

En cierta ocasión, viendo Madre María que el piso ya estaba limpio, le preguntó: "¿Ya está limpio?". Madre Mariana hizo la señal de la Cruz y los gusanos desaparecieron con estruendo. La Superiora se asustó y preguntó: "¿Qué pasó?". Ella le respondió con una leve sonrisa.

¡Oh claustros felices, campos de combate y triunfo de esta heroína, locales floridos por su terrible penitencia!

Es de notar, que habiendo desempeñado los oficios del Convento desde los más humildes hasta el más elevado -el de Priora- se portó siempre con humildad y docilidad y como si fuese la última Novicia lega. Su trato era dulce, suave, prudente, discreta, afable, de tal modo que las propias Religiosas que le atormentaban y perseguían, llegaron a conocer el precioso tesoro que tenían en ella. Y como Madre Mariana supiese que éstas la estaban estimando, se afligió mucho rogando a Nuestro Señor que no le privase de sufrimientos e injurias porque sabía el premio inmenso que tenía en el Cielo el alma que padece unida a la Pasión de Nuestro Señor, y su Divino Esposo le concedió el rico tesoro de las humillaciones, sufrimientos y desprecios.

XII

Los años de esta vida mortal corrían aceleradamente y Madre Mariana de Jesús, como valiente guerrero, [luchaba] los combates del Señor, adquiriendo triunfos y glorias en cada batalla. Su vida, toda muerta para el mundo, estaba escondida en Cristo, en Dios. A cada momento ascendía a grandes virtudes; progresaba para llegar a las altas cumbres de la perfección a la que Dios le llamaba.

Cuando la Santísima Virgen le comunicó, en el Cielo, que sería Maestra de Novicias, esta humilde violeta, que se consideraba indigna y miserable, no cesaba de clamar a su Divino Esposo con tiernos gemidos, diciéndole: "Amor mío pase de mí este cáliz tan amargo".

Madre Mariana es escogida para Maestra de Novicias

Mas, Jesús no la escuchó. Llegado el tiempo destinado por Dios, las Religiosas escogieron unánimemente a Madre Mariana de Jesús para

Maestra de Novicias y sin atender los tiernos gemidos y arrullos de la humilde paloma, pusieron sobre sus hombros la pesada Cruz. Parece que éste fue el mayor sacrificio a que Dios la sujetó. No teniendo otra voluntad que la de su Divino Esposo, debía someterse, recordando sus mismas palabras: "No se haga mi voluntad sino la tuya".

La noche que recibió el Noviciado en presencia de sus súbditas -tres Novicias y cuatro aspirantes-, se prosternó delante de ellas, como si fuese a confesar sus culpas, diciendo con suma humildad:

"¡Mis Hermanitas: la Comunidad me encargó este oficio, no porque tenga algún mérito, sino para que venga a aprender las virtudes con ustedes! Les ruego me traten como Hermana; soy una Hermana más antigua y en cuanto tal ténganme confianza. Vengo a formar sus almas para que sean Religiosas santas y llegará el día en que sabrán que no soy yo la Maestra sino la Santísima Virgen. Soy un débil instrumento de Ella y sólo dispondré lo que Ella disponga".

Con estas y otras razones de humildad comenzó a gobernar a las Novicias, haciéndose toda para todas. A cada una dirigía conforme al grado de virtud a que Dios le llamaba. El número de jóvenes se multiplicaba prodigiosamente. Su Noviciado fue sólo de almas escogidas, pues no permitía entrar sino a las que tuviesen vocación. Madre Mariana formaba su Noviciado de tal modo que todas sean excelentes Religiosas y muchas santas. Así la santa Maestra formó una generación de Religiosas de tan buen espíritu que hasta ahora existe la simiente preciosa de ese frondoso árbol de virtudes.

¡Oh tiempos felices en que nuestra santa Hermana hacía de su Noviciado un Paraíso de delicias en el cual se paseaba el Divino Esposo y su Madre Santísima servidos en Espíritu y en Verdad!

Cuando las Novicias iban a profesar, la santa Maestra les preparaba dirigiéndoles pláticas conforme al espíritu de cada una. En la víspera de la Profesión les comunicaba todo lo que tendrían que pasar siguiendo el camino que Nuestro Señor le indicaba. Les avisaba también, cómo y cuándo morirían y, para las que dejaran esta vida antes que ella decía: "Hija mía, no me separaré de tu lecho hasta entregar tu alma en las manos de Dios Nuestro Señor". Y decía para las que morirían después: "Hijas mías, cuando se aproxime mi muerte no os olvidéis de vuestra Madre". De este modo, comunicaba a sus hijas las cosas futuras que sucederían, teniéndoles preparadas con las virtudes, porque conocía el interior de cada una.

A veces, cuando alguna Hermana le ocultaba las faltas cometidas en el día, le llamaba a solas diciéndole: "Hija mía, hoy cometiste tal falta, quebrantaste el silencio en tal lugar, diciendo tales palabras... hagamos ahora penitencia". Y junto con la Novicia se arrodillaba y pedía perdón a Nuestro Señor por esa falta. De este modo nada se le podía ocultar. La amaban como a madre y la veneraban como Santa.

¡Oh feliz Noviciado, antesala del Cielo! O mejor dicho, delicioso Cielo en la tierra donde se adoraba, alababa y amaba a Dios por medio de la Observancia monástica, practicando la vida de amor sacrificado, cumpliendo la Maestra y las Novicias, rigurosamente, las menores Reglas y santas Observancias de la Comunidad!

Su Noviciado era el primero en levantarse por la mañana a rezar el Oficio Parvo de Nuestra Señora. Cierta mañana en que las Novicias no estaban dispuestas para madrugar, Madre Mariana salió sola para rezar el Oficio. Tenía la costumbre de, al pasar para el edificio donde estaba el Coro, disciplinarse por las almas abandonadas.

Concluida la disciplina se encaminaba al Coro y cuando iba a dar un paso le impidió una horrible y profunda depresión del terreno de

cuyo abismo salían gemidos espantosos. Asustada Madre Mariana, pensó que estaba fuera del Convento y dio un grito diciendo: "¿Dios mío, dónde me encuentro?". [Le contestó]; "En tu amado Convento".

Embestida infernal contra la recitación del Oficio Parvo de Nuestra Señora

Vio salir la cabeza de un dragón terrible, tan grande como la casa del Noviciado, que abriendo la boca mostraba una multitud de almas, diciendo: "Todas esas almas las he engullido porque son mías y tú también serás mía".

Fue tal el susto que se desmayó y cuando volvió en sí, sintió que le tomaban por los brazos y le llevaban. Era el Angel de la Guarda que le dice: "Esposa del Señor, ¿por qué temes? ¡Viste el Infierno! ¡Esto fue hecho por el demonio para impedir la recitación del Oficio Parvo!". Y oyó otra voz que decía: "Vendrán tiempos amargos en que se irá dejando el Oficio Parvo y se debilitará el espíritu. ¡Ay de aquellas que hayan tomado parte en eso!".

Vio que su Angel la conducía en brazos levantándola del suelo y le condujo al Coro. En una grada que había oyó una voz horrible que decía: "Con todo mi poder impediré el rezo de este maldito Oficio Parvo, porque eso debilita mis fuerzas y me destroza". Y caminando algunos pasos vio una luz que iluminaba todo el Convento, elevando la vista en dirección al techo vio una estrella hermosísima con el nombre de María. Entró al Coro y allí la Santísima Virgen le felicitó por el triunfo y la tranquilizó interiormente.

Es de notar que Madre Mariana viendo la depresión del terreno, se perturbó, perdió su paz ordinaria, pues se preguntaba por qué Nuestro Señor había permitido tal sufrimiento y además, se había

ocultado su Santo Angel de la Guarda, pero en el Coro la Santísima Virgen la tranquilizó.

Mientras tanto, las Hermanas iban llegando para rezar el Oficio Parvo, pues parece que en esa época toda la Comunidad rezaba las cuatro Horas por la mañana. Eso era obligatorio para las Novicias y recién Profesas, hasta el sexto año de la Profesión.

Las demás Religiosas rezaban por devoción. Bien se puede comprender el fervor extraordinario con que la Madre Mariana rezaría el Oficio aquella mañana. Como su Director, el Padre Antonio Jurado, le ordenó que avisara a su Priora todo lo sucedido, a fin de no privar a la posteridad de estos ricos tesoros, terminados los actos de Comunidad fue a avisar lo ocurrido a Madre María y ambas tuvieron gran pena por lo que acontecería en el siglo XX.

Las Religiosas, a lo largo de los siglos mantendrán el Oficio Parvo de la Santísima Virgen, el que jamás dejó de ser rezado porque en esto la Comunidad de Concepcionistas tiene cifrada la felicidad del Monasterio.

XIII

La vida de Madre Mariana de Jesús tiene hechos tan extraordinarios que han sido certificados bajo juramento por los Frailes Menores, el médico y las Religiosas. Serían increíbles para algunas personas los prodigios de amor y los sufrimientos con que Dios Nuestro Señor probó a esta Esposa querida.

Madre Mariana recibe los Sacratísimos Estigmas de Nuestro Señor

En efecto: el día 17 de septiembre de 1588, estaba haciendo su oración ordinaria a las doce de la noche prosternada en su dormitorio. Sintió un estremecimiento espantoso en todo el cuerpo y sin poder aguantarse, dio un grito. Madre María corrió luego para verla. "¿Qué te acontece, hija mía?", preguntó. "Salgamos pronto, Madre mía, porque toda la casa se viene abajo, es un terremoto", respondió.

La Priora, abrazándola, la llevó a la cama. Las otras Religiosas se

levantaron. La Madre Francisca de los Angeles, que era enfermera, cogió las manos de Madre Mariana y vio que tenía en las palmas algo semejante a balas que querían salir.

Lo mismo ocurría con las plantas de los pies, en los mismos lugares en que Nuestro Señor había sido taladrado por los clavos. En el corazón había una mancha roja y un círculo rojo como si fuese la herida de la espada. Sus gemidos eran tan fuertes que se escuchaban a lo lejos. Por esto se cree que Nuestro Señor imprimió, interiormente, sus sacratísimas llagas. En esta época, la estatura de Madre Mariana disminuyó y quedó su cuerpo inmóvil, como un palo; sólo movía los ojos y la boca. Pasó la noche en un doloroso martirio.

Madre Mariana enferma gravemente por su vida de penitencia

Por la mañana entró el médico, señor Sancho, y la examinó diligentemente y dijo que por la vida de penitencia la médula de sus huesos se había secado y sólo tenía vida en el corazón.

Con esta sentencia, la enfermera dice a la Priora: "Madre mía: cumplamos la Regla y pasémosla a la enfermería". Madre María responde: "Hija mía, ¿cómo nos vamos a privar de nuestro pararrayo en el dormitorio? Pasémonos todas a la enfermería". "No, Madre mía, replicó la enfermera, pues la Regla ordena que la Priora duerma en el dormitorio".

Cuando trasladaron a la enferma, retiraron de la cama un cuero crudo de oveja ensangrentado. Ese cuero fue recogido y guardado por la Priora y fue sustituido por un colchón suave. El médico se opuso, diciendo, las personas acostumbradas a la penitencia, cuando pasan de cama dura a un lecho suave, se enferman de inmediato.

Ordenó [que] pusieran un colchón de paja.

El médico le recetó un baño caliente aromático. Como se hizo en efecto. La enfermedad se prolongó, consumiéndola. Su color rosado se convirtió en color de cera.

Su rostro se enrojecía cuando la movían para la limpieza o para curarla; vertía copiosas lágrimas en vista de esta humillación. Madre Francisca de los Angeles la consolaba en estas circunstancias diciéndole: "¿Por qué te avergüenzas, Hermana querida, somos hijas de un mismo Padre y hermanas del serafín de Asís?; lo que ahora hago contigo, tú harás, después, conmigo. No sufras, Hermanita". Y otras palabras de dulcísimo aliento.

Madre María se disputaba por hacer esos servicios a su sobrina. "Eso me toca a mí, como Priora, pues debo servir a mis súbditas", y también servía a las demás Religiosas. "Eso me toca a mí como enfermera". Y seguían esas disputas amorosas.

Entre tanto el cuerpo de Madre Mariana se transformó en una sola llaga. Le volvían de un lado para otro para tratar con eso de aliviarla. Ya no podía tragar los alimentos, siendo alimentada sólo con líquidos. En medio de esta terrible dolencia era víctima de dolores atrocísimos. Su paciencia fue probada por su Divino Esposo durante los cinco años que duró la enfermedad. La Divina Majestad le retiró sus luces y consuelos celestiales y, por así decirlo, la abandonó a sufrir las penas de un condenado.

Todas tus cosas fueron ilusión, engaño y mentira

El demonio en figura de serpiente, viéndola sola, pues hasta su Angel de la Guarda se ocultaba a su vista, la martirizaba rigurosamente diciendo: "Todas tus cosas fueron ilusión, engaño y mentira; tú eres

mía". Y presentándose con una terrible cresta en forma de sierra, le decía: "Con esto te he de estrangular". La serpiente mostraba unos ojos terribles y horribles, saltaba en la celda y cuando la Religiosa se despertaba la encontraba queriendo subirse a la cama.

La vista de este monstruo le causaba a la enferma un tormento inenarrable y cuando la Priora la visitaba le preguntaba: "Hija mía, ¿la serpiente está aquí?" (pues ella no la veía). A lo que Madre Mariana respondía: "Sí, Madre mía, está retorciéndose por ahí". Madre María pedía, entonces, que alguna otra Religiosa le acompañara pues tenía miedo.

En esa noche oscura de tribulaciones, Madre Mariana no abandonaba las oraciones de media noche y tres de la madrugada, mas, sufría cada día más las desolaciones interiores, convencida de que toda su vida era un engaño y una mentira.

Se veía condenada para siempre. Recorría la Pasión de su Amado y le parecía que por Justicia la condenaba; clamaba a la Estrella de los Mares, su Madre María Santísima y como esta luz se ocultaba durante la noche, le parecía que también Ella le condenaba en su justicia.

Se agrava la noche oscura de las tribulaciones

Desamparada, así del Cielo y de la tierra, sufría sin ningún aliento. Los Frailes Menores entraban, celebraban la Santa Misa y le obligaban a Comulgar, porque, cuando su Director se aproximaba con las Sagradas Especies, la encontraba con los labios cerrados, no pudiendo abrirlos. Entonces le ordenaba, en nombre de Santa Obediencia, que abriese la boca y comulgase, lo que hacía a duras penas.

Su Esposo la atormentaba, pues ella se convencía de haber cometido un nuevo sacrilegio y la serpiente bailaba alegremente diciéndole:

"Tienes otro sacrificio más para el Infierno". Y la víctima inocente sufría los mayores tormentos.

A veces, su Director exorcizaba la celda para que la serpiente se retirase y viendo los sufrimientos de la Religiosa lloraba sin poder aliviarlos. Debido al alto grado de perfección a que Dios llamó a Madre Mariana, eran grandes los sufrimientos y las pruebas a las que estaba sujeta en esa noche oscura.

En medio de atrocísimos dolores de alma y cuerpo clamaba a Dios y a veces no podía hablar, dada la extrema intensidad de sufrimientos, las lágrimas expresaban su martirio.

En la soledad compuso estos versos que indican su cruel desolación:

"¡Oh encanto de mi amor, Jesús del alma!
¿Por qué me dejas en amarga pena?
Cual tortolilla solitaria lloro,
en plena noche de dolores llena.
Allá en el fondo de mi amor activo,
no encuentra calma, ni el menor reposo.
Vuélvete, dice, a estar conmigo,
¡oh de mi alma Celestial Esposo!
Si de mis culpas tu Justicia clama,
yo ya humillada tu perdón imploro,
y confundida con el polvo yo te adoro,
¡oh fino amante del corazón que te ama!
Tu puesto en mi alma está vacío,
mi vida es un vasto cementerio
do se hallan sepultados, Amor mío,
tu recuerdo, tu hermosura y tu cariño.
Y aunque la luz de mi ardiente fe,
me hace entrever tu Bondad inmensa,
mi alma se seca cual una flor marchita,
faltando el riego del que le dio la vida.
En esto viene la esperanza bella,
cual mensajero del Amor divino,

y presurosa hacia mí se inclina
para alentarme en mi amarga pena.
¡Oh fuego de caridad! Dios escondido,
se abrasa mi alma en tu divino ardor.
Ni mis dolores, ni tu aparente olvido
me alejarán de Ti, que eres mi amor.
Postrada vivo en doloroso lecho,
esperando la caridad de mis Hermanas.
¡Oh, Tú que vives bajo un mismo techo,
bendice a aquellas a quienes tanto amas!
Y cuando libre del pesado cuerpo,
mi alma feliz tienda hacia Ti su vuelo,
entonces, ábreme, Amado mío
de tu mansión las puertas del Cielo.
Entonces, Madre del Amor Hermoso,
¡oh mi bella y celestial María!,
presenta tú mismo el alma mía
a mi amado y celestial Esposo".

Madre Mariana tuvo una santa enfermera, Madre Francisca de los Angeles. Esta escribía los versos, porque Madre Mariana no podía ni mover los dedos. La santa enferma los dictaba y juntas los cantaban, porque a pesar de su debilidad conservaba su melodiosa voz. Herían así el corazón de su Amado ya que Madre Francisca poseía también un espíritu seráfico y probada santidad, y cuando cantaban era un concierto celestial.

Madre María a veces encontraba esas dos Hostias de agradable olor, en melodiosas lamentaciones y su corazón se deshacía de ternura sin poder aliviar el terrible cerco diabólico que su santa sobrina padecía con tanto rigor. A pesar del temor que naturalmente tenía a la serpiente, la amante Priora acompañaba a Madre Mariana en todos los momentos en que estaba libre de desempeñar sus funciones. Dejo a consideración de mis Hermanas lo que pasaba en esos seráficos corazones.

Había rayado la aurora, la noche oscura de Madre Mariana proseguía allí. La enfermera caritativa, después de prestarle sus servicios, le dejó para asistir a la Santa Misa y comulgar, conforme lo ordena la Santa Regla. Madre Mariana quedó en compañía de su Santo Angel de la Guarda, el Seráfico Padre San Francisco y a los cuidados de su Madre del Cielo.

Permanecía inmóvil en su lecho de dolor, cuando escuchó un barullo terrible. Madre Mariana, que rezaba interiormente y sufría grandes amarguras, abrió los ojos y vio a la horrible y atroz serpiente dando vueltas en su celda, arrastrándose por las paredes, como si alguien la persiguiera para sacarla de allí. En ese momento, las penas del alma de esta virgen aumentaron; la desesperación se apoderó de su espíritu. Todos los actos heroicos de su vida, le parecían criminales; sus buenas obras, obras de perdición; su propia vocación, engaño e ilusión; con lo cual tenía firmada su perdición. En ese triste estado interior, cuando le parecía que por la violencia del sufrimiento, su alma se desprendía de su cuerpo para caer como plomo en el Infierno, se esforzó en gritar: "Estrella del mar, María Inmaculada, la débil embarcación de mi alma naufraga. Las aguas de la tribulación me ahogan. ¡Sálvame, pues perezco!".

En el apogeo de las privaciones, refulgente aparición de Nuestra Señora: la serpiente es precipitada al Infierno

En cuanto acabó de pronunciar estas palabras, se vio rodeada de una Luz celestial y que una mano cariñosa le tocaba la cabeza, oyendo al

mismo tiempo una voz que le decía: "¿Por qué temes, hija mía? ¿No sabes que estoy contigo en la tribulación? ¡Levántate y mírame!".

La humilde Religiosa, con sus propias fuerzas, se levantó de la cama y vio a una Señora llena de Majestad y Grandeza que respiraba dulzura y amor. Viéndola le preguntó: "¿Quién eres, hermosa Señora?".

Le contestó: "Yo soy la Madre del Cielo a quien invocaste. Desaparecerán las oscuridades de tu mente. Viste lo que es el Infierno. Sientes que ahora te saco de allí para colocarte en el Purgatorio a fin de que termines de purificar tu alma, porque tu Señor y tu Dios te destina para grandes y felices sucesos durante tu vida... Di a tu Madre de la tierra que se prepare para viajar a la Eternidad, pues ha llegado el tiempo que, saliendo de este mundo, reciba el premio por tantos sacrificios y sufrimientos padecidos para la Fundación de este Convento, al que amo con todo mi Corazón... Este Monasterio será muy perseguido, hasta el extremo de atentar contra la vida de mis hijas. Sin conseguir aquello, trabajarán con tenacidad infernal para su extinción, valiéndose de Religiosas y hasta de la Autoridad Superior. Por esto, como nada pueden los hombres contra las obras de Dios, seréis en este mismo solar, mártires en el espíritu, las cuales, despedazadas por los otros y por sí mismas, seréis amadas por Dios y columnas firmísimas que sustentarán la entonces agonizante Comunidad. Comunico ahora vida a tus nervios, venas y arterias y apartando de aquí a la maldita serpiente, quedas en dulce tranquilidad como quedan las almas después de salir del lugar de expiación".

Al decir estas palabras, la enorme serpiente dio un grito horrible de desesperación y se precipitó al Infierno, con tan gran estruendo, que produjo un temblor de tierra en la ciudad y en el Convento.

Madre Mariana estaba como muerta. Así la encontraron la Enfermera y la Priora, que corrieron para asistirla al sentir el temblor, y orando junto a ella, vieron que se volteaba, moviendo todos sus miembros, los que habían estado secos, sin vida, durante cinco meses, y abriendo sus hermosos ojos les dijo: "Madres, ya estoy con movimiento en

todo mi cuerpo. ¡Qué bondadosa es la Reina del Cielo! Ella me curó y me salvó. ¡Recemos el Santo Rosario!".

Madre Mariana lo hizo rezar, pero se notaba una profunda tristeza en su alma y al mismo tiempo la paz y tranquilidad del justo que sufre unido a Dios sin temor de caer en desgracia.

Concluida la recitación del Rosario, cantaron la Letanía Lauretana. Madre Mariana, que dio la entonación fue seguida con gran alegría por las presentes, las cuales, aseguran, nunca haber sentido sus corazones tan abrazados en el amor a Dios, como en esa ocasión que cantaron con la Santa.

Le trajeron de inmediato una tasa de sopa con pan y carne. Comió por sí misma sin necesitar ayuda. Dio gracias al Dador de todo bien e hizo lo mismo con Madre María, a fin de contar lo que había pasado en su alma. La Priora recibió, poco después, al Padre Confesor diciéndole: "Padre, mi destierro termina, ayúdeme a preparar mi alma para el gran salto del tiempo a la Eternidad". El Padre le preguntó cómo sabía eso y ella guardó silencio.

Después de ver a Madre Mariana, el Confesor dijo a la Madre María: "¡Valor, hija mía, valor! ¡El Cielo está próximo para usted Reverenda Madre! Cuando esté bajo el manto azulado de nuestra Madre Inmaculada, no olvide a sus Hermanas y a sus Hermanos Menores, los que en todo tiempo favorecerán a este Convento de la Inmaculada Concepción".

Jesucristo sufre más que tú

Seguía Madre Mariana en su cama sufriendo indeciblemente en su cuerpo y en su alma pero con la tranquilidad de un alma justa. Tenía, por otro lado, el consuelo de poderse mover. Durante este Purgatorio

fue el ejemplo práctico de cómo deben las Religiosas recibir las pruebas interiores y las enfermedades corporales animadas por el espíritu de sacrificio y ejercitando, para edificación de nuestras Hermanas, las virtudes de Fe, Esperanza y Caridad, Paciencia, Tolerancia y silenciosa resignación, con las cuales nos convertiremos en verdaderos apóstoles de Jesús Crucificado, Divino Modelo de los predestinados, a cuya imagen nos debemos conformar para ser reconocidos por nuestro Padre Celestial. Esto lo comprendía bien nuestra humilde Religiosa, pues era un Angel del dolor.

Aunque el Señor le ha aflojado sus manos dejándole libre el movimiento para que pueda atenderse a sí misma. Ella conservaba vivos los dolores y la incomodidad propia de una enferma. El médico, señor Sancho, se encontraba perdido en su medicina, a pesar de que era el más famoso médico del país, a quien acudían enfermos aun de fuera de la ciudad. Decía la Madre María que estaba desengañado en cuanto al estado de salud de Madre Mariana, la que empeoraba día a día. Insistía en que su muerte era inevitable y que tendríamos en el Cielo una amiga, hermana y medianera.

Las fuerzas físicas de este Angel del dolor se extinguían paulatinamente, llegando al extremo de no poder tragar ni un líquido. Sin embargo, ella no perdía la tranquilidad de una alma abnegada y santa. Cuando la Priora y las Hermanas le preguntaban cómo se sentía, respondía, con una sonrisa celestial: bastante mal, creo que mi destierro ya termina, mas, Jesucristo, el Amado de mi alma, sufrió más que yo, y esto me hace feliz.

Muerte mística de la Hermana Mariana de Jesús

"Bendita la Voluntad de Dios que brinda dulces encantos a mi alma", Madre Mariana permaneció en este estado grave de salud hasta prin-

cipios de septiembre de 1589, cuando en el segundo miércoles de ese mes a las 9:00 horas de la mañana, comenzó su agonía. En ese día, por la mañana, celebraron la Santa Misa en su celda.

Recibió la Extremaunción con edificante y admirable fervor y con la inmensa alegría de quien ve el término de sus sufrimientos. Al toque lúgubre de la campana la Comunidad y los Menores, bañados en lágrimas, rodearon su cama. Así permaneció hasta el medio día y viendo que no moría se retiraron para tomar alimento, quedando a su lado sólo la santa enfermera.

A la tarde, las Hermanas y los Frailes volvieron a acompañarla hasta el toque de las Ave-Marías, ordenándole en nombre de la Santa Obediencia, que no muriese sino en su presencia. Como estaba obligada por la Santa Obediencia, ellos pasarían la noche tranquilos.

A la mañana siguiente la encontraron en la misma agonía. Al mediodía del viernes comenzaron las convulsiones de su cuerpo. Su hermoso rostro se desfiguró apoderándose de él la palidez y el frío de la muerte.

Madre María y los Frailes dijeron: "Hermanas y Madres: recemos con fervor a fin de que el Señor sea servido llevando esa bendita alma de su cuerpo, pues, ya no tenemos corazón para verla sufrir más". Y se pusieron a rezar encomendando su alma a Dios.

A las tres y media de la tarde levantó sus ojos al cielo, bajándolos luego.

Besó el Crucifijo que tenía en sus manos, lo estrechó contra su corazón, derramando sobre él algunas lágrimas, inclinó ligeramente su cabeza sobre el Cristo y dando un suspiro murió.

Los Frailes decían llorando: "Se fue nuestra angelical Hermana. Pobres de nosotros que estamos aún en el destierro de la vida". Las Religiosas se convencieron de su muerte y lloraban; los Frailes cantaron el último responso. Llamaron al señor Sancho que testimonió que ella estaba muerta. Salió del Monasterio y las Hermanas amortajaron su cadáver helado, arreglando con flores las andas que tenían para el

efecto, conduciéndola al Coro Inferior.

El pueblo y la nobleza velaron su cuerpo el viernes y el sábado; clamaban por ver a su Madre, diciendo a gritos: murió la Santa, se fue nuestro Angel... las Religiosas rezaban día y noche manteniendo encendidas las velas que la iluminaban.

Temían la descomposición de su cadáver, pero cuando se aproximaban y la tocaban se convencían de que la corrupción no había invadido su cuerpo helado.

La noche del sábado, Madre María dice a las Hermanas: "Hijas mías, nuestra Hermana ya no necesita de nosotras. Estamos sufridas y cansadas. Retirémonos todas dejándola al cuidado del Solitario del Sagrario a quien nuestra Hermana amó con delirio.

Recuperemos nuestras fuerzas para rezar el Oficio Parvo que será siempre para las Hijas de la Inmaculada Concepción el sustento para la Observancia regular y la conservación del espíritu religioso, así como lo vio nuestra Santa Hermana, a la cual sepultaremos el día lunes". Las Religiosas se retiraron tristes y llorosas, el sueño se apoderó de ellas y se durmieron profundamente.

Su resurrección

Por la mañana se levantaron fervorosas para el Oficio y se encaminaron al Coro. Cuando llegaron allí vieron que la Madre Mariana estaba rezando y las abrazaba, dándoles el Aleluya. Las Hermanas asustadas comenzaron a correr. Ella les decía: "Mis Hermanitas, estoy viva, ¿por qué tienen miedo cuando me quieren tanto?". Todas salieron y fueron al dormitorio a avisar a Madre María, y reunidas en Comunidad volvieron al Coro Superior. La Priora encontrando a Madre Mariana, pensando que fuese su alma, dice:

"¡En Nombre de Dios y de la Santa Obediencia, te mando me digas lo que necesitas!".

"Madre, no tenga miedo", respondió. "Estoy viva y quiero estar con mis Hermanas y vivir con ellas". Diciendo esto fue a abrazar a Madre María, la que se esquivaba por temor. Pero Madre Mariana insistía: "Míreme, Madre soy yo misma; estoy sana y robusta".

Rezaron a continuación el Oficio Parvo, y como Madre Mariana estuviese con ellas, permanecían con miedo.

Concluida la recitación fueron todas al Coro Inferior para ver si el cadáver se encontraba allí. Vieron solamente las andas vacías, las mortajas y las velas, convenciéndose entonces de que había resucitado. Avisaron a los Frailes que la vieron expirar, los que llegaron abismados por el portento.

Madre Mariana fue a comulgar y enseguida dio cuenta al Director, Padre Antonio Jurado y a Madre María, [de] todo lo ocurrido.

Dice, la Madre Mariana, que Dios Nuestro Señor, cuando ella murió, colocó su alma en otra purificación, por donde ella veía cómo estaba su cadáver, padeciendo, por ello, un Purgatorio místico; que permaneció en ese sufrimiento hasta las tres de la madrugada del domingo, hora en que Nuestro Señor resucitó, y que su alma volvió a su cuerpo, comunicándole el vigor y la robustez de antes... Se levantó, se bajó de las andas y apagó una vela, que, por un temblor de tierra, había caído amenazando incendiar el Convento... Apagada la vela y liberada de las mortajas, fue al Coro Superior a esperar a sus Hermanas para darles el Aleluya, diciéndoles que Nuestro Señor le había concedido la vida para [que], haciendo méritos, padeciese y sufriese por amor a Cristo.

Con este relato quedaron admiradas, pues vieron a la Madre Mariana que durante un año estuvo postrada en cama, extenuada, y ahora la veían robusta y con sus manos rosadas como antes.

Llamaron al señor Sancho avisándole lo sucedido, mas él no quiso entrar tachándolas de dementes, a causa del cansancio, y fue a los

franciscanos para decir a los Frailes que entierren pronto el cadáver de Madre Mariana, pues si no las Religiosas se volverían dementes; mas, no encontrando a los Frailes en el Convento, entró al Monasterio y viendo a Madre Mariana viva y robusta admirado dijo: "¡Cuán imprevisibles son los Juicios de Dios!". Y declaró bajo juramento lo ocurrido, juntamente con los Padres y las Religiosas.

Estas declaraciones existen en los archivos del Monasterio.

Madre Mariana prosiguió su vida de penitencia, y no es fácil expresar lo que acontecería en esa alma santa, que retornó a la vida para padecer.

Dejamos a consideración de nuestros lectores la alegría de la Comunidad al convencerse de que ella estaba viva y pues tenían el tesoro por cuya pérdida tanto lloraron.

¡Oh Dios inmenso eres admirable en tus Santos!

XIV

Corría el año del Señor de 1592 y Madre María agobiada por los dolores había empeorado de su enfermedad al corazón. El médico, señor Sancho dice a los Frailes Menores que la Madre Fundadora necesita tranquilidad y descanso.

Al saber esto, el Reverendo Padre Provincial de la Orden Seráfica, reunió a los Frailes del Definitorio, y hablando al respecto resolvieron hacer el Capítulo para la elección de la nueva Abadesa, a fin de preservar la vida de la Fundadora. Los Frailes vinieron de inmediato al Monasterio.

Reunida la Comunidad, el Provincial habló a las Religiosas comunicándoles la determinación del médico y de cómo Madre María dejaría el Priorato y que, al día siguiente, después de la Santa Misa sería electa la nueva Priora. Encargó rezaran mucho a Dios Nuestro Señor por el feliz acierto en la elección y les dio una amorosa plática. Dicho esto, en presencia de los Reverendos Padres, Madre María se despidió de la Comunidad con las siguientes palabras:

"Cuán dulces son los recuerdos del tiempo que pasé en el Monasterio de España, donde reinaba la fiel Observancia Monástica. Me encontraba tranquila en mi mejor edad. Cuando menos imaginaba, la Obediencia me mandó [a] atravesar los mares y [que] viniese a hacer

esta Fundación. Lágrimas, ruegos, esfuerzos, todo fue inútil. Rendida bajo el peso de la Obediencia e inclinando mi frente sobre la Santa Cruz la abracé, estando dispuesta a toda amargura. Desde el momento en que navegaba en alta mar, cuando la serpiente infernal levantó aquella tormenta, hasta hoy, el corazón de vuestra Fundadora ha sido víctima de crueles martirios. Cuántos sacrificios, penurias y pobrezas para proveeros de lo necesario... Llega por fin la hora del adiós final, temporal. Os esperaré en el Cielo, pero antes de partir os confiaré un secreto: muero de dolor al ver que muy pronto dejaréis la Obediencia a los Menores, cambiando, incautas, de jurisdicción. Al fin vosotras decidiréis... ¡Ah, hijas mías, si conocierais el don de Dios que ahora tenéis! Mañana vuestras Hermanas llorarán sobre vosotras y estas lágrimas llegarán al Trono del Señor. Les ruego, una vez más, que penséis en [el] asunto tan grave y a la luz de la Eternidad... En fin, vuestra Madre, postrada en tierra, os pide perdón de todo mal ejemplo y falta de virtud y en prenda del amor maternal os dejo a mi sobrina Mariana de Jesús, y la bendición. ¡Rogad por mí!".

Aquí, las lágrimas de las Religiosas corrían como un torrente. Todas abrazaban a la Madre Fundadora y era de ver la escena conmovedora entre la Madre y sus hijas, de las que parecía se les arrancaba el corazón. Cada cual prometía fidelidad y sumisión a los Menores. Llegaron cuatro Religiosas descontentas, abrazaron en silencio a su Madre y ésta les dijo entre sollozos: "Hijas mías, cómo quisiera darles mi corazón en prenda de mi amor".

¡Qué ternura y qué lágrimas de compasión derramaban los Frailes Menores al escuchar el lamento de las Religiosas, no pudiendo confortarlas! Dejando allí a la Priora Fundadora entre gemidos, las Religiosas rogaban al Provincial que no les retirase a su Madre y que no hiciese el Capítulo, mas el Reverendo Padre les hizo ver que eso era imposible y que al día siguiente sería la elección de la nueva Abadesa.

Los Padres se retiraron dejando a las Religiosas gimiendo por la próxima separación del sol que les daba vida.

Bien se puede comprender cómo pasarían aquella noche invocando

al Divino Esposo para que les iluminase a fin de poder elegir a la Priora que fuese de su Santa Voluntad.

Madre Mariana es elegida Priora

En efecto, Dios escuchó los gemidos y las iluminó para que viesen quién debería ocupar el lugar de la Fundadora.

Al día siguiente, después de la Santa Misa, fue en efecto el Capítulo, presidido por los Reverendos Padres Menores, y en la primera votación, CON UNANIMIDAD DE VOTOS, salió canónicamente elegida la Reverenda Madre MARIANA DE JESUS TORRES. El regocijo de las Religiosas fue general al ver que Dios les daba por Abadesa a una Madre tan digna, tan santa y sobrina de su Madre Fundadora.

La humilde paloma, confundida y avergonzada al confrontar su pequeñez con tan alta dignidad, no quería aceptar el cargo, llorando desconsolada pareciendo una triste niña en los brazos de Madre María. La santa Fundadora la acariciaba diciéndole que ella misma debería desempeñar ese oficio y consolándola con otras palabras, y viendo que la sobrina no aceptaba razones, le dice con aire de autoridad: "Hija mía, ¿es esto ser Religiosa?". Y revistiéndole con la Capa Magna le obligó a cargar la Cruz, mientras Madre Mariana renunciaba repetidas veces al Oficio delante del Provincial, diciendo, llena de lágrimas, que no tiene la edad que prescribe la Regla y que había otras Religiosas mejores y más dignas.

A esto el Padre respondió: "Renuncie también a su vocación Religiosa". "Eso no, Padre mío, replicó. Jamás lo haré". Prosiguió entonces el Provincial: "Si tienes amor a la Obediencia, en nombre del Seráfico Padre San Francisco y la Santa Obediencia acepta el Oficio de Priora".

A este mandato se sometió. Lloraba recibiendo el Cargo. Sentada en

la Silla Abacial recibió la Obediencia de todas las Religiosas. La primera que se acercó para prestar Obediencia fue la Madre Fundadora, la que abrazándola le dijo: "Hija mía, ahora eres mi Madre y tú cerrarás mis ojos".

A continuación prestaron Obediencia las demás Religiosas y a cada una el Reverendo Padre Provincial daba una estampa de nuestro Padre San Francisco.

Concluida esta conmovedora ceremonia el Provincial les dirigió la Plática elocuente explicando cómo debe ser reverenciada y acatada la Priora, y el significado de esto.

Terminada la Plática entraron por los claustros en Procesión y los Frailes Menores cantaron el "Te Deum laudamus".

Durante la Procesión el rostro de Madre Mariana estaba siempre rosado y a veces palidecía como cera sin perder su hermosura. Acabada la procesión, los Frailes dirigieron bellas palabras a las Religiosas en la sala Capitular y a continuación dejaron el Monasterio.

Al mediodía se dirigieron las Religiosas al refectorio. En ese momento llamaban a la puerta. Eran los Menores que les enviaban el almuerzo. Era tal el cariño que tenían a la Comunidad, en especial a la Fundadora. Ellos habían pedido limosna e hicieron preparar la comida para la nueva Abadesa y sus hijas.

Con qué ternura y gratitud la Madre Fundadora, la nueva Abadesa y las demás Religiosas celebraron el obsequio de sus Hermanos Seráficos, los que, después de haber alimentado el entendimiento y el corazón de sus Hermanas, con hermosas Pláticas y demostraciones de afecto paternal, se ofrecieron para ayudar a la nueva Priora y a servir y proteger a la Comunidad hasta cuando Dios quiera. Les ofrecieron también en ese día el delicado alimento para sus existencias desfallecidas.

Así el regocijo de la Comunidad, festejando a su nueva Priora, en esos benditos claustros, fue todo seráfico e inigualable.

La unión y la caridad resplandecían y la Inmaculada Concepción se

gloriaba de tener como Priora a la hija primogénita de sus amores. Esta predilección se la manifestó de la siguiente manera:

Nuestra Señora envía a Madre Mariana un manjar celestial

En la tarde de ese mismo día, un desconocido llamaba a las Religiosas en el torno. Madre María lo atendió recibiendo este recado: "La Señora, sabiendo que Madre Mariana de Jesús fue elegida Abadesa le manda este manjar, diciendo que la tenga siempre presente". El regalo era tan grande que Madre María fue a llamar a sus Hermanas para que le ayudasen a transportarlo. Preguntando quién era la Señora que enviaba tan exquisito regalo, no obtuvo respuesta y llevándolo con sus blancas y hermosas manos fue a presentarlo a Madre Mariana diciendo:

- "Mi Madre, mire este delicado presente que le mandan", y dio el recado de la Señora.

- "¿Qué Señora?", preguntó Madre Mariana.

- "No dio el nombre", respondió Madre María.

- "Sin duda será la Marquesa", prosiguió la Santa.

Madre Mariana se fijó atentamente en el regalo, sonriendo dulcemente.

Distribuyó el manjar entre las Religiosas y a medida que repartía se iba multiplicando, dando a cada una cantidad grande como para saciar el hambre. Las Hermanas aseguraban jamás haber comido tan exquisito alimento.

Sin duda alguna, la Santísima Virgen envió a sus hijas ese manjar celestial, por eso Madre Mariana sonrió, pues debía comprender que era su Madre la que lo enviaba.

Al día siguiente, Madre María fue al torno a recibir los ricos presentes enviados por la Marquesa, y también algunos patacones (antigua moneda) para el sustento de la Comunidad. La Marquesa, sabiendo que Madre Mariana había sido electa Priora, quiso felicitarla viniendo personalmente al Monasterio. Madre Mariana no pudo recibirla por estar indispuesta.

La Marquesa respondió, entonces, que volvería al día siguiente mandando dijesen a la Priora que: mientras su joven amiga estuviese de Abadesa la despensa del Monasterio estaría siempre llena. Madre María agradeció por todo lo que había enviado, en especial por el riquísimo manjar del día anterior.

Nuestra Madre, dice la Marquesa, está equivocada. Nada he enviado ayer. Avergonzada dice: "Aún no me han llegado los alimentos de mis tierras y no pude preparar nada". Y como Madre María insistiese, la Marquesa preguntó cuál era la naturaleza del presente.

Recibiendo la explicación ella respondió: "Eso no fue preparado en mi casa, nadie ha servido eso en mi mesa".

Con esto, Madre María comprendió, sin duda alguna, cómo la Santísima Virgen presentaba a su sobrina a la Comunidad con estos sucesos de amor y misericordia.

La noche del día en que fue elegida, Madre Mariana permaneció cinco horas como muerta. Las Religiosas asustadas quisieron llamar al médico, mas Madre María dijo que no lo hicieran y que la dejaran. Cuando volvió en sí derramó un torrente de lágrimas y las Hermanas rogaron a la Fundadora que permaneciese gobernándolas pues Madre Mariana acabaría enfermándose de tanto llorar.

"Mis queridas hijas, eso no pasará, respondió. Esa es la Voluntad de Dios".

Y fijando sus ojos en su sobrina dice: "Mi Madre, tú eres Madre y Priora, pero siendo yo Fundadora, tengo derecho a que me comuniques lo que te aconteció".

Madre María recibe la noticia de su muerte

Madre Mariana tomó de la mano a Madre María y la estrechó contra su pecho diciéndole: "Mi Madre, te vi muerta y que me dejabas cuando más necesito de ti.

Me prosterné ante el trono de Dios sacrificando mi vida en lugar de la tuya, mas, no fui digna de que El me aceptase, pues la fruta ya está madura para el Cielo".

Madre María, trémula, pregunta: "¿Cuándo será eso, hija mía?". "Luego, Madre", respondió la sobrina, "y ojalá pueda acompañarte".

"No, hija mía", dijo la primera. "Cuando llegue al Cielo, postrada delante del Trono de Dios, rogaré para que te dé larga vida a fin de que mantengas la Santa Observancia y gobiernes mi Monasterio".

Prosiguió Madre Mariana: "Madre mía, los Menores se separarán de la Orden. Tú no podrías resistir ese sufrimiento. Eso es sólo para mí". Y le comunicó a la tía todos los padecimientos que tenía que sufrir (que los vio en éxtasis). Sería perseguida, encarcelada y atormentada.

Madre Mariana vio que el rostro de su tía se transformaba en profundo sufrimiento y sintió una inspiración secreta que le decía no continuar comunicando sus penas futuras a fin de no agravar el estado de salud de su tía, y quedó callada.

Pronóstico sobre el relajamiento en la vida de Comunidad

Madre María dice a su sobrina: "Hija mía, la vida común se relajará y clamo al Señor que eso no acontezca en tu tiempo". "Eso no sucederá en mi tiempo, dice Madre Mariana, y cuando eso suceda habrá almas que con su sacrificio detendrán la Ira Divina".

En efecto, la profecía de Madre Mariana se cumplió. La vida común duró ciento dieciocho años después de la Fundación, cuando ya estaban muertas...

Madre María dio a su sobrina Reglas que las debería observar para el gobierno de la Comunidad, confiándole varios secretos y los grandes sufrimientos que padecerían. Se separó de su sobrina, después de abrazarla, fue luego a hablar con el Padre Provincial y bañada en llanto le dijo: "Mi Padre, temo mucho los deslices de la santa pobreza que hay entre los franciscanos. Conténgalos y trabaje para eliminar todos los abusos". "Hija mía", respondió el Provincial, "eso es así pero es difícil remediar el mal. Temo que ocurra una catástrofe".

XV

De cómo Madre Mariana de Jesús continuó gobernando con acierto el Monasterio. Ultima enfermedad de la Madre Fundadora y su preciosa muerte. Lamento de su Comunidad

El gobierno de Madre Mariana fue de paz, dulzura y estricta Observancia desde el momento que aceptó la Cruz del Priorato. Imitó a su Divino Esposo con suma diligencia y heroica fortaleza para celar por la honra de su Amado, promoviendo el culto divino. En una palabra, la Santísima Virgen gobernaba el espíritu de Madre Mariana. Esta, en todas las dificultades consultaba a su santa tía Madre María, siendo su único consuelo comunicarle sus dudas y tribulaciones. Mas, como Dios Nuestro Señor quiso que el alma de esa joven Priora subiese sola al Calvario, permitió que la dura prueba de la muerte de la Madre Fundadora purificase su alma, a fin de que en soledad y desamparo fuese la víctima del Monasterio de la Inmaculada Concepción.

Se agrava la enfermedad de Madre María

Corría el año del Señor de 1593 y la salud de Madre María se agravaba sensiblemente. Era tal su debilidad que se hacía violencia para asistir a los actos de Comunidad y sus hijas le rogaban que tomase algún descanso porque sus achaques no le permitían ya la estricta Observancia.

"Mis hijas", respondía la Madre. "Soy Fundadora de este Monasterio y quiero dejar a mis hijas como fundamento de Observancia, la violencia que me hago y ahora no admitiré ningún descanso hasta llegar al Cielo, pues la vida es para trabajar".

En efecto, esta Hostia purísima se iba consumiendo en los altares de la caridad para con sus hijas presentes y futuras..., hasta que llegó el día 17 de septiembre, fiesta de los Estigmas del Seráfico Padre San Francisco. En las segundas Vísperas le acometió un acceso de dolor y ella apoyada en su cadera y ayudada por Madre Mariana, permaneció hasta que se acabó la Divina Salmodia. Terminó en los brazos de su Priora y sobrina, salió del Coro y fue llevada a la enfermería donde Madre Mariana le dice:

"Mi Madre, es la primera vez que os ordeno, por Obediencia, que descanses en la cama y no asistas a los actos de la Comunidad".

Madre María acató la orden de su Priora, le salieron las lágrimas de los ojos y besando el escapulario de su sobrina, permaneció en la cama por algunos días.

Llegó la Novena de Nuestro Padre San Francisco, en esos días pidió [que] la llevaran al Coro. Cuando pasaba el día en la cama, estaba siempre rodeada de sus hijas, pues no podían desprenderse de su Madre Fundadora. En los días de la Novena se agravó violentamente, [tanto] que se notó el estremecimiento de sus huesos y nervios y comenzó a agonizar.

Tres horas duró esta agonía. Las Religiosas lloraban pensando que ya estaba muerta. Madre Mariana las consolaba: "No lloréis, les decía, Madre María ha de permanecer algunos días con nosotras".

Sucede que, antes de esta última crisis, Madre María se dirigió, un día, a las Religiosas que rodeaban su lecho y les dijo: "Hijas mías, como Fundadora os voy a pedir un favor: y es que, hasta que muera, durante estos días, no permitáis que [la] Madre Abadesa, mi sobrina, se aparte de mi lado; y que la Madre Vicaria presida todos los actos de la Comunidad". Todas sus hijas accedieron con gusto al pedido; y Madre Mariana no se separó ni un momento del lecho de la santa enferma.

Durante este tiempo le daba Reglas para corregir a quienes cometían una falta. Le decía: "Hija mía, nunca corrijas llevada por tu celo, mientras la culpable no reconozca su falta. Tú postrada a sus pies le rogarás que se enmiende". Así fue.

¡Qué momentos de divinos coloquios entre la Fundadora y la Priora de la naciente Comunidad de la Inmaculada Concepción!

Madre Mariana pasaba las noches en oración junto a la santa enferma.

Tomaba una pequeña refección. Pasaba consolando a su Madre Fundadora. Cuando rezaba pedía al Señor que le concediese la vida de su Madre y [le] apartase el amargo cáliz de la muerte y [se] la diese a ella. Pero en su interior sentía que esa no era la Voluntad de Dios, y con sus palabras le decía a su Divino Esposo: "No se haga mi voluntad sino la tuya".

Profecías de [la] Madre Fundadora respecto de la Orden

Cruelísimo martirio sufría Madre Mariana con la enfermedad de su Madre Fundadora.

Cuando Madre María se tranquilizaba, su sobrina fijaba sus ojos en ella y le decía: "Madre mía, comuníqueme vuestro interior. Ahora me diréis lo que pasó contigo".

"Hija mía", le dice, "los Frailes Menores van a separarse del gobierno del Monasterio. Algunas almas ingratas rechazarán a los hijos del Seráfico Padre San Francisco. La Orden de la Inmaculada Concepción está injertada en el árbol de Nuestro Padre San Francisco y él mismo sacudirá este árbol para que caigan las hojas podridas y secas; el árbol será podado para que florezca y esto ocurrirá con más fuerza en el siglo XX. Este árbol frondoso y robusto de la Inmaculada Concepción, de tiempo en tiempo, será sacudido por nuestro Padre San Francisco, a fin de que floreciendo, las flores den frutos maduros de virtudes. Habrá almas ingratas, que rechazando la obediencia a los Frailes Menores, perderán su vocación".

En este éxtasis, vio la Madre Fundadora todo lo que debía acontecer en los siglos venideros. Comunicó a Madre Mariana muchas cosas que no es posible expresar aquí. Estas almas se unirán más estrechamente con el espíritu de profecía que Dios les comunicó.

La salud de Madre María se agravaba cada vez más. Llamaron al Doctor Sancho, quien la vio y meneó la cabeza diciendo: "Madre, recordad en el Cielo a vuestros amigos", y saliendo de la celda de la enferma dice a Madre Mariana: "Madre María muere. Le doy mi más sentido pésame".

Llegó el día 4 de octubre, fiesta de nuestro Seráfico Padre y la santa enferma amaneció muy animada y llena de vida... Las Religiosas juzgaron que nuestro Padre San Francisco había escuchado sus ruegos e iba a curar a su Santa Madre Fundadora. La Comunidad estaba muy contenta. Entró el Reverendo Padre Provincial, celebró la Santa Misa en la celda de la enferma, le dio la Comunión y después se aproximó a su lecho y tocó el pulso e inmediatamente dice a la Madre Mariana: "El pulso ya paró, la Madre acaba de morir".

Madre Mariana aproximándose le dice: "Madre mía, ¿qué le pasa?".

"Adiós, hija mía. Yo me voy", le respondió.

Le dieron nuevamente la Extrema-Unción; el Padre Provincial pidió la cera bendita y le puso en la mano diciendo: "Madre mía, tu Divino Esposo te espera, ya vas al Cielo; y ahora, como Fundadora de este Convento, bendice a tus hijas y diles las últimas palabras".

Mientras tanto Madre María se sentó. Las señales de la enfermedad desaparecieron de su rostro, el que brilló hermosísimo como una rosa encarnada, tal como estaba a la edad de treinta y tres años, cuando fundó la Orden. En sus ojos vivísimos demostró dulzura y afecto para sus hijas. Pidió que le pasaran el Crucifijo y con amor lo recibió de las manos del Padre Provincial; comenzó, entonces, a despedirse de sus hijas. Les pidió perdón por todo lo que les hubiese causado escándalo o sufrimiento y, dirigiéndose a cuatro Religiosas inobservantes, les hizo ver que para el bien de ellas había tenido fortaleza para someterles a la Obediencia de los Menores, añadió otras palabras de unción y amor. Mientras tanto, la Comunidad lloraba a gritos y los Frailes Menores que rodeaban su lecho también les acompañaban en su dolor.

"Hijas mías", les dice la Madre, "tengan presente cuánto me ha costado la Fundación", y las exhortó a la Observancia de la Regla. "No os olvidéis de vuestra Madre. Adiós, hijas mías. Cuidaré de vosotras desde el Cielo y desde allí os reprenderé".

Las Religiosas dijeron que nada tenían que perdonarle, mejor que ella perdonase a cada una por todo cuanto la hubiese ofendido. Dicho esto se acercó Madre Mariana a recibir la bendición; la Fundadora la bendijo con el Crucifijo e hizo que las Religiosas besaran las santas llagas al mismo tiempo que extendió su mano para que la besaran.

Acabando de bendecir a la Comunidad, llamó a su sobrina diciendo: "Que se acerque la Madre Abadesa". Y le dice: "Hija mía, adiós. Te dejo como herencia mi corazón y mi espíritu, todos mis sufrimientos y la Pasión de mi Divino Esposo; y te entrego mi grey para que cuides de su estricta Observancia; yo tuve y tengo que dar estricta cuenta del alma de cada una de mis hijas, sosténlas con fortaleza en el cumplimiento de la Santa Regla". Luego la Fundadora pronunció palabras de mucha sabiduría y edificación. Nuevamente bendijo a Madre Mariana encargándole a sus hijas: "Tú, hija mía, besa la Llaga del Costado". Y parece que en ese momento entregó a su sobrina al Sagrado Corazón de su Divino Esposo; y luego la Fundadora le dio el último abrazo.

A continuación, Madre María levantó el Crucifijo y dijo: "Bendigo a mi Comunidad presente, bendigo a todas mis hijas futuras hasta la última que ha de ser fiel a su vocación en este mismo lugar; conozco a todas por sus fisonomías, su caracteres, sus virtudes y defectos, y veo a través de los siglos lo que han de pasar. Bendigo este Monasterio, bendigo estos benditos claustros que tanto me costaron, bendigo estas murallas y bendigo este lugar. Estas cosas serán escritas en el corazón de todas mis hijas aquí presentes y las transmitirán a mis sucesoras, las que leyendo y sabiendo esto me amarán. Por mi parte, desde el Cielo les daré una bendición especial. Esto se sabrá cuando mi Comunidad estará agonizante en el siglo XX, y, como débil barquilla fuere combatida por furiosas olas, pero en este tiempo habrá hijas dignas de su vocación.

En esta difícil y angustiosa situación la Estrella de los Mares, María Santísima, las salvará del naufragio y el soplo del Espíritu Santo calmará la tormenta dejándola en tranquila paz, calma y bonanza".

Dicho esto dio la última bendición con el Crucifijo a todas sus sucesoras.

Dio también una bendición especial a la Orden Seráfica, diciendo: "Bendita seas de Dios mil veces, Seráfica Orden y Madre mía a cuya sombra viví y en cuyos brazos muero tranquila y a cuya sombra bendita se acogen todas mis hijas, hasta el último día de los tiempos,

para ser resguardadas del enemigo infernal y de sus engaños y tentaciones. Aquella que la ame será bendita de Dios y aquella que la desprecie y se aleje, será maldita. Oh, mi Seráfico Padre, San Francisco, guarda siempre en vuestro Seráfico corazón a todas vuestras hijas Concepcionistas".

Este parece haber sido el último "suspiro" de su inflamado amor a Dios y a su Seráfica Orden. Su mano trémula dejó caer el Crucifijo y el Provincial puso la cera bendita en su mano. Comenzó la agonía.

La agonía

Hasta este momento, su voz era sonora. Al dar comienzo la agonía dio un suspiro y rezaba amorosamente las jaculatorias que le sugerían el Padre Provincial y Madre Mariana: "Jesús, María, José y Francisco", repetía dulcemente y cuando callaba el Padre o la Madre Mariana, la moribunda continuaba repitiéndolas.

Sus ojos hermosos, los tenía elevados al Cielo. Madre Mariana lentamente los cerraba con la mano, conforme se iban debilitando, hasta que, cerrándolos por completo, se escuchó su última palabra, que casi no se entendió: "Francisco".

Su muerte y sepultura. El juicio de Dios

Los Frailes rezaban las oraciones de los agonizantes y cuando cantaban el Credo, ella exhaló el último suspiro con una dulce sonrisa,

como si viese algo celestial.

En este momento, su preciosa alma se separó del cuerpo virginal y Madre Mariana vio cómo su alma se presentó al tremendo Juicio de Dios. Tenía el aspecto de una blanca y hermosa nube con apenas una ligera mancha un tanto oscura.

Al mismo tiempo, Madre Mariana vio en el Cielo el Trono de Gloria de gran majestad y hermosura al que la Madre María estaba destinada y un Coro especial que ocupaban sólo las Fundadoras de las Ordenes Religiosas. El trono de Madre María era de gran gloria y esplendor por ser la Fundadora del Monasterio de la Inmaculada Concepción de Quito.

Dios Nuestro Señor hizo ver a Madre Mariana cómo su tía fue al Purgatorio por ocho días y cómo ella sufría la pena del fuego –sólo la pena de daño–. Ella vio esto en el mismo instante que expiró la Fundadora, en tanto los Frailes rodeaban su lecho y la veían morir.

Cuando los Frailes la vieron muerta quisieron cantar el Responsorio, pero las Religiosas se opusieron pues pensaban que se encontraba en un dulcísimo éxtasis, porque su rostro estaba hermosísimo, rosado y los labios como si fuesen rosas..., la boca dibujaba una sonrisa y estaba entreabierta como si fuese a hablar; pensaban que estaba viva.

Los Frailes, desde que comenzó la agonía, temían que Madre Mariana también muriese debido al sufrimiento, pero Dios fortaleció a su Esposa que sufría en ese momento un doble martirio, ver morir a su Madre y verla en la Prisión del Purgatorio.

Ella sabía que Madre María estaba muerta, pero no decía una palabra, sólo besó su frente, manos y pies. Los Padres instaban para cantar el Responsorio pero la Comunidad se oponía. Así permanecieron todos rodeando el lecho de su tesoro.

Buscaron al Doctor Sancho pero como no lo encontrasen en ninguna parte, tocaron la campana, como solían hacerlo, para llamar al médico. El Doctor llegó, examinó a la Fundadora y dijo a los Menores: "Mis Padres, la Madre ha muerto hace dos horas".

Entonces cantaron el Responsorio, y traspasados de dolor salieron los Frailes, dejando inconsolable a la Comunidad llorando la muerte de su Madre.

Madre Mariana no permitió que ninguna Religiosa amortajara a su tía. Ella misma con amor de sobrina, ternura de hija y reverencia a una Santa, amortajó su santo cadáver.

¡Oh, cuáles serían los afectos de sus hijas, con qué ternura besarían esas manos bienhechoras! Y desahogando con tristes lamentos sus corazones huérfanos cubrieron de flores el cadáver y lo llevaron, para velarlo, al Coro Inferior. Hermosa, y como en éxtasis, semejaba una rosa. Su cuerpo permaneció tres días sin descomponerse ni exhalar mal olor. De muerta tenía sólo el frío.

Sus hijas no podían separarse de su Madre; día y noche pasaron junto al cadáver, reemplazándose, y juzgaban que aún estaba viva. Madre Mariana, que todo sabía, las dejaba que desfogasen su sufrimiento a los pies de su Madre.

Al tercer día vieron que en su mano se había engrosado una vena, y, a pesar de que todo su cuerpo estaba hermoso y flexible, fue necesario sepultar el cadáver. Lo sepultaron en el Coro Inferior con una señal indicando que fue la Fundadora. Las exequias y todos los funerales fueron realizados por los Frailes Menores.

Madre Mariana, que tenía el corazón transido de dolor, cuando ya estaba sepultado el cadáver de su amada tía, dio rienda suelta a su aflicción; hechóse a llorar su orfandad y rezó a su Divino Esposo, diciéndole que no podía soportar más ver a su Madre en el Purgatorio.

Madre Mariana libra del Purgatorio el alma de Madre María

"Mi Amor -dice la Madre Mariana a su Esposo Celestial- si me quitaste a mi Madre en la tierra, haz que la vea en el Cielo".

Madre Mariana continuó diciendo a Jesús: "Dadme el alma de mi Madre y así sabré que Vos me amas; bórrame del Libro de la Vida con tal de que su alma vuele al Cielo".

Ante estos amorosos ruegos, el Señor le respondió desde el Sagrario: "Hija mía, aplica tus lágrimas, tus penitencias y todo lo que hicieres con esta intención durante cinco días y el alma de tu Madre volará al Cielo". ¡Oh, con qué fervor ofrecería esto Madre Mariana para sacar de la cárcel del Purgatorio a su amada tía.

Al quinto día, después de la Comunión, fue la Priora arrebatada en éxtasis, durante la Santa Misa, y cuando el Sacerdote elevó la Sagrada Hostia, vio salir una blanca y hermosa paloma que subió al Cielo. Era el alma de su tía, Madre María, que aproximándose a Madre Mariana le dice: "Te doy gracias, mi hija, vuelo al Cielo y desde allí te bendeciré y ayudaré". Dicho esto voló al Cielo. Madre Mariana quedó agradeciendo a su Divino Esposo el haber librado de la prisión del Purgatorio el alma de su amada tía y viendo la inmensa Gloria de que gozaba.

A partir de ese día, cuando era Voluntad de Dios, el alma de la bienaventurada Fundadora se comunicaba con Madre Mariana, y ésta le consultaba sobre sus dudas, siendo la tía su consuelo en su triste orfandad, ayudándola y consolándola desde el Cielo.

¡Oh, cómo paga Dios Nuestro Señor los sacrificios hechos por su amor y cómo ellos aligeran la purificación para la unión con Dios!

Madre María fue un alma purísima y cuando tuvo grande temor de la muerte, le preguntó la Priora por qué le temía, si tal vez tenía algún

apego a algo terreno. "No, hija mía", respondió, "pues he dejado mi patria y todo lo que tenía en España, a nada tengo afecto ni apego. Temo la muerte porque el alma siente dolor al separarse del cuerpo y temo que me falte fortaleza en esa hora". Esta fue la tentación y el sufrimiento que padeció esta alma seráfica. A pesar de ser un serafín de amor tuvo que ir a purificarse en el Purgatorio.

Madre Mariana, después de la muerte de su tía, quedó sola padeciendo indecibles sufrimientos y su alma magnánima soportaba en silencio sus pesares, siendo su consuelo las Religiosas que lamentaban la pérdida de su Fundadora. Le consolaban también, las personas seculares que en la ciudad lloraban la muerte de su Santa Madre benefactora.

Para todos la Madre Priora tenía el bálsamo que cura las heridas del corazón, pues la caridad seráfica hacía que se diese a todos y solamente ella sufría en silencio la inmensa falta de su Madre y Fundadora. Las virtudes de Madre María, los beneficios inmensos que hizo al Monasterio y a la ciudad de Quito serán relatados en la Crónica y biografía de su vida. Aquí sólo registramos aquellas cosas que se refieren a Madre Mariana.

Después de la muerte de la ilustre Fundadora, Madre Mariana continuó gobernando el Monasterio, con prudencia, dulzura y suavidad unida a la fortaleza a fin de mantener la Observancia en todo su rigor. Fue una víctima de amor en su Convento y la heroína para conservar el fervor de la Fundadora en su Comunidad.

Madre María de Jesús Taboada, Fundadora, murió el día 4 de octubre del año del Señor de 1593 a la edad de 49 años, 16 años después de la Fundación del Monasterio.

XVI

SUFRIMIENTOS DE MADRE MARIANA ANTE EL ANUNCIO DE LA SEPARACIÓN DE LOS FRAILES MENORES. DE CÓMO SUS ACCIONES PRORROGARON POR ALGÚN TIEMPO LA SEPARACIÓN. ADMIRABLES SUCESOS CON QUE DIOS CONSUELA A SU ESPOSA.

ANUNCIO DE LA SEPARACIÓN DE LOS FRAILES MENORES

Después de la muerte de la Madre Fundadora comenzó la agonía de la separación de los Frailes Menores. En esa época estaban un tanto relajados los Monasterios y Conventos, especialmente la Orden de los Predicadores y la de Santa Catalina. Hubieron algunos deslices entre los Franciscanos, un pequeño aflojamiento en la guarda de la pobreza seráfica y decadencia en la Observancia Religiosa, mas no al punto al que llegaron las Comunidades mencionadas.

Los Frailes Menores que gobernaban el Monasterio de la Inmaculada Concepción eran Religiosos de mucha ciencia, virtud y santidad y no pudiendo contener la inobservancia de las Religiosas, resolvieron prudentemente retirarse de la Dirección de las Concepcionistas, mas no quisieron renunciar internamente a la jurisdicción del Monasterio, a fin de tener la santa libertad de poder regresar cuando llegase la hora de Dios(4).

(4) Había en el Monasterio de la Inmaculada Concepción una ala de Religiosas contrarias a la

En esa época la Iglesia sufrió mucho con el gobierno eclesiástico, pues había discordias entre el Obispo y los Canónigos, y bien se puede comprender el sufrimiento de las Religiosas teniendo que sujetarse al Ordinario.

Llegó, en fin, el día tan temido por las hijas de la Inmaculada Concepción.

El anuncio de la separación de los Menores partió el corazón de las Religiosas. En ese día hasta el cielo parecía acompañar el llanto de las Concepcionistas, pues llovió todo el tiempo. Madre Mariana parecía un cadáver, tal era el sufrimiento y caminaba como no ser. Tratando con varias personas pudo aplazar por algún tiempo la completa separación de los Menores. No referimos aquí los pormenores de este asunto, pues no queremos impresionar los corazones de las Religiosas más nuevas, que leerán estas líneas.

¡Oh, qué terrible sufrimiento para las cándidas palomas que hicieron su nido en las llagas del Serafín de Asís!

Los Menores volverán

En una de aquellas noches de tanta amargura, llevada por el dolor, Madre Mariana se levantó de su pobre lecho y descendió al Coro y postrándose sobre el sepulcro de su tía, Madre María, cual otro Eliseo, quería dar vida a su Fundadora uniendo sus miembros a los del cadáver. "No resisto más, Madre mía, levántate y favoréceme".

Habló la Fundadora a través del cadáver: "Hija mía, por ahora es

---

estricta observancia de la Regla, las que se esforzaban para hacer que el Convento fuese subordinado al Obispo de Quito y no más a los Franciscanos pues éstos les imprimían una orientación verdadera, conforme al espíritu de la vida Monástica. Fue en razón de la fuerza de esta ala que los Frailes Menores juzgaron prudente consentir, contra su voluntad, en dejar el gobierno de las Concepcionistas, como se verá claro en los siguientes capítulos.

necesario la separación de los Menores. Nuestro Padre San Francisco ama tanto a su Orden y Nuestro Señor quiere de tal modo a esta familia seráfica, que no permitiría [que] se cometiesen mayores desvíos como en otras Ordenes Religiosas. Llegará, pues, el tiempo de oro en que los Menores volverán a gobernar mi Monasterio. Entre tanto, las Religiosas santas de la Inmaculada Concepción aparecerán. Sufre, hija mía. En el transcurso de los siglos mucho sufrirá esta Comunidad pues dejé a mis hijas, como herencia, el sufrimiento y el dolor.

Vendrán tiempos en que las Religiosas serán despojadas de todos sus bienes temporales. En esta época, la Comunidad recibirá muchas Gracias de Dios Nuestro Señor directamente y por medio de los Frailes Menores y también por los de la Compañía de Jesús. Habrá un miembro de mi Comunidad que levantará el espíritu de las Religiosas, por su irreflexión y su inteligencia desprovista de espíritu -estará ciega, sin luz para ver las cosas de Dios, y con fingida virtud y celo mal entendido hará sufrir mucho a la Comunidad, quejándose al Prelado-. Ella se gloriará de esto, mas la hora de Dios llegará, porque esa Religiosa tendrá un corazón nada espiritual. Las Religiosas serán mártires místicas...

Cuando los Menores se separen, no será en el tiempo de tu gobierno y la Abadesa que dejó hacer eso estará en el Purgatorio hasta el día del Juicio...

Comunícate con las Fundadoras, pues todas reciben visitas celestiales.

Trata especialmente con la Hermana Francisca de los Angeles porque ella será tu sucesora y te ayudará en todo. Levántate y continúa cumpliendo tus obligaciones de Superiora".

Se levantó Madre Mariana y fue a postrarse delante del Santísimo Sacramento y le rogaba que la pusiese junto a su Madre, enviándole la muerte. Una luz refulgente salió del Sagrario y una Voz le dice: "Conviene, hija mía, que por ahora los Menores se separen del Monasterio, mas esto no ocurrirá en tu tiempo de Priora".

Madre Mariana pidió a Nuestro Señor, entonces, que no le quitase a

Madre Francisca, a lo que el Señor respondió: "Mándale, por obediencia, que por ahora no pida la muerte...". Esa Religiosa había pedido a Nuestro Señor que le enviara la muerte a fin de no sufrir la separación de los Menores.

Madre Mariana salió del Coro dirigiéndose a donde estaba Madre Francisca, y con la autoridad de Priora le ordenó: "Te mando, por Obediencia, que no pidas la muerte a Dios Nuestro Señor, y tú me ayudarás en todo". Madre Francisca inclinó la cabeza y besando el escapulario de la Abadesa, acató la Obediencia. Madre Mariana comunicó de manera especial a esa Religiosa los sufrimientos que las aguardaban y unidas en espíritu, eran víctimas del amor seráfico.

Embestida satánica y aparición de San Gabriel Arcángel

Cierta noche, estando Madre Mariana, como de costumbre, haciendo el ejercicio de la Cruz o de penitencia, se dirigió a la puerta del Coro Inferior, cargando la cruz, usando la corona de espinas, como de costumbre, para imitar a su divino Esposo.

De pronto, en el Claustro Inferior que conduce al Coro, surgió frente a ella un mar de fuego, una terrible hoguera sin fondo y tan inmensa que le detuvo el paso.

Asustada por verse en tan terrible conflicto, la cándida virgen oyó una voz horrible que salía de ese mar de fuego y decía: "Aquí, en este lugar, queremos sepultar este maldito Convento. Pero esas malditas no nos dejan, especialmente esa maldita simiente que aquí queremos sepultar". En ese momento, dos perros horribles y enormes se colocaron a los lados de Madre Mariana, queriendo matarla. Ella gritó entonces: "Estrella de los Mares, María Santísima del Buen Suceso, socórreme".

En ese mismo instante vio -así narró posteriormente la Priora- una estrella del tamaño del tumbado del Coro, muy resplandeciente y despidiendo rayos. En el centro de la Estrella había un letrero con el nombre de María. De ella salió una canoa de oro con esmeraldas y piedras preciosas; dentro de ella estaba un Angel que conducía la pequeña embarcación. Se detuvo junto a mí y me dijo: "Soy el Arcángel Gabriel, enviado por tu Madre, María del Buen Suceso, para socorrerte". El me tomó como estaba, con la Cruz y las insignias de la Pasión me puso en la canoa y avanzó. "Esta canoa significa tu larga vida".

El Arcángel la hizo pasar el mar de fuego, donde padeció los mismos sufrimientos y embates del enemigo, [como] cuando venía de España. Una vez atravesado el mar, el Arcángel la recogió y la colocó en tierra firme, en el claustro. Se alejó y rezó el Ave-María. "Son tantas las grandezas que se encierran en la salutación angélica -explicó San Gabriel- que los mortales no consiguen comprender". Dicho esto desapareció el Arcángel y todo el mar de fuego, y todo retornó a la paz. Madre Mariana fue al Coro Superior a esperar a sus Hermanas para la recitación del Oficio Parvo.

Cuánta guerra mueve el Infierno entero contra la recitación del Oficio Parvo de María Santísima; y con cuántos prodigios esa gran Reina protege a los que no dejan de rezarlo.

Las Santas Fundadoras, que tanto sufrieron para rezarlo, garantizan que esa salmodia matutina sustenta el Monasterio y cuando llegare a faltar se perderá el espíritu religioso.

Cuando nuestras Hermanas nuevas leyeren estas líneas, conserven esta santa devoción y costumbre. Para ello rogamos a todas nuestras sucesoras que sacrifiquen su descanso para rezarlo a las cuatro de la mañana, con la devoción y fervor de las Fundadoras. Verán cómo el espíritu de la Comunidad, que tal vez se encuentra agonizante, se renovará.

Madre Mariana escucha, una vez más, la Voz de Nuestro Señor Sacramentado

Una noche, la Santa Priora fue a rezar en el Coro Superior y escuchó un estruendo terrible que parecía que se derrumbaban los cimientos del templo. Asustada, comenzó a sentir un miedo terrible y corrió a prosternarse ante el Sagrario, y con la frente en el suelo clamaba a su divino Esposo, pidiendo Misericordia. "Oh, ¿qué es lo que oigo?", se preguntaba.

Nuestro Señor, desde el Sagrario le respondía: "Hija mía, esto que escuchas espiritualmente sufrirán materialmente tus sucesoras, pues llegará el tiempo en que los demonios querrán demoler este Monasterio y se valdrán de buenos y malos para acabar con este lugar; pero no lo conseguirán mientras exista espíritu de sacrificio. Para eso es necesario que haya víctimas dentro del Monasterio, y tú, hija mía, prepárate a recibir la visita de mi Madre Santísima, con la que quiere favorecerte".

Madre Mariana fue llena de gozo al Coro Superior y Madre Francisca le preguntó: "¿Qué os sucedió, Madre mía, para que estés tan contenta?". Y comunicándose esas dos almas seráficas, se ayudaron en el cumplimiento de la Voluntad divina.

Nuestro Señor comunicó después a Madre Mariana cómo la santa pobreza estaba relajada entre los franciscanos. "Habla, hija mía, le dice, con los Frailes y procura poner remedio a lo que sucede, por medio de tus sacrificios". Así fue, Madre Mariana fue la víctima de amor a su Seráfica Orden.

XVII

La Santísima Virgen del Buen Suceso comienza a pedir a Madre Mariana la ejecución de su Imagen para gobernar el Monasterio. Segunda aparición de esta Soberana Emperatriz

En este tiempo el estado de la pobre Colonia era de tristeza y aflicción, principalmente porque los gobiernos eclesiástico y civil daban mucho de qué hablar.

Las incursiones que los españoles hacían al pueblo del Sur causaban grandes trastornos y se cometían crímenes tales que recordarlos causa horror.

Así la Iglesia y la Patria tenían gran necesidad de almas heroicas, las que con la práctica de virtudes sólidas se interpusiesen entre la Colonia y la Justicia Divina, a fin de evitar que esas tierras fuesen sepultadas por una inundación, como justo castigo a sus crímenes, pues las Comunidades Religiosas, sobre todo las masculinas, eran observantes y santas como pide el estado Sacerdotal y Religioso.

A causa de este relajamiento los Conventos masculinos se desviaron hasta el hecho de que de España y de otros países en general, se

enviaban a los Monasterios de esta Colonia Frailes indisciplinados, los que, en sus Conventos no se sujetaban a la Regla Monástica, siendo enviados para acá, como castigo. En vista de esto, considérese cómo eran los miembros de estas Comunidades. En este estado de cosas estaba la Colonia, cuando en el silencioso recogimiento del Claustro de la Inmaculada Concepción, vivían almas verdaderamente santas, sin las que Quito ya no existiría. Entre éstas destacaba sobre todo Madre Mariana de Jesús Torres, esa heroína española que se ocultó entre cuatro paredes, como una humilde violeta que embalsamaba con su perfume el corrompido ambiente de la Colonia.

Ella padecía por las ofensas hechas a su Divina Majestad, por la perdición de tantas almas, y por el estado interno de su Convento, donde no faltaban, aunque pocos, miembros adversos a la Familia Seráfica, los que trabajaban con mucha tenacidad y sin disfraces, para sacudirse de su Obediencia. Este trabajo comienza desde la muerte de Madre María de Jesús Taboada, la insigne Fundadora.

Corría el año de 1594 y Madre Mariana de Jesús estaba a la cabeza de la Comunidad de la Inmaculada Concepción, gobernándola con tanto tino, prudencia y caridad, como sería capaz de hacerlo una Abadesa madura en experiencia.

¡Esa joven Religiosa había recibido el don de gobernar, directamente de Dios y de su Madre Inmaculada! Podemos decir que Jesús y María gobernaban en el Monasterio, tan querido de la Bondad Divina y siempre perseguido y calumniado y así lo será hasta el fin de los siglos.

En medio de los amargos sufrimientos que pesaban como hierros candentes sobre la Santa Priora, acudía ella, como una rama robusta del Arbol Seráfico, aunque combatida por terrible vendaval, y permanecía inmóvil unida a su tronco, cuya sabia le daba vida. Acudía a Jesús y a María y a su Padre, el Serafín Llagado, en busca de luz, consuelo, fortaleza, sustento y remedio.

En este estado de alma, el día 2 de febrero de 1594 a la una de la mañana, con el corazón repleto de amarguras y penas, se puso a rezar en el

Coro Superior de este bienaventurado Monasterio, prosternada con la frente hasta el suelo, pidiendo al Señor que por intercesión de su Bendita Madre pusiese fin a tantas pruebas por las que pasaba su Convento tan querido y también a tantos pecados del mundo.

Aparición de Nuestra Señora del Buen Suceso

Después de largo ejercicio de penitencia, así prosternada, percibió a alguien delante de sí. Su corazón se perturbó y una voz dulce la llamó por su nombre. Se levantó rápidamente y se encontró con una bellísima y hermosísima Señora, que tenía en su mano izquierda al Niño Dios y en la derecha un báculo todo de oro pulido, adornado con piedras preciosas, nunca vistas aquí en la tierra.

Su corazón –conforme relató a su Director Espiritual– se encendió de indecible y santa alegría y de un amor tan intenso a su Dios que quería morir allí mismo. En esos santos transportes de alegría y felicidad, preguntó lo siguiente:

"¿Hermosa Señora, quién sois y qué queréis? ¿No sabéis que yo no soy sino una pobre Monja, llena de amor a Dios, es verdad, pero sufrida y amargada hasta el extremo?".

A lo que respondió la Señora: "SOY MARIA DEL BUEN SUCESO, LA REINA DEL CIELO Y LA TIERRA".

La Santísima Virgen continuó hablando: "Precisamente porque eres una alma Religiosa, llena de amor a Dios y a tu Madre, que ahora te habla, vengo del Cielo a consolar tu corazón afligido. Tus oraciones, lágrimas y penitencias son muy agradables a nuestro Padre Celestial. Aquel que te infunde su Espíritu Consolador y sostiene a los justos en su tribulación, formó de tres gotas de Sangre de mi Corazón al más hermoso de los hijos de los hombres, el cual, durante nueve

meses llevé en mi seno purísimo, y lo di a luz en el portal de Belén, reclinándolo en las pajas frías y permaneciendo yo, Virgen y Madre de Dios. Como Madre lo tengo aquí, en mi brazo izquierdo, para con Él sostener el brazo de la Divina Justicia, siempre pronto a descargar el castigo sobre el mundo infeliz y criminal...

En el brazo derecho tengo el báculo que ves, pues quiero gobernar éste mi Monasterio como Priora y Madre. Los Menores están para dejar el gobierno de este Convento, el cual necesita, más que nunca, en esta dura prueba que durará siglos, de mi amparo y protección. Satanás comenzó a querer destruir esta obra de Dios valiéndose de hijas mías ingratas, mas, no lo ha de conseguir porque soy la Reina de las Victorias y la Madre del Buen Suceso, bajo cuya invocación quiero hacer prodigios en todos los siglos, en favor de la conservación de éste mi Convento y de sus moradoras...

Hasta el fin del mundo habrán hijas santas, almas heroicas, que en la vida oscura de su Convento, sufriendo persecuciones y calumnias de las propias de su Comunidad, serán objeto de complacencias del Amor de Dios y de su Madre. Nosotros las consolaremos personalmente, pues están destinadas a tratarnos familiarmente por medio de manifestaciones externas. Ellas sostendrán la Comunidad en los tiempos amargos, como columnas fuertes y robustas. Sus vidas de oración, ascesis y penitencia serán de mucha necesidad en todas las épocas, y después de haber pasado desapercibidas en la tierra, subirán al Cielo para ocupar un alto trono de Gloria, empuñando la palma y corona de las vírgenes y mártires de penitencia, ascesis y Amor de Dios...

Ahora quiero que fortalezcas tu corazón y que el sufrimiento no te abata.

Tu vida será larga para la Gloria de Dios y de su Madre que te habla. Mi Hijo Santísimo te presentará el dolor en todas sus formas, y para infundirte el valor que necesitas, tómalo de mis brazos, y recíbelo en los tuyos; estréchalo contra tu corazón tan débil e imperfecto".

La Virgen Santísima colocó, entonces, al Divino Niño en los brazos de

esta feliz Religiosa. Ella lo estrechó contra su corazón y lo colmó de cariños, sintiéndose, desde luego, tan fuerte como deseosa de sufrir.

El contacto con la Reina de los Cielos duró hasta las tres de la mañana.

Durante toda la aparición, abundantes luces emanaban de María Santísima, la Aurora. Y el Sol de Justicia, su Hijo, resplandecía con una claridad nunca vista. Cuando esta Aurora y este Sol se ocultaron todo era oscuridad y tinieblas.

Se levantó, entonces, del lugar donde rezaba, a pocos pasos de la grada del Coro Alto, entró y directamente tomó su asiento de Priora para aguardar a sus Hermanas que venían a rezar el Oficio Parvo, tan agradable a María Santísima.

Al llegar las Religiosas y dar inicio a las oraciones matutinas, notaron transformada a la Abadesa. Sin saber por qué sentían sus corazones abrazados en amor a Dios y a María Santísima, y rezaban con mayor fervor que de ordinario.

Madre Francisca de los Angeles, mientras rezaba, comprendió que su Madre y Hermana acababa de recibir alguna Gracia muy grande. Dando gracias a la Bondad Divina, pidió a la Priora que la hiciese participar de tan grande privilegio. Madre Mariana de Jesús le contó, muy ligeramente, lo ocurrido, y esas dos almas seráficas se esmeraban en santidad y perfección para agradecer al Señor por tanto amor para el Convento.

Desde el día feliz 2 de febrero de 1594, en que sucedió la segunda aparición de la Santísima Virgen a su hija primogénita, Madre Mariana de Jesús, la Santa Religiosa quedó renovada e inflamada en amor a Dios, revelando en su cuerpo y en su alma la grandeza del don que recibiera, gozando de una paz celestial inalterable.

Estaba, entonces, para terminar su trienio como Priora, cargo que ella iba a entregar sin haber cometido ningún desliz, pues observó irreprensiblemente el más estricto silencio monástico, la puntual Observancia de la Regla y los votos, especialmente, la clausura perfecta.

¡Oh, cómo esta Santa Priora gobernó el Monasterio de la Inmaculada Concepción con dulzura y fortaleza, haciendo reinar en esos benditos claustros a Jesús, María y José, convirtiendo este santo Convento en casa de Nazareth o al mismo tiempo en antesala del Cielo! ¡Oh, tiempos felices en los que el Divino Esposo era servido en Espíritu y en Verdad!

Madre Mariana escucha la Voz del Divino Espíritu Santo

Nueve días antes de la elección de la nueva Priora, Madre Mariana comenzó una Novena al Espíritu Santo, rogándole que iluminase las almas para acertar en la elección. Estando en el séptimo día, en medio del fervor de su oración, sintió un viento impetuoso, semejante al que hubo el día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles, y vio refulgentes rayos de luz que entraban por las rejas del Coro, iluminando todo el pavimento.

Envuelta en esta luz, oyó, Madre Mariana, una voz que decía: "Yo soy Aquel que da los dones y los frutos. Soy descanso para las almas puras como un lecho de rosas y azucenas. Yo soy el que te da mis siete dones y mis doce frutos; y ahora, vengo con el don de fortaleza para dar nueva fuerza a tu alma, por que ya llegó el tiempo de tus sufrimientos, en que, paso a paso deberás imitar la vida de tu Esposo Crucificado. Son tantos los padecimientos que te aguardan que si no te confortase con el don de fortaleza tu vida se desvanecería. En breve los Menores dejarán el gobierno del Monasterio de la Inmaculada Concepción y tú serás perseguida, calumniada y puesta en prisión". Dicho esto desapareció el Espíritu Consolador y Madre Mariana cayó desmayada.

Las Religiosas al ver que su Priora no aparecía la buscaron por todas partes sin encontrarla; se preocuparon mucho hasta que Madre Francisca de los Angeles la encontró tendida sobre una tribuna, como si estuviese muerta. La visión, sin duda sucedió en el Coro Inferior donde la Reverenda Madre hacía sus penitencias y oraciones; mas de allí habrá salido para llegar hasta la tribuna donde volvió a caer sin sentido. Allí la encontraron las Religiosas.

Llamaron a la enfermera, Madre Francisca, para que la curase. Madre Francisca le aplicó algunas esencias aromáticas a fin de que volviese en sí, pero se decía interiormente: "Inútilmente hago estas cosas porque la Madre sufre algo sobrenatural".

Ella demoraba tanto en recobrar el sentido que las Religiosas se afligieron mucho. Madre Francisca rezó, entonces, a Dios Nuestro Señor para que la hiciese volver en sí.

Inmediatamente, Madre Mariana abrió los ojos y los fijó en cuatro Religiosas inobservantes que se encontraban allí; ellas no pudieron soportar su mirada y salieron lentamente. Lo mismo hicieron las que participaban de las ideas de inobservancia.

Cuando Madre Mariana fijó sus ojos en Madre Francisca, la reprendió dulcemente: "¿Para qué me cura con esas cosas, hija mía? Con esto puedes ofender a la pobreza que tanto amó nuestro Padre San Francisco". A lo que respondió Madre Francisca: "¿Acaso las Religiosas sabemos lo que tienes? Os ruego me contéis lo que os ocurrió, pues vuestro semblante estaba pálido como el de una muerta". "Hija mía -respondió Madre Mariana- Nuestro Padre San Francisco está indignado y tiene una queja contra el Monasterio pues algunas hijas ingratas se van a sacudir del yugo de la obediencia a la Familia Seráfica, dada por nuestro Padre Julio II en la Regla de las Religiosas de la Inmaculada Concepción". Al oír esto, Madre Francisca comenzó a llorar y también Madre Mariana; después que estas dos almas desfogaron sus corazones ante el Tabernáculo, salieron de la tribuna, Madre Francisca llevaba en sus brazos a Madre Mariana, pues no podía caminar. A la hora del Coro, Madre Mariana salió para presidirlo.

XVIII

De la elección de Madre Magdalena de Jesús Valenzuela como Priora. Madre Mariana entrega con humildad su cargo y comienzan sus terribles sufrimientos en unión con las Madres españolas. Separación de los Menores. De cómo se prestó obediencia al Ordinario

Llegó el día de escoger a la nueva Priora, y a pesar de que las Religiosas reconocían los relevantes méritos de Madre Mariana -que debería ser repetidas veces reelecta a fin de conservar el esplendor de la Observancia- se dejaron engañar por el demonio, que oscureció su mente.

Bajo la influencia de las Religiosas inobservantes que deseaban un aflojamiento mayor del rigor monástico, y con el favoritismo de parientes de Madre Valenzuela, los que dirigían el gobierno eclesiástico, se llegó a la votación. Habían dos candidatas: Madre Mariana de Jesús y Madre Valenzuela. Con pesar y lágrimas los Menores recibieron la noticia de que había sido elegida como Abadesa Madre Valenzuela, los Menores estimaban mucho a Madre Mariana y al Monasterio de la Inmaculada Concepción.

Madre Mariana, con profunda humildad prestó obediencia y entregó

el cargo a Madre Valenzuela. Desde entonces fue objeto de desprecio, mofa, persecución y calumnia en el Monasterio que ella fundó. La acusaron de graves omisiones en su Priorato, pero esta virgen prudente selló sus labios y nunca se defendió.

Los Frailes Menores se despiden del Monasterio de la Inmaculada Concepción

Madre Valenzuela, a su vez, con [la] rapidez de un rayo trabajó para sacudirse de la Obediencia a los Menores y sujetarse al Ordinario. Realmente lo consiguió. Llegó al fin el día en que los Menores tuvieron que despedirse. En el Coro Inferior reunieron a la Comunidad y le dieron una tiernísima Plática, haciendo notar, cómo, bajo su Dirección, desde el día de la Fundación, la Santa Observancia iba en progreso y que, si ellos se separaban ahora era por orden de la Autoridad Eclesiástica, para evitar mayores males a las inobservantes.

Enseguida, el Provincial se puso de rodillas y con los brazos en cruz agradeció a Madre Mariana y a todas las observantes; les dio una bendición especial y les dijo: "Nuestra separación no durará siempre, ahora nosotros nos vamos, pero nuestros sucesores volverán en tiempos mejores que éstos para gobernar nuestro amado Monasterio de la Inmaculada Concepción; entonces se cumplirá la Regla dada por nuestro Santísimo Papa Julio II y habrá Religiosas santas".

Madre Mariana se deshacía en lágrimas en unión con las observantes, especialmente las españolas Fundadoras y el Padre les dijo: "Estas lágrimas, esta fecha (1594) y este hecho se conservarán en los archivos de nuestra Orden Seráfica". Y, después de haber abrazado con ternura a las Religiosas observantes, especialmente a Madre Mariana, se volvió hacia las inobservantes y les dirigió palabras de maldición,

las que se cumplieron, para algunas, en vida y para otras, a la hora de su muerte.

Las inobservantes pidieron al Padre Provincial hablar a solas, pero él se negó dándoles las espaldas, y profirió estas últimas palabras: "Nadie es profeta en su tierra".

Se retiró dejando a Madre Mariana y a las demás Fundadoras en una cruel agonía. Parecía que hasta los elementos de la naturaleza acompañaban el gemido de las inocentes Hermanas que lloraban su orfandad. El tiempo era triste y el sol parecía no querer iluminar ese día desdichado.

Después de la separación de los Menores, la obediencia fue dada al Ordinario, y Madre Mariana y sus compañeras se sometieron dócilmente a esa dura prueba, pues las inobservantes se vieron libres de los Menores que las vigilaban con caridad seráfica.

La Observancia comenzó a decaer, desapareció el silencio estricto y comenzaron los deslices en materia de clausura. En una palabra comenzó el relajamiento de la perfección monástica.

Encarcelamiento de Madre Mariana: desprecios y burlas

Al ver esta relajación, Madre Mariana lloraba en su corazón, y queriendo contener tal situación, como Fundadora y ex Priora, fue a la Madre Valenzuela, su Abadesa, y con profunda humildad le hizo ver cómo debía frenar las inobservancias. El resultado fue que el Prelado, conociendo este asunto, mandó un Auto (documento) ordenando que se encarcelara a Madre Mariana por tres días; que le quitasen el velo, que fuese conducida esos días al refectorio, donde le sería dada una disciplina en público, y que comiese en el suelo.

En efecto, la cándida paloma fue encerrada en una cárcel, cerca del Coro Inferior. Todos los días le llevaban al refectorio y le daban una disciplina en Comunidad.

Enseguida le hacían comer en el suelo cubriéndole de desprecios y burlas. La inocente víctima no levantaba sus hermosos ojos y sólo se humillaba para imitar a su Divino Esposo. En estos tres días se vio privada de la Santa Misa y de la Sagrada Comunión.

Cumplidos los tres días, le sacaron de la prisión y le pusieron en un cuarto despreciable, prohibiéndole la comunicación con sus Hermanas, vigilando para que ninguna le hablase; pero las Fundadoras españolas no resistieron ese sufrimiento y fueron a desahogar sus penas con Madre Mariana, hasta que vino una nueva orden del Prelado para que se encarcelaran, por un mes, a todas juntas.

Así, las cándidas palomas fueron encarceladas en esa cárcel inmunda y oscura, privadas de los Sacramentos, de la Santa Misa y del Oficio Divino. Las Monjas quisieron quitarles los hábitos y los velos, pero el Prelado no lo permitió, diciendo que no podían sacarles los hábitos por ser Fundadoras y sólo les privaron de los velos.

Las heroínas cautivas pasaban en oración y recogimiento, haciendo de la cárcel la antesala del Cielo. Las víctimas salían sólo al refectorio. Como a Novicias les hacían comer un poco y en el suelo, en medio de desprecios y escarnios. Después volvían a la cárcel para seguir su vida dolorosa.

A pesar de que Madre Mariana era el consuelo de sus hijas, no podía verlas privadas de la Santa Misa y del Rezo del Oficio divino; dirigió, entonces, una nota al Prelado pidiéndole que les concediese asistir a la Santa Misa y rezar el Oficio Divino.

"Si fuese sólo por mí –le decía–, soportaría en silencio, como he soportado hasta aquí; pero no puedo ver sufrir a mis Hermanas toda esta injusticia con que se trata a las Fundadoras españolas en esta Colonia". Madre Mariana pidió también su Pasaporte, para, en compañía de todas las Fundadoras, regresar a España llevando los restos

de Madre María Taboada, su tía.

Las Monjas no quisieron entregar esa Nota al Prelado. Entonces, Madre Mariana, salió de la cárcel y con toda humildad fue a la Abadesa diciéndole que no podía impedirle dirigirse al Superior, y que ella, como Fundadora, podía hacer clausurar el Monasterio.

Al oír esto, las Monjas comenzaron a temer y le concedieron lo que pedía, a saber, ir personalmente al torno y mandar la nota al Prelado y que la respuesta fuese entregada en sus manos. Así fue, el Prelado en respuesta le contestó: que siendo tan graves las quejas que había recibido, les daba esta nueva orden: "Que permaneciesen presas un mes, permitiéndoles asistir a la Santa Misa y rezar el Oficio Divino". Con esta licencia se alegraron las inocentes cautivas, que eran quince, siete las Fundadoras Españolas y ocho las Religiosas observantes educadas por la Madre Mariana.

Las demás observantes sufrían mucho con las injusticias y tormentos que se imponían a Madre Mariana y sus compañeras. Ellas se aproximaban a la cárcel por el Claustro Inferior, hacían bulla para hacerse sentir por las prisioneras. Afligidas, pedían a la Priora que suspendiese tanto rigor. Viendo tanta humildad, modestia y santidad en aquellas Religiosas acusadas de criminales, las propias Monjas que les eran adversas sentían inclinación de adherirse a ellas, pero no lo hacían por respeto humano. Las que se adherían a las santas vírgenes cautivas eran también llevadas a prisión, de modo que se elevó a veinticinco el número de las Religiosas encarceladas por amor a la Santa Observancia de la Regla de las Concepcionistas.

Rezaban en Comunidad, iban a la Santa Misa al Coro Inferior, en el refectorio eran castigadas como Novicias. Después de comer en el suelo, recibían oprobios y desprecios, besaban los pies de la Comunidad con tanta humildad y amor fraterno que las propias perseguidoras se impresionaban al ver sus rostros con la paz y serenidad del Cielo, sufriendo con alegría las persecuciones, desprecios y calumnias de las propias Hermanas. Después del refectorio regresaban a la cárcel y se consolaban haciendo recreo con su Santa Madre

Mariana que les dirigía palabras celestiales.

Trabajaban en las horas de labor y con un heroísmo de almas bienaventuradas, mandaban a pedir a la Priora que les mandase servicios del Monasterio para hacerlos.

De hecho les mandó, y esas abnegadas Esposas de Cristo trabajaron los vestidos de sus émulas y perseguidoras.

¡Oh, qué abismo de humildad, obediencia, abnegación y amor en las hijas de la seráfica Madre Mariana de Jesús Torres!

Rezaban el Oficio Divino en el Coro y cantaban los divinos loores alegrando el Corazón del propio Dios. Privadas de la Santa Comunión, sufrían un indecible martirio, sin abrir sus labios para la menor queja. Todo su consuelo era la oración y el sacrificio. Nutridas con el suavísimo néctar del seráfico amor, que comunica dulzura y suavidad en medio de los padecimientos más terribles, con su resignación y práctica de todas las virtudes, convirtieron la cárcel en un Cielo, cuyos moradores eran los Angeles.

Madre Magdalena de Jesús Valenzuela, entonces Abadesa, poseía un corazón tierno y debía compadecerse de los sufrimientos de sus hijas, mas le faltaba carácter y era temerosa, de modo que condescendía con las exigencias de las inobservantes para atormentar a las inocentes víctimas. Con todo, a veces, las visitaba en la cárcel y las consolaba. Era recibida con grande amor. Las prisioneras se postraban a sus pies y los bañaban con lágrimas. Enternecida, lloraba también, pero no aliviaba sus tormentos porque con esa dura prueba quiso Dios santificar a sus Esposas. Cuando estaban para salir de la cárcel, fue la Priora a presentarles frutas. Ese fue el refrigerio que tuvieron las víctimas de la Observancia del amor seráfico.

Fue tal la persecución a las vírgenes Concepcionistas que, al saber de esto, un señor Canónigo vino al torno queriendo sacarlas de la cárcel y llevarlas al Norte, porque era muy rico y decía que lo mejor sería edificar en sus terrenos un magnífico Monasterio al que le proveería de todo lo necesario, contando con que Madre Mariana y sus cinco

compañeras fueran al Norte a fundar el Monasterio de la Inmaculada Concepción, pues era grande la fama de santidad que Madre Mariana y sus hijas tenían.

Declaró que para cumplir este objetivo escribiría al Rey de España.

"Dice este piadoso Sacerdote, que Madre Mariana de Jesús se encuentra presa con sus compañeras. Cómo puede ser esto". Las Monjas lo negaron diciendo que no era verdad, a lo que el eclesiástico replicó: "Pues entonces, que Madre Mariana venga a hablar conmigo". Las Hermanas alegaron que no podía salir porque estaba en sus ocupaciones...

El Señor Canónigo se retiró pero volvió repetidas veces por el mismo asunto.

Las Monjas le dijeron que se entendiera con la autoridad eclesiástica.

XIX

Sobre las Gracias especiales que Dios Nuestro Señor concede a sus Esposas en la cárcel, ya que por su Amor estaban cautivas. Visitas celestiales que recibieron

Mientras las criaturas se conjuraban para atormentar a las hijas de la Inmaculada Concepción con desprecios, persecuciones, calumnias, cárceles y otros sufrimientos que las Monjas inobservantes les causaban, las Esposas amantes del Cordero imitaban, en prisión, a su Divino Modelo y con sacrificios, penitencias, oraciones, vida de continua inmolación, aplacaban la Justicia divina, herida por tantos crímenes que se cometían en el mundo, y por los relajamientos en los Monasterios. Las víctimas clamaban para sus Hermanas perdón y Misericordia. Fue así que se conservaron estos sagrados claustros de la Limpia Concepción.

La cárcel oscura fue visitada y santificada por la presencia del propio Dios, de su Bendita Madre, la Inmaculada Concepción, de nuestro Seráfico Padre San Francisco, del Apóstol del Amor, San Juan Evangelista y de los Angeles, como se verá más adelante.

El Coro de las vírgenes y mártires Concepcionistas ofrecía a su Amado Esposo la exquisita mirra del dolor.

Cierta noche, cuando Madre Mariana oraba en su humilde lecho, una pequeña cruz pintada en la concavidad de la pared junto a su pobre cama, se iluminó con fulgores celestiales, comunicando a la cárcel un resplandor más brillante que el sol.

Con esta claridad se despertaron todas las felices cautivas y preguntaron a Madre Mariana: "¿Madre mía qué está sucediendo?". "Hijas mías", les respondió, "agradezcamos a Dios Nuestro Señor que así consuela a las que sufren perseguidas por la justicia".

La Cruz iba creciendo hasta tomar el tamaño natural de aquella en que fue clavado Nuestro Señor. En ese momento entraron en éxtasis todas las Fundadoras españolas y vio cada una algo diferente de las demás.

Palabras de Nuestro Señor a Madre Mariana

Madre Mariana vio a Nuestro Señor Crucificado, como estuvo en el Gólgota, agonizante y manando Sangre de sus llagas, se escuchaban los improperios y blasfemias de los judíos. Nuestro Señor, viendo que sus lágrimas causaban inmenso dolor a Madre Mariana le dice: "Estas llagas me fueron abiertas por las Religiosas inobservantes que rechazaron la obediencia a los Menores y este dolor lo sentiré durante todos los siglos venideros mientras el Monasterio se conserve separado de la jurisdicción de los Menores, porque en todos los

siglos habrá almas ingratas, contrarias a la Orden Seráfica. Mas, también habrá almas muy amantes de la Seráfica Familia, que se esmerarán en el cumplimiento de su Santa Regla".

San Francisco castiga a una Religiosa inobservante

Madre Francisca de los Angeles vio a nuestro Seráfico Padre San Francisco indignado contra el Monasterio; llevando un arco en sus manos llagadas iba por el claustro tirando flechas a diestra y siniestra. Una de esas flechas alcanzó el corazón de una Hermana, que murió instantáneamente sin causa aparente. Y dice el Seráfico Padre a Madre Francisca: "Esta Hermana era la principal causante de la separación de los Menores y del relajamiento del Monasterio; sobre ella pesarán todos los sufrimientos e inobservancia de los siglos futuros hasta que se vuelva a la jurisdicción de la Seráfica Familia, cumpliéndose exactamente la Regla dada por el Papa Julio II. Yo vigilaré para que haya en todos los tiempos almas amantes de la Orden Seráfica, las que con su vida penitente y abnegada, sostengan la Observancia regular del Monasterio".

Por la mañana, cuando las felices cautivas fueron a la Santa Misa, oyeron un tumulto en la Comunidad y vieron que entraban médicos y sangradores para examinar a la difunta, pensando que se trataba de un ataque, pues el rostro de la difunta estaba negro y amoratado. Los médicos declararon que estaba muerta, las inocentes cautivas fueron llamadas para que cargasen el cadáver y lo trasladasen para los funerales. Parece que les hicieron hacer esto por ignominia y desprecio para con sus santas Hermanas. ¡Ah, cuál no sería el dolor de Madre Francisca al llevar en sus hombros el cadáver de su perseguidora, a la que amaba con amor seráfico!

Madre Ana de la Concepción vio a Nuestra Madre Inmaculada apagar la lamparita del Santísimo diciéndole: "Hija mía, así estará apagado el espíritu de mis hijas en todos los siglos hasta que vuelva el gobierno de los Menores, porque siempre tendré hijas ingratas, contrarias a la Seráfica Familia –unas, por inexperiencia, otras, inducidas y otras por malicia–. Pero también tendré hijas santas que amando mi Inmaculada Concepción, amaran a mi siervo Francisco, y serán columnas firmísimas **que conservarán el Monasterio en el mismo lugar que fue fundado, en el corazón de la ciudad, para aplacar la Divina Justicia por los crímenes que en ella se cometen.** La serpiente infernal querrá destruir este Monasterio, valiéndose de personas autorizadas en ciencia y virtud; mas yo no lo permitiré porque en todos los siglos tendré hijas inocentes, penitentes, abnegadas y observantes que atraerán las miradas de Dios y de su Madre Inmaculada y serán conocidas sólo por Dios".

¡Oh, cuántos misterios fueron conocidos en aquella oscura prisión en que las víctimas Concepcionistas sufrían un mar de tormentos!

Por la mañana, cuando fueron a la Santa Misa, vieron apagada la lamparita del Santísimo. Por más que personas de dentro y fuera del Convento se empeñaron durante un día y una noche y también las inobservantes, no pudieron encenderla. En vano cambiaron la lamparita, cambiaron el aceite, el pabilo, no lo consiguieron. Al segundo día, la lamparita se encendió por sí misma, sin duda por el sacrificio matutino de las víctimas cautivas que atraían las Misericordias del Señor para este Monasterio.

Nuestro Señor [se] aparece a Madre Lucía de la Cruz

Madre Lucía de la Cruz vio la Humanidad Santísima de Nuestro Señor Jesucristo, hermosísimo como Dios-Hombre; vio también el Corazón Santísimo en el pecho Santísimo agitarse por la violencia del Amor hacia los hombres. El Divino Corazón estaba rodeado de espinas y la Sangre corría a raudales hasta inundar los patios y los claustros del Monasterio, convirtiéndose en un mar de Sangre. Le dijo entonces el Señor: "En este mar de Sangre de mi Corazón estoy pronto a lavar las culpas de aquellas que recurran a Mí, arrepentidas". La sierva de Dios vio entonces a todas las Religiosas que habían de vivir en estos claustros hasta el último día de los tiempos; de entre éstas, algunas culpables, en el correr de los siglos, habrían de lavarse en la Sangre del Divino Corazón.

Aparición del Apóstol del Amor

Madre Magdalena de San Juan vio al Apóstol del Amor, San Juan Evangelista, que amable y risueño quería hablar con ella. El le reveló que en la noche de la Ultima Cena, cuando estaba reclinado en el pecho del Maestro tuvo conocimiento de uno de los secretos: el de la Fundación de este Monasterio, que El tanto amaba, y que allí encontraría almas eucarísticas que tomarían sobre sí la reparación de los sacrilegios cometidos contra la Víctima Divina.

Madre Magdalena vio, también, el sacrilegio enorme que se cometía en la ciudad de Riobamba. La que sería entonces República del Ecuador, apareció como el Calvario y la ciudad de Riobamba como el Gólgota donde expiraba la Víctima Eucarística por la violencia de su

Amor doloroso, bajo los inmundos pies de hijos desnaturalizados que darían muerte cruel e ignominiosa a un Padre Jesuita, cuya hermosa alma entraría inmediatamente al Cielo sin pasar por el Purgatorio, aun antes de que se concluyesen en la tierra las profanaciones eucarísticas que seguirían a su martirio.

En esa misma mañana vio a una persona que se paseaba por las calles de Riobamba y que, preguntado por sus amigos cómo estaba, respondió alegremente: "Muy bien, porque pasé la noche más entretenida de mi vida agarrando Frailes". Y continuando su paseo por las cercanías de la ciudad, pasó por una construcción de donde le cayó una viga en la cabeza matándolo instantáneamente, descendiendo su alma desgraciada al Infierno.

Madre Magdalena vio también las reparaciones que hacían las personas sencillas del pueblo. Apareció allí el Monasterio de sus Hermanas Concepcionistas de Riobamba con todas las personas que estaban en aquella época. Allí las lágrimas, oraciones y desagravios que hacían las Esposas del Cordero sin mancha en los silenciosos muros de su claustro, subían como el humo del incienso en la soledad del templo, aplacando a Nuestro Señor. Los elementos de la naturaleza manifestaban tristeza, el día era lluvioso y lloraban el sacrilegio sin nombre que sufría su Creador.

San Juan le comunicó, entonces, que ese sacrilegio público, en cierto modo se hacía necesario para reparar las muchas profanaciones ocultas de que era Víctima la Sagrada Eucaristía. Y conoció que era el Monasterio de la Inmaculada Concepción, el escogido por Dios para establecer el desagravio del día 4 de mayo. Vio, entonces, todas las penitencias y actos públicos de humildad que las Religiosas hacían, y que con éstos fueron perdonadas muchas faltas. Vio la Procesión de penitencia en la que las Religiosas llevaban las insignias de la Pasión, y, en un transporte de gozo, Madre Magdalena decía: "Quién me diera vivir en esos felices tiempos para unirme a mis Hermanas y tomar parte activa y personal en ese acto".

Conoció, también, que si no hubiese habido tales desagravios, hubie-

ran sobrevenido terribles castigos a la República del Ecuador: una inundación total. Pero los sacrificios de las vírgenes Concepcionistas de este Monasterio aplacaron la cólera divina de Dios Nuestro Señor que se complacía en aquellos.

Conoció, además, que con el correr del tiempo, el mal se apoderaría de una Religiosa, la que con su habitual astucia, trataría de acabar con los desagravios y penitencias públicas en el refectorio y también con la procesión de Penitencia. Estos actos sostenían al Monasterio. Ojalá Dios le haga recapacitar y pida a Dios Misericordia.

El Santo Apóstol le dice que: "Dios se complacía con esa Procesión, y prometía no negar nada siempre que fuera hecha con verdadero espíritu, y que quedarían escritos los nombres de las Religiosas y de las personas que tomaran parte en ella, usando las insignias de su Pasión. Con esas insignias, esas almas serán presentadas ante Dios en la hora de su muerte para recibir grandes premios y el galardón para las que sobre la tierra padecieron el sufrimiento y el dolor".

Le dice, finalmente, el Santo Apóstol **que el mundo no acabaría antes que los Frailes de la Familia Seráfica volviesen al gobierno del Monasterio de la Inmaculada Concepción.** Y que, entonces, resplandeciendo el espíritu religioso, habrían Religiosas santísimas. Así terminó la visión.

Aparición Angélica y tormento del torno

Madre Catalina de la Concepción vio que los Angeles del Cielo instalaban en los Claustros y patios del Monasterio unos tornos que los colocaban en diversos sitios del Convento. Las Religiosas se aproximaban a esos tornos y los Angeles los hacían girar, torturando a las Monjas y despedazándolas. Luego les entregaban la palma y la coro-

na y sus almas volaban al Cielo.

Hecho esto, otros Angeles instalaban nuevos tornos y cuando se aproximaban las Religiosas escuchaban una voz que les decía: "Estas son las almas heroicas en la penitencia que con su martirio voluntario lavaron sus culpas, las de sus Hermanas y las de los pobres pecadores, y con esto apresuraron la hora venturosa para esta Comunidad".

Visión mística y Misterio de la Encarnación

Madre María de la Encarnación contempló el Consistorio de la Santísima Trinidad cuando deliberaba en el cómo redimir al hombre caído: la Persona del Verbo Divino se ofreció para rescatarlo, y en ese momento el Verbo Divino hizo un acto de humildad tan profundo que jamás podrá ser repetido por criatura alguna. Tal acto hubiera bastado para redimir mil mundos, pero Dios quiso hacerse Hombre.

En ese instante la Beatísima Trinidad envió del Cielo al Arcángel San Gabriel para anunciar el Misterio de la Encarnación a la humilde Virgen María que oraba en su retiro de Nazareth. La Santísima Trinidad permaneció estática esperando el "fiat" de la humilde Virgen. Y cuando Ella, con humildad, lo pronunció, el Eterno Padre y el Espíritu Santo obraron el inefable Misterio. El Espíritu Divino estrechó tan fuertemente el Corazón de la Santísima Virgen al impulso del Amor Divino que del Corazón brotaron tres gotas de sangre con las cuales el Espíritu Santo formó el Cuerpo perfectísimo al que se unió la Segunda Persona de la Santísima Trinidad. Así se efectuó el Misterio de la Encarnación.

En ese Cuerpo tan pequeño, Madre María de la Encarnación, vio el Corazón del Divino Niño latir de Amor hacia los hombres y el Verbo

Divino unido a la Humanidad crecía sin dependencia alguna en el seno de María Santísima, donde se postraba en cruz. La Religiosa miró las sagradas manos del Divino Infante y percibió que ellas serían traspasadas con duros clavos.

Enseguida tuvo la visión del Nacimiento y de cómo El fue reclinado en un pesebre. La humilde Religiosa vio después la vida oculta en Nazareth y conoció que en todos los siglos habría hijas de la Inmaculada Concepción, que imitando la vida oculta de Nazareth, sostendrían el Monasterio.

Recibió también la revelación de que esa vida se perfeccionaría cuando los hijos del Serafín de Asís volvieran a gobernar el Monasterio. Al ver estas cosas, la Santa Religiosa hubiera muerto por la violencia del amor si Dios no le hubiese mantenido en vida.

Todas las Fundadoras comunicaron esas inefables visiones que al mismo tiempo tuvieron esa noche feliz, cada una diferente de las otras y las declararon bajo juramento en los relatos que por escrito se conservan en los estantes del Monasterio.

Otras visiones menores.
Castigo a las Hermanas inobservantes

Sucedió también que, yendo esa noche la Comunidad de las inobservantes a rezar el Oficio Parvo de la Santísima Virgen que -a pesar de todo- no lo habían dejado de rezar, escucharon, venidas de la cárcel, melodías celestiales y vieron luces refulgentes.

En esa misma noche, en que las Madres Fundadoras fueron favorecidas con las mencionadas visiones, todas las demás Religiosas que estaban encarceladas vieron el triste castigo de sus perseguidoras. A Madre Mariana le fue revelado que la actual Abadesa, Madre

Magdalena de Jesús Valenzuela, moriría de allí a pocos años, con enfermedad al corazón y que estaría en el Purgatorio hasta el día del Juicio. Todas las otras Hermanas vieron que las inobservantes más responsables -causantes de los relajamientos de los siglos futuros- se perderían. Otras sufrirían el Purgatorio en el propio Monasterio. Y cuando en el patio del Coro hubiera jardines y rosales, en un lugar de ésos estarían recibiendo inmundicias en el mismo Monasterio, caminando su vía dolorosa. Las Religiosas menos culpables saldrían del Purgatorio cuando los Frailes Menores volvieran a gobernar el Monasterio de la Inmaculada Concepción y se cumpla la Regla del Santo Padre Julio II y florezca la Santa Observancia.

Se puede suponer los sufrimientos que tuvieron con esa visión las heroínas del seráfico amor en su prisión, y cuánto trabajaron para aplacar a la Justicia Divina para salvar a sus queridas Hermanas. Qué humillaciones, penitencias y sacrificios no harían aquellas cándidas vírgenes. Y al ver el castigo que esperaba a aquellas que se sacudieron del suave yugo de los Menores, qué gracias no darían a Nuestro Señor de haberlas preservado. Y con qué temor y temblor no trabajarían en su santificación, clamando a Dios Nuestro Señor por haberlas preservado y para que acelerase el día en que los Menores volvieran a gobernar esta Comunidad.

¡Ah, cuánto pesan las inobservancias, relajamientos y tantos males sucedidos desde ese día, llevando sobre sí las lágrimas y los sufrimientos de todas las Religiosas víctimas de amor seráfico, y que producirían todos los relajamientos de los siglos futuros! Pues, como dijo la Santísima Virgen a la Hermana Ana de la Concepción, el relajamiento de los siglos futuros se deberá al hecho de haber dejado entrar en el Monasterio a aquellas Hermanas, que, si los Menores hubieran estado gobernando el Monasterio, de ningún modo hubieran sido admitidas en la Comunidad de la Inmaculada Concepción. ¡Oh, cómo llora la Santa Religión a causa de esas hijas que se separan del Corazón del mismo Dios, causando sufrimientos a sus Esposas fieles!

XX

Las ilustres prisioneras salen de la cárcel. Dios Nuestro Señor reivindica la inocencia de sus Esposas

Continuaron los sufrimientos de las víctimas Concepcionista, las que, privadas del manto y del velo padecían la humillación y el desprecio de la Comunidad.

Con todo, durante el tiempo que duró esa injusta prisión, las inobservantes sufrieron en el cuerpo y en el alma, pues eran tantas y tales las enfermedades que les acometieron que el Monasterio parecía un hospital. Mientras éstas estaban enfermas, las dichosas cautivas gozaban de completa salud y sus rostros parecían rosas. Se diría que Dios Nuestro Señor les había comunicado a las inocentes toda la salud que les había quitado a sus perseguidoras.

La Madre Abadesa no pudiendo soportar más los sufrimientos de las santas prisioneras, en un Capítulo de Culpas dijo así a la Comunidad:

"Mis Hermanas, ya no es posible que nuestras Hermanas inocentes continúen presas.

Pidamos al Prelado que les dé la libertad: ellas nos hacen mucha falta en el Coro para la recitación del Oficio Divino y yo siento su ausencia". No pudo proseguir, pues irrumpió en llanto, siendo acompañada por algunas Religiosas. Otras, entre tanto, continuaban duras como un pedernal.

Del refectorio, la Priora fue a visitar a las cautivas siendo recibida con amor filial. Todas se sentaron a sus pies y ella les dijo: "Hijas mías, esta prueba ya va a terminar. Ya vamos a ponerlas en libertad". Madre Mariana cerró sus labios y todas, con los ojos fijos en ella, la imitaron en el silencio y nada respondieron.

La Priora envió una nota al gobernante eclesiástico, pidiendo entre otras cosas: "La libertad para sus santas presas, porque padecen, inocentemente, tantas injusticias.

Ninguna, a no ser la Madre Mariana de Jesús debe gobernar el Monasterio, pues ella ha sido un modelo de santidad y Observancia. Yo, por falta de carácter y por miedo, me he dejado llevar por las otras Monjas en mi conducta en relación a Madre Mariana, por ello pido mil perdones. Reconozco que no tengo aptitudes para gobernar y presento mi renuncia al Priorato. Se suma a esto, la necesidad de reparar mi salud que está muy quebrantada".

La respuesta del gobernante eclesiástico fue la siguiente: "Señora, las palabras que me dices en tu carta han herido mi corazón. Tú debiste haber percibido el alcance de hacer sufrir y atormentar a las inocentes, exponiéndote a que se acabe el Monasterio, pues las españo-

las son muy queridas por su santidad y nobleza. Sabías que debían ocupar los mejores puestos de preeminencia en la Comunidad. Sabíais que [entre] las Damas de la Reina, mi Señora, hay una pariente muy próxima de Madre Mariana y ya me reclaman por ella y por las demás españolas. De aquí en adelante no permitiréis que ninguna de las criollas (son las hijas de españoles casados con indias) sean Maestras, ni tengan oficios de dignidad. Los puestos de preeminencia deben ser para las españolas.

Póngalas inmediatamente en libertad y que gocen de todos sus privilegios. Al respecto de vuestra renuncia, cumpla con vuestra Regla y termine vuestro tiempo".

Con esta nota del gobernante eclesiástico es fácil comprender el sufrimiento de Madre Valenzuela, que reunió a la Comunidad y leyó en público la nota, diciendo a continuación: "Hermanas, esto mismo nos merecemos. Vamos ahora en Comunidad a sacar a nuestras Hermanas de la cárcel". Y como vio que algunas Monjas se resistían, con un grito de autoridad dijo: "Bajo precepto de Santa Obediencia, mando que todas vayamos en Comunidad a liberar a nuestras santas Hermanas". Y todas se dirigieron a la cárcel. Las que se habían resistido seguían de lejos.

Llegaron a la cárcel, golpearon, abrieron y entraron. Las tímidas presas, viendo que entraba la Priora con la Comunidad, se pusieron a temblar de miedo, temiendo mayores sufrimientos o que les quisiesen quitar a Madre Mariana. Y todas rodearon a su tesoro, fijando en ella sus miradas.

La Priora les comunicó, entonces, que el Prelado ya las ponía en libertad. Les dirigió una plática pidiendo que perdonasen todo lo que habían sufrido.

Las víctimas inocentes se humillaron, besaron los pies de la Priora y de cada una de las Religiosas presentes y las abrazaron. Ninguna salió de la prisión hasta [que] la Priora se lo ordenó. Fueron conducidas en procesión hasta el Coro Inferior donde las vírgenes mártires se prosternaron en cruz sin pronunciar una palabra. Cuando se levantaron, el piso estaba mojado con las lágrimas que derramaron a los pies de su Esposo Sacramentado.

Ese día fue de regocijo para la Comunidad. Les dieron algún descanso y llamaron al Confesor, quien confesó a todas las prisioneras, ya libres, las que comulgaron al día siguiente volviendo a su vida de fervor y Observancia. Ahora, se terminaron los sufrimientos causados por sus perseguidoras.

¡Oh, cómo sería el fervor de esas amantes víctimas en la primera Comunión que hicieron ese día! ¡Y cuál sería el abrazo inefable que les dio el Esposo Celestial como premio a todo lo que habían sufrido por su Amor!

Estas mártires y heroínas fueron las primicias de la Orden y la gloria y honra del Monasterio de la Inmaculada Concepción de María Santísima. Con razón afirmó el Prelado que ordenó su libertad, que si las Fundadoras españolas no hubiesen sufrido esta prueba, no hubiera habido Santas en el Monasterio de la Inmaculada Concepción. ¡Oh, esa cárcel oscura fue el lugar donde se preparó el precioso vino de Amor Divino, confeccionado con la mirra del dolor, para ser ofrecido al Divino Esposo y calmar su misteriosa sed en el transcurso de los siglos, con tantas almas religiosas que, imitando el heroico martirio de sus Fundadoras, serían también víctimas del Seráfico Amor!

XXI

Madre Mariana de Jesús es electa nuevamente Abadesa. Favores que recibe de su Divino Esposo. Las calumnias que sufre y su nuevo encarcelamiento

Transcurría el año de 1598 y Madre Mariana de Jesús sufría terribles tormentos, persecuciones y calumnias causadas por sus Hermanas. Sin abrir sus labios para la menor queja, imitaba así a su Divino Esposo que en la Cruz perdonó y oró por sus propios enemigos.

Reelección de Madre Mariana. Representación de Nuestro Señor

Llegó por fin a término el Priorato de Madre Valenzuela, tiempo tan nefasto para las Madres Fundadoras, y se procedió a una nueva elección. Las Religiosas inobservantes, con astucia, pusieron en juego

todos los medios posibles para hacer elegir a una compañera que les permitiese mayor libertad en su relajamiento de la vida monástica.

Trabajaron tanto en ese sentido que ya estaban cerca de conseguir su intento. Cuál no fue su sorpresa al ver que la votación salía a favor de Madre Mariana de Jesús, faltando apenas los votos de las inobservantes... Frente a la victoria de su adversaria, algunas de entre ellas de susto sufrieron ataques, y otras perdieron el habla por el sufrimiento que les llegó.

Luego que Madre Mariana de Jesús fue electa, Madre Valenzuela, anticipándose a las ceremonias, se apresuró a prestar obediencia, como que estuviese deseosa de entregar el cargo en manos de aquella que tanto quería fuese su Superiora.

En efecto, al presentarle obediencia le dice: "Vuestra Reverendísima será mi Madre".

Madre Mariana se vio confundida, desorientada e iba a presentar la renuncia; mas al querer hacerlo Dios Nuestro Señor le quitó el habla y la dejó sin movimiento. En ese instante vio una luz que salía del Sagrario, inundando e iluminando todo el Templo y el Coro Inferior. Conoció, entonces, todos los sufrimientos, calumnias y prisiones que la esperaban en su Priorato; ella, entre tanto, insistía interiormente en renunciar al cargo. En eso vio a Nuestro Señor saliendo del Sagrario, cargando una enorme Cruz, coronado de espinas, cubierto de llagas y con los ojos llenos de lágrimas.

Aproximándose a ella, Nuestro Señor le dice: "Yo no retrocedí en el camino del Calvario con esta Cruz grande y pesada, que por tu amor y de todos los pecadores, cargué, ¿y tú quieres dejarme ahora, ingrata? ¡Ay de ti si volvieras a España!".

Nuestro Señor estaba, también, amarrado con algunas cuerdas. El se sentó junto a ella con una cuerda en el cuello, sosteniendo la Cruz. Esto reconfortó a Madre Mariana. Mientras tanto, las Religiosas le prestaban Obediencia besando su escapulario, pero ellas, sin percibirlo, besaban la cuerda del Señor. Es mi cuerda la que besan, le dice Nuestro Señor.

¡Oh, cómo sufriría su corazón viendo las lágrimas de su Divino Esposo que le rogaban aceptar la cruz del Priorato!

Al ser revestida con las insignias de Priora, Madre Mariana sintió en su alma una humildad tan profunda que se creyó la criatura más abyecta del mundo y decía: "Con justicia sufrí todo lo que me hicieron mis Hermanas; ellas tuvieron razón".

Nuestro Señor castiga
la tentativa de cisma de las inobservantes

Se realizó enseguida la procesión con la nueva Priora y después la llevaron para las conmemoraciones. Todas estaban llenas de regocijo, a excepción de las inobservantes y entre éstas, especialmente aquella que quería ser elegida Priora. Esa infeliz Monja había estado deseosísima del cargo y manifestaba una tristeza mortal.

Madre Mariana, que penetraba lo que pasaba en ese corazón, en medio del regocijo de sus hijas, se aproximó a su perseguidora diciéndole con rostro maternal y palabras muy dulces: "Mi hermanita, ¿por qué estás así? ¿Cuál es el sufrimiento o tristeza interior que tienes?". Ella le respondió con altivez y atrevimiento: "Nada tengo; ¡gozad vos de lo que tanto buscasteis!". Madre Mariana se retiró con humildad sin decir palabra, pero Madre Valenzuela le reprendió diciendo: "¿Oh, qué es esto Hermana? ¿Cómo te portas así en esta reunión? Pues, si te sientes mejor afuera, puedes retirarte a tu celda". "Sí, Madre", replicó la Monja –muy agradecida–. Y salió llevando tras de sí a todas las inobservantes, las que se reunieron para entonar cantos tristes a fin de manifestar su pesar.

Madre Valenzuela, impresionada con el hecho, se desmayó. Madre Mariana la socorrió reclinándola en sus brazos, y mandó a Madre

Francisca a traer agua. Esta no fue caminando sino volando y trajo agua y otros remedios con los que la hicieron recobrar los sentidos. Cuando volvió en sí, sus primeras palabras fueron: "¡Ah, mis pobres Hermanas!".

Las Religiosas continuaron festejando a su Priora hasta que, llegada la noche, sin que hubiese ningún motivo, murió repentinamente la Monja que respondió insolentemente a Madre Mariana, la misma que había querido ser Superiora del Convento. Con esta cabecilla, las inobservantes, intentaban formar otra Comunidad y así dividir el Monasterio, pero Dios Nuestro Señor no permitió tal división pues: "Todo reino dividido será destruido", y así acabó la vida de la infeliz cabecilla.

Cuando las compañeras la vieron muerta culparon a Madre Mariana diciendo que ella debía haber hecho alguna cosa para que la Religiosa muriese, pero la inocente Priora no abrió sus labios para defenderse... ¡Oh, qué terribles son las pasiones desenfrenadas en las personas religiosas! ¡De qué forma son capaces de perseguir y atormentar a las inocentes víctimas de su envidia!

El Divino Esposo hizo ver su Justicia: ya que las inobservantes se pusieron a cantar cantos de tristeza. Dios hizo que tal luto fuera verdad por la muerte de la cabecilla que quiso ser Priora.

Ni con estos acontecimientos abrieron los ojos, pues la serpiente infernal las mantenía ciegas pues en sus conciliábulos de iniquidad trataban de calumniar y perseguir a su Santa Priora, Madre Mariana, la que sufría doble martirio, por ver las maquinaciones de las inobservantes y por los continuos sufrimientos que ellas le causaban, como adelante se verá.

Con la muerte de esa pobre Monja terminaron los festejos en la Comunidad y se realizaron los funerales.

Maquinaciones de las inobservantes contra Madre Mariana

Madre Mariana penetraba lo que pasaba en el corazón de las inobservantes y procuraba satisfacer sus deseos aun antes de que se los manifestasen. Personalmente les llevaba lo que necesitaban con una dulzura y humildad celestial. Ellas, al contrario, con altivez y soberbia algunas veces aceptaban con desprecio y ponían a un lado lo que les traía, otras veces le decían: "Ponga eso ahí".

Siendo Madre Mariana el objeto de sus iras y desprecios, al fin del primer mes de su Priorato, las inobservantes fueron a encontrarse con Madre Valenzuela para pedirle que escribiese al Obispo a fin de conseguir la orden de prenderla, acusándola de alborotar el Convento, y diciendo que ya no podían tolerar el rigor con que las trataba.

Aseguraban que, pasado apenas un mes de su gobierno, la vida les era intolerable y pedían que se pusiese fin a este gobierno tan hostil.

Madre Valenzuela respondió que escribiría, diciéndoles que tenían que firmar la carta y que para esto les esperaría más tarde. La Madre redactó entonces la carta exponiendo que las inobservantes eran las que alborotaban el Monasterio y que la Priora pedía que fuesen encarceladas y citó el nombre de todas ellas. Cuando éstas fueron a firmar y leyeron lo que Madre Valenzuela había escrito, se indignaron y se retiraron para hacer, por sí mismas, lo que adelante se dirá.

Madre Mariana, que no podía tolerar la inobservancia, empleaba los medios más suaves para corregirlas, diciéndoles con dulzura: "Hermanitas, acordémonos que en tales lugares estamos obligadas al silencio, debemos tener más cuidado". Pero nada conseguía, sufriendo con eso un tormento indecible.

Las órdenes del Prelado, que tenía jurisdicción sobre el Convento,

empeoraban la situación pues eran de un temor tal que obedecerlas comprometía la conciencia. La Observancia quedaría reducida al estado como de una pared que se desmorona por falta del gobierno de los Frailes Menores, los que, como a criaturas, les habían enseñado con dulzura la más estricta Observancia. El Prelado secular, por el contrario, no entendía la Regla, [por lo que] no podía contener la inobservancia.

Madre Valenzuela era buena Religiosa mas no tenía los dones de gobierno, le faltaba carácter y siendo muy débil se dejaba gobernar por las inobservantes.

Bien se puede comprender el sufrimiento de Madre Valenzuela por haber sido ella la que pidió la separación de los Menores a fin de agradar a las inobservantes.

Sobre su conciencia caía todo el peso de la inobservancia.

Viendo que Madre Mariana no podía sujetar a las inobservantes con la humildad y dulzura con que gobernaba, Madre Valenzuela cayó enferma de pesar, siendo Madre Mariana todo su consuelo.

Madre Mariana es encarcelada

Entre tanto, el conciliábulo de las inobservantes escribió al Prelado una nota en el tenor siguiente:

"Madre Mariana de Jesús quebranta el silencio donde quiere, no asiste a los actos de la Comunidad, se encierra con las suyas para comilonas; el Convento es un jubileo de Frailes Menores, donde se conversa hasta altas horas de la noche.

Madre Mariana, también dijo, que trabaja para suprimir la jurisdicción de Vuestra Señoría Ilustrísima. Os suplicamos encarcelarla". Y

otras cosas más por este estilo.

Enviaron la nota firmada, pero Dios Nuestro Señor avisó a Madre Mariana el contenido de ella.

Llegaron enseguida dos notas del Prelado, una secreta para las inobservantes cuyo contenido Dios Nuestro Señor también comunicó a Madre Mariana, y otra para ella misma que decía lo siguiente:

"«Señora», por haber faltado gravemente a vuestra Regla y haber estado en conversaciones con los Frailes Menores hasta tarde en la noche, os ordeno que quedéis suspensa del cargo de Abadesa, permaneciendo esta sede vacante hasta nueva orden y que seáis encarcelada inmediatamente".

Madre Mariana lloró al leer esa Nota y Madre Francisca viéndola así le preguntó: "¿Qué sucede, Madre mía?". Ella no le dijo ni una sola palabra, y se dirigió al Coro Inferior. Entre tanto, sus perseguidoras la buscaban y encontrándola en el Coro le dijeron con tono de triunfo: "Sal, Madre y ven a la cárcel obedeciendo la orden del Prelado que manda prenderte".

La Víctima inocente salió al instante diciéndoles: "Voy a traer el Breviario de mi celda". "No", le dijeron las perseguidoras, "el Oficio Divino es para las observantes, no para ti". Y la encarcelaron.

Las Religiosas, sin saber nada, buscaban a su Priora y no la encontraban.

Una de las perseguidoras les dice, entonces: "Ya no tenemos Abadesa; habrá nueva elección, pues Madre Mariana está en la cárcel".

¡Oh! ¡Qué espada de dolor para las españolas! Fueron a verla en la cárcel.

"Madre nuestra", le dijeron desde afuera, "¿qué ha pasado?". "Mis hijas", les respondió, "dejadme y rogad por mí".

Madre Mariana continúa en la cárcel. Las otras Fundadoras se juntan a ella. Sufrimientos que tuvieron las prisioneras. Tercera Aparición de la Santísima Virgen del Buen Suceso a Madre Mariana de Jesús

Mientras la Comunidad de las observantes lamentaba la prisión de su Priora, las perseguidoras andaban triunfantes y procuraban la salud de Madre Valenzuela para hacerla Priora. En la nota que escribieron al Prelado pidiendo la prisión de Madre Mariana una de las calumnias era de que Madre Valenzuela había caído enferma por el rigor con que Madre Mariana las trataba.

Las inobservantes estaban alrededor de la cama, lo que le causaba gran disgusto, pues Madre Valenzuela ya conocía su error y se había separado de ellas, uniéndose a Madre Mariana y a las demás Fundadoras.

Madre Valenzuela permanecía en cama e ignoraba la prisión de Madre Mariana. Como su consuelo era tratar con su Priora, la que procuraba su salud de todos modos, tratándola con dulzura, caridad y amor materno, viendo que tardaba en venir, la hizo llamar diciendo que necesitaba hablarle. Las perseguidoras respondieron que estaba ocupada, y como la doliente instase en llamarla y la Madre no venía, comenzó a llorar diciendo que Madre Mariana había muerto. Las inobservantes le dijeron: "No está muerta, está encarcelada".

Con esa noticia Madre Valenzuela se desmayó. Dos días pasó como muerta, víctima de un terrible ataque. Las Religiosas pensaban que en realidad había muerto.

Cuando volvió en sí, cadavérica, los médicos dijeron que era un milagro, pues el ataque había afectado no sólo el cerebro sino también el corazón, y que si esto se repetía, moriría.

La Comunidad se puso en grande alarma. Madre Valenzuela cuando pudo hablar pidió que la vistiesen y la llevasen a la cárcel: "Quiero

estar presa", decía, "con mi Abadesa, debo estar con ella". Las inobservantes no sabían qué hacer y después de conversar entre sí, no la quisieron llevar.

Las otras Fundadoras Españolas también son encarceladas

Madre Valenzuela se restableció con el correr de los días y a Madre Francisca, su enfermera, le encargaba algunas cosas secretas. Al ver su mejoría, las perseguidoras inventaron que tal mejoría era obra milagrosa de Madre Mariana y de la enfermera, la que fue insultada y también encarcelada.

Madre Valenzuela llamó después a Madre María de la Encarnación, que era la secretaria, pero las inobservantes le apresaron también a ella. Esta santa Religiosa, cuando la conducían a la cárcel preguntó: "¿Con qué orden me llevan?". Le respondieron: "Con orden superior". La Religiosa insistió, pues se dio cuenta de que no era orden del Prelado, pero para evitar mayores escándalos entró en la cárcel. Y cada día iban encarcelando a otras de las Fundadoras.

Madre Valenzuela sabiendo que Madre Encarnación y las demás Fundadoras estaban presas se indignó con las inobservantes y saliendo de su lecho, con sus propias fuerzas, las reprendió a gritos diciendo: "¿Cómo hacéis estas injusticias con las santas Fundadoras? Por vuestra causa el Convento va a acabar y sus nombres quedarán escritos con ignominia para la posteridad". Les dirigió, también, otras palabras muy graves, pero las inobservantes no cedían. Esta fue la primera vez que la Madre faltó al silencio.

"Madre", le decían, no defienda a las españolas pues ellas son culpables". Y proferían palabras calumniosas contra las víctimas inocentes. "Madre Valenzuela delira", decían.

Cuando, trémula y débil, Madre Valenzuela pudo levantarse, fue a la cárcel y, golpeando la puerta, quería romperla diciendo: "¿Quién tiene la llave de esta cárcel para entrar en este Cielo?". Llamó a gritos, la Madre Abadesa. Madre Mariana con respeto se aproximó a la puerta y Madre Valenzuela preguntó: "¿Qué es lo que acontece, Madre mía?".

Madre Mariana le informó, entonces, de la nota que las inobservantes dirigieron al Prelado, y cómo éste le respondió, ordenando la prisión. Madre Valenzuela manifestaba profundo sentimiento. Las inobservantes afuera la juzgaban como que estuviese demente. En el propio claustro de la cárcel, entre tanto, las inobservantes disputaban entre sí: "Esto acontece por tu causa, pues tú escribiste la nota". La otra respondía: "Tú fuiste la que me dijiste que escriba". La otra decía: "Fuiste tú la que me dijiste que aumente tal cosa". De este modo se disgustaban entre ellas y se dividían.

Madre Valenzuela, pudiendo ya escribir, dirigió una comunicación al Prelado pidiendo la libertad para su Abadesa y las demás españolas, diciendo que eran inocentes; pero como el gobierno del Monasterio estaba en manos de las inobservantes, éstas no enviaron la nota, la rompieron y, mintiendo a la Madre Valenzuela le dijeron que ya la habían enviado. Cuando la Madre preguntaba por la respuesta, respondían ellas: "Ya ha de llegar, Madre". Pero extrañándose por la demora, llamó al Confesor a fin de hacerle ver la inocencia de las prisioneras y la injusticia que se cometía contra ellas. El Confesor, mal informado por las inobservantes le dijo: "No puedo hacer nada, pues el Prelado está indignado contra las españolas".

Esta situación causaba a Madre Valenzuela tormentos indecibles, pues veía que ella era la causa de tantas injusticias cometidas contra las Madres inocentes. No tenía otro consuelo que el de ir a la cárcel a ver a las víctimas inocentes buscando refugio en el claustro de la

prisión. Allí, la encontraban sentada en los bancos de piedra, junto a la cárcel, donde se le juntaban las buenas Religiosas observantes, quienes se disputaban la primacía de hacer compañía a las santas prisioneras. "Esta tarde la señora va para la cárcel", o también: "Hermana, la señora irá mañana, o las otras mañanas irá a la cárcel".

Aun así las inobservantes atormentaban a las cautivas en la presencia misma de Madre Valenzuela, que no podía contener el torrente de ira, envidias, calumnias y relajamiento de las inobservantes que gobernaban por sí el Monasterio. Hacían lo que querían, en ese mes aciago la vida en estos santos claustros fue muy amarga porque la serpiente infernal tenía el poder, siendo de notarse que estas pobres Monjas inobservantes por más que estuviesen con sus Confesores, no pudieran comulgar ni un solo día, sin duda alguna, porque la conciencia les atormentaba por tantas calumnias, injusticias y sufrimientos que causaban a la santa ilustre Priora, Madre Mariana de Jesús, y a las demás Fundadoras y Religiosas observantes.

¡Oh, qué época tan triste y lamentable pasó el Monasterio de la Inmaculada Concepción cuando la serpiente infernal se apoderó de las Monjas nativas para destruir, por la división y la inobservancia, la Casa de la Orden de la Inmaculada Concepción del Ecuador! Esos años debieran ser borrados con lágrimas de sangre y solamente son escritos para que resplandezca la Misericordia de Dios y de la Santísima Virgen al conservar este Monasterio, el cual si no desapareció en esa época tan lamentable, fue sin duda alguna, por las penitencias, oraciones y continua inmolación de la santa Abadesa Madre Mariana de Jesús Torres, la que con sus amigas españolas aplacaba la ira Divina.

En la cárcel resplandecía, en ese tiempo, la estricta Observancia de la Regla. Madre Francisca, cuando fue presa, llevó consigo el Breviario de Madre Mariana y con las demás Religiosas que iban entrando, rezaban y cantaban la salmodia divina, como melodiosa cítara que consolaba el Corazón del Esposo Divino, despedazado por las inobservantes.

¡Ah! Esta cárcel fue el Paraíso de la Justicia divina y las santas prisioneras el altar de los holocaustos, en el que se consumían las víctimas y subía el incienso de suave olor. ¡Ay de las Concepcionistas si no hubieran existido estas castas palomas, las que con dulce arrullo recreaban al Divino Amante! Felices españolas que fundaron este nido de la Inmaculada Concepción. Mil veces benditas y felices españolas que gimiendo como solitarias tortolillas aplacaron al Divino Esposo, conservando el Monasterio a base de la violencia de sacrificio y amor.

Una noche en la cárcel, luz y voces venidas del Cielo

La Santa y angelical Priora se consumía en la cárcel con sus hijas y Hermanas, las Fundadoras Españolas, privadas de todo consuelo humano y llenas de oprobios y mil privaciones y sacrificios, sufriendo las injusticias de las Monjas inobservantes. Pero la Reina del Cielo no se olvidaba de sus fieles hijas. Con su humilde y silencioso sufrimiento y fervor sin igual, ellas le obsequiaban todos los días en la cárcel, la recitación del Oficio Parvo matutino: Esposas dignas de un Dios crucificado, permanecían en su cruz ínclitas y valerosas.

A media noche, como era su costumbre, la Santa Priora se ponía en oración, mientras sus Hermanas dormían tranquilas el sueño de los justos.

Postrada, con la frente en tierra, se humillaba en presencia de su Dios y Señor, y creyendo que sus muchas culpas eran la causa de la indignación divina sobre su querido Convento, como si fuese la persona más culpable del mundo, le pedía Misericordia y Perdón.

Fue así que en la madrugada del día 16 de enero, a la una de la mañana, en lo más profundo de la oración, oyó Madre Mariana el canto de

una voz melodiosa acompañado de una cítara que sonaba como si viniese del Cielo, en tanto la cárcel se iluminaba con una Luz celestial. Con la velocidad del rayo cayó de rodillas, llamando repetidas veces a sus Hermanas, que dormían profundamente, a fin de que también ellas pudiesen consolarse con tal celestial armonía, pero ellas no se despertaron.

Madre Mariana permaneció arrodillada delante de la cruz que tenía pintada en la pared. De repente vio delante de sí al Seráfico Padre San Francisco, tocando la cítara, y a la Madre María de Jesús Taboada, su Madre Fundadora, que acompañada por esta melodía celestial entonaba algunas coplas de amor doloroso.

Ebria de alegría, Madre Mariana no conseguía articular palabra y su corazón anhelaba hacer compañía al gozo celestial de su Madre Fundadora, quien le habló de la siguiente manera:

"Mi hija y sobrina, nunca fuiste tan feliz y agradable al Señor como en la presente época, en la que el dolor te circunda. ¡Ah, si supieses cuánto vale sufrir injustamente por amor a la Observancia Monástica! Para premiar tu constancia y tu padecimiento humilde, venimos, mi Padre Seráfico y yo, para deleitar tu oído y llenar tu corazón de consuelos celestiales".

El Serafín Llagado tomando la palabra dice: "Hija fiel, y querida Esposa del Esposo de las Vírgenes, tus sufrimientos y los de tus hijas y mías, así como las lágrimas y oraciones que salen de esta cárcel, llegaron al Corazón Magnánimo de Dios y de su Bendita Madre, y en su Amor infinito a ti, nos envió para deleitar tu corazón abatido. Escucha esta cítara, la misma que un espíritu alado me tocó otrora cuando yo vivía en la tierra e hizo que me extasiara de amor y de alegría. Ahora que estoy en el Cielo, la toco para mis hijos e hijas, a fin de alentarlos en las persecuciones injustas de que son objeto. Algunos la oyen con los sentidos corporales como tú, otros la escuchan en el fondo de su espíritu. Ten ánimo y continúa invicta en el sufrimiento por la Observancia Monástica, pues el premio que allá en el Cielo aguarda a las observantes y seráficas Religiosas, es grande.

Quien me ame será amado y bendito de Dios y aquel que se aparte de mi espíritu, no lo reconoceré ni abogaré por él en el Supremo Tribunal. Este Convento tan querido para mí será privilegiado. Yo velaré sin cesar por él hasta el fin de los tiempos, pues en todos los siglos tendré hijas fieles y amorosas. Ahora ensancha tu corazón y prepárate pues nuestra Soberana Reina va a visitarte en la cárcel. Nosotros somos sus mensajeros".

Dicho esto se ocultaron Padre e hija.

XXII

Tercera aparición de la Santísima Virgen
16 de enero del año del Señor 1599

Entonces apareció en una claridad mayor que la anterior (la de la aparición de San Francisco con la Madre Fundadora), una hermosísima y linda Señora con un preciosísimo Niño en el brazo izquierdo y un báculo en el derecho. En el báculo había una cruz de diamantes, los que relucían, cada uno como un sol, y en el medio de la cruz una estrella de rubíes, teniendo grabado el nombre de María, que despedía un conjunto de luces, cada una más brillante que otra.

La humilde Madre Mariana, confundida en su propio conocimiento, no se creía digna de tal favor. Su corazón, purificado de vanos afectos, era una braza ardiente de Amor Divino, y creía que era alguna ilusión fantástica, causada por sus grandes sufrimientos; y recobrando las fuerzas extendió sus brazos diciendo:

"Hermosa Señora, ¿quién sois y qué queréis de mí en este lugar oscuro en que me encuentro con mis hijas sufridas? ¿Tal vez algún pecado oculto a mi vista provoca la ira divina contra este ameno vergel?

Si así es, que yo muera, la culpable, pero que se salven las inocentes de este lugar querido... Y si estoy delante de una ilusión fantástica, os pido, por el Misterio de la Santísima Trinidad, de la Presencia real de Jesucristo en la Eucaristía y de la Maternidad Divina, que os apartéis de mí, dejándome en las oscuridades de la Fe, tan dulces y encantadoras para mí. No rechazo el sufrir, ni nunca lo rechazaré porque amo a Jesús y ese amor me hace asemejarme a El. Sólo pido fuerza y valor: lejos de la Familia Seráfica, la vida religiosa es oscura y difícil".

Nuestra Señora se presenta. Designios de Dios sobre el Monasterio de la Inmaculada Concepción de Quito

Entonces la visión divina fue de esta manera:

"Hija mía muy amada, ¿por qué eres lenta y pesada de corazón? No es una ilusión fantástica lo que tienes delante de tu vista. Soy María del Buen Suceso, tu Madre del Cielo, a quien recurres siempre con esta invocación conocida en España; no hay pecado oculto en ti, ni en ninguna de las observantes que aman a mi siervo Francisco y a su Seráfica Familia. La tribulación con que hoy te prueba mi Hijo Santísimo es un don celestial con el que las almas se fortifican y contienen la ira divina, pronta a descargar un castigo tremendo sobre la ingrata Colonia. ¡Cuántos crímenes ocultos se cometen en sus ciudades y pueblos! Precisamente por este motivo se fundó el Convento en este lugar, a fin de que el Dios del Cielo y de la Tierra fuese desagraviado en el mismo lugar en que El es agraviado y desconocido, y por esta razón el demonio, enemigo de Dios y de los justos, tanto ahora como en los siglos futuros, pondrá en juego toda su maliciosa astucia para acabar con este Convento, mi Fundación y mi propia herencia, valiéndose de personas de autoridad y dignidad, bajo el pretexto de mejorar la situación y tranquilidad!

¡Oh, ignorancia de los sabios y estulticia de los mortales que no conocen los secretos designios de Dios en sus obras! Recuerda que el Real Profeta cantó: "Cuán maravillosas son las obras del Señor". Y bien convencida de esta verdad, instruye a tus hijas e inculca a las presentes y a las que vendrán, el amor a su divina vocación y al lugar que Dios y yo escogimos como nuestra posesión y herencia. Dios, el Absoluto, Dueño de todo cuanto existe en su libre albedrío, escoge el lugar que quiere para el cumplimiento de sus secretos designios y ninguna criatura puede oponerle resistencia si no quiere caer en maldición divina. En todos los siglos, yo viviré aquí exteriorizada en algunas de mis queridas hijas, aquí, en medio del bullicio del mundo ingrato, Dios tendrá algunas contemplativas y Esposas dignas de su Majestad, las que, en oscuridad, en silencio, en humillación y en desprecio estarán en el propio seno de la Comunidad, serán poderosas para aplacar la Justicia divina y conseguir grandes bienes para la Iglesia, la Patria y las almas. Sin ellas Quito no subsistiría".

Profecía sobre el futuro de la Colonia y del Monasterio

"Dentro de poco tiempo la patria en que vives dejará de ser Colonia y será República libre. Entonces será conocida con el nombre de Ecuador, y necesitará de almas heroicas para sostenerse en medio de tantas calamidades públicas y privadas.

Aquí Dios encontrará siempre esas almas a manera de violetas ocultas. Desgraciado sería Quito sin este Monasterio. Y ningún monarca poderoso de la tierra podrá, con sus tesoros, edificar nuevos edificios en este lugar, que es posesión de Dios de la misma forma que Juliano el Apóstata con su poder mentiroso, no pudo reedificar el Templo de Salomón. ¡Los esfuerzos de los hombres contra el Cordero de Dios son vanos! Yo cuidaré con solicitud maternal este Monasterio

y sus dependencias y si fuera necesario sostener con milagros las murallas que guardan la clausura, yo las sostendré. Benditos sean de Dios y de su Madre, que te habla, todos cuantos procuren edificar, sostener y conservar este lugar querido; sus nombres quedarán escritos en la refulgente estrella de rubí que ves en la mitad de este báculo, señal de mi poder y autoridad en ésta mi casa y a los que trabajaren para destruirla, a unos les retiraré la vida cuando menos lo piensen, a otros les sobrevendrán grandes dificultades y todos recibirán en la Eternidad lo que tienen merecido...

En el siglo XIX vivirá un presidente verdaderamente cristiano, varón de carácter, a quien Dios Nuestro Señor dará la palma del martirio en la plaza donde está éste mi Convento. El consagrará la República al Divino Corazón de mi Hijo Santísimo.

Esta Consagración sostendrá la Religión Católica en los años posteriores, los que serán aciagos para la Iglesia. En esos años -en el que el masonismo, esa maldita secta, se apoderará del gobierno civil- habrá una persecución cruel a todas las Comunidades Religiosas y se lanzará también violentamente sobre ésta mi Comunidad. Para esos hombres desgraciados el Monasterio está acabado, mas vive Dios y vivo yo, para suscitar entre los mismos defensores poderosos, les colocaremos dificultades imposibles de vencer, y el triunfo será nuestro.

En este tiempo habrá en el Monasterio almas hermosas, las que como tórtolas solitarias, con sus gemidos de doloroso amor, atraerán las Misericordias de Dios sobre su Convento, sobre su desgraciada Patria y sobre la Iglesia combatida; almas tan desconocidas e ignoradas por todos que ellas mismas no sabrán cómo su Dueño y Señor las habrá cultivado".

"Por esto es Voluntad de mi Hijo Santísimo que tú misma mandes a ejecutar una estatua mía, tal como me ves, y la coloques sobre la cátedra (estal) de la Priora para que yo desde ahí gobierne mi Monasterio, colocando en mi mano derecha el báculo y las llaves de la clausura en señal de propiedad y autoridad. A mi Divino Niño lo harás colocar en mi mano izquierda: Primero, para que los mortales entiendan que soy poderosa para aplacar la Justicia Divina y alcanzar piedad y perdón a toda alma pecadora que a mí acuda con corazón contrito, porque soy Madre de Misericordia y en mí no encontrarán sino bondad y amor. Y segundo, para que todos los siglos, mis hijas comprendan que yo les muestro y les doy como modelo de su perfección religiosa a mi Hijo Santísimo y su Dios; vengan ellas a mí para que yo les conduzca a El; cuando las tribulaciones del espíritu y los ardores del cuerpo las opriman y parecieran naufragar en ese mar sin fondo, una mirada a mi Santa Imagen será para ellas como la estrella del náufrago, siempre me tendrán pronta a escuchar sus gemidos y calmar sus llantos. Diles que acudan siempre a su Madre, con fe y amor, y para esto yo quiero vivir con ellas y en ellas, con sus sufrimientos de toda especie conservarán su Monasterio para siempre.

Diles que imiten mi humildad, mi obediencia, mi espíritu de sacrificio y mi absoluta dependencia a la Voluntad divina; éstas son las alas con que mis hijas, que honran el misterio de mi Inmaculada Concepción, volarán, en todo tiempo, con misteriosa agilidad a lo más alto de la santidad en el retiro silencioso de sus claustros, bajo la pura mirada de Dios".

"La separación de los Menores en este tiempo fue permisión Divina. Ay de aquellas que directamente trabajaron para oscurecer la Luz de este Monasterio. Mas, pasados pocos siglos ellos volverán a gobernar ésta mi querida grey, la que siempre lamentará su ausencia, y sentirá su falta irreemplazable. Entonces, éste mi vergel amado será el jardín sellado donde el Celestial Esposo encontrará para su recreación, fragantes y preciosas flores y frutos exquisitos.

Ni tú, ni tus hijas y Hermanas actuales lograrán tanta felicidad viendo llegar la Luz para estos benditos Claustros, mas, sacrifícate y pide tú y tus hijas fieles y observantes, que Dios acelere ese verdadero día aquí en la tierra, porque hoy principia la noche oscura. Vendrán los tiempos de oro para éste mi Monasterio, será feliz y premiado de Dios aquel Prelado, hijo mío tan querido, el que -conociendo con Luz divina la necesidad de sujeción inmediata a los Menores, para la santificación y perfección de las hijas de mi Inmaculada Concepción, en el exacto cumplimiento de su Regla-, pedirá al Vicario de mi Hijo Santísimo aquí en la Tierra, que los Menores gobiernen este Monasterio.

Este día será cuando la corrupción de las costumbres en el mundo parezcan llegar al ápice, y cuando mi Comunidad agonizante se encuentre desprovista de bienes terrenos, y saturada de dolores y amarguras. Los Menores levantarán sus espíritus abatidos, atraerán vocaciones verdaderas y santas, y Religiosas dignas de su nombre.

En esta ocasión la Comunidad de los Franciscanos, hijos predilectos de mi Corazón Inmaculado, será observante hasta de los pormenores; no habrá entre ellos ningún infiel al Seráfico Padre, cuya virtud será conocida y amada por todos. Ellos atraerán los corazones de los buenos y de los malos y todos los respetarán, porque el Dios tres

veces Santo y el Seráfico Padre Llagado ya habrá retirado de su seno lo que era sólo paja y dejado el verdadero trigo y la uva escogida, para alimentar con el pan sabroso de la enseñanza práctica a las delicadas almas de sus Hermanas, las Religiosas observantes, tan necesitadas en ese tiempo, y embriagándolas con el vino generoso del Divino Amor, en las alturas de la seráfica y humilde contemplación e íntima unión con Dios, fundadas en la sólida virtud.

Felices, bienaventuradas y muy amadas de Dios serán mis hijas de ese tiempo, que con humildad y simplicidad, manifestaren el deseo de sujeción a los Menores, en cumplimiento de su Regla, a aquel Prelado, hijo mío tan querido. Sus nombres serán escritos en el Corazón Santísimo de Jesús, su Esposo Divino, y en el mío, ellas tendrán un premio especial entre las hijas de mi Seráfico Siervo Francisco.

Aquellas que a esto se opusieren, serán contadas como paja inútil, dignas del fuego de expiación".

De cómo se tomó la medida de la Madre de Dios

La humilde Religiosa abrió su espíritu de María Santísima, su Madre Celestial y Priora, y le dice con timidez:

"Hermosa y linda Señora, vuestra hermosura me encanta. ¡Oh, si me fuera dado dejar la tierra ingrata para elevarme con vos al Cielo! Mas, permitidme que os haga saber que ninguna persona humana, por más entendida que fuese en el arte de la escultura, podrá trabajar en madera vuestra encantadora Imagen, tal como me pedís, con todos los detalles. Enviad para esto a mi Seráfico Padre a fin de que él labre vuestra Santa Imagen en madera escogida, teniendo como oficiales a los Angeles del Cielo, porque yo no sabría explicar ni menos podría saber y dar la estatura de vuestra talla". A lo que la visión respondió:

"Nada te atemorice, hija mía, acércate a mis pies: mi siervo Francisco con sus manos llagadas trabajará mi Imagen y los Espíritus Angélicos serán sus oficiales, y él mismo me colocará su cordón, símbolo de que todos sus hijos e hijas me pertenecen bien de cerca. En cuanto a la altura de mi talla mídela tú misma con el Cordón Seráfico que traes a tu cintura...".

Respondió la Religiosa: "Linda Señora, mi Madre querida, ¿atreverme yo -que soy sólo viandante- a tocar vuestra Frente Divina, cuando ni los espíritus Angélicos pueden hacerlo? Vos sois el Arca Viva de la Alianza, entre los pobres mortales y Dios, y si Osa, sólo por el hecho de haber tocado el Arca Santa para evitar que cayese al suelo, cayó muerto, cuánto más yo, mujer pobre y débil".

María Santísima respondió entonces: "Me alegra tu humilde temor y veo el amor ardiente a tu Madre del Cielo que te habla; trae y pon en mi mano derecha tu cordón, y tú, con la otra extremidad toca mis pies".

La feliz Religiosa hizo lo que María Santísima le ordenaba, temblando de júbilo, de amor y reverencia, y la Santísima Virgen prosiguió:

"Aquí tienes, hija mía, la medida de tu Madre del Cielo, entrégala a mi siervo Francisco del Castillo, explicándole mis facciones y mi postura: el trabajará exteriormente mi Imagen porque es de conciencia delicada y observa escrupulosamente los Mandamientos de Dios y de la Iglesia, ningún otro será digno de esta Gracia. Tú, de tu parte, ayúdalo con tus oraciones y con tu humilde sufrimiento".

Ultimas palabras.
Bendición de Nuestra Señora del Buen Suceso

"Luego saldrás de esta cárcel, la que seguirá siendo un lugar privilegiado en este Monasterio mío y tuyo, por haber sufrido aquí la ino-

cencia. Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Esto lo digo a ti, a tus hijas y compañeras actuales de cárcel, y a todas mis hijas que en el transcurso de los siglos sufrirán por la Familia Seráfica, y por la Observancia regular.

Yo recibiré en mis manos sus lágrimas y sus sufrimientos secretos, y los convertiré en hermosas palabras para presentarlas a mi Hijo Santísimo, a fin de que apresure el día de su seráfica libertad, pues hoy comienza el cautiverio. Da aliento a tus hijas sufridas, y ahora recibe tú y todas mis hijas, mi bendición maternal.

Despierta ya de tu sueño a fin de que en tu compañía eleven la recitación matinal del Oficio Parvo que tanto me complace, siendo al mismo tiempo el sostén del espíritu de ésta mi Comunidad, de modo que si él falta, faltará el espíritu religioso en sus miembros, que se verán como plantas desgastadas en áspero invierno".

Dichas estas palabras, tan llenas de Misterio Divino, la visión se ocultó y la feliz Priora encendió su luz terrena a fin de despertar a sus Hermanas que dormían plácidamente. A la voz de su Priora todas despertaron, eran las 4:00 horas de la mañana.

Después dijeron alborozadas las primeras oraciones del día y recibieron cada una la bendición de su Priora, que les daba la bendición de su Madre del Cielo, con fervor extraordinario se pusieron a rezar el Oficio Parvo. Los Angeles, como nunca, elevaron al Cielo Empíreo las oraciones fervorosas de las hijas de su Reina, oraciones salidas de corazones purificados por el dolor, las que eran poderosas para aplacar la ira divina y conseguir perdón y Misericordia para la culpable Colonia española.

Apenas habían concluido los Maitines y Laudes, cuando, sin abandonar la oración, Madre Mariana de Jesús vio en el Monasterio un horrible dragón, inmenso y muy gordo, cuyos ojos, grandes y redondos, lanzaban fuego por todos los lados. Este fuego consumía a las inobservantes, cuyas mentes cavilaban, sin dormir toda la noche, la manera de desterrar para siempre a los Menores y de oprimir a las santas Fundadoras inocentes. Este dragón se arrastraba por todas partes, pero no podía entrar en el Coro ni en la cárcel, pues al aproximarse a aquellos lugares, temblaba, se agitaba y huía despavorido.

Madre Mariana terminada la Hora de Tercia del Oficio Parvo, antes de dar inicio a la recitación de la Hora de Sexta, dice a sus Hermanas:

"Hijas mías, las Horas restantes aplicaremos por nuestras pobres Hermanas que están en oscuridad y nos persiguen injustamente. Miro cómo el dragón infernal las está instigando. Me da pena que esas almas, Esposas de mi Dios y Señor, se pierdan; las lágrimas, los sufrimientos y la falta de espíritu de nuestras Hermanas, en los siglos venideros, por la ausencia de los Menores, pesan sobre ellas. ¡Oh, si ellas entonces tuviesen conocimiento como nosotras ahora!".

Mientras tanto, durante la recitación de lo restante del Oficio Parvo, sin interrumpirlo, todas las Fundadoras vieron al horrible dragón, tal como lo había visto y lo veía su Santa Priora. Terminada esta hermosa oración matutina, las Religiosas se disciplinaron en unión con su Santa Priora y concluida la disciplina comenzaron la oración mental de Regla. En eso, todas vieron que nuestro Seráfico Padre San Francisco, con un arco en sus manos llagadas, lanzaba flechas encendidas contra el dragón. Este quería huir, pero no sabía por dónde; mal herido y cubierto de flechas, dio un grito horrible y haciendo un esfuerzo supremo, abrió la tierra y se sepultó en el abismo. En ese momento sobrevino un largo y fuerte temblor de tierra. Eran las 5:15

horas de la mañana de ese día y los habitantes de la ciudad se conmovieron. Se oían lamentaciones, gritos pidiendo misericordia, y en el Convento, Madre Valenzuela, lívida y muy sufrida atribuía este justo castigo a las injusticias cometidas contra sus santas Madres Fundadoras. Las inobservantes amanecieron todas en cama, sentían fuertes dolores en sus cuerpos y daban gritos diciendo que las paredes del Monasterio caían y que ellas no podían moverse. Solamente una de ellas, más empeñada en oprimir a las santas Fundadoras, con grande esfuerzo se levantó a fin de impedir que Madre Valenzuela sacase a las inocentes de la cárcel. Es de saber que en ese tiempo aciago del Monasterio, Madre Valenzuela no mandaba. Esta pobre Monja inobservante había asumido por sí misma e injustamente la dirección del Convento y ni las insinuaciones y represiones de Madre Valenzuela eran poderosas para devolverle el juicio. Afligida y en extremo sufrida, Madre Valenzuela, juntamente con las observantes, se refugiaron en la puerta de la cárcel. Se consolaban con su Madre Fundadora porque en ella encontraban todas las virtudes que faltaban a las Monjas inobservantes.

La vida en la cárcel

Madre Valenzuela empleaba todos los medios a su alcance para sacar de la cárcel a las santas prisioneras; no comía ni dormía en paz. Estas, por su parte, habían convertido la cárcel en un verdadero Cielo, tanto más que allí fueron visitadas por la Reina del Cielo. En unión con su Madre Priora pedían Luz y Misericordia para las pobres Hermanas, a las que amaban con toda el alma. Como generosas y fieles hijas de un Dios Crucificado, de María Inmaculada y del Serafín de Asís, no conservaban en sus corazones ningún resentimiento. Desprovistas de todo cuanto necesitaba la naturaleza humana -hasta

la alimentación era reducida y frugal- sufrían mil penurias. Almas menos virtuosas, cansadas de tanto sufrir, ya se hubieran rendido y cedido, alegando extrema necesidad e inobservancia de sus incautas Hermanas. Ellas, en cambio, invictas imitadoras de Cristo y de su Madre, conservaban la alegría, la paz, la tranquilidad y la santa imperturbabilidad en la prisión.

Su Santa Priora, con el corazón magnánimo y grande, mejor dicho, corazón varonil, procuraba distraerlas y alegrarlas, fomentando en ellas el amor a María Santísima y a su Convento, y animándolas con la esperanza del Cielo. Era digno de escuchar cómo esta alma feliz narraba las bellezas del Cielo a sus Hermanas e hijas. ¡Ah, es que ella ya había estado antes en el Cielo y sabía cómo era ese lugar ameno, único lugar donde reside la verdadera alegría y felicidad!

Como el Autor de todo don perfecto había adornado a Madre Mariana con la belleza de alma y cuerpo, ella ejercía en todos un gran atractivo. Dios la adornó con una voz preciosa, suave y melodiosa para el canto y ella sabía, además, tocar varios instrumentos. La Marquesa, amiga suya tan querida, había mandado trabajar para ella (Madre Mariana) en Valladolid una muy bonita arpa, habiéndole obsequiado en la Fundación del Monasterio. Madre Mariana tocaba primorosamente. Cada vez que era encarcelada llevaba el arpa consigo para distraerse santamente, distrayendo también a sus Hermanas. Y, cosa curiosa, siempre que las Monjas inobservantes la colocaban en la cárcel, ellas mismas le llevaban el arpa. Cuando ella tocaba y cantaba hacía oír también su hermosa voz aun a aquellas (las inobservantes), a las que atraía, como otrora el espíritu malo de Saúl huía con las vibraciones del arpa del joven David. Las Religiosas observantes y sufridas se consolaban con la melodiosa voz de su Madre, derramando lágrimas de compasión y anhelando la hora de estar en compañía de su Santa Madre y Priora.

En esa ocasión, Madre Mariana de Jesús compuso los conmovedores versos, llenos de unción divina, que se transcriben a continuación. Al son del arpa ella cantaba a su Madre del Cielo, enseñándoles a sus

hijas que la acompañaban. Todas cantaban con la diversidad de notas, siguiendo cada voz, era un hermoso concierto de voces angelicales. Pues es sabido que las Madres Francisca de los Angeles, Lucía de la Cruz y María de la Encarnación tenían también voces muy hermosas para el canto y la salmodia. Después de Madre Mariana eran las mejores voces. El tono tan triste y que eleva el corazón y el alma al Cielo lo compuso la Santa en la prisión.

Versos que Madre Mariana de Jesús Torres compuso en la prisión, en el año de 1599

Hermosa doncella,
delicia de Dios,
camina hacia mi alma
con paso veloz.
En cruel amargura,
en pena y dolor,
sois vos mi consuelo
y dadme valor.
Cual hoja marchita
del árbol de Dios
me arrastro muy lejos
del árbol menor.
¡Oh árbol bendito!,
querido de Dios,
faltando tu sombra
me falta el amor.
Cual débil barquilla
en mar tempestuoso
fluctúa mi alma

sin remo y sin luz.
Pidiéndote, Madre,
Sostén en mi lucha,
consuelo en mi pena,
alivio en mi mal.
Que salves tu Casa
fundada por ti,
Do ocultos residen
la paz y el amor.
Oh Padre llagado
Francisco de Asís,
sed vos mi abogado
en lance fatal.
Cuidad de tus hijas
que tristes, llorosas,
te piden ansiosas
valor y fervor.
Maldito mil veces
quien no ame a Francisco,
alferes de Cristo,
mi Padre y mi amor.

Madre Valenzuela al escuchar esta melodía no pudo resistir. Llamó, entonces, a las Monjas inobservantes con una energía poco habitual, diciéndoles que ella tenía la dirección de gobernar el Convento, pues había sido Priora y arrebató casi con violencia las llaves a la incauta que había tomado por sí misma el gobierno del Monasterio.

Escribió inmediatamente una nota muy formal al Prelado Ordinario reivindicando la inocencia de su Priora y sus Madres Fundadoras.

XXIII

El Prelado saca de la prisión a Madre Mariana y a las demás españolas.
En triunfo la conducen a la sede Abacial.
Prisión de la Monja culpable

Cuando Madre Valenzuela tomó las llaves de la clausura, envió una nota al Prelado diciéndole que: Estando Dios irritado con tanta injusticia cometida en el claustro, temía que la ciudad fuese destruida por un terremoto, viniendo del Pichincha, el que amenazaba con su feroz volcán. Decía que hubiera querido tenerle al corriente de lo que pasaba, mucho antes, pero las Religiosas inobservantes no la habían dejado. Pero, en esta ocasión, sacando fuerza de su flaqueza, se hizo respetar y arrebató las llaves a fin de comunicarle lo que acontecía.

Le pedía que respondiese de inmediato a su nota, ordenando por escrito y firmada de su propio puño, la libertad para las santas e inocentes prisioneras, juntamente con la orden de que Madre Mariana de Jesús Torres, tan digna por su virtud, capacidad de gobierno, inteligencia viva y clara, continuase gobernando hasta concluir su tiempo.

La petición de Madre Valenzuela, cuyo nombre será grato a la posteridad (ella pecó por falta de carácter, mas no por malicia) fue atendida y despachada como ella pedía. El Prelado le ordenó, por su Santa Obediencia, que una vez recibida y leída la nota, baje de inmediato con toda la Comunidad, sin excepción de personas, aun las enfermas de cama y espíritu, para sacar de la cárcel a las inocentes, con triunfo y regocijo.

Además, ordenaba el Prelado: que todas reconociesen a Madre Mariana de Jesús Torres como su legítima Priora, y le prestasen Obediencia, ocupando ella el asiento de Priora en el Coro Superior del Monasterio, y que le sean entregadas las llaves de la clausura y demás dependencias del Monasterio. El Prelado dispuso que sólo las Fundadoras ocupasen y manejasen los altos puestos y los tornos, puesto que todo eso les tocaba sólo a ellas. Ordenaba, además, que las "criollas" incautas fuesen colocadas en los últimos lugares y la culpable fuera guardada en un cuarto inferior y oscuro, con un Cristo y una calavera, a fin de que ella reflexione, y que no la colocasen en la cárcel, por ser indigna de habitar el lugar donde la injusticia mantuvo encarceladas a las Religiosas inocentes.

Madre Valenzuela, en cuanto tuvo en sus manos la nota, ebria de satisfacción, tocó con la campana a la Comunidad. En cuanto la vieron, las Religiosas se asustaron. Madre Valenzuela mandó traer a las enfermas, y leyó para todas la nota terrible. Las observantes lloraban de gozo y las inobservantes de cólera y enojo. Las enfermas, entre ellas la inobservante más culpable, querían regresar a sus camas alegando enfermedad. Pero, Madre Valenzuela, revistiéndose de energía, le dijo que, u obedecían al Prelado o ellas sabrían lo que hacían. Y, poniendo a las enfermas a la cabeza, fueron todas a la cárcel a libertar triunfalmente a las inocentes cautivas.

En ese momento llamaron del exterior. Madre Valenzuela se acercó al torno y encontró un ramo de rosas y azucenas. Corrió apresuradamente con esas flores venidas de Dios (pues a nadie se encontró afuera) a libertar a las Fundadoras y adornar con flores su cabeza. Todas recibieron esas flores con gran alegría, no así las inobservantes, las que no fueron obligadas a eso.

Las santas prisioneras al escuchar tanta alegría y algazara, se asustaron, mas su Madre y Priora les dice: "Hijas mías, es hora de salir de este bendito lugar, de vuestra preferencia y mía, para dejarlo a nuestras pobres Hermanas culpables, a las que extenderemos nuestros brazos, estrechándolas contra nuestros corazones. Recemos una Ave María y besemos este suelo hermoso que nos hizo adquirir tantos méritos para nuestras almas. Ved que todo en la vida pasa; olvidemos todo y pidamos a la Bondad de nuestro Dios que apresure para nuestras futuras Hermanas el día de su libertad, con la subordinación a los Menores, así como para nosotras llegó el día y la hora de salir de nuestra cárcel".

Al acabar de decir estas palabras, Madre Valenzuela llegó a las puertas de la cárcel y, abriéndolas como desesperada, penetró con las demás Religiosas en ese lugar bendito. Todas se disputaban el ser la primera en abrazar a su Madre Priora, pero Madre Valenzuela se adelantó a las demás y, en medio de un mar de lágrimas, las estrechó en sus brazos. Abrazó a cada una de las Fundadoras. Madre Mariana extendió sus brazos primeramente a la culpable y a continuación a las demás inobservantes. Estas apenas correspondieron con un abrazo político.

Las observantes, una a una, llenas de amor abrazaron a su Priora cautiva y a las otras Madres Fundadoras, y arrojándoles las flores que traían en sus manos, se dirigieron procesionalmente al Coro, cumpliendo todo lo ordenado por el Prelado.

Cuando se leyó aquel punto que ordenaba encerrar a la más culpable en un cuarto inferior y oscuro con el Santo Cristo y la calavera; Madre Mariana no pudo contener sus lágrimas. Quiso impedir tal afrenta y sufrimiento para su Hermana culpable, pero, Madre Valenzuela enérgicamente dice que ella tiene que dar cumplimiento exacto a la orden del Prelado. Acto continuo, la culpable fue conducida al lugar determinado y encerrada con un gran cerrojo. Madre Valenzuela entregó la llave a su Superiora.

Se procedió a entregar las demás dependencias a las Madres Fundadoras.

Todo fue regocijo como en el primer día de la elección. Las inobservantes, alegando dolencias, se apartaron a un extremo amargadas, sin poder ocultar su pesar.

Del modo como Madre Mariana trataba a las inobservantes

A Santa Madre Mariana la visitaban las inobservantes muchas veces, atendiéndoles en todo lo que podía y hablándolas siempre de Dios y de María Santísima, y jamás mencionando ninguno de sus sufrimientos en el mes de Encarcelamiento.

Cuando se levantaron de la cama, esas Monjas fueron a los actos de Comunidad. Madre Valenzuela tuvo cuidado de hacerlas ocupar el último lugar conforme la orden del Prelado. Las inobservantes, avergonzadas y sufridas, tuvieron que obedecer.

La Santa Priora visitaba a cada instante a la responsable que estaba encarcelada. Mandó colocar en su cuarto de tierra, mesa, silla y un buen estrado.

Cuidaba con gran esmero del abrigo y alimento, y ella misma hacía todos los actos de humildad que una persona en la cárcel o reclusa requiere o necesita. Le llevaba frutas, pan y hielo dulce (leche azucarada y congelada) para que su vida no fuese en extremo afligida. En una palabra, hacía todo cuanto una madre cariñosa puede hacer con una hija muy querida. Esta Monja, si así se la puede llamar, la recibía con frialdad y firmeza.

Repetidas veces la acusaba de que la había hecho quedar mal ante el Prelado y que había negociado su injusta reclusión y que por tanto hacía bien en proporcionarle algún alivio; y que llegaría el día en que ella la vería otra vez en la cárcel justamente.

La Abadesa no abría los labios, la ayudaba a rezar el Oficio Divino, hablándole de Dios, de la Santísima Virgen y de las maravillas que Dios Nuestro Señor tenía reservadas en el Cielo a sus fieles servidoras.

Madre Mariana obtiene la libertad de la Monja cautiva

Pasados ocho días, Madre Mariana se dirigió al Prelado suplicándole la libertad para esa Hermana sufrida, pues no tenía corazón para mantenerla en reclusión por más tiempo, abogando de que la fragilidad humana es grande y capaz de muchos errores. El Prelado respon-

dió que esa Monja permanecería por mes completo en reclusión. Este plazo le pareció largo a la caritativa Priora, cuyo corazón, volcán de caridad, lanzaba fuego divino capaz de comunicárselo a quienes le rodeaban y le hablaban.

Al final del mes, ella volvió a pedir al Prelado autorización para retirar a la Monja inobservante de la reclusión. El Prelado respondió que si quiere lo haga, mas, que si juzgaba conveniente podía también tenerla encerrada el tiempo que le pareciese necesario. Leyendo la respuesta la comunicó a Madre Valenzuela, la que opinó que la Religiosa debería permanecer presa por más tiempo, pues trastornaba el ánimo de las demás.

"Mi madre", respondió la Abadesa, "mi corazón no puede mantener a esta pobre Hermana reclusa por más tiempo. Ella sufre sin consuelo y yo hago todo lo posible para aliviar su cruz, impidiendo que caiga en desesperación, pues para una virtud débil, cualquier peso por menor que sea, la hace sucumbir".

Madre Valenzuela le dice: "Vuestra Reverencia es muy caritativa, practica la caridad hasta fuera de los límites. Retírela, yo por mí no lo haría". Acto continuo, Madre Mariana descendió hasta la cámara de la reclusa y entrando en el cuarto la encontró tendida en el estrado, dando ayes por un cólico que le había acometido. La Santa Superiora, aproximándose, la abrazó diciendo: "Mi Hermanita, deje ya de sufrir. Yo obtuve el permiso del Prelado para retirarla de la reclusión, hoy mismo. Una vez que estás enferma, voy a prepararte de inmediato una cama en la enfermería, para que pases para allá a fin de ser atendida mejor".

"Puedes hacerlo", respondió secamente la Religiosa. Y dejándola con la llave, Madre Mariana subió de prisa a la enfermería, llamando apresuradamente a Madre Francisca de los Angeles, diciéndole: "Sabes, hija, que la pobre Hermanita reclusa está mal, con cólico. Preparen una cama y todo lo necesario para curarla aquí.

Ya obtuve el permiso del Prelado para retirarla de la prisión. Una vez que ella nos labra para el Cielo, debemos amarla mucho. Vea, si las

hermosas estatuas tuviesen razón, ellas amarían en extremo los instrumentos que las labraron y pulieron. Nosotros que tenemos razón, hagamos lo que las estatuas no pueden hacer".

Ingratitud de la inobservante

Y juntas prepararon con la brevedad posible la cama y los demás utensilios necesarios para curar a la enferma tan querida. Hecho esto, bajaron ambas a la cárcel y entraron en ella.

La Santa Priora dice a la reclusa: "Mi Hermanita, todo está listo en la enfermería, aquí está también, en persona, la enfermera para llevarte, pues te ama como a una Hermana querida". Y aproximándose a la enferma, Madre Francisca de los Angeles la abrazó diciendo: "Pobre Hermanita, está sudando frío. Voy a curarla". Mas la enferma contestó. "Señoras déjenme así".

Las dos Religiosas extendieron una sábana en el suelo y allí la pusieron para llevarla, pues ella no podía dar un paso por los dolores. En el trayecto se encontraron con Madre Ana de la Concepción y Magdalena de San José, las que, enteradas de lo que sucedía se aproximaron a la enferma y con palabras dulces ayudaron a llevarla. En la enfermería la colocaron en una cama bien arreglada y enseguida le aplicaron un remedio.

Madre Francisca de los Angeles preparó un ungüento con manteca, suero y anís del país y la santa caritativa Priora, con sus hermosas manos la friccionó en el vientre, ayudada por Madre Ana de la Concepción y Magdalena de San José, mientras Madre Francisca de los Angeles y Lucía de la Cruz preparaban un enema. Aplicados los remedios, la enferma pudo moverse, y aliviada de los terribles dolores agradeció la curación. Las Madres la abrazaron; pero ella corres-

pondía secamente a los desvelos y cariños.

Así se portan los Santos con sus enemigos. La Santas Fundadoras de nuestro Convento de la Inmaculada Concepción de María Santísima dejaron grandes enseñanzas prácticas a sus Hermanas futuras. Lección para que ellas hagan los mismo en el transcurso de los siglos, si llegaran a tener Hermanas bastardas que tejieran su corona de espinas. Hermanas que por disposición divina, no faltarán para ejercitarlas en las virtudes de paciencia, caridad, humildad y tolerancia, tan necesarias a las humildes hijas del Serafín de Asís.

Restablecida de sus dolencias, esta Monja no se enmendó. Siempre inquieta y bulliciosa, perturbaba el ánimo de sus Hermanas y no las dejaba en paz. Madre Mariana, en este tiempo de su Priorato, tuvo mucho que sufrir y merecer y con ella todas las Religiosas observantes y Madres Fundadoras. Gracias a Dios, la mayor parte eran observantes, formadas por Madre Mariana. Y todo lo que [le] sucedía a esta Priora modelo, lo sufría en silencio y con una humildad ejemplarísima, que debería ser imitada, en el transcurso de los siglos por todas las felices Religiosas de este Convento, tanto las Prioras como las súbditas.

XXIV

El Priorato de Madre Mariana de Jesús.
De su gobierno hecho con admirable prudencia y santidad.
Sus sufrimientos y, por cuarta vez, encarcelada

Así, llena de tantas amarguras interiores, esta Santa Priora prosiguió su gobierno con humildad, prudencia, suavidad y verdad, mas sin permitir las menores cosas que fueran faltas contra la Santa Regla. Humilde de corazón se creía la más pobre en virtud y escasa de inteligencia, llorando en la presencia de Jesús Sacramentado su insuficiencia y atribuyendo a sus faltas las [faltas] de las observantes. No omitía por esto, todas las noches, su ejercicio de Cruz que terminaba en el Coro Inferior.

Los lunes y los viernes besaba los pies de las Religiosas de su Comunidad, creyéndose feliz por poder tocar con sus labios los pies de sus santas Hermanas, como ella decía. Los miércoles y los sábados comía en el suelo, sin velo y con una cuerda al cuello, considerándose indigna de comer en compañía de sus Hermanas en el refectorio. Los jueves se tendía en tierra para que su Comunidad pasase sobre ella, juzgándose feliz por poder habitar en esta santa Casa

donde su Dios y su Madre del Cielo le habían dispensado tantos favores olvidando su bajeza y su absoluta nada. Los martes ponía siempre alguna cosa amarga en toda su comida. Comúnmente dividía así los días de la semana y si Madre Valenzuela le ponderaba que podía enfermarse y dejarla sola en el mundo, ella respondía llena de vergüenza y afecto: "Ay, Madre querida, Vuestra Reverencia me dejará sola; déjenme estar por lo menos unos momentos donde debo estar; pues si los Santos se tuvieron en nada, cuanto más yo que en realidad soy nada".

Cómo Madre Mariana corregía las faltas

Su prudencia era admirable y digna de ser imitada no sólo por sus Hermanas presentes y futuras sino también por los Prelados. Las veces que como Priora tenía que corregir los abusos, poner freno a las inobservantes, advertir algo en Comunidad, disponer alguna cosa, consultaba primero a Jesús Eucaristía, llorando como una criatura y aplicándose una disciplina, hacía lo que debía llena de amor y con su rostro rosado, que la tornaba más hermosa, atrayendo el corazón de sus hijas, que le amaban con pasión, a excepción de algunas incautas; primero la abrazaba, después le hablaba de la sublimidad del estado religioso y de la gloria que aguarda en el Cielo a la Religiosa buena y mortificada; en seguida le decía:

"Mi Hermanita, parece que te olvidaste de tal o cual cosa, porque estas faltas se repiten muchas veces. Tenemos una memoria tan frágil que todo se nos escapa, te hago acuerdo para que pongas sumo cuidado en evitar estas cosas, pues, viviendo en Comunidad todo es muy delicado por el buen ejemplo que todas debemos darnos mutuamente. Cuando estemos en el Cielo mucho nos alegraremos por el buen ejemplo que dimos a nuestras queridas Hermanas. Recordemos

la vida del Niño Jesús en la humilde casa de Nazareth. ¡Cuánto tenemos que imitarlo en nuestro claustro! Sólo dos palabras nos dice el Evangelista de Jesús de Nazareth: "Et erat subditus illis" (y les estaba sujeto). Y ellas nos dicen mucho.

Cuántos libros voluminosos se podrían escribir de Jesús en Nazareth. Pero El no quiso que se escribiese nada sobre esta parte de su vida, porque eso debía estar vivo en todos los claustros de sus queridas Esposas, de manera que el que quisiera saber sobre la conducta de Jesús en Nazareth no tendría sino que mirar los claustros religiosos y allí verá lo que quiere respecto de Jesús. Por esto yo, tu pobre Madre y Hermana te ruego y exijo pongas en todo mucho cuidado para que siempre Jesús esté vivo en nosotros. Yo te ayudo con mis pobres oraciones y pequeños sacrificios. Si algo te falta o te causa duda no temas en manifestarme. Quizás pueda ayudarte a resolver tus aprensiones, porque, por menor, más humilde e ignorante que sea la Priora, el Espíritu Santo la asiste y gobierna por amor a las almas de las vírgenes Esposas de Jesús Eucarístico".

La suavidad, unida a su firmeza admirable en sus amonestaciones y reprensiones era tal, que ni las inobservantes, en ese momento, podían oponerle resistencia. Todo lo malo que hacían era fuera de su presencia.

En este tiempo, Madre Valenzuela conoció quién había sido la humilde Madre Mariana. A veces reprendía sin hablar, apenas con una mirada, dulce, amable y atrayente para las Religiosas observantes, pero terrible para las inobservantes. "Ved ya, futuras Religiosas de la Inmaculada Concepción de Quito, el famoso y valioso tesoro que poseéis en vuestra Madre Mariana de Jesús Torres. Ya veis. Orden de Concepcionistas en general la hija santa que tenéis para vuestra gloria. Y tú Orden Franciscana, mi hermana muy amada, reconoce la hija que te dio nuestro padre, el Serafín Llagado. Y todos nosotros, sus hermanos, nos gloriamos en el Señor por esta hermana. Mil veces bendito sea Dios que nos llamó y predestinó para ser hijos del Serafín de Asís, porque toda la Familia Seráfica es santa; imitemos a nuestros antepasados y seremos fieles aquí y en la Eternidad".

La vida de Madre Mariana era toda de sufrimiento y contradicción, señal y distintivo de los siervos de Dios. Ella, tan humilde, tan prudente, tan suave, tan mortificada, tan observante, era acusada y reprendida repetidas veces por el Prelado ordinario.

El Prelado, como no conocía los detalles internos de la vida del Convento, se dejaba orientar por las palabras de las Monjas inobservantes. Para llegar a creer tantas acusaciones, él, primeramente, debía haber visto y examinado las cosas muy de cerca y entonces tendría conocimiento de la verdad. Pero Dios, en sus designios secretos, dispuso las cosas de este modo para que la Seráfica Familia tuviese un héroe de sufrimiento y humildad en esta hija Concepcionista.

Hecha la Visita Pastoral, por ansiosa petición de las Religiosas inquietas, y siendo Madre Mariana la Priora, fueron tantas las acusaciones contra ella, que, digamos así, unas pocas vencieron a muchas. Vacilante el Prelado, no sabía qué hacer ni qué disponer. El secretario le dice: "Vea Vuestra Excelencia lo que hace en este asunto. Mariana de Jesús Torres es muy acusada".

Y -oh designios de Dios- el Prelado ordenó que le quitasen el velo y le tuvieran como reclusa en su celda, pasando el gobierno del Convento, en ese interin, a la Vicaria.

Recibida la orden y retirado el velo, esa humildísima Religiosa y Santa Priora dice: "Madre y Hermanas, voy para mi celda como reclusa. Dios me hace el gran favor de llamarme por algún tiempo a la ansiada soledad de su Corazón. El trato con las criaturas me es molesto, pues nací para siempre obedecer y nunca para mandar.

Conozco mi insuficiencia para todo. Rogad por mí, os amo a todas sin excepción, como a queridas y predilectas Esposas del Señor; perdonadme todos los malos ejemplos que les di. De mi parte, nunca las

olvidaré en la presencia de mi Señor.

Con todo, debo deciros que mi conciencia no me arguye de ninguna de las quejas levantadas contra mí, por las que no merezco castigo, pero es verdad que debo expiar mis pecados en ésta y en la otra vida. Respecto de mi empeño por la Observancia de la Regla y el cuidado solícito que tuve, amonestando en particular y en Comunidad, no me arrepiento; por el contrario, tengo mi conciencia tranquila por haber cumplido mi deber. Y si por causa de esto alguien se resintió, prefiero que el mundo entero se resienta antes que mi Dios y Señor.

El cargo de Priora es delicadísimo y muy grave, por el que muchas almas grandes se pierden, y la mía, tan pequeña, no quiero que se pierda por almas ajenas".

Concluido el discurso, Madre Valenzuela se soltó en llanto y abrazando a la Superiora le decía con voz entrecortada: "Vuestra Reverencia no irá sola, yo la acompañaré". ¡Cómo es perseguida, calumniada y castigada la inocencia! La Madre Vicaria preguntaba: "Madre, ¿cuáles son las insensatas que así proceden?".

El resto de la Comunidad lloraba. La Monja capitana y las que le seguían llegaron hasta la Madre Mariana y le dijeron: "Vamos, Madre, a la cárcel, ésta es la orden del Prelado; no es reclusión en la celda. Entendiste mal".

Madre Valenzuela habiendo oído algunas de esas palabras llegó indignada diciendo: "¿Qué dicen las atrevidas?". Y separándolas de su Priora dice: "Ahora, ¿no les basta la reclusión en la celda, quieren lo peor, la cárcel? ¡Para éstas la cárcel!". Madre Valenzuela, la Vicaria y otras quisieron usar de la violencia contra estas Monjas incautas, pero la humilde y prudente Abadesa dice: "Dejad, Madres y Hermanas, ellas no son sino instrumentos del Artífice Divino; leed nuevamente en alta voz la orden del Prelado". Madre Valenzuela hizo leer a una de las inobservantes. Hubo un gran altercado en la Comunidad. Bendito sea Dios que la mayoría era de observantes. Con todo, esas pocas inobservantes trastornaban el Convento.

Está claro que la inocencia hubiera triunfado, si la humilde Madre Mariana se hubiera defendido y consentido en lo que Madre Valenzuela, la Vicaria y las demás pretendían hacer. Dios empero, les manifestó en ese momento, que por esos medios todas las inobservantes se habrían perdido y que era necesario que ella sufriese y se humillase para salvar el Convento fundado por su santa tía, por las otras Fundadoras y por ella misma, como también para salvar las almas de esas pobres Monjas.

En ese instante, se le apareció en visión Cristo Nuestro Señor, atado y preso por los bárbaros judíos después de la traición de Judas. Lo vio acusado y calumniado injustamente en los tribunales de los inicuos Pontífices, tratado con crueldad e ignominia. Al mismo tiempo vio lo que pasaba en el Divino Corazón: sus sentimientos de amorosa magnanimidad para con los perseguidores, el heroísmo con que ofrecía de buen grado su Pasión tan dolorosa por tantas almas ingratas. Su profundo dolor por la perdición de tantas almas, y por la ingratitud de sus Ministros y de sus Esposas en el transcurso de los siglos hasta el fin del mundo. Vio cómo el Divino Maestro sufría su Pasión, interior y exterior, y que volteándose hacia ella le dice con amorosa ternura:

"Esposa mía, no me dejes con tanto dolor y amargura; si me amas de veras, te pido que inseparablemente me acompañes durante toda la vida. Te hago saber, que este sacrificio y generosidad será germen y simiente para que en este Convento, tan querido de mi Corazón, haya en todos los siglos almas víctimas por el sufrimiento y el dolor, las que, solamente bajo mi mirada vivan en la práctica de mi sublime perfección, siendo columnas de tu Comunidad y pararrayos que detengan la ira divina en los tiempos aciagos por los que atravesará la Iglesia en este suelo. Vamos a tu reclusión, que allí quiero hablar a solas contigo y hacerte partícipe de mis penas".

La Santa Priora se levantó de su asiento toda llena de amor a Dios y arrodillándose entregó las llaves a la Vicaria, besándole los pies y las manos. Cubrió su hermoso rostro con el velo y con paso grave se encaminó a su celda, la que quedaba enfrente de la Iglesia. Comenzaba allí su retiro con sus preciosas y variadas joyas de instrumentos de penitencia y su enorme cruz en la que se crucificaba frecuentemente.

Dejó la llave por fuera para que la encerrasen si quisiesen. Madre Valenzuela y la Vicaria, temiendo que así lo hicieran las incautas, dejaron la puerta abierta y guardaron la llave. Madre Mariana colocó la aldaba grande interior y así comenzó su reclusión.

VERSOS QUE MADRE MARIANA CANTABA MIENTRAS ESTABA RECLUSA EN LA CELDA

En ese tiempo Madre Mariana compuso estos muy significativos y sentidos versos, pues su inteligencia y unción eran raras, por el profundo conocimiento que tenía de la ascética y de la mística[3].

Por esto bien puede asegurar la Seráfica Familia de Madre Mariana de Jesús Torres, Abadesa y Fundadora del Convento de la Inmaculada Concepción de Quito que puede rivalizar con la española Fundadora

(3) Los Confesores y Directores de esta grande alma aseguran que recibió el don de la ciencia infusa, conforme atestiguan sus famosos escritos sobre los dones y frutos del Espíritu Santo, sobre el Misterio de la Inmaculada Concepción y aun sobre la infalibilidad del Papa. Escritos que la Seráfica Familia enviaron a Roma para su aprobación e impresión.

Mas, el naufragio fatal de ese año sumergió en las profundidades del mar estas maravillas, con otras cosas importantes de la Orden Franciscana.

Según referencias de personas fidedignas, se sabe que Madre Mariana conservó los borradores de sus obras y que los mismos existen en armarios, junto con el "Cuadernón" de su vida y biografías de las demás Fundadoras.

del Carmelo. La primera como oculta violeta del fecundo jardín seráfico de María, Nuestra Señora Inmaculada, y la segunda como sonoro clarín de la Iglesia de Jesucristo.

En sauce extranjero
colgando mi lira
me miro cautiva
y empiezo a llorar.
Más allá en lontananza
pasados los siglos
a Francisco y sus hijos
los veo venir
trayendo la dicha,
la paz, la ventura
que en tanta tristura
se encuentra mi hogar.
¡Oh día dichoso!,
de santa alegría,
venid presuroso
que ansío por ti.

Mas yo en este suelo
de tanto quebranto
do bebí el llanto,
no espero gozar.
Cuando haya acabado
mis días mortales
terminan mis males
y empiezo a gozar
y yo desde el Cielo
con santo desvelo
la Santa Observancia
de aquí celaré.
Y en todos los siglos
tendré buenas hijas
que amantes prolijas
a Dios servirán.

Realmente muy privilegiado de Dios es este lugar y el Convento, porque aquí se obraron grandes maravillas y en el que vivieron y vivirán Religiosas santas. Sobre todo almas ocultas, olvidadas y despreciadas por los suyos o por los extraños, almas que vivirán en este retiro silencioso. Almas que a los ojos de Dios son heroínas de sí mismas, las que con su oración humilde, fervorosa e incesante, junto con su penitencia austera y secreta, constituyen otros tantos pararrayos ante la Justicia divina.

¡Bendito seáis, Dios mío, que en Vuestra Misericordia, Sabiduría y Poder creaste los Monasterios para tener tales almas! Mujeres convertidas en Esposas vuestras son la admiración de sabios y prudentes. Confieso que mis Hermanas de la Inmaculada Concepción son muros de fortaleza, y para sus Hermanos, los Frailes franciscanos, estímulo para el progreso en la perfección Religiosa.

Durante el tiempo que permaneció recluida en su celda por orden del Obispo, esta santa y humilde Priora practicó en grado heroico todas las virtudes. Su vida fue la de una anacoreta enclaustrada. ¡Qué penitencia tan rígida, conforme nos lo aseguran sus Directores! ¡Qué humildad tan sólida, qué generosidad tan magnánima, qué simplicidad y candor infantil, qué ardiente amor a Jesús y a María!

Con ocasión de la Visita Pastoral, la humilde Abadesa permaneció recluida.

Le sacaron el velo y la destituyeron del Priorato con ignominia. Fue objeto del desprecio de sus Hermanas y del Prelado, porque en ese tiempo, por permisión divina, el Infierno vomitó una lava de calumnias groseras, valiéndose de las Monjas inobservantes, influenciadas por la capitana (cabecilla) a quien disgustaba la Observancia regular y la práctica de las virtudes.

Largas y penosas dificultades, sufridas en silencio y con humilde resignación, santificaron el alma de Madre Mariana de Jesús Torres, una de las Fundadoras del Monasterio de la Inmaculada Concepción de Quito, y la prepararon para recibir un enorme caudal de Gracias especialísimas, como la comunicación y trato íntimo con Dios y su Divina Madre. ¡Trato y comunicación que le merecía aquel alto trono de gloria que hoy ocupa en la Jerusalén Celestial!

¡Oh invicta heroína y querida Hermana mía! Desde el Cielo donde gozas con Cristo, el Casto Esposo de almas castas, no desdeñes volver hacia nosotros esos tus ojos, que significan profundidad en el amor a Dios. Ojalá enjugarais el llanto de vuestros Hermanos, los Frailes Menores, y de vuestras Hermanas Concepcionistas, que gemimos en este destierro temporal. Alcánzanos a unos y a otras el fervor diario en el cumplimiento de nuestras Santas Reglas, animados por el espíritu seráfico, que nuestro Llagado Padre, el Serafín de Asís, nos dejó por herencia. Y a este vuestro Hermano, que a largos trazos y con rústica pena escribe vuestra vida, bendecidlo desde el Cielo y alcanzadme la humildad, la fortaleza en la actual prueba de espíritu en que me encuentro, y, por fin, una muerte tranquila y santa, a fin de que desde mi pobre lecho pase a haceros compañía en el Cielo, donde, junto a nuestro Seráfico Padre, reinas gloriosa con Cristo y María por toda la Eternidad. Amén.

XXV

MADRE MARIANA SALE TRIUNFANTE DE LA PRISIÓN. PRODIGIO QUE SE REALIZA CON LA SANTÍSIMA VIRGEN DE LA PAZ EN LA ELECCIÓN DE LA NUEVA PRIORA

En aquel tiempo de tan tristes recuerdos para mis Hermanas, las Religiosas de la Inmaculada Concepción de la ciudad de Quito, un encargado del Obispo fue, en visita secreta, al Convento. En esa ocasión, Madre Valenzuela, la Vicaria y las observantes le hablaron de su digna Priora y le manifestaron que todo lo que pasaba era por un sinnúmero de calumnias, que causa admiración el hecho de que partieran de personas religiosas, que solamente la envidia y la enemistad podría querer oscurecer esa luz deslumbrante de santidad de Madre Mariana de Jesús Torres, que como súbdita y como Priora, era modelo casi inimitable de perfección religiosa. "¿Quién de nosotras", decían, "podría haber sufrido tanto y con tanta dulzura, silencio, paciencia, resignación y prudencia?".

Al escuchar opinión tan general y veraz, el encargado del Obispo se admiró y ofreció poner todo su empeño para dar libertad a tan buena y Santa Priora, que sufría injustamente. De hecho, expuso todo al Obispo que, admirando tanta virtud en una joven, mandó una nota formal a la Madre Vicaria para que la pusiese en libertad, y la recibieran como Priora y Madre de la Comunidad, lo que fue cumplido inmediatamente con regocijo general por todas las Religiosas.

Al día siguiente por la mañana, el mismo encargado del Obispo, quiso hablar en secreto sacramental con Madre Mariana. Esa alma tan simple y tan santa, al mismo tiempo inteligente, humilde y digna, se presentó al confesionario, y con la integridad de una alma inocente respondió a todo lo que le iba preguntando, con palabras comedidas, sin locuacidad, sin culpar a ninguna. Ella disculpaba a todas sin mentir, atribuyendo lo ocurrido a permisión divina, asegurando ser inútil esperar conseguir el Cielo sin sufrir durante la vida mortal.

El encargado del Obispo se admiró al ver la virtud de esta Religiosa. Le causó impresión, sobre todo, esa admirable tranquilidad y entereza de ánimo, después de padecimientos tan terribles por los que había pasado. El aseguró después al Obispo que le parecía estar tratando verbalmente con aquellas heroínas mártires de los primeros tiempos de la Iglesia, y que en conciencia, el Prelado debía repararle por todos los castigos injustos que se le habían inflingido.

El Obispo, que tenía el corazón tierno porque –la verdad sea dicha– fue un varón justo, sufrió al ver que él mismo [había] oprimido [a] un alma justa por injustas maledicencias, y con pena escribió la siguiente nota:

"Reverenda Señora Doña Mariana de Jesús Torres, Dignísima Abadesa de las señoras Monjas de la Inmaculada Concepción de esta ciudad de San Francisco de Quito.

Señora:

Habiendo sido mal informado al respecto de Vuestra Reverencia con groseras calumnias de parte de aquellas pobres señoras que no deberían llamarse Monjas, cometí la gran imprudencia de proceder a su reclusión sin previo interrogatorio.

Hoy, que la verdad está enteramente esclarecida, ordeno que Vuestra Reverencia sea siempre y en todo tiempo la que gobierne y mande en este Monasterio, y además sobre todas las Prioras, porque ellas deberán consultarla en todo y tomar su parecer para cualquier procedimiento, acatando ese parecer como Madre y Fundadora. Todas sin excepción, deben reverenciarla y obedecerla y Vuestra Reverencia tendrá toda autoridad y dirección, en todo tiempo, para reprender y castigar a las culpables. Por todo cuanto hasta aquí ha hecho Vuestra Reverencia. En el Convento le doy las gracias debidas en nombre de Dios, porque todo lo hace bien, imitando a su Divino Esposo, que pasó por la tierra haciendo el bien aun a aquellos que fueron sus perseguidores. Cosa análoga pasa con Vuestra Reverencia, por lo que debe santamente gloriarse en el Señor, que envía la Cruz a sus muy Amados, porque los cree dignos de tan soberano beneficio.

De hoy en adelante, quien me denuncie a Vuestra Reverencia será encarcelada y se le aplicarán inmediatamente penas mayores, sin olvidar las disculpas que se pedirán a esas hijas de intención desleal. Mas,

como su tiempo de Priorato está por concluir, siga gobernando su Comunidad hasta la época de la elección canónica, con aquel especial don de gobierno a [la] par de la inteligencia con que Dios, pródigo en sus Gracias, le ha dotado.

Bendiciendo a Vuestra Reverencia en Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, firmo como su Padre y Prelado.

El Obispo".

Una vez puesta en libertad, la Santa Priora, conforme a la anterior nota del Obispo, siguió gobernando la Comunidad con esa humildad propia de su grande alma.

Sin demostrar en nada todos los padecimientos anteriores, trataba a sus enemigas con afabilidad y dulzura, que le hacía dueña de los corazones de todas sus hijas.

Esas pobres Monjas no eran consecuentes ni consigo mismas; siempre inquietas, siempre perturbadas, siempre disgustadas entre sí, acudían continuamente con quejas a Madre Mariana. Ella como madre cariñosa, las calmaba, consolaba y las aconsejaba, y como Priora, les imponía Obediencia y orden personal sin distinción ni acepción de personas. Ella se hacía amar y también respetar.

Dificultades en la elección de la nueva Priora

Terminado el tiempo del Priorato de Madre Mariana, llegó la época de la elección canónica. Vino al Convento un representante del Obispo.

Las Monjas se dividieron tanto que, después de dos días de elección, no consiguieron elegir Priora.

Era una confusión muy molesta. Madre Valenzuela, hablando con la Superiora le decía:

"Madre, Vuestra Reverencia, como Fundadora, debe continuar de Abadesa".

Y ésta le respondía: "No, Madre. Según la Regla las Prioras no deben pasar de tres años, tanto por sí propias como por las súbditas. Por ahora sería necesario que Vuestra Reverencia sea la Priora a fin de calmar tantos disgustos y también porque en las presentes circunstancias se necesita de una persona digna y experimentada para el gobierno monástico, y esa persona es Vuestra Reverencia".

"Madre", respondía la otra, "yo no tengo carácter, ni fuerzas. Sería muy acertado que eligiésemos por Priora a una de las Fundadoras. Todas son señoras aptas y de virtud. A mí me parece que haría muy buen gobierno Madre Francisca de los Angeles. Yo estaría por ella".

"Madre", decía la primera, "si queréis una de las Fundadoras, sería mejor Madre Lucía de la Cruz, o Catalina de la Concepción, o Magdalena de San Juan, pues Madre Francisca de los Angeles, por ahora, no conviene. Ella con otras se encarga del culto, y debemos esmerarnos en conservarlo, pues de eso depende nuestra felicidad. El oficio de Priora requiere mucha vigilancia sobre todo el Convento, oficinas y personas, y Madre Francisca de los Angeles con dos pesos enormes, no podrá llevar ninguno, agravando su alma con graves omisiones de uno y otro.

Para elegir Priora, debemos siempre proceder con mucha caridad para con las personas; Madre Francisca será Priora cuando las otras, adiestrándose, puedan ejercer con perfección el cargo del Culto Divino. Actualmente no es conveniente".

"Madre", preguntó Madre Valenzuela, "Vuestra Reverencia, ¿por quién va a votar para yo hacer lo mismo?".

"Madre", respondió Madre Mariana, "como Vuestra Reverencia sabe

mejor que yo, no debemos manifestar nuestros mutuos pareceres, sino obrar en conciencia según Dios a fin de que no resulte nula la elección. Lo que digo a Vuestra Reverencia es que debemos rezar mucho para evitar escándalos en nuestra Comunidad".

Procesión de las inobservantes

Al tercer día, el Obispo volvió para [hacer una] nueva elección; les hizo una plática muy buena, pero no obtuvo nada. Las inobservantes hacían cuanto podían para elegir a su capitana como Priora, llegando algunas hasta [a] votar más de una vez. Era una verdadera confusión y acaloramiento. En ese día no se llegó a ningún resultado y el Obispo se retiró para regresar otro día.

Entre tanto en el Convento las inobservantes eran las inquietosas.

Procuraban conquistarse unas a otras, y tomando por su cuenta a las Hermanas legas y devotas, resolvieron presentarse en procesión delante del Obispo y pedirle que confirmase la elección de su capitana, por ser –decían ellas– "Madre... de mucho peso, apta para ese cargo, superando a Madre Mariana por su inteligencia y rica virtud.

Que su Excelencia, por no conocerla ni ocuparse de ella, no la estimaba como debía y que Madre Mariana no era inteligente sino muy viva de carácter".

Esto lo afirmaron todas las ovejitas sin pastor, desgarradas porque querían serlo. Como por otro lado, ellas tenían de su parte a las Hermanas legas, las que sin humildad, se convirtieron en gente insubordinada y fatua, llenas de envidia luciferina, por ensimismadas y orgullosas, creyendo distanciarse de su condición humilde de servir a las Monjas –las inobservantes las consideraban poderosas para lograr su intento–. Así, tomaron por su propio arbitrio la Cruz gran-

de, y con velas en las manos, formaron una procesión para saliendo del Coro Inferior llegar a donde estaba el Obispo.

Ellas tenían llaves para abrir la puerta. Y decían ellas: "Viéndonos con tantas formalidades, las otras tendrán miedo y no se atreverán a impedirnos la marcha. Así conseguiremos nuestro intento. De otro modo es imposible, o tendremos que seguir esta vida. Ahora ni Madre Valenzuela es nuestra. Qué esperamos".

Formada la procesión en dos Coros, rezaban el Rosario, pues las legas no sabían otra cosa. Al oír un alboroto de voces, Madre Valenzuela salió de su celda y cuál no fue su sorpresa al ver semejante cosa. Preguntó qué significaba aquello y nadie le respondió. Todas las Religiosas usaban velos, inclusive las legas.

Una de las devotas, llamada al Convento por Madre Valenzuela, le respondió que dónde estaba el Obispo. Llena de santa indignación, la Religiosa la tomó por el brazo y la metió en su celda.

Le preguntó qué hacían y esa pobre [joven], temblando de miedo, viendo a la Madre con el brazo levantado y con la disciplina, y habiendo recibido ya un golpe, le contó todo.

Madre Valenzuela le sacó el velo, la toca y el escapulario y manifestando su indignación le dice: "Por ahora quédate aquí hasta volver, te dejo encerrada. Esta noche mismo, después de darte lo que mereces, te pondré afuera". Y encerrándola caminó en busca de su Priora a la que no encontraba; caminaba desalentada y fatigada, con aspecto cadavérico.

La "Patronita"

Al oír el rezo de tantas voces, las Fundadoras y las observantes, salieron apresuradamente para preguntar lo que pasaba y nadie decía

palabra. Parecían tan devotas que nada les perturbaba. Finalmente se encontraron con Madre Valenzuela, que les dice: "Madres y Hermanas, ayúdenme a encontrar a Madre Abadesa, porque estas locas dicen que tienen la llave y por el Coro Inferior irán procesionalmente a hablar con el Obispo. El resultado de ese encuentro no me inquieta, mas sí las consecuencias para esas señoras incautas". Cada una buscaba con afán a la Priora y no la encontraba.

Viendo que no aparecía, Madre Valenzuela llamó a todas al Coro Inferior para allí esperar a las inobservantes, para hacerles violencia, si fuere necesario, y no dejarlas salir. Entre tanto, llorando decían:

"Nuestra Madre de la Paz[4] a quien trajo de España nuestra Madre Fundadora, sálvanos en esta situación. ¡Madre Fundadora, levántate del sepulcro y sujeta a estas incautas!". En ese instante, divisaron cerca de la grada y en silenciosa contemplación a su Madre y Priora, tan buscada. Ninguna se atrevió a interrumpirla, sólo la Madre Valenzuela, cuando vio que la triste procesión se aproximaba al Coro Inferior, aproximándose agitada, le dice a la Madre: "¡Qué es eso, Madre, levántese y vea que esas señoras incautas se van! Para impedirles, usaremos, si es necesario, atropellos y empujones. Vuestra Reverencia, por ser Abadesa, vea cómo procede. Aquí tiene esta disciplina". Y le presentó una muy gruesa y fuerte.

(5) La Imagen de Nuestra Señora de la Paz, o "Patronita" del Monasterio de la Inmaculada Concepción de Quito, fue traida de España por Madre María de Jesús Taboada, Fundadora del Convento. Realizó prodigios de transformación, luces y demás maravillas que el lector interesado podrá ver en el "Libro de Fundación" de dicho Monasterio, en el cual se conserva, con todas las averiguaciones jurídicas. Permanece en la Iglesia y sólo la toman manos sacerdotales. Por eso, como el Convento estaba muy necesitado, el Capellán, por petición de las Monjas, la llevó a la clausura, a fin de satisfacerlas y la colocó en un hermoso nicho, en el Coro Inferior. Allí acudían a derramar lágrimas amargas todas las Monjas buenas, en situaciones de veras lamentables, desde que sus Hermanos Menores se [fueron].

La Santa Priora dio un suspiro que penetró hasta lo más íntimo de los corazones de todas las Hermanas, y besando el suelo, se levantó. Todas la rodearon; hablándoles con cariño les dice: "¿Por qué teméis, no sabéis que Dios vive en el Cielo [y] en el Santísimo Sacramento?". Y tomando la mano de Madre Valenzuela, que temblaba de miedo, la estrechó contra su pecho, la beso y dijo: "Madre, la situación hubiera sido muy lamentable para nosotras si no hubiere intervenido la Misericordia de Dios. Vuestra Reverencia sabe que hay dos llaves de las gradas. Una [la] tengo yo y la otra las inobservantes, intentaron obtener con astucia la mía, [pero consiguieron] una cambiada y eso se debe a nuestro Buen Dios. Ya veréis lo que sucede".

Madre Valenzuela se tranquilizó un poco. La procesión de esas pobres almas ciegas llegó en ese momento.

Reverentemente entraron procesionalmente dirigiéndose a las gradas. Madre Mariana, entonces, se levantó, y parada en la primera grada de la puerta, les dijo con gravedad:

"¿A dónde vais, mis Hermanas, qué cadáver lleváis y para dónde? Mejor os diré que vosotras sois los cadáveres". Entonces las inobservantes, con su capitana, comenzaron a temblar de miedo, mas, sacando fuerzas de flaqueza, le dijeron con palabras encontradas: "No estorbe, Vuestra Reverencia, nuestra marcha. Vamos hasta donde el Prelado para que nos haga justicia". "No iréis", les dice con grave acento, la Superiora. Y, haciendo fuerza, las inobservantes agarran el cerrojo de la primera puerta y no pudiendo abrirla con la llave, la rompen.

Madre Mariana levantó, entonces, sus ojos a la Virgen de la Paz, sin decir palabra, mientras Madre Valenzuela, con increíble valor, contenía a las inobservantes, arrebatándoles las velas que llevaban en las manos y lanzándolas lejos. La Abadesa mandó a las observantes [que] recogiesen las velas que Madre Valenzuela arrojaba afuera con violencia y que, apagándolas, las guardasen en un solo lugar.

Cuando las Monjas revoltosas ya comenzaban a romper el cerrojo para salir a la Iglesia, viendo que no podían abrir la puerta, sintiéndose arrinconadas por Madre Valenzuela, oyeron un ruido que les causó miedo. Miraron para atrás y vieron a la "Patronita" que les daba la espalda. Se asustaron sobremanera y se detuvieron en silencio. La santa Imagen, entonces, les habló:

"Infelices, ¿qué hacéis? Iros, si queréis, en hora buena, mas no tendréis a dónde regresar, pues yo voy a España con las Fundadoras y las observantes. Tarde lloraréis vuestras locuras, y para perpetua memoria de este caso, quedaré así volteada de espalda a vosotras, para que seáis el escarmiento de vuestras menores".

Y levantando la vista en dirección de la santa Imagen, todas la vieron pálida, llena de luces y con rostro severo. Intentaron hablar no se sabe qué, mas todas cayeron sin sentido y cadavéricas.

Madre Mariana, Madre Valenzuela y las demás observantes se arrodillaron llenas de temor delante de la santa Imagen, y la contemplaron de frente. Ella las miró con unos ojos tan dulces, tan llenos de amor y Gracia y con una sonrisa amorosa alentó sus espíritus tímidos. Entonces todas se levantaron y procuraron hacerla voltear hacia sus pobres Hermanas culpables e inobservantes, con las legas y devotas, que eran un número considerable.

Aquí me parece ver renovada la escena del Huerto de los Olivos,

cuando en la prisión de Cristo Nuestro Señor, todos los culpables cayeron por tierra, menos los Apóstoles. Los primeros representados en las incautas y los segundos en Madre Mariana y todas sus hijas fieles y observantes.

Las lágrimas de la Virgen de la Paz

Madre Francisca de los Angeles subía y hablaba, entraba y salía del Coro Inferior trayendo remedios para hacerlas volver en sí a las inobservantes. Estas roncaban y lanzaban espuma por la boca y nariz, y tenían los cuerpos helados y sus aspectos eran de cadáveres. Madre Valenzuela y las observantes lloraban de susto, pena y miedo. Solamente Madre Mariana y las Fundadoras conservaban la serenidad y la calma, aplicando personalmente los remedios a sus pobres Hermanas culpables heridas por la mano de Dios.

La Santa Superiora después de hacer rezar a las Religiosas tres Ave Marías a la Virgen de la Paz, con los brazos en cruz, fue a donde estaban las inobservantes y haciéndoles sentar les sopló. Esto las hizo volver a la vida. Enseguida les hizo poner en pie tomándolas de la mano derecha. Cuando todas estaban de pie y como repuestas de aquella como espiritual dolencia, volvieron a mirar a la Santísima Virgen, llenas de susto, confusión y miedo, la vieron dándoles las espaldas.

Madre Mariana les ordenó que se retirasen. Ellas caminaban con dificultad, y al pasar delante del rostro de la Santa Imagen, vieron -lo que fue también notado por las observantes- el rostro pálido y expresión severa; de sus ojos hermosos se desprendieron tres grandes lágrimas, que lentamente se deslizaron por sus mejillas.

Toda esta Comunidad de enfermas y culpables salió del Coro Inferior como un ejército derrotado. Las legas no sabían cómo reparar su falta, una vez que ellas estaban para servir a las Monjas y no para que se levantaran con atrevimiento contra ellas. Creían, y con razón, que la Santa Priora las reprendería merecidamente por tal osadía, por haberse olvidado de su puesto. Unas a otras se decían: "Después de haber cometido semejante falta, con qué cara iremos a la cama, ayudadas por la Madre Francisca. Continuemos sirviendo, pues para eso entramos". Y avergonzadas, se esforzaban para volver a sus trabajos diarios, pero la debilidad les impedía.

Madre Mariana que todo observaba sin ser vista por ninguna criatura humana, de improviso se presentó delante de ellas. Las pobres legas se pusieron a temblar porque la respetaban mucho y también la querían. Cayeron a sus pies esperando el castigo. La Santa Priora con aquella amabilidad tan propia de su grande alma, las levantó diciéndoles:

"Vosotras, mis Hermanas, necesitáis rehacer vuestras fuerzas. Les mando que cada una vaya a la cama. Voy a decir a Madre Francisca de los Angeles que como enfermera, os atienda. Rehaced tranquilas vuestras fuerzas materiales y al mismo tiempo reparad vuestras almas, reflexionando dentro de vosotras mismas y pidiendo a Dios Misericordia y perdón de vuestros pecados, con corazón arrepentido. El las recibirá con los brazos abiertos como el hijo pródigo fue recibido por su buen padre. En verdad sois hijas pródigas. Levantaos y volved a las Casa paterna".

Esas pobres legas, postradas a los pies de su Madre Priora, lloraban y tenían miedo, y con palabras entrecortadas pedían perdón. Esta Santa Priora las acariciaba asegurándoles que estaban perdonadas y que olvidaría tan grave falta. Les ordenó que por ahora no se comunicaran con nadie porque tenían sobre sí la excomunión, hasta que el

Obispo la levantase. Y acentuó: "Algunas de vosotras preparaos para morir, pues ya os llega la hora. Y para aseguraros de esta verdad veréis, con vuestros ojos, convertidas en huesos y con vuestros nombres la vela que cada una llevaba en sus manos en tan indiscreta cuanto culpable procesión".

Las inobservantes, obedeciendo a Madre Mariana se retiraron a la cama recibiendo su bendición y besándole las manos, los pies y el escapulario. La caritativa Priora fue presurosa en busca de Madre Francisca de los Angeles, a quien encontró en el Coro Inferior arrodillada delante de la Virgen Santísima de la Paz. Allí mismo le dice: "Hija mía, los Corazones Santísimos de Jesús y de María son volcanes activos de Amor divino y no desprecian jamás a las pobres culpables. Vaya inmediatamente a curar a las pobres Hermanas legas a quienes les mandé a la cama por su mucha debilidad. Haréis primeramente agua de anís del país, en cantidad suficiente y les daréis de beber.

Después veréis lo que convenga... Ya sabéis que no debéis hablar sino lo estrictamente necesario hasta que el Obispo las absuelva de su excomunión. Después sí alimentaréis a esos espíritus tímidos y temerosos; vos sois [la] llamada para eso".

Besando inmediatamente el suelo, Madre Francisca fue a cumplir su Obediencia y su deber de caridad para con esas pobres enfermas, con aquel gusto, encantadora dulzura y gracia que acompañaba a esta seráfica alma.

Ardid de las inobservantes

Otro día, muy por la mañana, la caritativa y Santa Priora visitó una a una a las pobres legas, les dio su bendición y les ordenó que se levantasen al nacer el sol.

Ellas aseguraron que estaban mucho mejor con el agua y los reme-

dios administrados con tanta caridad por Madre Francisca.

Entre tanto, las inobservantes con su capitana continuaban agitadísimas por la elección, que sería al día siguiente, pues el Convento tenía que ocuparse de asuntos importantes con la Real Audiencia.

Ellas aprovecharon todo ese día para mantener desórdenes y peleas. Fueron apresuradamente donde las legas incitándolas a engrosar sus filas y para que hagan de espías. Ellas, sin embargo, les respondieron que deploraban su atrevimiento y osadía pasados, y que, conociendo sus atribuciones, jamás tomarían parte en cosa alguna; tanto más, que veían la gran injusticia con que procedían esas señoras Monjas en asunto tan grave, desconociendo los méritos de su Abadesa cuyo comportamiento era como lenguas mudas que pregonaban su santidad. Recordaron, además, que por haber dado oídos a las inobservantes, estaban excomulgadas y esperaban ser absueltas para continuar ocupándose de sus humildes trabajos. "Mas, os advertimos señoras", dijo una de las legas, "que vosotras como nosotras estamos excomulgadas y por tanto moderaos un poco para que Dios no os castigue aquí y en la Eternidad".

Al escuchar resolución tan enérgica de parte de las legas, las inobservantes se avergonzaron y dirigiéndoles palabras despreciativas se alejaron.

La Santa Priora y el resto de la Comunidad se ocupaban en pedir a Dios y a la Santísima Virgen Nuestra Señora el remedio para tan graves necesidades y un rayo de Luz divina para esas pobres Monjas que estaban en completa ceguera espiritual; y para esto aumentaron más algunas penitencias a las que ya estaban acostumbradas. Así, en el refectorio unas besaban los pies de las demás, otras, con una cuerda al cuello y sin velo, comían en el suelo; otras, mientras las demás comían, permanecían postradas; y cosas de este género que con mucho ejemplo para las Comunidades, son costumbre en mi Seráfica Familia, la que, gracias a Dios, se caracteriza por la penitencia y humildad de corazón y de entendimiento, legado que nos dejó Nuestro Padre, el Serafín Llagado.

Al otro día, vino el Prelado a presidir nuevamente la elección. Los votos se dividieron mucho. Todas las inobservantes querían a su capitana como Abadesa; las observantes se repartieron escogiendo a diferentes Madres, todas buenas, por lo cual la elección se volvía difícil. Y como no había manera de hacerles entender, por ser la elección muy secreta. En consecuencia las circunstancias se agravaban a cada momento.

Las inobservantes, que no eran muy numerosas, en esos sagrados momentos influían en el ánimo de las observantes que estaban divididas y sin consenso. Ellas despreciaban sus voces con el silencio absoluto. Lo cierto es que reinaba la división.

El Prelado, después de mediodía se retiró disgustado para tomar su refección (alimento) advirtiendo que volvería tres horas después; y que, si no eligiesen Priora, el mismo nombraría a aquella Religiosa que él conocía tan apta para el gobierno, por ser la única que gobernaría con su tino, santidad, prudencia y extrema tolerancia, como lo había hecho hasta el presente.

La Comunidad se retiró al refectorio. La Santa Priora llegó con una cuerda al cuello, besó los pies de las Religiosas y comió en el suelo. Era de ver a esa hermosa criatura llena de vergüenza, con el rostro rosado, haciendo esos actos de humildad, brotados de la simplicidad del amor a Dios y que pedía el remedio de su querida Comunidad en medio de tan grande necesidad.

Madre Valenzuela la imitó comiendo, también, en el suelo. Todas las Fundadoras hicieron lo mismo. Las inobservantes se reían. Estas buenas criaturas tuvieron buen ejercicio de paciencia. Madre Valenzuela, desde el suelo en que comía les miraba con caridad y les dirigía palabras de represión para hacerlas callar.

A media tarde volvió el Prelado, y les dirigió una Plática severa, en la que les hacía ver las circunstancias amargas por las que pasaba el Monasterio, de fundación casi reciente. Ordenó que se procediese a la elección en la que él no intervendría si lo juzgaba conveniente. En caso de que la indecisión persistiera, el mismo nombraría a la Religiosa que debería gobernar por tres años consecutivos y nadie tendría derecho a reclamo alguno.

Comenzó la votación y todo sucedió como en veces anteriores. El Prelado, ya cansado dice: "Si persistís en vuestros caprichos, haré lo mío, con acierto". Y golpeando la mesa procedió a la nueva elección. En esta vuelta faltó muy poco para que fuera elegida Madre Mariana, mas, como no obtuvo mayoría de votos, el Prelado dijo que iba a descansar un poco y que le llevasen algún cordial (bebida).

La Santa Priora llamó a Madre Valenzuela para en su compañía preparar [la bebida]. Mientras tanto las Religiosas vinieron, una a una, a ver a su Priora queriendo averiguar si estaba disgustada con ellas. La santa criatura recibía a todas con la misma bondad y con aquel ánimo imperturbable que conservaba en todas las circunstancias.

Madre Valenzuela, con seriedad y autoridad, les dice: "Mis Hermanas, ¿por qué queréis acabar con el Convento? Mirad bien lo que hacéis con vuestro capricho, pensad con cordura y unid vuestras voluntades: otra Priora como la actual no encontraréis".

"Madre", replicó la humilde Priora, "Vuestra Reverencia puede gobernar esa Comunidad mucho mejor que yo. Atended, mis Hermanas, que la Santa Regla determina que la Superiora sólo permanezca por tres años. Tenéis a Madre Valenzuela, persona muy apta para gobernar".

El Prelado, después de tomar el cordial, volvió a reunirse con las asistentes y se dio inicio a la votación. En ésta faltaron sólo dos votos para sea electa Madre Mariana. Entonces las inobservantes tomaron la palabra y dijeron: "No queremos que Madre Mariana gobierne por más tiempo. Es persona inútil para todas y llena de defectos. Mezquina como ella sola, quiere ajustarnos a todas a su medida; queremos un poco de libertad y por eso optamos por Madre... ".

Esta tomando la palabra dice:

"Excelentísimo Señor Prelado, para enjugar las lágrimas yo aceptaría el Priorato, cierta de que la vida es insoportable con esas españolas, en relación a las cuales es necesario mano de hierro y para las demás suavidad. Recuerde vuestra Señoría que la letra mala y el espíritu es el que vivifica. Esas Españolas, con la Regla en la mano, quieren hacer cumplir todo, piensan que todas podemos lo que ellas pueden.

Valga esta ocasión en la que todas pedimos que las españolas vuelvan a su tierra o sean encarceladas perpetuamente. Así nos dejarán libres y tranquilas".

En cuanto esta incauta señora acabó de pronunciar estas palabras en las que demostró su corto entendimiento y ausencia total de virtud, el Prelado le dijo indignado:

"Estas «criollas» son la peor gente, ignorante, viciosa y de juicio obtuso. Ordeno en nombre de la Santa Obediencia que a ésta se le encarcele inmediatamente, colocándole una mordaza en su lengua suelta; y para sus compañeras incautas, anulo el voto para esta elección, contando sólo con la nobleza del corazón del resto de la Comunidad; sólo así la elección se hará en paz y como Dios quiere. En cuanto a lo demás, la Priora que salga elegida deberá mantener en la cárcel a esta señora loca y pretenciosa y con las demás tendrá mano dura, ocupán-

dolas en los oficios bajos y humildes, encarcelando a cada una de las que se resista a obedecer. Llévenla a la cárcel, pues no habrá votación mientras no se cumpla mi orden".

Con este desaire afrentoso que recibió en público, esa pobre Monja se quedó muda. Quería hablar y no podía, sucediendo lo mismo a sus incautas compañeras, verificándose aquí el episodio de Amán con Mardoqueo, el pobre y buen judío (Ester 6, 1-12).

Madre Valenzuela se encargó de hacer cumplir esta orden. Levantándose de su asiento, hizo una venia al Prelado, y, tomando por los brazos a la capitana dice:

"Camina pronto a la cárcel y déjanos en paz; es preciso que obedezcas al Prelado ya que te jactas de ser tan sabia".

Ya la llevaba, cuando el Prelado le dice: "Madre, me agrada su comportamiento y ahora procederé a nueva votación en cuanto tenga aquí la llave de la cárcel". Y diciendo esto daba golpes sobre la mesa.

Visión de Madre Mariana
sobre el destino eterno de las inobservantes

La infeliz temblaba de ira y al mismo tiempo de vergüenza, porque para un alma orgullosa como ésta, la humillación era un sufrimiento sin consuelo y un golpe mortal. Nadie sino sólo ella podía resistir con vida. El hecho es que mientras la pobre Monja hablaba con el Prelado, Madre Mariana vio que a ella se aproximaron unos macacos (monos feroces) que vomitaban fuego por la boca, ojos y nariz y lo depositaban en el corazón de ella y de sus compañeras de inobservancia. A medida que el fuego se apoderaba de esos corazones, la pasión de la ira y la envidia hervía contra la Priora y las españolas, extinguiéndose en ellas el fuego del amor a Dios. Y dejándolas vacías de buenas

obras, empeoraban sus almas con el peso inmenso de tantos pecados, cuyas consecuencias eran gravísimas para la Eternidad.

La Santa Concepcionista vio que esa pobre capitana no se salvaría, así como muchas de sus seguidoras, arrastradas por su mal ejemplo. A ésas mejor les hubiera sido quedarse en el mundo que entrar en la religión para llevar una vida tan disipada y suelta, introduciendo el bullicio donde debía tener su asiento el silencio, la paz, la unión fraterna, la caridad, el desinterés, la mortificación y la humildad, como la exacta Observancia de la Regla Monástica, cuya práctica diaria es muy fácil para el buen Religioso. Aquel dicho de esa pobre Monja de que la letra mata y el espíritu vivifica, no es conforme con ninguna de las Reglas de los institutos monásticos pues, de la literal Observancia de la Regla depende la Vida Eterna de la persona religiosa que la profesó.

Ejemplo práctico de esto tenemos en nuestro Seráfico Padre San Francisco a quien el propio Dios dirigió, a propósito del cumplimiento de la Regla, estas palabras: "La letra, la letra, la letra, sin comentario, sin comentario, sin comentario".

En el falso raciocinio de esta pobre Monja se dejaba conocer el mal espíritu que la animaba y su carencia de total virtud.

Prosigamos, pues, la visión de Madre Mariana. Ella vio que la capitana no se salvaría con varias de sus secuaces por la evidente vida relajada que llevaban, y que las Gracias divinas, que las buenas Religiosas recibían torrencialmente en sus claustros, se convertían en veneno para estas deplorables criaturas, cegando sus almas, más y más, al foco de vívida luz y muriendo de sed en la fuente de Agua Viva. Vio cómo se precipitarían de abismo en abismo, el resto de su vida, poniendo en peligro, en cierto modo, el Convento, arrastrando con su mal ejemplo a varias Religiosas, siendo esto un hábil y sutil instrumento del que se serviría la serpiente infernal para conseguir su intento de destruir la Obra de Dios y de María Inmaculada en la Fundación y conservación de este Convento.

A esta caritativa y santa Esposa de Jesús le dolió en el alma este género de desgracias tanto para su amado Convento -por el que estaba dispuesta a dar su vida si fuere necesario- como por las almas de las Religiosas, sus Hermanas, que tanto costaron al Divino Redentor. Las lágrimas corrían por sus mejillas, como dos torrentes salidos de sus hermosos ojos, y su oración fervorosa y silenciosa subía la Cielo como el humo de riquísimo incienso, quemado en el templo de su corazón puro, en el turíbulo de su profunda humildad. Sin otros testigos que su Dios, su Divina Madre y los Angeles, que admirados contemplaban el conjunto de virtudes de esa joven Religiosa.

En este momento se le apareció a Madre Mariana Jesucristo Nuestro Señor, como estuvo en el Huerto de sus sacrificios, en su dolorosa y al mismo tiempo fervorosa oración. Fue manifestado a ella el acerbísimo dolor que se apoderó de su Santísimo Corazón en los momentos en que, sintiendo tedio de la vida, dice: "Padre mío, si es posible aparta de Mí este cáliz tan amargo... mas, no se haga mi voluntad sino la tuya".

Y vio ella, que los mayores tormentos interiores del Santísimo Corazón de Jesús eran: la ingratitud y la indiferencia de aquellas almas, que escogidas entre millares para ser sus Esposas y sus Ministros, lo dejaban en la más absoluta soledad. Y esto, a pesar de vivir bajo el mismo techo con sus Esposas; y venir a las manos de sus Sacerdotes, a la simple llamada de su voz, en el solemnísimo momento de la Consagración de la Santísima Hostia y Cáliz.

Madre Mariana escuchó, entonces, al Amado de su alma exclamar en su dolorosa agonía: "¡Ah, consoladores busqué y no los encontré, crié hijos y ellos me desconocieron y despreciaron! Y tú, mi Esposa, ¿qué harás por Mí, ya que hice mucho por ti? ¡Oh, cuánto me cuestan estas almas religiosas, sácalas de las fauces del lobo infernal! ¡Cómo me

duele el perderlas!".

Inmediatamente esta heroica Concepcionista respondió: "Mi Amado, ¿qué queréis, qué pedís de mí? Nunca hasta el presente Vos me habéis negado nada y estoy resuelta a no negaros nada, hasta el último suspiro. Decidme, mi Bien: ¿queréis que viva y muera en la cárcel, en un aislamiento absoluto de las criaturas, sufriendo el doble de lo que hasta aquí he sufrido, las repetidas veces que me hiciste feliz con vuestra compañía, junto a vuestra encantadora Imagen cuya ternura me arrebata el corazón?...

Acepto, sí, acepto no en un impulso de fervor momentáneo, sino pensando con la madurez que el asunto pide. Acepto, aquí estoy... Sacaré a mi Hermana culpable y quedaré sufriendo por ella..., mi naturaleza se horroriza, mas mi espíritu está pronto para el sacrificio, dominando este horror de mi naturaleza con el fuego de vuestro Amor, que arde en mi pequeño corazón".

El Señor le respondió: "No es la vida, ni la salud, ni la cárcel, lo que quiero de ti, mi amada Mariana, sino el sufrimiento por el período de cinco años consecutivos por las penas del Infierno que el alma de esta pobre Hermana tenía que sufrir por toda la Eternidad. Te señalo cinco años en memoria de las cinco Llagas de mi humanidad dolorida durante mi Pasión. Ve, por tanto, que durante este tiempo Yo me ausentaré de tu vista material y no te daré el menor consuelo, ni alivio para tus dolores, así como el alma de esta pobre Hermana no lo hubiera tenido en la oscura cárcel del Infierno. Es cierto que interiormente Yo estaré contigo, fortaleciéndote, porque de otro modo, ni tú, ni cualquier mortal, por santo que fuese, podría tolerar siquiera un minuto, tantas penas. Dime: ¿aceptas mi pedido?".

Y el Divino Maestro le mostró los cinco años, en los que Madre Mariana no vio cinco años de sufrimientos sino toda una Eternidad. Se estremecieron su carne y sus huesos y se comprimió el corazón de tal modo que allí mismo hubiera muerto por la violencia de dolor, si Dios, pródigo en sus Gracias y Misericordias, Señor absoluto de sus criaturas, no le hubiese conservado la vida milagrosamente.

Ella cayó en un desmayo que no fue notado por ninguna de sus Hermanas.

Estas, y también el Prelado, se dieron cuenta de que ella temblaba como si tuviese mucho frío. El Prelado, atribuyendo tal reacción de Madre Mariana, al espanto ante el rigor del castigo que había impuesto a la capitana de las inobservantes, le dice:

"¡Animo, Madre, valor! Es necesario castigar a las culpables para escarmiento de las demás, en eso seré inflexible". Y le ordenó calmase su dolor. Inmediatamente este temblor cesó y ella se despertó como de un sueño.

Entre tanto Madre Valenzuela condujo a la [culpable], con violencia, a la cárcel y regresó al local de la votación, donde se encontraban aún las inobservantes, mudas de pesar. Algunas Religiosas les decían que se fuesen, pero ellas no hicieron el menor caso. Madre Valenzuela se aproximó al Prelado y colocó la llave de la cárcel en la mesa, diciendo: "Ya podemos votar en paz, de otra manera Dios no estará con nosotros". Y dicho esto, tomando a las inobservantes por los brazos, una a una fueron expulsadas por ella. Aspergió enseguida agua bendita y les dijo: "Id en paz, señoras bulliciosas, a llorar vuestros pecados", y cerró fuertemente las puertas.

El Prelado agradeció y alabó su energía. Invocaron al Espíritu Santo, a la Virgen de las Luces y al Serafín Llagado, e hicieron correr una nueva lista para la votación. Hicieron el escrutinio y fue electa Madre Magdalena de Jesús Valenzuela, con cinco votos más que Madre Mariana. El Prelado y las asistentes se manifestaron muy satisfechos y contentos, y se decían: "Si hubiésemos retirado a las culpables, más pronto, no hubiéramos perdido tanto tiempo; ¡mas, estamos felices y damos por bien empleados esos amargos momentos, convencidas de que el mayor número de Monjas son observantes y unidas! Que allá per-

manezcan las bulliciosas y sobre todo la capitana de tan poco seso".

Descripción de la Cárcel

Este lugar tan necesario y tan sagrado para todas las Comunidades Religiosas, que nunca puede faltar en las de verdadera Observancia, se encontraba localizado en el Monasterio de la Inmaculada Concepción de Quito, en el Claustro Inferior, contiguo al Coro Inferior.

Tenía por fuera una puerta bien fuerte, resistente y doble. Las dos hojas tanto abajo como arriba tenían grandes trancas. Colocadas éstas, se cerraba la segunda hoja corriendo un gran cerrojo de hierro y pasando después la llave. Nadie, por más fuerza que hiciese, podría abrirla.

En lo alto de ambas hojas, a la altura de cuarenta centímetros del techo, había un armazón hecho de pequeñas barras de hierro, cruzadas, recubierto por una tela de alambre capaz de permitir la entrada de alguna luz, no mucha obviamente, pero si la suficiente para poder hacer algún trabajo manual, o también leer o rezar el Breviario, siendo imposible, con todo, hacer pasar a través de ella algún papel o cualquier cosa.

Frente a la puerta, a distancia de cinco metros, se ve una ventanita de cuarenta centímetros por cincuenta, armada del mismo modo de la anterior, también con el objeto de iluminar la cárcel.

A la izquierda de quien entra, hay en la pared un pequeño nicho en el cual está colgada una cruz redentora para recordar a la culpable, que la Santa Cruz es tabla de salvación, y que, justo es el lecho florido en el cual descansó el Esposo de las almas justas, en el que ellas también deben descansar, teniendo presente que sobre la cruz se descansa con seguridad.

Junto a la Cruz y más abajo, se encuentra en la propia pared, una cavidad grande con un banco de piedra, que sirve como lecho para la Religiosa presa. Toda la cárcel mide ocho metros y medio por cuatro noventa. En todo el frente de la puerta y al frente de la cama, de [lado a lado], hay bancos de cal y ladrillo de un metro y diez de largo.

La ventanita que da para el claustro está fabricada de tal manera que, teniendo en el interior una grada de gruesas barras de hierro, se cierra por dentro con una puerta de tabla, para evitar que entre el sereno nocturno. En esta puertita está pintada, por ambos lados, la Santísima Virgen, con el Arcángel Gabriel anunciándole el sublime Misterio de la Encarnación del Verbo. A los pies de esta pintura, bien abajo, en letras bien grandes y claras se leen las siguientes palabras: "Acuérdate de tus Novísimos y nunca pecarás". Esta puertita está siempre abierta durante el día.

Del otro lado de ella, cuando llega la noche, se ve una linda pintura de Nuestro Señor Jesucristo encarcelado y atado con gruesas correas, dos Angeles llorando lo miran con ternura, y a sus divinos pies hay un jardín de rosas y azucenas. Es hermoso este cuadro: Cristo llama a la ternura, al amor y al arrepentimiento de todos los pecados que se han cometido durante la vida. A los pies de este jardín se lee en grandes letras esta palabra: "La muerte es eco de la vida", y abajo la siguiente estrofa:

"Mira que te mira Dios

mira que te está mirando
mira que debes morir
mira que no sabes cuándo".

En el centro del aposento, pende del techo un cabresto retorcido que sostiene un gancho con tres candiles para la iluminación con velas para la noche.

Dos columnas

A distancia de un metro y treinta del banco que está enfrente de la puerta, está plantada en la tierra una gruesa columna de piedra, a manera de pilar circular, que mide un metro y setenta de altura, tiene encima una tabla redonda de ochenta centímetros de diámetro, como si fuese un altarcito, sobre el que se encuentra una preciosa estatua de Cristo Señor Nuestro encarcelado y amarrado a una columna sobre la que está un gallo. A los pies de Nuestro Señor está una conmovedora estatua de San Pedro Apóstol, inclinándose y llorando para Cristo, llorando su pecado de negación; él llama a la penitencia provechosa, al mismo tiempo que al amor y a la confianza en la Bondad de Cristo Nuestro Señor.

La imagen de Cristo es conmovedora. Basta verla y el corazón se ensancha de ternura y amor. Parece decirle al justo e inocente: "Mira que Yo padecí primero para darte ejemplo e infundir valor". A la culpable para decirle: "Alma querida, mírame que aquí estoy contigo, haciéndote fiel compañía en este lugar donde justamente expías tus culpas. Voltéate hacia Mí y con ilimitada confianza, lánzate a mis pies como el Apóstol penitente, para llorarlas. Mírame bien: tengo atadas mis manos a esta columna, para no castigarte como piden tus culpas. Dame amor y lágrimas para mezclarlas con las mías y presentarlas a

mi Padre Celestial y concederte el absoluto perdón".

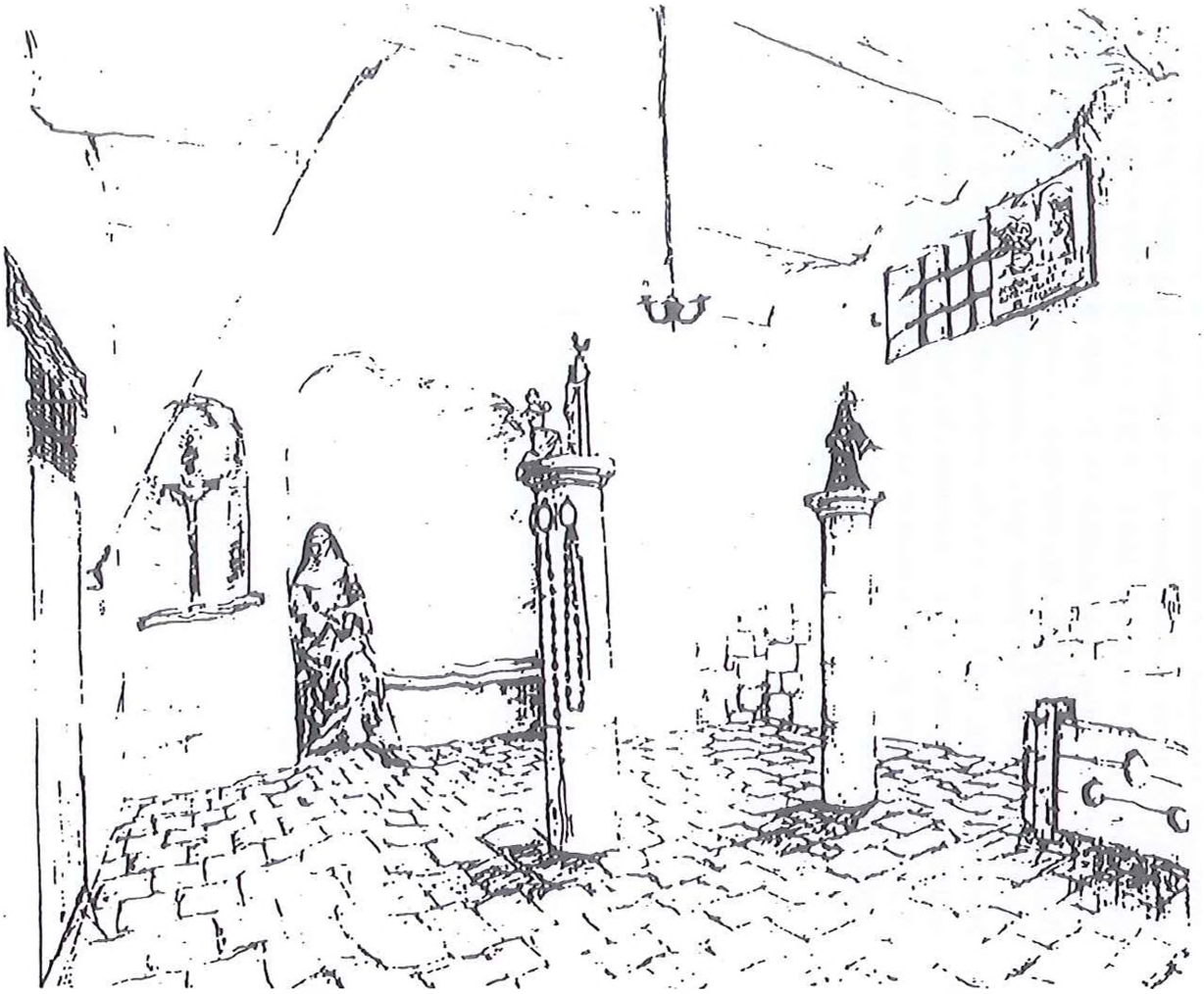
A los dos lados de ese pilar de piedra hay tres argollas de hierro de las que cuelgan tres largas correas, también de hierro, dotadas en las extremidades de una especie de esposas de hierro flexible que se echan llave a los pies, manos y cintura de la prisionera. Estas esposas son de varios tamaños para ser aplicadas a las culpas según la necesidad o naturaleza de las faltas.

El otro lado de esta columna es liso; sirve para que la presa se ate voluntariamente a ella, si quiere, para hacer penitencia y rezar con Cristo dolorido y sufrido. Tanto la columna como el piso se hallan ensangrentados por las penitencias que la grande Madre Mariana hacía en las repetidas veces que fue encarcelada. Sangre también, de las penitencias de las santas españolas, sus compañeras de virtud y de cárcel.

A dos metros y medio de distancia de esta columna, hay otra, también de piedra, semejante a la anterior a cuyo extremo existe una bella estatua de María Dolorosa. Esta imagen es tierna y encantadora; incita al amor, a la ternura, a la compasión y al dolor de los pecados. Sus ojos, bellos y volteados hacia arriba como quien mira al Hijo de su Amor y de su Dolor, vierte lágrimas tiernas. En esta columna hay las mismas argollas y correas y también el lado liso semejante al de la columna anterior.

En la cárcel hay un cepo, grillos y correas. No falta nada. Es un lugar muy respetable. Quien entra en él, siente un santo pavor y teme ser culpable. Con todo, ahí padeció la inocencia como se ve en el relato de la vida de Madre Mariana de Jesús Torres.

Del lado derecho de la entrada hay también los mismo bancos, de cal y ladrillo, semejantes a los que están al frente. Siguiendo, existe un armario largo para guardar alimentos, costuras, libros y también instrumentos de penitencia; el banco de piedra sigue al armario, hasta llegar a la pared en la que está la referida ventanita. El piso es de ladrillo y el cuarto es muy seco.



Los Padres Izquierdo y Jurado -ambos Frailes Menores- hicieron trabajar, con singular afán, este lugar venerable. El Padre Izquierdo acompañó personalmente a la ejecución de la imagen del Señor y de la Virgen, indicando al escultor Francisco de la Cruz del Castillo el modo de trabajarlas, a fin de que fuesen adecuadas para tal lugar; comunicándoles también, esa única mística que el Sacerdote poseía, tanto en el púlpito como en el confesionario; don que Dios Nuestro Señor le concediera para atraer a las almas a El, [para lograr el arrepentimiento de las culpas, y la reparación por el amor de gratitud].

Esta es la cárcel en el Convento de la Inmaculada Concepción de Quito.

Lugar necesario, como al principio se dijo, dada la fragilidad de la naturaleza humana, pero que fue santificado por haber padecido allí la inocencia antes que la culpa.

Consideraciones

¡Oh, si a mí me hubiera sido dado ocuparlo después de Madre Mariana de Jesús Torres! Lugar donde ella recibió de la bondad de la Reina del Cielo, Gracias tan particulares, que transformó aquella cárcel en Cielo, en lugar de pena. Nuestras Hermanas, las Religiosas de la Inmaculada Concepción, deben considerarse muy felices en poseer este lugar tan sagrado en su Convento, y deben amarlo y respetarlo, al mismo tiempo que conservarlo con veneración.

Cuando en el transcurso de los tiempos alguien lo ocupase, téngase por muy feliz porque es un lugar santificado; si es culpable, llore su culpa, y convirtiéndose, cambie de vida; si es inocente recuerde a Madre Mariana de Jesús Torres y sus Fundadoras y cómo supieron hacer de la cárcel un Cielo, imitando su conducta perfeccione cada

vez más su alma, atrayendo sobre sí, sobre el Monasterio, y sobre esta ciudad tan culpable, las Misericordias y Gracias de Dios, que sólo las almas santas y humildes pueden atraer. Es una verdad tan palpable, en todos los siglos, y no será éste el último, que Dios resiste a los soberbios y atrae para conversar y unir a sí a los humildes de corazón.

Tengo por cierto que mientras las criaturas terrenas, tanto buenas como malas, pretendieran acabar con el Convento de la Inmaculada Concepción de Quito, valiéndose, inclusive de medios de prudencia, no lo conseguirán. Porque este lugar bendito y consagrado con el finísimo incienso de una oración altísima y con el óleo de sangre de vírgenes inocentes -que, castigando su cuerpo inocente con golpes de severas disciplinas, regaron con él sus paredes queridas- y porque está edificado sobre el profundo cimiento de la humildad admirable, siendo las sólidas virtudes el material con que está construido, desde sus Santas Fundadoras hasta la última muy buena Religiosa que aquí vivirá. Pues estoy seguro de que estas almas grandes y ocultas no faltarán a lo largo del tiempo; ellas serán marcadas con el propio sello de su Comunidad con instrumentos hermanos, lo que es más sensible y doloroso que fuesen labradas por instrumentos extraños.

Mil veces seas bendito, mi Dios, que hiciste Madre fecunda e hijos e hijas santas, a la Religión Seráfica en sus tres Ordenes.

Inmaculada Niña, que oculta en el seno de vuestra Madre, mi señora Santa Ana, eres el encanto de Dios y el terror de los demonios; bendita seáis de Dios, porque quisisteis que las Hijas de la Inmaculada Concepción fuesen íntimos ramos frondosos de la Seráfica Familia.

Y vos, oh Serafín humano, Francisco de Asís, mi Padre, bendito seáis también porque supiste corresponder con perfección al llamado divino, fundando una Orden mendicante, que extendida por el universo entero, atrae muchas almas a Dios por medio de la humildad, la mansedumbre y la pobreza. A esa primera Orden pertenezco yo, el último de vuestros hijos, que queriendo exceder a todos mis Hermanos en amaros, e imitaros, cumpliendo con perfección la Regla que nos diste; mas, como mi virtud es poca, y mis fuerzas son como las de un

débil niño, enciende vos mismo, santo Padre, en mi corazón el fuego ardiente de amor a Dios, pues el vuestro era un volcán activo en el que incendiaste a vuestros hijos e hijas, en todos los tiempos, desde el Trono de Gloria que ocupas en el Cielo por vuestra humildad. Bendice a vuestros hijos, los Menores, y a vuestras auténticas hijas, las Religiosas de la Inmaculada Concepción de María Santísima, Nuestra Señora, para que un día todos los Hermanos y Hermanas, unidos con vos en el Cielo, cantemos las bondades de nuestro Dios y el perfecto "Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum". Amén.

XXVI

Priorato de Madre Magdalena de Jesús Valenzuela

Terminada la elección, Madre Valenzuela fue confirmada con mucho agrado para el Prelado, y acto continuo se procedió al solemne acto de prestar obediencia a la nueva Priora. Para principiar, Madre Valenzuela, con palabras entrecortadas por sollozos, dice al Prelado, que para realizarla en completa paz y armonía, habría que traer a su presencia a la encarcelada, y con sus compañeras, y que les fuese levantada la excomunión que pesaba sobre ellas. El Prelado accedió satisfecho y ordenó a Madre Mariana de Jesús, Francisca de los Angeles y Lucía de la Cruz, que sacasen a la culpable de la cárcel y la trajesen a su presencia, haciendo lo mismo con las demás.

Madre Mariana, con esa dulzura tan propia de un alma tan grande como la suya, fue con sus compañeras en busca de las culpables, avisándoles de la orden del Prelado y su deseo de que salgan de la cárcel.

La capitana, al verlas entrar, dice: "¿Qué queréis, señoras? Si venís para quedaros en mi lugar, haréis bien, pues los santos verdaderos se quedaban ellos en la cárcel para libertar a los encarcelados".

Las Madres con amable serenidad dijeron: "Hermana, el Prelado te llama para suspenderte la excomunión y para que prestes obediencia a la nueva Priora que salió elegida y que es la Reverenda Madre Magdalena de Jesús Valenzuela".

La capitana se animó como que tenía alguna esperanza y dice: "Vamos".

Cuando todas llegaron a la presencia del Prelado, tuvieron miedo. Este les dirigió una breve exhortación para que reconociesen su mal procedimiento y las terribles consecuencias que eso acarreaba para la Eternidad. Les suspendió la excomunión, ordenando, con todo, que la capitana vuelva nuevamente a la cárcel hasta nueva orden; lo que se cumplió enseguida, y la culpable volvió nuevamente a la cárcel besando, antes, el escapulario de la nueva Priora.

Alegría en el Monasterio de la Inmaculada Concepción

Habiendo, las Madres, retornado de la cárcel, se procedió a la ceremonia de prestar obediencia, una a una, según el orden de precedencia. Terminado este acto tan serio, el Prelado les dirigió una magnífica Plática, exhortándolas al amor a Dios y a la mutua caridad. Y públicamente dice que Madre Mariana conservaría todos los privilegios de Priora y Fundadora, y que la actual Madre Abadesa, no debería resolver ningún asunto, por pequeño que fuese, sin consultarla y obtener de ella el consentimiento. Ella tenía también pleno derecho para castigar y mandar a prisión a las insubordinadas inobservantes. Y dándoles la bendición, las dejó.

Era inmensa la alegría que reinaba entre nuestras Hermanas de la Inmaculada Concepción de Quito, festejando a su Priora, que, triste

y llorosa, no quería separarse de Madre Mariana de Jesús, considerándola como su Angel de la Guarda.

Esta a su vez con su actividad y humildad, gracia y dulzura, procuraba consolar a su Priora y era el alma de la alegría de sus Hermanas. Este Angel de inocencia tocaba con primor el arpa, cantando con melodía celestial cánticos al divino [Jesús]. Esto constituía incentivo para nuevo fervor para sus Hermanas que la amaban sobremanera.

Sólo las inobservantes se manifestaban algo tristonas y taciturnas. Cuando dejaba el cantar, conversaban sobre la hermosura del Cielo y la felicidad de los bienaventurados, que, en compañía y posesión de Dios, se alegran con eterna y santa armonía, en aquella felicísima Patria. Otras salían hasta el local donde estaban las Hermanas legas para ayudarles a hacer el refresco o preparar la comida. Cuando llamaban al torno, Madre Mariana les atendía, y siempre volvía con nuevos aderezos y comestibles, tan amada era de los de dentro y los de fuera.

Preparado el refresco, ella misma fue al refectorio para servirlo, y tomando la parte que correspondía a la encarcelada, pidió la llave de la cárcel a la Madre Abadesa y fue llevándole para que tome. Esta pobre Monja, al verla, la trató mal de palabras, diciendo que con sus embustes e hipocresías había lisonjeado al Prelado a fin de que les oprimiese a las Monjas, pero que algún día tendrá el consuelo de verla encarcelada, y entonces se alegrará. La humilde Madre la abrazó y salió para ir junto a las Hermanas.

Durante los tres días que duró el festejo, Madre Mariana estuvo bien, parece que Dios Nuestro Señor le había dado más hermosura que de costumbre, su rostro lleno y rosado, que comunicaba mayor brillo y simpatía a sus ojos azulados y a la igualdad y blancura de sus dientes.

Concluido el festejo, Madre Valenzuela -a quien pasaremos a llamar simplemente Abadesa- comunicó a Madre Mariana su determinación de reunirse, cuanto antes, para la designación de los oficios diciendo que a ella la quería como Vicaria o Maestra de Novicias. La humilde

Religiosa se esquivó de todo oficio y dignidad alegando que habiendo concluido su Priorato, era muy justo recogerse dentro de sí misma para reparar las horas de indispensable distracción por la responsabilidad del cargo. Se distribuyeron los oficios del Convento con caridad, paz, unión y acierto; y no es de extrañar que esto sucediera así, pues una Santa era miembro de aquel feliz definitorio.

El misterioso contenido de una caja

Hecha la distribución de los cargos, cuando cada una estaba en posesión de la función que le correspondía, las inobservantes, a quienes no se había dado ningún oficio, procuraban conquistar para sí a la Madre Abadesa. La visitaban y con palabras melosas, como suelen ser las personas desprovistas de espíritu, la lisonjeaban y hablaban muy bien de su capitana diciendo que padecía sólo por ser muy buena, y que ignorando su virtud, la oprimían hasta ese extremo, y que ella si se expresó así en el Capítulo no era por maldad sino por santo celo. Y que como ella había sido siempre como Madre, pedían y esperaban que la dejasen en libertad, colocando en su lugar a la grosera española que tanto se había aprovechado de su Priorato, al punto de estar llena de vida, procedimiento que, en conciencia, exigiría alguna penitencia.

"Además, Madre, un día, cautelosamente, ella escondió para sí una caja de zinc de un metro y veinte de largo por un metro y veinte de alto que mandó a trabajar ocultamente, llenándola de vistosas y variadas joyas, dadas por personas que la quieren bien. Asimismo le hacemos saber que ella está guardando allí diversas especies de dulces y licores. Las joyas ella envía secretamente a su tierra; los dulces y licores [son] para regalar el paladar fingiendo mortificación delante de la Comunidad. Lo peor, Madre, que esta caja la colocó en el

Coro Inferior para allí comer y embriagarse a voluntad sin ser notada, teniendo la alevosía de comer y beber delante de su Majestad Sacramentado; y por esto es que cada vez ella sale de allí tan colorada y ebria, fingiendo santidad con semejante hipocresía. Parece que ya es tiempo de desenmascarar a esa española y hacerla caer".

La Madre Abadesa se contristó interiormente, recelando que esto sea verdad.

Respondióles diciendo que no podía creer en tanta maldad en una criatura humilde, angelical, mortificada y paciente a toda prueba; mas, que averiguaría el caso. Las inobservantes respondieron: "Sí, Madre, hágalo con mucho empeño y cautela a fin de que ella no se dé cuenta y podamos agarrarla por sorpresa y no tenga cómo escapar".

Velas que se convierten en huesos

Con esta espina en el espíritu, la Madre Abadesa procuraba seguirla a donde iba, de modo especial al Coro Inferior. Como su oficio de Priora no le permitía demorarse allí tan largamente como lo hacía Madre Mariana, nunca coincidió que ambas salieran juntas. Ella pudo notar, sin embargo, que la antigua Abadesa, al entrar al Coro aspergiaba siempre esta caja con agua bendita. Muy sufrida, la Madre Abadesa [se] dice a sí misma, cierta mañana, en que Madre Mariana iba a rezar al Coro: "En este momento voy a hacerle revelar el contenido de esta caja, tan ambicionada de las Monjas; si por ventura fuera verdad lo que ellas dicen, no avisaré a nadie y guardaré el secreto en el corazón. Mucho la quiero; ella aún es joven y la naturaleza le puede pedir golosinas, pobrecita. Pero es un Angel". Al entrar en el Coro Inferior, la Superiora, estando sola, la llamó y le dice:

"Madre, ¿qué tiene Vuestra Reverencia en esta caja? ¿Tal vez sean sus

instrumentos de penitencia o algo reservado? Yo quisiera ver lo que contiene. Tal vez Vuestra Reverencia tenga recelo de avisarme o de entregarme. Ahora que estamos solas en la presencia de Jesús Sacramentado, yo quiero ver".

"No es olvido, mucho menos reserva, Madre, respondió con humildad y gravedad la santa criatura, pues no cabe reserva en una súbdita para con su Priora. Yo tuve el deseo inmenso de mostrar el contenido en el propio día en que fuisteis escogida por Dios para gobernar esta Comunidad. Mas, ¿cómo amargar los días de júbilo? Día tras día pensaba comunicar el contenido a Vuestra Reverencia, mas, como la he visto tan sufrida, no lo he hecho y hoy mismo no me parece prudente que lo vea".

Con este raciocinio se aumentó el pesar y la curiosidad de la Superiora, que le dice: "No importa, Madre, que esté sufrida. La veré porque así me conviene".

"Bien, Madre", respondió la obediente Religiosa, "mas pida al Señor fortaleza y valor".

Y llegando junto a la caja le dice: "Madre, ¿se acuerda de la indigna procesión que nuestras pobres Hermanas hicieron con velas encendidas, queriendo salir por esta bendita puerta?". "Me acuerdo", respondió la Madre Abadesa, "y me indigné tanto que agarrándolas con violencia tomé las velas y las lancé lejos. Pero, ¿qué hay sobre esto?".

"Madre", volvió a decir la humilde Madre Mariana, "todas esas velas se transformaron en huesos de canillas de muerto y están aquí con los respectivos nombres de las Religiosas que las llevaban. Por esto las recogí cautelosamente, con Madre Francisca de los Angeles y Lucía de la Cruz, y los guardé sigilosamente; y sin pérdida de tiempo mandé a hacer esta caja para en ella guardar estos huesos, donde están los nombres de las Religiosas que querían hacer guerra cruel para extinguir este querido Monasterio". "Veremos, Madre", dice emocionada la Madre Abadesa. Y abriendo la tapa de la caja, dio un grito y palideció, con los ojos fijos en los huesos, quería hablar y no podía. Madre Mariana sostuvo suavemente el cuerpo de la Superiora

y lo depositó en el suelo, sosteniendo su cabeza junto a la caja. Entre tanto pedía a Jesús Sacramentado que enviase a alguna Religiosa para atender a la Madre.

Se prepara una gran cena

En ese momento, Madre Francisca de los Angeles y Ana de la Concepción se dirigían al Coro Inferior para visitar a Jesús Prisionero. Al oír el grito de la Madre Abadesa, apresuraron el paso, entrando vieron a la Madre, tirada en el suelo, con la cabeza reclinada en Madre Mariana. Esta les dice: "Vengan pronto". "¿Qué pasó?". Preguntaron las Madres.

"Recordáis vosotras", respondió ella, "que las velas de aquella procesión se convirtieron en huesos, y que los guardamos para que se conserven siempre como ejemplo para nuestras Menores. La Madre Abadesa se apresuró en ver el contenido de la caja y no pudo resistir, cayó desmayada. Ahora vos, Madre Francisca, corred, de prisa, a traer una tasa de agua de anís, bien caliente, para hacerle tomar y hacerle volver en sí. Mientras tanto yo y madre Ana le daremos masajes. Avisa también a las demás".

Madre Francisca de los Angeles salió apresurada. Al verla así las Religiosas, una tras otra, entraron al Coro Inferior, y allí encontraron a la Madre caída desmayada junto a la caja. Las inobservantes también fueron y con risas en los labios decían: "Pobre Madre, le dio un ataque al palpar con sus propios ojos tanta maldad; por fin se desenmascaró la hipocresía".

Las demás Religiosas no sabían el sentido de esas palabras, mas en ese momento Dios Nuestro Señor reveló el secreto de sus corazones perversos, a su suave Esposa Madre Mariana, y ella vio el modo cómo

le habían calumniado con la Madre Abadesa. Perdonó a todas sus pobres y ciegas Hermanas y rezó por ellas, pidiendo Luz, Misericordia y Perdón.

Cuando Madre Francisca de los Angeles trajo los remedios, los aplicó personalmente. Volviendo en sí, la Superiora dio un profundo suspiro y apretando la mano de Madre Mariana, la besó con ternura y amor. Ella le hizo tomar el agua de anís.

Las inobservantes comenzaron a aproximarse presurosas y agradando a Madre Abadesa con palabras melosas, dijeron: "Ve, Madre, lo cierto de nuestro relato.

La Madre Mariana es la causa de la enfermedad de Vuestra Reverencia. Tuvisteis este fuerte ataque debido a la impresión de ver descubierta la horrible hipocresía de tanto tiempo. Ahora sí, pedimos para ella el justo castigo de la cárcel, sacando a la Madre... que injustamente permanece encarcelada".

Al oír estas palabras, la Madre Abadesa se exaltó con santa impaciencia y les dice: "Retiraos de este santo lugar, mentirosas y calumniadoras, ya recibiréis vuestro castigo".

Entre tanto, la humilde Madre Mariana, con los ojos fijos en un solo lugar y sin ninguna alteración de su semblante, sino con su corazón lleno de amor a Dios y a sus Hermanas culpables, procuraba restablecer por completo a su Priora. Esta, con la fisonomía severa, se alteraba cada vez más, viendo aproximarse a las inobservantes, que insistían en que se mostrase en público el contenido de la caja. La Madre Abadesa les replicó:

"Sí, veréis con vuestros propios ojos el fruto de vuestros pecados. Mirad vuestro interior y pedid perdón a Dios". Con esta respuesta, estas pobres Monjas quedaron pensativas sin imaginar lo que irían a ver.

Completamente restablecida la Madre Abadesa dio orden a la secretaria para que tocase la campana, convocando a reunión a toda la Comunidad en el Coro Inferior.

En cuanto se reunieron, habló con Madre Mariana, opinando que le parecía haber llegado la hora de revelar a toda la Comunidad la transformación de las velas en huesos de muertos, con los nombres de las culpables. La humilde Religiosa respondió que estaba bien y que así Dios lo quería, que era Voluntad Divina que todo esto se conservase para la posteridad en aquella caja, con el relato minucioso de este caso terrible y excepcional. Conoció que fue Voluntad Divina el que hiciera trabajar esta caja que guardaba los huesos.

Reunida la Comunidad, presidida por la Priora y su digno Consejo, la Abadesa dio orden a Madre Lucía de la Cruz para que la acompañase a la cárcel a fin de traer a la prisionera. Fueron juntas y entraron en la cárcel, que queda junto al Coro Inferior. Al verlas, la encarcelada se apresuró a encontrar a la Priora y le dice con amabilidad y labia:

"Bienvenida seáis, Madre, espero que vuestra caridad ya me saque de este lugar, donde sufro inocente, y que Vuestra Reverencia le hará ocupar con la culpable Madre Mariana, ella es la única causante de tantos disturbios en la Comunidad".

La Superiora le dice: "Tú, Hermana, eres la única causante de todo.

Conviértete de veras si quieres salvarte. Inquieta, revoltosa, inobservante, ambiciosa que induces con tus malos ejemplos a muchas almas incautas a semejanza de Lucifer, que arrastró tras de él la tercera parte de los Angeles.

Por mí, quisiera tenerte encarcelada perpetuamente o que salgas del Convento para quedarnos en paz; eres un miembro podrido, debes ser separada para que no contagies a las demás. Ahora te llevo al

Coro Inferior donde está reunida la Comunidad para que veas con tus ojos lo que Dios hace en favor de la inocente y Santa Madre Mariana y cómo reprueba tu rebelión y pretensión. Vamos".

La inocencia de Madre Mariana es reivindicada

Y haciéndola adelantar entraron en el Coro Inferior. La Madre Abadesa y Madre Lucía de la Cruz ocuparon sus respectivos lugares, la presa fue colocada en el último lugar, después de las legas y en el suelo. Cerradas las puertas, la Priora tomó la palabra y dijo:

"Madres y Hermanas, Dios Nuestro Señor nos reúne para vengar a la inocente Madre Mariana, tan calumniada desde hace tiempo y siempre tan injustamente perseguida y castigada. Acaban las pobres Hermanas revoltosas de decirme que aquí, en el Coro Inferior, en esta caja de zinc que vemos, ella había guardado varias joyas para enviar secretamente a su familia, así como licores y golosinas para embriagarse y dar gusto a sus sentidos, fingiendo virtud, con enorme hipocresía. Yo no di crédito a esto, mas me vino una duda cruel y mi corazón sufrió lo indecible, hasta que sorprendiéndola desprevenida, vi el contenido de la caja; y no pudiendo soportar tanto sufrimiento caí desmayada.

Recuperada, quise que, inmediatamente, toda la Comunidad viese y tuviese a la vista lo que ha pasado con vosotras. Que las culpables pidan a Dios Misericordia y reparen tantos sufrimientos ocasionados a Madre Mariana, quien durante su Priorato fue víctima inocente y siempre disculpó y amó a sus Hermanas culpables.

Digno vástago de nuestra inestimable y Santa Fundadora, Madre Mariana sabe cumplir lo que su tía, al despedirse de esta tierra,

encargó a ella y a todas sus hijas, para hacernos felices en el tiempo y en la Eternidad. Ahora Madre Francisca, Madre Lucía y Madre Ana de la Concepción, juntamente con la presa y las inobservantes, traigan al centro del Coro la caja de zinc".

Insatisfechas, las inobservantes trajeron la caja al lugar designado por la Priora, las tres Religiosas estaban tranquilas. Madre Valenzuela descendió de su lugar diciendo a la presa y a las inobservantes que la acompañasen... Ellas se aproximaron presurosas, pensando que iban a salir vencedoras en sus calumnias. La Madre Abadesa se acercó a la caja, y levantó la tapa diciendo:

"Ved, Hermanas, las velas que trajisteis en las manos durante la procesión hace pocos días. Se convirtieron en vuestros propios huesos y con vuestros propios nombres. Leed cada una. Y vos, que tuvisteis la osadía de calumniar así a vuestra inocente Madre y Hermana, servíos ahora de las joyas, licores y manjares que dijisteis que ella guardaba aquí. Regalaos con ellos si queréis".

Al ver lo que contenía la caja, todas dieron un grito de horror que retumbó en la iglesia. Las tres Madres que las acompañaban, por orden de la Priora, sacaron todo el contenido, dejando la caja limpia y vacía. Entonces, todas las Religiosas culpables, trémulas y estupefactas, lloraban con miedo. Aquellas que, a la fuerza o por falta de carácter tomaron parte en el caso, lloraban y decían:

"Madre Santísima de la Paz, Misericordia; Patronita caritativa, Misericordia. Pecamos. Perdón Madre Mariana de Jesús, perdón, mil veces perdón. No tuvimos maldad culpable; el respeto humano nos arrastró, pedid Misericordia a Dios por nosotras para que nunca más tomemos parte en motines. Esa Hermana... es la culpable de todo; ella nos conquistó con amenazas y promesas. ¡Misericordia, Misericordia!".

Y cada una, llorando, públicamente confesaba sus extravíos. Las legas decían: "Misericordia, Señor, no somos sino pobres legas, que según nuestra Santa Regla sólo debemos servir con humildad a nuestras Madres; y nosotras, conquistadas por la Madre..., tomamos parte

contra nuestra inocente Madre y Fundadora, Madre Mariana de Jesús, para hacerla sufrir. ¡Perdón, Señor, perdón, perdón! «Patronita» nuestra, que nuestros nombres se borren de esos huesos, pues fue en mala hora que tomamos las velas en nuestras manos. ¡Misericordia!".

Eran gritos de confusión y de miedo. La presa y las calumniadoras nada decían. Remordiéndose, por más que querían ocultar su temor, Dios no lo permitía porque sus rostros estaban lívidos y temblaban sin control.

Cómo las inobservantes reaccionaron frente al castigo

La Madre Abadesa ordenó a Madre Mariana que bajase de su lugar, y tomando los huesos, indicase a quién correspondían según el nombre. Así hizo ella, en cuanto la Priora colocaba cada hueso en las manos o en el cuello de las culpables. Las calumniadoras y la presa quisieron hablar, pero no pudieron. Cayeron sin sentido sobre esos huesos, en los que estaban escritos sus nombres, en letras grandes y a color. Las demás lloraban y pedían humildemente Misericordia.

Madre Mariana, cuyo corazón compasivo y caritativo no podía ver el sufrimiento en sus Hermanas, volvió a recoger los huesos, colocándolos en el suelo, en el centro del Coro; y corrió para ayudar a las Monjas desmayadas. Estas estaban cadavéricas y tenían, muy contra su voluntad, bien apretados los huesos en sus manos.

Tal vez fue el dedo de Dios que así lo hacía.

Ella tomó a sus Hermanas en sus brazos, dándoles fricciones, mientras las Madres Francisca de los Angeles, Ana de la Concepción y Lucía de la Cruz corrían para traer agua de anís del país para hacerlas volver en sí. Con tantas atenciones volvieron, una a una, en sí, y

en sus primeras miradas se encontraron con su benefactora que las trataba. Avergonzadas, corrieron gruesas lágrimas por sus mejillas; asustadas tenían los huesos en sus manos, los que eran recogidos por alguna Madre y colocados como los demás en el centro del Coro.

La última en volver en sí, con gran dificultad, fue la pobre prisionera a quien la creyeron muerta.

La Madre Abadesa la llamaba con severidad. Cuando ella se repuso, se encontró en los brazos de la humilde Madre Mariana y con sus hermosos ojos y manos. Asustada, se hizo a un lado e hizo un gesto de desprecio a la Santa Religiosa diciéndole: "Embustera".

Todas se escandalizaron y la Superiora, que tenía un genio violento, por poco le da un golpe, exclamando: "Atrevida". Madre Mariana se interpuso y evitó el golpe que seguramente iba a la cabeza.

Se escribe el documento dando cuenta de todo lo sucedido

Como el ambiente era de susto, confusión y vergüenza, mientras algunas, en voz alta, pedían sin cesar Misericordia a Dios, a la "Patronita", a Madre Mariana, la Priora ordenó silencio y todas callaron. Ella les dirigió, entonces, la palabra: "Vuelvo a encareceros la unión, la paz, la caridad". Exhortó a las culpables a convertirse para que puedan salvarse. Algunas de las inobservantes corrieron a abrazar a Madre Mariana, la que las recibía con su amabilidad de siempre, extendiéndoles los brazos, y ellas le besaban los pies. Otras, como la capitana, no decían nada, pero estaban muy contrariadas.

La Madre Abadesa, acompañada de Madre Lucía de la Cruz, condujo nuevamente a la capitana, a la cárcel, donde la encerraron sin decir palabra.

Retornando al Coro Inferior con pergamino y tinta, la Madre Abadesa hizo que la secretaria escribiese todo lo ocurrido, haciendo notar que aquella caja de huesos y todo su contenido debería conservarse en todos los tiempos, en el Coro Inferior, para escarmiento de las Menores. Y firmando el documento la Priora, su Consejo, la secretaria y toda la Comunidad, encerraron el pergamino en la caja que fue cerrada con llave. Colocaron dentro, también, un pequeño Cristo de metal, para eterna memoria.

Tanto la caja, como la cárcel, son preciosos tesoros que están en poder de nuestras Hermanas, las Religiosas de la Inmaculada Concepción de Quito.

Aparición de la Virgen de la Paz a Madre Mariana

Al día siguiente, cuando Madre Mariana fue al Coro Inferior para la oración mental de costumbre, sintió algo extraordinario en su corazón, porque su sensibilidad era muy delicada. Oyó un rumor suave salido del nicho en que estaba la Virgen de la Paz, y al mismo tiempo la melodiosa voz de su Madre Santísima que le decía:

"Hija de mi Corazón, soy la Reina de la Paz y la Madre del Bello Amor.

Prepara tu corazón y dilata tu espíritu para que con tu heroísmo salves el alma de tu Hermana que está en la cárcel. Ya es tiempo que te sacrifiques por ella, o el alma de ella se perderá. Cuánto me hace sufrir la perdición de un alma religiosa". Y grandes lágrimas corrieron por las mejillas hermosas de la Reina de la Paz, cuya preciosa imagen tomó vida para hablar con su hija muy querida.

Madre Mariana se inflamó en el amor a Dios y a su Madre Santísima por la salvación de las almas, anhelos que la consumían. Ella se ofre-

ció para todo lo que Dios quisiese de ella, sin acordarse de lo que el Señor ya le pidió [y] ella aceptó: los cinco años de Infierno para salvar esa alma.

Cinco años de Infierno por el alma de la capitana inobservante

Continuando su oración, la Madre Mariana vio a Jesús Crucificado lleno de mortal angustia, coronado de espinas. Gruesas gotas de Sangre corrían sobre su hermosa frente y descendían por sus mejillas. Nuestro Señor dio un suspiro y le dice:

"Esposa mía, ya es tiempo de cumplir el ofrecimiento que me hiciste para salvar el alma de tu Hermana..., sufriendo los cinco años de Infierno para que ella no sufra eternamente. O cumple tu palabra o la Divina Justicia caerá sobre esa alma culpable. Rubrica en este momento".

Madre Mariana vio que la encarcelada estaba fuera de sí, desesperada, descontenta con la vida en razón de los terribles remordimientos de su conciencia, y que procuraba encontrar algo para matarse. Tenía a su lado dos negros descomunales, que despedazaban su corazón y le decían al oído que para ella no había más remedio: o se mataba allí mismo para acabar con su triste vida o salía al mundo donde podía distraerse, respirar y sentir algún placer. Pues en el mundo, le decían, ella viviría más libremente y sin tanta opresión, porque eso de vivir encarcelada toda la vida era intolerable; tanto más que en el Convento ella tendría por enemigas a todas las españolas, las que con sus embustes conquistarían a toda la Comunidad, la que, en adelante, la vería con odio y horror, como a un dedo podrido, consiguiendo en esta forma perder su salvación.

Acosada por estas ideas, que para esta pobre Religiosa eran realidades, daba vueltas dentro de la cárcel como una loca, queriendo despedazarse, y cansada, caída por tierra, lanzando espuma por la boca y lanzando gritos, corría, después, a la puerta de la cárcel e intentaba romperla para salir.

Con esta visión Madre Mariana sufrió lo indecible y rezó por esta pobre Hermana con gran fervor. A Continuación se acordó perfectamente de la visión que tuvo en el Capítulo y de la promesa formal que hizo al Señor, de ofrecer, por cinco años, el Infierno para salvar esa alma. Volvió el Señor a mostrarle esos cinco años –que parecían siglos– con toda la intensidad de sus dolorosos padecimientos, sin alivio ni consuelo divino, ni tampoco humano, porque para esa suerte de padecimientos de nada sirve cualquier consuelo humano. Dejóle, nuevamente, el Salvador la libertad para aceptar o rechazar tal tormento, de sacrificarse o no por la salvación de esa alma.

Esa Religiosa que estaba muerta espiritualmente, necesitaba de una víctima humana que unida a la Víctima Divina, hiciese violencia para arrancarla de las garras del demonio, el que se consideraba ya dueño de ella por los muchos pecados que ella, como Religiosa, había cometido durante varios años.

¡Ah! La vida religiosa es muy delicada en toda su esencia: dulce, consoladora, llena de indecible paz y gozos puros, inocentes y divinos. El alma fiel siente las Gracias de su vocación divina, las que, como lluvia torrencial, caen en el ameno vergel de los claustros. Por otra parte, para el alma fiel y disipada, esa misma lluvia de Gracias se convierte en veneno, dejándola cada vez más lánguida, más seca y con una indiferencia que asombra al que la ve o trata con ella. Para esas almas, los eternos Misterios del Calvario, la Eucaristía, el Belén, no tienen el menor atractivo, no sienten la ternura que el alma fiel goza con ellas. ¡Pobres almas, Santo Dios! No permita Dios que se repita esta especie de almas en el Monasterio de la Inmaculada Concepción de mis Hermanas queridas.

El corazón de Madre Mariana se estremeció y vaciló al ver tan grande intensidad de penas; mas recordó los padecimientos indecibles de Jesucristo en el Huerto y en la Cruz, y al ver que después de tantos sufrimientos internos y externos de su Santísima Vida y Pasión, un gran número de almas se perdería, malogrando en ellas la Redención tan copiosa. Al ver también la ingratitud y perfidia de los que se dicen sus amigos y de aquellas almas predilectas de su Amor, que llevan el título de sus Esposas muy amadas, se apoderó, entonces, de su corazón tal amor a su Divino Esposo, que se consideró feliz en poder, sufriendo, asociarse a Jesús y salvar almas, especialmente la de su pobre Hermana, que se había apartado de Jesucristo, su Divino Esposo, por la soberbia de su corazón no reprimida en sus primeras manifestaciones.

En su amoroso fervor ella dice: "Mi Divino Redentor, Padre y Esposo querido de mi alma, la predilecta de vuestro amor, olvidé luego la generosa resolución y oferta que os hice para salvar el alma de esta Hermana; mas hoy, cuando vuelvo a mirar vuestro Divino Corazón, solícito salvar las almas, y sobre todo ésta, no puedo sino ofrecerme con agrado para sufrir los cinco años de Infierno para que ella pueda conseguir su salvación eterna. Bien comprendo lo amargo y terrible que esto encierra.

Temo y me estremezco al considerarme tan flaca y escasa de virtud, mas, confiando en vuestra Fuerza Divina y en el Amor que me tienes ahora acepto aquello, mas, humillada en vuestra presencia, con la frente en tierra, os ruego, por caridad, que me tengas viva para padecer los cinco años de Infierno, a fin de que mi pobre Hermana desgraciada se salve; ella que como oveja descarriada se apartó de vuestro hermoso redil y de Vos, Pastor Divino.

Unida a vuestros padecimientos internos y externos y haciendo míos

vuestros méritos, no temo, contando además con el favor de mi Madre Inmaculada y de mi Seráfico Padre San Francisco, el Serafín Llagado.

¡Cómo es duro verme privada de vuestra presencia sufriendo tan penosa ausencia! Mas como Vos sufristeis en las tres horas de agonía en la Cruz la pena de perdición de los condenados, sabéis, por experiencia propia, lo que es esta pena, espero, por tanto, que me sostendréis".

El Señor aceptó tan generoso amor y le dice: "Corazones como el tuyo, amada Esposa mía, deseo para la salvación de las almas. Y estos corazones los encontraré siempre en éste mi querido Convento. No temas nada, Yo seré tu secreta fortaleza. Tú sufrirás los cinco años de Infierno y en cambió ya está salvada el alma de tu Hermana. Ella sufrirá primero fuerte dolencia, la que tú aprovecharás para conquistarla y convertirla, sufriendo la dureza de su genio, y cuando ella sane, después de presentarse al Juicio y conocer su mala vida, comenzará tu Infierno".

Madre Mariana conoció todo lo que sufriría en esta enfermedad de su Hermana, su ingratitud y aspereza como respuesta a su servicio lleno de gran abnegación. Vio, también, el Juicio por el cual esta Religiosa pasaría, donde sería condenada a permanecer en el Purgatorio hasta el día del Juicio Final, mas que, en virtud de su heroico sacrificio, ella se salvaría.

Las extrañas voces que salen de la cárcel

Volvamos a la prisionera: La Madre Abadesa, que siempre vigilaba toda la Casa y continuamente pasaba por delante de la cárcel, oía continuos ruidos y gritos que mucho la asustaban. Ella por su índo-

le era temerosa, razón por la que nunca entró sola en la cárcel. Las Madres y Hermanas que frecuentaban el Coro Inferior para visitar al Santísimo o rezar -pues era grande el fervor que reinaba en este tiempo, entre las Religiosas-, le comunicaban también a Madre Mariana que oían los mismo ruidos.

Un día, juntas en el Coro, la Superiora y la ex-Priora, escucharon gritos descompasados y voces roncas y feas, de personas que hablaban dentro de la cárcel. La Abadesa se asustó sobremanera y preguntó: "Madre, ¿oísteis? ¡Jesús y Dios! ¿Qué está pasando aquí?".

Madre Mariana suspiró diciendo: "Madre, esta pobre Hermana es víctima del diablo. Visitémosla y retirémosla un momento al Claustro Inferior para que no se desespere. Velemos por su alma".

La Madre Abadesa dice: "Madre, sería mejor retirarla del Convento y librarnos completamente de ella, pues creo que está loca".

"No, Madre", respondió Madre Mariana. "Si ella sale del Convento, esta pobre Hermana perderá su alma. Es preciso conquistarla para Dios".

"Si Vuestra Reverencia se siente con fuerzas para acompañarme", respondió la Abadesa, "haré lo que dice, ¡de lo contrario, no!".

"¡Sí, Madre, haré todo!".

"¿Y si se porta agresiva?".

"La abrazaré y la estrecharé contra mi corazón. Felizmente es pequeña de cuerpo", concluyó Madre Mariana. Entonces, las dos Religiosas se persignaron, abrieron la puerta de la cárcel y entraron.

Al verlas, la presa corrió gritando: "¡Me estoy muriendo, muriendo! ¡El demonio me lleva!". Corría por toda la prisión golpeándose la frente y la cabeza contra las paredes.

La Madre Priora vio a Madre Mariana que en secreto oraba por su pobre Hermana, renovando el ofrecimiento de padecer el Infierno a fin de que ella se salvase.

Su petición fue oída, y la cautiva cayó sin sentido delante de la columna, encima de la cual estaba la imagen de Cristo flagelado.

"Vamos Madre", exclamó la Santa Religiosa, dirigiéndose a la Superiora, que temblaba. "¡Valor!".

Ella se aproximó a la presa y la levantó. La presa estaba de bruces, echando espuma por la boca y sangrando por la nariz, con la fisonomía muy amoratada. La humilde Madre la limpió con mucha caridad y la friccionó intentando hacerla volver en sí. La Abadesa, de pie, junto a la puerta, trémula de miedo, dice: "Madre, si ella vuelve a esto, yo me voy lejos".

Madre Mariana lloraba y sus lágrimas bañaban la cabeza, la frente y la cara de la pobre presa, que de cuando en cuando era agitada por fuertes convulsiones hasta que dio un grito y se extendió por completo. Madre Mariana la sostenía por la cabeza, los brazos y el cuello. Se volteó hacia la Madre Abadesa y le dice:

"Madre, sería bueno pedir a Madre Francisca agua de anís del país y lana para quemar, y avísele que aquí hay una enferma grave. Sabiendo esto ella verá cómo cuidar a la enferma, con otras Hermanas".

"Voy a pedir todo esto y avisaré a Madre Francisca, pero si ella vuelve en sí, ¿qué haréis sola?".

"No os preocupéis, Madre, Jesús y María me acompañan".

El Exorcismo

La Madre Abadesa se retiró apresurada, mientras tanto Madre Mariana hacía lo posible para restablecer a su pobre Hermana. En esto vio dos negros, que tímidos estaban pegados a la pared como

quien se esconde. Al verlos, Madre Mariana les gritó:

"¿Bestias viles y abominables qué hacéis aquí? Id a vuestra cruel morada, que este lugar es santo y Casa de oración y penitencia. Todos los esfuerzos por llevaros el alma de mi Hermana serán vanos. Jesucristo murió por ella, y a pesar de vosotros, ella se salvará. Os ordeno en nombre del Misterio de la Santísima Trinidad, de la Divina Eucaristía, de la Maternidad Divina de María Santísima, de su Glorioso Tránsito y Asunción en Cuerpo y Alma a los Cielos, que inmediatamente desocupéis este lugar santo y nunca más volváis a mortificar con vuestra abominable presencia a ninguna de mis Hermanas, que justa o injustamente estén aquí".

¡Cosa admirable! Ni bien la humilde Religiosa había acabado de pronunciar la última palabra, cuando escuchó un estruendo espantoso: la tierra tembló, y se oyeron aullidos horribles. La Abadesa llegaba en ese instante con las Madres Francisca de los Angeles, Ana de la Concepción, Lucía de la Cruz, Magdalena de San Juan y Catalina de la Concepción, trayendo los remedios. Todas se asustaron mucho, especialmente la Superiora.

Las demás Religiosas tomaron ánimo y dijeron a la Priora: "Madre, no os asustéis. Algo diabólico debe estar pasando en la cárcel, pero Madre Mariana es muy buena y contra ella nada pueden los demonios. Vamos sin temor y a prisa. Veremos lo que acontece. Además como la Hermana es de cuerpo pequeño y delgado, en caso de haber querido hacer algo a Madre Mariana, no hubiera podido, pues ella es alta y gorda".

Las Madres apresuraron el paso, sin temor, y la Abadesa las seguía de lejos, llena de miedo. Madre Francisca entró con las demás Religiosas y notaron que la cárcel estaba oscura por un espeso humo. Llamaron a Madre Mariana, que les dice: "Llegáis a tiempo. Una de vosotras decid a Madre Abadesa que traiga agua y el perfumador de ambiente". Madre Lucía de la Cruz se apresuró a encontrar a la Priora y le transmitió el pedido de Madre Mariana, y fueron ambas a buscarlo.

La Madre Abadesa traspuso la puerta de la cárcel y la vio oscurecida

por el humo. Madre Lucía quemó el incienso, mientras Madre Magdalena de San Juan rociaba con agua bendita el contorno de la cárcel y sus paredes. Hecho esto se disipó el humo y todas se acercaron a la enferma que estaba como muerta y sostenida por Madre Mariana. Todas le masajeaban, le movían, le soplaban. Por fin abrió los ojos y se sentó de súbito.

Ingratitud de la prisionera

Encontrándose en medio de sus buenas Hermanas, las Religiosas españolas, a quienes ella no quería, pareció avergonzarse y dijo: "Me siento mal". Madre Mariana aproximó a sus labios la taza de agua de anís y le hizo tomar, haciéndole la señal de la Cruz. En esto llegó la Madre Abadesa y le dice: "Vamos, llévenla un momento al sol". "Obligada, Madre", respondió la prisionera. No pudiendo caminar, fue apoyándose en las Religiosas.

Estas, durante todo el día la visitaron y le hacían compañía, consolándola como verdaderas Madres y Hermanas. Al día siguiente, la Abadesa bajó a la cárcel con las Madres Mariana y Francisca. La presa se mostró con rostro enfurecido y no ponía atención a la Priora, que le dijo con seriedad: "Hermana, debes ser agradecida con estas dos Madres tan buenas y cariñosas que van a llevarte un rato afuera para que tomes aire". "Saldré, Madre", respondió la presa. Apoyada en las dos Madres salió del claustro de la cárcel, donde por un buen espacio de tiempo la hicieron pasear, con edificante e inigualable amor.

Cuando llegó la hora, la Priora dice: "Vuelve, hija, a la prisión, donde permanecerás, hasta que entrando en ti misma, enmiendes tu vida y pidas perdón públicamente a la Comunidad por tus malos ejemplos y especialmente a Madre Mariana de Jesús, que te ama de corazón y

no tiene para ti sino compasión y ternura".

La pobre presa hizo un gesto y llorando entró nuevamente a su prisión. Esa noche sufrió mucho, batallando contra el remordimiento de su conciencia. Mas, en su corazón estaba tan arraigado el odio, que no podía pedir perdón ni querer bien a Madre Mariana.

Las revelaciones de Nuestro Señor comienzan a cumplirse

A la mañana siguiente se despertó con dolores y punzadas de pulmonía y con bastante fiebre. Viéndola en ese estado, la Priora pidió consejo a Madre Mariana. Al oír la noticia, Madre Mariana dio un suspiro y grandes lágrimas corrieron por sus mejillas rosadas; y respondió inmediatamente a la Abadesa: "Voy a la enfermería a avisar a Madre Francisca que le prepare una buena cama para allí curarla con esmero. Pobrecita, es nuestra Hermana y alma redimida con la Preciosa Sangre de Nuestro Divino Redentor".

"Si lo juzgáis conveniente, hacedlo. Si dependiera de mí, la curaría en la propia cárcel". La Abadesa quedó en pie junto a la presa, mientras Madre Mariana daba la noticia a Madre Francisca.

"Bendito sea Dios que nos proporciona medios de practicar la caridad con nuestra Hermana", decía Madre Francisca, y ambas preparaban la cama y todo lo necesario para trasladar a la enferma. Mientras conversaban así, gruesas lágrimas salían de los ojos de Madre Mariana. Madre Francisca lo notó y dijo: "¡Animo, madre mía! Llegó el tiempo del heroísmo de Vuestra Reverencia, pues con vuestro padecimiento salvaremos a esta pobre alma. Sabía Vuestra Reverencia que el Señor me comunicó, cuando lo tuve en mi corazón, en la Comunión, el sacrificio que os había pedido a favor de esta alma y el

heroísmo con que Vuestra Reverencia lo había aceptado. Me dijo después, que vos eras la más preciosa joya que poseía en el desierto árido de esta colonia Española, para aplacar la Justicia Divina irritada por tantos crímenes, y para salvar a las almas. Me pidió que os animase y consolase en vuestro arduo padecer. Me reveló que eso comenzará tan pronto comience la enfermedad de la pobre presa; y cuando ella sane, sufrirás las penas del Infierno que ella tenía que padecer eternamente. La duración de vuestras penas no me fue comunicada. Espero que ahora recéis por vuestra Hermana que compartirá vuestros sufrimientos y aliviará vuestras penas".

"¡Ah, Hermana", exclamó Madre Mariana con lágrimas en los ojos, "ningún mortal podrá aliviar mis cinco años de sufrimiento en el Infierno! Cinco años, que para mí, cada día serán siglos. Pobre de mí. Pedid al Señor: fuerza, valor y humildad para que no desfallezca, pues soy criatura débil y miserable que vive en carne humana. Mas, no comuniquéis eso a nadie ni al Confesor".

"Madre", contestó Madre Francisca, "al Confesor y a la Comunidad, no, pero las Madres María de la Encarnación, Ana de la Concepción, Lucía de la Cruz, Magdalena de San Juan y Catalina de la Concepción, ya saben, pues el mismo Señor les comunicó en la Comunión. Ellas nada dicen porque piensan que es ilusión. Y si fuese verdad -piensan para sí mismas- no tendrían corazón para ver sufrir así a una criatura inocente e inofensiva. Cada una espera que la otra toque el asunto, pero ninguna lo hace por no estar seguras de esta verdad. Yo no he dudado ni un solo instante, y porque creo, sufro y os manifiesto esto".

Se abrazaron y lloraron delante de un piadoso Crucifijo. Madre Mariana se ofreció nuevamente como víctima expiatoria para salvar a esa pobre Hermana.

Preparada la cama y todo lo necesario, Madre Mariana dice a Madre Francisca: "Llame a las Madres Fundadoras para que entren a la cárcel y traigan en sus brazos a nuestra querida Hermana. Yo me adelanto, pues la Priora debe estar sola y es de naturaleza tímida. No podemos dejarla sufrir sola". Y se encaminaron a la cárcel.

La Madre Abadesa al verla dice: "¡Madre, vienes de lejos, demoraste mucho!". "Madre, me demoré por estar arreglando el local de la enfermería donde nuestra Hermana debe ser curada". Y le contó las providencias tomadas.

La Priora abrazó a la Madre Mariana diciendo, con lágrimas: "¡Madre, os encanta la humildad, mas temo que os rebajáis demasiado!". A lo que ella respondió:

"Jesucristo, Nuestro Maestro y Modelo, se humilló más que nosotras. Ya que somos sus Esposas debemos imitarlo y seguirlo muy de cerca. Después de haber hecho cuanto nuestras fuerzas lo permitan, entonces diremos: «Somos siervos inútiles, pues no hacemos lo que debemos sino, apenas lo que podemos»".

En ese momento, Madre Francisca entró a la cárcel acompañada de las Fundadoras, las que saludaron y pidieron la bendición a la Priora. Se aproximaron, también, a la prisionera, la saludaron, y con cariño la abrazaron manifestándole sus sentimientos por la enfermedad que le acometía, animándola, y diciéndole que mejoraría y que para conseguir eso venían a llevarla en brazos a la enfermería, donde todo estaba dispuesto para su tratamiento. La abrigaron bien, la colocaron en una hamaca, y fue conducida al lugar destinado.

En el trayecto, los ojos de las Fundadoras estaban fijos en la Madre Mariana, que manifestaba profundo dolor, mas al mismo tiempo, estaba imperturbable, como era propio de esa grande alma. Su belleza física era débil sombra de la belleza de su alma.

Llegadas a la enfermería, llamaron al médico que diagnosticó neumonía, complicada con fiebre infecciosa. Dio la receta, advirtiendo que la molestia era grave y contagiosa. Recomendó que ninguna Religiosa –en especial las más jóvenes por ser más vulnerables– entren al aposento y que las encargadas de atenderla no pasen de tres, por turno y tomando las debidas precauciones, porque si alguna se contagia –joven o anciana–, no salvarían su vida. Dijo también que como la dolencia era gravísima, por precaución y prudencia, era mejor que viniese una mujer de afuera, de mediana edad, más flaca que gorda, para que cuide a la enferma. Caso contrario, correrían un riesgo muy serio de contagiarse las Religiosas, unas a otras, transformándose luego el Convento en hospital, lo que sería muy de lamentar. "Mejor sería que muera una Monja y no todas las de este Real Monasterio", dijo el médico. Además, la enfermería no está en el lugar adecuado para tratar a la enferma por estar contiguo al servicio, convenía alejarlo un poco y buscar un lugar mejor en el Convento.

Recorrieron el Monasterio la Abadesa, Madre Mariana, las Fundadoras y el médico y encontraron un cuarto de tamaño común, retirado y ventilado. El facultativo determinó:

"La enferma debe pasar acá aunque sea muy penoso en razón de la distancia. Debe haber dos mujeres, como ya indiqué, una para atender a la enferma desde la puerta y la otra, para dentro del aposento, proporcionar lo necesario para las curaciones. Hagan pronto, pues el asunto urge". Y se despidió.

Consulta a Jesús Sacramentado

La Superiora llamó a Madre Mariana y le dijo: "Madre, compadezco a la Hermana enferma, pero temo mucho contagiarme. Como Priora tengo que atenderla, pero me da miedo. Por más violencia que me

haga, no puedo vencerme. Mi naturaleza no me permite. Voy a renunciar al cargo de Priora; que la nueva Abadesa se encargue de buscar las dos mujeres que pide el médico, pues yo no creo adecuado, además, hacer entrar al Convento a personas extrañas y completamente desconocidas, no me parece que conviene. En todo caso, que muera esta Hermana, pues no nos hará ninguna falta; todo lo contrario, sin la revoltosa, gozaremos de paz.

Dios mismo quiere librarnos de este estorbo ¿y nosotros queremos curarla con tanto empeño? No me parece prudente.

Vuestra Reverencia, ¿qué piensa a este respecto? ¿Qué haremos? Os pido consejo, Madre. Primero porque conozco vuestra virtud, tino y prudencia, en segundo lugar, porque sois Fundadora y el Prelado os dio el derecho de aconsejar y mandar en el Convento".

Madre Mariana, como humilde Religiosa y virgen prudente, respondió:

"Madre, el asunto es delicadísimo. Vuestra Reverencia en parte tiene razón, mas junto a la abnegación y la humildad, la caridad es virtud fundamental de la vida Religiosa.

Para no equivocarnos en este asunto, vamos juntas al Coro Inferior por una media hora, y allí en silenciosa oración, de corazón a corazón, hablemos con Jesús Eucarístico y al pie del Sagrario. Preguntémosle con filial confianza su divino parecer y hagamos lo que El nos diga. Jesús es muy bueno y no se hace sordo a las humildes súplicas de los corazones que lo aman".

"Muy bien, Madre", respondió Madre Abadesa. "Vamos, mas Vuestra Reverencia pídale con énfasis que nos manifieste su Voluntad. Temo introducir gente desconocida en el Convento".

Descendieron al Coro y se postraron a los pies del Divino Prisionero de las almas, que día y noche permanece con ellas, velando por ellas con solicitud verdaderamente paternal. Durante la media hora de oración, la Abadesa miraba de cuando en cuando a Madre Mariana, que parecía estar absorta en dulce y suave contemplación, muy dis-

tante de esta tierra de llanto y dolor. Y considerándola tan hermosa y santa se decía a sí misma: "¡Ah, cómo son felices las almas verdaderamente buenas! ¡Esta sí que es Santa! ¡Cuántos sufrimientos labraron esta alma tan bella! ¡Yo no sería capaz de sufrir tanto y con qué paz! Dios mío, por esta criatura os pido luz y acierto en este asunto".

Concluida la media hora, la Priora tocó el hombro de Madre Mariana diciendo: "Vamos, Madre, ya es hora". La humilde y obediente Religiosa al oír la voz de la Superiora dejó su deliciosa oración, y besando el suelo, la acompañó para afuera. La Abadesa preguntó:

"Madre, ¿qué respondió Jesús Sacramentado? No me lo ocultéis".

"¿Y a Vuestra Reverencia qué os respondió? Como Priora tienes el derecho de manifestarlo primero".

"Madre", respondió la Abadesa, "Jesucristo no me inspiró ninguna resolución categórica. Estoy flotando en las aguas de la tribulación. Desinteresarme por completo de la curación de esta Hermana sería manifiesta falta de caridad que desagradaría a Dios. Introducir gente de afuera, no me parece nada conveniente. Con todo, no tengo valor de sacrificar algunas Religiosas mandándolas -por obediencia- a cuidar de la enferma. Resolví, hablando con Vuestra Reverencia, pedir mi renuncia al Prelado, pues mi salud está ciertamente bastante quebrantada, el corazón me molesta mucho y necesito calma. Esto es imposible en una pobre Priora. ¿No os parece, Madre, que es muy acertado y de Dios mi modo de pensar y mi resolución? Responded, os ruego, Madre".

Madre Mariana propone a las Fundadoras para servir de enfermeras

Madre Mariana dio un profundo suspiro y gruesas lágrimas corrieron por sus rosadas mejillas, y enjugándolas, respondió: "Madre, el

Santísimo Corazón de nuestro Divino Redentor, horno ardiente de caridad, y esas vivas llamas no pueden permanecer en esa esfera divina, sino que quieren comunicarse a sus criaturas para vivir en ellas y por ellas, como cuando El vivía en su vida mortal. Así pues, no es Voluntad Divina que renuncies al Priorato, eso parecería que no queréis llevar la Cruz de Cristo, vuestro Divino Esposo. Tampoco es Voluntad de Dios que introduzcas gente ajena en el Claustro, porque el espíritu de las mujeres del siglo y de servicio es nocivo a las delicadas Esposas del Señor. Mucho menos, es su Voluntad que abandonemos a esa nuestra pobre Hermana enferma.

La Voluntad de Nuestro Divino Esposo es que yo asuma el encargo de tratar de curar a esa enferma de alma y cuerpo, en unión con Madre Francisca y las Madres Fundadoras, y ninguna otra Religiosa más. Tenga por cierto, Madre, que ninguna de nosotras se contagiará, pues ésta es la Voluntad de Dios. Por este medio salvaremos el alma de esa pobre Hermana".

No bien terminó su narración, cuando la Abadesa retrocedió asustada: "¿Cómo puede Vuestra Reverencia aceptar del Señor semejante cosa? Heroísmo semejante no puedo comprender. Reflexiona Madre, lo que vais hacer, no podréis soportar el genio de esa criatura".

"Veo todo, Madre, pero veo también que mi aparente egoísmo no se asemeja al de Nuestro Señor Jesucristo, quien oró por los propios perseguidores, verdugos y calumniadores. Murió por todos ellos, dando su preciosa vida, y aún está dispuesto a morir de nuevo, si fuese posible, para que todas sus almas se salvasen. Y yo, que no significo nada en el mundo, Monja desconocida de todos, ¿por qué regateo a mi Dios pequeños sacrificios? ¡Ay, Madre! ¡El Cielo cuesta mucho! ¿Por qué no trabajar con asiduidad cuando estamos de día antes de que llegue la noche de la muerte, en la que nadie puede trabajar?

Así, las Fundadoras y yo no necesitamos bendición de Vuestra Reverencia ni la orden formal que nos imponga como Priora para hacer todo con gran merecimiento. No temáis el contagio de ninguna. Respecto de la aprensión personal de Vuestra Reverencia, no os

inquietéis, pues es efecto de vuestra dolencia. Estad tranquila y no vayáis donde está la enferma. Yo, o alguna de las Fundadoras, os informaremos minuciosamente de todo lo que acontece con ella. Madre Francisca, Religiosa de grande virtud y espíritu, os avisará sobre las cosas necesarias para curar a la enferma a fin de que nada le falte".

"Madre", respondió admirada y confusa la Abadesa, "¿cómo impondré tan rigurosa obediencia a las Madres Fundadoras? Ellas no sabrán que ésa es la Voluntad de Dios y con razón quedarán resentidas conmigo".

"Madre, las Fundadoras ya saben cuál es la Voluntad de Dios y sólo esperan la orden de Vuestra Reverencia para convencerse enteramente de esa verdad, e ir alegres a servir a su pobre Hermana. Además de esto, sólo las grandes almas viven de sacrificios, de manera que esta obediencia será para [ellas] dulce, porque verán en ella el mandato formal del propio Dios. Ellas no conocen el resentimiento, pues viven en la tierra la vida del espíritu".

Madre Valenzuela fijó su mirada, confusa y edificada viendo el heroísmo de esa categoría de Religiosas, las propias Fundadoras, que por su posición deberían eximirse de oficios tan humildes. Mas, así piensa el mundo soberbio, pues carece, en su ignorancia crasa, de las soberanas luces del espíritu.

Sólo las almas que viven en medio de la Luz refulgente del Santísimo Corazón del Hombre-Dios, ven, sin sombras ni velos, el valor de la humildad; y saben que cuanto más alto puesto ocupa una criatura en la Casa del Señor, tanto más se debe humillar para volver sólido su grande edificio de perfección, ideal al que las Religiosas aspiran para ser grandes en el Cielo, porque en la tierra su tarea es consolidar su virtud.

Seamos francos. Cuánta edificación causa y cuánto amor a la virtud se tiene, cuando se ven Prelados -y los que con ellos ocupan oficios de dignidad y autoridad- siempre humildes, suaves e insinuantes con cada súbdito. Reprendiendo en secreto su falta, con suavidad y humildad, consiguen la pronta e inmediata enmienda del pecador, a

más de infundirles santa vergüenza por su mal procedimiento y suscitar en ellos el amor filial.

La experiencia diaria nos muestra que el abuso de autoridad pierde a muchos súbditos y también vocaciones. Recordemos aquella bella sentencia de un grande Santo: "Cien moscas se cogen con una gota de miel, pero ni una sola con un tonel de vinagre".

"Madre", prosiguió la Priora, "Vuestra Reverencia misma haga que las Madres Fundadoras se acerquen a mí para imponerles la Obediencia, yo quedo enormemente edificada y lamento estar tan escasa en virtudes, a la cabeza de la Comunidad donde debería ser el modelo. Rezad por mí a Dios Nuestro Señor".

"Voy inmediatamente para comenzar enseguida la curación de nuestra Hermana, pues la cosa urge", dice Madre Mariana y retirándose de la presencia de la Abadesa, que no se cansaba de admirar tanta virtud en una persona tan joven y hermosa, pues Dios Nuestro Señor, que se esmeró en concederle los dones de naturaleza, no conoce límites para conceder la Gracia.

La alegría de las Fundadoras

La diligente Madre Mariana no tardó en encontrar a sus Hermanas de religión y de virtud, las Madres Fundadoras. Reunidas, les reveló que el Señor le había manifestado que ellas, en su compañía, deberían encargarse de la curación de la pobre Hermana, y que ella ya sabía que el Señor les había comunicado eso, a cada una, en la Comunión de aquella mañana, y que ellas no aguardaban sino la orden formal de la Priora para certificarse de esa verdad y prestar inmediatamente los servicios a aquella enferma. Les convidó a que se presentaran a la Priora, preguntándole por la enferma y ofreciéndose para lo que

ella juzgara conveniente a favor de aquel miembro doliente del Cuerpo Místico de Nuestro Señor Jesucristo.

Las Madres Fundadoras se abrazaron de alegría diciendo: "Cierto que es así, Madre y Hermana. El Señor nos comunicó a todas cuánto tenéis que padecer por esa pobre Hermana, y el Infierno que aceptasteis para salvar su alma. Sentimos enormemente y nos ofrecemos para tomar parte en vuestro dolor y aliviaros un poco.

¡Oh bondad de Dios! El nos comprende, disponiendo que os ayudemos a curar a esta pobre Hermana. Contad con nuestra buena voluntad y con el afecto fraterno que a todas nos une [como] hijas de una misma Madre. Si nuestra bienamada Madre María de Jesús Taboada, nuestra Fundadora y vuestra tía, aún viviese, cuánto padecería al veros sufrir; mas ahora, que ella descansa en el Cielo de todos sus trabajos, gozando del premio a sus virtudes, nosotras que estamos aquí, os amamos, os hacemos compañía, queriéndonos mutuamente y pidiendo juntas nuestra santificación. Ahora os damos un fuerte abrazo y vamos a la presencia de nuestra Priora a recibir con alegría esa tan deseada Obediencia".

Y habiendo abrazado una a una a Madre Mariana, esos Angeles humanos se encaminaron a su heroico sacrificio. ¡Sin duda, los espíritus angélicos contemplarían abismados aquel cortejo de vírgenes Esposas del Cordero Inmaculado que en la tierra emulaban a los angélicos habitantes de la Celestial Jerusalén!

La Madre Abadesa da obediencia a las Fundadoras Españolas

En la presencia de la Abadesa, las Madres Fundadoras la saludaron llenas de esa santa alegría propia de las almas justas y preguntaron por la enferma diciendo:

"Madre, a nosotros nos compete, como Fundadoras, en cuanto Dios Nuestro Señor nos conserve la vida, atender a la enferma y servir a nuestra Hermana. ¿Qué podemos hacer a favor de esa nuestra pobre Hermana gravemente enferma? Ordene Vuestra Reverencia lo que juzgue conveniente, que prontas estamos para obedecerle, convencidas de que por los labios de la Priora nos habla el propio Dios. Así mande Vuestra Reverencia con toda libertad". Y todas se arrodillaron con Madre Mariana para recibir la orden.

Era de ver a esas jóvenes Religiosas a quienes Dios Nuestro Señor había favorecido con tantos dotes de naturaleza y Gracia, [cómo] arrodilladas recibieron la obediencia de la Priora para ir al sacrificio, con una santa alegría, como si algo agradable les hubiera sido concedido. La Abadesa quiso arrodillarse también, mas ellas le dijeron:

"¡Madre, no consentiremos eso! ¡Eso es para nosotras súbditas! ¡A Vuestra Reverencia, no! ¡Hacednos el favor de imponer la Obediencia que queréis, sentada o de pie!". La Madre se sonrojó y poniéndose de pie dice: "¡Queridas Madres y Hermanas, la Santa Voluntad de Dios os pide un sacrificio y vuestra Priora un favor, y es que en virtud de la Santa Obediencia todas vosotras, con Madre Mariana de Jesús Torres, toméis bajo vuestros cuidados a la pobre Religiosa enferma y la curéis con esmero, pagando el mal con el bien, imitando así a vuestro Divino Esposo, ciertas de que El os protegerá y guiará, y yo con lágrimas en los ojos y con el corazón lleno de ternura, os bendigo y pido que roguéis por mí al Señor".

Las Religiosas inclinaron su cabeza, besaron el suelo, el pie y el escapulario de la Madre Priora diciendo: "Le agradecemos, Madre, por habernos considerado dignas de prestar nuestros servicios a esta pobre Hermana. Le debemos mucho a ella, pues nos proporciona medios eficaces de adquirir grandes méritos para el Cielo, sin los cuales, tal vez, nada tuviésemos. Aceptamos alegres y vamos a servir y curar con dedicación a nuestra enferma".

La Abadesa abrazó a cada una de las Madres, las que, tranquilas y contentas se fueron en dirección del aposento de la enferma.

Llegando ahí, rezaron una Ave María y se aproximaron a la enferma. Estaba rabiosa preguntando por qué la dejaron de lado sin ningún cuidado, cuando el médico dejó tantas recetas; reclamó que ellas tenían la obligación de curarla cuanto antes, puesto que con sus embustes la habían hecho empeorar y sufrir tanto. Decía, que deseaba mejorar pronto para poder encarcelarlas a ellas y que sólo así se daría por satisfecha.

Las humildes Religiosas, sin alterarse, con una paz edificante que despertaba la virtud en cuantos las viesen, dijeron: "Ten paciencia, Hermana, ya vamos a aplicarte todos los remedios. Dios Nuestro Señor y la Santísima Virgen son la bondad en esencia y ellos te han de mejorar para que mejores también tu alma".

La Marquesa tiene un sueño

Arreglaron la cama, que se había desarreglado por tanto moverse la impaciente enferma, y prepararon lo necesario para curarla, mientras las Madres Mariana y Francisca alistaban los remedios recetados, entre los que estaba un baño general, en tina, con agua bien caliente. Ahora, no había tina en el Convento y Madre Francisca fue a exponer la dificultad a la Priora que tampoco sabía qué hacer.

En ese momento, la Hermana tornera corrió a llamar a la Priora y le comunicó que la Marquesa quería hablar y saludar a Madre Mariana. La Abadesa la llamó y ambas fueron a hablar.

La señora, muy impresionada, contó a las Madres un sueño que había tenido. En él, vio y reconoció a Madre Mariana, tan bella, risueña y graciosa, trabajando incansablemente a favor de no se sabe qué persona enferma, y que ésta descontenta y manipulada por dos negros enormes, que tenían ojos de fuego, la trataban mal de palabras y

obras, al punto de agredirla varias veces. En una de esas veces, Madre Mariana cayó muerta y su alma salió de su cuerpo en forma de una blanca y bellísima paloma, llevando un racimo de riquísimas uvas en dirección al Cielo. Diciéndole:

"Agradecida, agradecida, buena señora por los favores que me prestasteis. Ahora os entrego mi Convento para que lo favorezcáis con vuestras limosnas. Desde el Cielo, para donde voy, velaré por vos y corresponderé a vuestras delicadezas". En ese momento la Marquesa dio un grito y despertó.

Los criados, las sirvientes, se levantaron para atender a su ama que perturbada por aquella impresión no podía hablar.

Llamaron al médico que rápido acudió y le aplicó varios remedios. Ella volvió en sí, pero muy sufrida. Esperó el amanecer para hablar con Madre Mariana, y asegurarse [de] que estaba viva, pues no se conformaba con la muerte de su santa amiga, que con sus consejos y oraciones le había hecho tantos favores espirituales, sosteniéndola en las luchas del alma. Diciendo esto la Marquesa lloraba desconsolada.

Madre Mariana la consolaba: "No lloréis mi buena señora. No se debe creer en los sueños. Aún vivo para complacerla en lo que pueda. Debo vivir aún largos años en esta tierra. Ay de mí, que se prolonga tanto mi destierro. Conversaremos largamente otro día, hoy me despido por tener ocupaciones urgentes en el Convento. Os aseguro mi afecto y gratitud y como sois tan buena os pediré un favor".

"¡Madre, lo que queráis! Mi mayor alegría y felicidad es poder complaceros. ¿Qué necesitáis?".

"Sabed, señora, que una de nosotras está gravemente enferma. El médico le recetó un baño caliente en una tina y esto no tenemos en el Convento. Quizá vuestra merced nos pueda favorecer".

"Contentísima y considerándome feliz de poder serviros os enviaré sin tardanza una tina, y para remedios de esa enferma dejo treinta patacones (antigua moneda de plata del peso de una onza) rogándoos me prefiráis a cualquier otra persona, pidiéndome lo que necesitéis para

la santa enferma". La Marquesa se despidió pidiendo la bendición a las Madres.

Como esta buena señora nada sabía de la enferma culpable, la llamaba santa, pues estaba persuadida de que absolutamente todas eran como la grande Madre Mariana.

La enorme paciencia de las Madres españolas para curar a la enferma

Esta Santa Religiosa se apresuró en ir al lugar del sacrificio. Fue a buscar agua y encontró, junto al fuego, a Madre Francisca preparando agua caliente. Esta le pregunta: "Madre, ¿qué fue de la tina, el agua ya está caliente?".

"¡Mi Hermana muy querida! ¡Dios es tan bueno! Cuando me llamaste para hablar con la señora Marquesa, El ya nos preparaba el regalo de la tina. Ella me la ofreció para nuestra enferma y no demorará en enviarla". Y oyó luego que la tina ya estaba en el Convento.

Madre Mariana y Madre Magdalena de San Juan fueron a buscarla y cuando todo estaba preparado, Madre Francisca dice: "El agua ya está lista. Vamos a bañar a nuestra enferma", y entrando en el cuarto dijeron: "Hermanita, ya está lista el agua y todo lo necesario para el baño, prepárate". A lo que la enferma respondió: "Estoy lista; ¿pensáis que soy retardada y tonta como vos? ¿O qué vas a hacer, cogerme en tus brazos e introducirme en la tina porque no tengo fuerzas?, ese servicio toca a las españolas".

Entonces, Madre Mariana y Madre Francisca se aproximaron a la cama, la tomaron de los brazos y la introdujeron en la tina con inmensa caridad. Mientras hacían esto, las otras Madres arreglaban la cama, preparaban y calentaban las sábanas para retirarla del baño y

otras le ayudaban a lavarse.

La enferma decía: "El agua está hirviendo; no fue así como determinó el médico; estas españolas quieren acabar conmigo", y arrojaba agua al rostro de Madre Mariana. Y como el agua le entraba a los ojos, le provocaba abundante lagrimeo.

Viendo eso la impaciente enferma decía: "El agua está helada. Hasta parece que ni siquiera ha sido calentada. Y prueba de eso es que Madre Mariana está llorando, pues su conciencia le acusa; y porque es muy delicada y orgullosa; siempre adulada y bien vista, no sabe lo que es sufrir". Y volvía a lanzarle agua al rostro.

Madre Francisca le dice: "Hermana, quédese quieta, sé Religiosa alguna vez, con ese comportamiento no sanarás. El tiempo urge".

"Ociosas como sois", respondió la enferma, "¿hacéis algo alguna vez?".

Y se retorcía en la tina dando inmenso trabajo a las Madres, que todo lo sufrían con paciencia y caridad edificante.

Terminado el baño, la sacaron de la tina con mil dificultades, pues parecía una niña tierna y la pusieron en la cama. Las otras Madres ya tenían lista un fricción bien caliente que debían hacerle en todo el cuerpo.

Madre Mariana la friccionó, recibiendo golpes y palabras duras. Esa pobre señora, que no debía llamarse Monja, lloraba, gritaba y se desesperaba, diciendo que era tratada con rigor sin igual. Las buenas y cariñosas Madres pasaron toda la noche sin dormir un solo momento.

La fiebre y la neumonía se agravaron rápidamente, y en el delirio, ella se dirigía al Prelado incriminando a Madre Mariana y esforzándose por hacerla encarcelar. "Sólo así", decía, "me veré tranquila. Ella me repugna".

Al día siguiente el médico la visitó. Ella se quejó diciendo que nada de lo que él recomendó había sido hecho, y que por el contrario, las Monjas hicieron lo que entendieron y por eso estaba peor. Decía, también, que como las Madres eran ociosas e ignorantes, la dejarían morir y pedía entenderse con la Priora para que pusiese alguien que la curase. "Mientras yo sufría dolores y sed, las españolas dormían placenteramente".

El médico que mucho conocía a las Madres y sobre todo a Madre Mariana, a la que veneraba, la reprendió seriamente por sus palabras, pero las Madres disculparon a la enferma atribuyendo todo ello al delirio de la fiebre. El médico hizo nuevas recetas y se retiró bastante sentido y al mismo tiempo edificado viendo tanta virtud, caridad y abnegación.

Las Religiosas prepararon los medicamentos. Madre Mariana los administró, los recibía volteado el rostro, y eran arrojados por la Monja revoltosa. Aquella con santa paciencia y dulce sonrisa, se enjugaba y abrazándola la hacía tomar nuevas dosis.

La enferma le escupía el último bocado. Otras veces, cuando la llamaba para sus necesidades corporales -que aumentaban por causa de los remedios- al levantarse, le arrojaba porquerías y le ensuciaba.

La humildísima Religiosa, sin alterarse ni articular palabra de queja, se cambiaba y continuaba atendiéndola por amor a Dios, a quien amaba con la intensidad del seráfico amor, pues era digna hija del Serafín de Asís.

¡Oh, cuánto sufrió esta invicta e inofensiva criatura de parte de esa enferma, cuya enfermedad duró treinta días con sus noches!

¡Dios mío! ¡Mujeres dais ejemplo de heroísmo a hombres robustos! ¡Dios, sois admirable en vuestras criaturas, yo os alabo y doy gracias porque en vuestra Bondad, disteis tales miembros a la Seráfica Familia!

No es posible narrar todos los vejámenes y padecimientos de Madre Mariana de Jesús y de las Fundadoras, en este período. Sería demasiado largo.

Muerte, juicio y...
conversión de la Monja inobservante

En el trigésimo día la enferma estaba muy mal y parecía morir. El rostro pálido, desfigurado y aterrado como de una agonizante desesperada. Los cabellos cortos y erizados, los ojos que parecían saltar fuera de sus órbitas. Gritaba, se retorcía y decía:

"Ya es tarde para mí. No puedo quererla ni perdonarla. Quiero salvarme, mas así como estoy, no puedo. Que esos negros se vayan ahora. ¡Favorecedme, españolas, que ellos me llevan!". Y abrazaba a Madre Mariana, que en silencio vertía un caudal de lágrimas sobre la cabeza y rostro de la enferma. Con este vaho saludable se calmaba un tanto y proseguía: "Continúe aplicándome esa cosa fresca que me alivia. Esto sí está prescrito por el médico. Finalmente se han movido a compasión y me han dado algún remedio, estas señoras españolas".

Llamaron al Confesor, que asustado no quiso permanecer mucho tiempo, diciendo: "Esta pobre Monja muere impenitente. No volveré para verla; no me llamen otra vez. Ella debía confesarse y reparar sus faltas en vida. ¡Pobre! ¡Cuánto trabajo en vano! Vosotras perdonadle

y rogad por ella, que está agonizante".

Madre Mariana la mantenía en sus brazos, rogando a la Divina Majestad que no permitiese que esa alma fuese lanzada de sus brazos al Infierno. Y recordándole su sacrificio, lo renovó. En ese momento, la pobre enferma experimentó fuertes convulsiones y se estremecía con violencia. Comenzó su agonía de dos muy dolorosos días. Por fin dio un grito, abrió los ojos y la boca, de la que salió espuma, y se extendió.

Como Madre Mariana la sostenía en sus brazos, las Fundadoras le dijeron:

"Madre, ya murió; es tarde. No continuéis con el cadáver en brazos. Agotamos todos los medios para curar su alma y su cuerpo. Cuánto la aconsejamos, cuánto la tratamos con tino y caridad, y nada conseguimos".

"Mis Hermanas y Madres, no olvidéis tan pronto mi sacrificio que fue aceptado para salvar esa alma. Rogad, instad al Señor por ella. Está ahora delante del Juicio de Dios y ya está comprendiendo todo el mal que hizo. Ella volverá a vivir. No os asustéis, calmaos, después entonces se enmendará. Después morirá, pero se salvará y su Purgatorio durará hasta el día del Juicio Final. Así me reveló el Señor en estos momentos".

Esto dicho, la enferma se estremeció y volvió en sí. Miró todo el aposento y a cada una de las Madres, pareciendo que buscaba a alguna. Finalmente fijó su mirada en Madre Mariana, que la sostenía en sus brazos, y apretándole la mano quiso hablar pero le faltó la voz. Sus ojos eran caudales de lágrimas. La cariñosa Madre Mariana le enjugaba con amor de madre y le decía palabras tiernas, infundiéndole gran confianza en la Bondad de Dios, haciéndole sentir cuánto la amaba.

La Santa Religiosa pidió a Madre Francisca un poco de agua de anís del país y con los dedos humedecía los labios secos de la enferma. Por fin, la hizo beber y la resucitada pudo narrar que venía de la Eternidad, mejorada y conociendo quién era la Madre Mariana.

Parecía avergonzada, pero la cariñosa Madre le dice: "No te agites, enfermita. Necesitas tranquilidad y alma para hacer tu confesión general con un Padre Menor. Para esto, primero te curaremos y repararemos tu debilidad. Mucha confianza y amor en nuestro Buen Dios. Animo, todas tus Hermanas te aman y quieren tu salud física y moral".

Reparación y penitencia

La enferma desde ese momento no dio ningún trabajo; su docilidad era como de una niña. Recibía todos los remedios con agradecimiento y santa vergüenza, y manifestaba su profundo reconocimiento a Madre Mariana de quien no quería apartarse ni un solo instante, como de las otras Madres que la atendían y curaban. La mejoría progresaba y al cabo de un mes estaba restablecida.

Suplicó que llamasen a la Madre Abadesa, que fue llena de miedo al contagio; se presentó con seriedad: "¿Qué quieres, mi Hermana? ¿Continúas la misma o peor que antes?".

La pobre Religiosa se lanzó a los pies diciendo: "Perdóneme, Madre, mi mal procedimiento, y que me perdonen las Madres Fundadoras y toda la Comunidad la vida escandalosa que hasta aquí he llevado. Sobretodo, perdóneme Madre Marianita y tenga compasión de mí".

"No basta que te humilles y pidas perdón aquí. Hazlo en Comunidad y después volverás a la cárcel de donde saldrás muerta".

"Sí, Madre", respondió la pobre Monja, "Vuestra Reverencia tiene razón".

Bien merezco la prisión perpetua, pues, por la Misericordia de Dios, me he librado de la cárcel eterna del Infierno, por los ruegos de Madre Marianita. Volveré a la cárcel hoy mismo si así me ordena

Vuestra Reverencia y haré allí penitencia de mis pecados. Fuera de esta vida mortal, recibí también una fuerte y justa represión de Nuestra Madre Fundadora, pero ella no me apartó de sus pies. Soy su hija pródiga". Y la pobre Hermana lloraba sin consuelo.

Describiré aquí sus facciones: era bien pequeña de cuerpo; su color era más morena que blanca; nariz y boca grande; cabellos negros; era más flaca que gorda -con la enfermedad se había enflaquecido mucho y estaba bastante pálida-. Muy arruinada.

Viéndola así confusa y arrepentida, Madre Mariana y las Madres Fundadoras abogaron por ella diciendo a la Abadesa, que como estaba tan mejor en el estado de alma, ya no había necesidad de encarcelarla. Y como, por otro lado, estaba débil y quebrantada de salud, era forzoso dejarla libre. Garantizaron que ellas responderían de su conducta.

Madre Valenzuela accedió, un tanto contrariada, y dijo que para complacer a las Madres pediría al Prelado que la sacase de la cárcel, pero que a la menor falta la encarcelaría para siempre, así no admitiría intercesoras, pues esto exigía la justicia y la razón.

A partir de ese día, esa Hermana gozó de libertad. Lo primero que hizo fue acusarse de sus faltas en el refectorio con una cuerda al cuello, reparándolas en esa forma. Y pidiendo penitencia por los escándalos dados.

La Madre Abadesa la reprendió severamente. Le aplicó una disciplina en plena Comunidad, le mandó besar los pies de las Religiosas y comer en el suelo durante nueve días. Ella todo lo hizo con humildad y Madre Mariana le acompañó muchas veces.

Se termina el primer año de Priorato de Madre Valenzuela

Todas estas cosas sucedieron en el primer año de Priorato de Madre Valenzuela. Al terminar el año, la dichosa enferma se restableció y se salvó gracias al heroico sacrificio de Madre Mariana, la que, ya dijimos, ayudó a la Abadesa a obtener la debida licencia del Prelado para que esa Hermana hiciese una Confesión General con un Padre Menor.

Concedida la licencia, ella principió su Confesión general. El Padre la escuchaba con mucha calma y caridad. Se compadeció de tantos males que sufría esta pobre oveja descarriada del redil de su Pastor Divino. Con la absolución le dio el perdón de sus pecados, dejándola libre de ese enorme peso y reconciliada con Dios, que celebra con los Angeles del Cielo y los justos de la tierra, el retorno del hijo pródigo, que incauto había abandonado la Casa Paterna para desperdiciar su herencia lejos de su Buen Padre, y habiéndola acabado, en completa miseria, tuvo que comer las sobras de las bellotas que dejaban los puercos...

¡Ah, cuánto vale domar desde el principio y a tiempo las pasiones que a nosotros, hijos de Adán, nos acometen, y sin descuidarnos. Adiós virtud y perfección religiosa. Adiós vocación y adiós Cielo. Temamos dejarnos llevar por las pasiones en la vida religiosa, pues aun en medio de la tierra tenemos Angeles a quienes debemos clamar y considerar Hermanos Religiosos. Pues, en verdad, existen en las Comunidades Religiosas Santos y Santas que con sus virtudes y vida oculta sostienen el brazo de la Justicia Divina y alejan los castigos de los pueblos traidores y culpables.

XXVII

Infierno que Madre Mariana padeció para salvar el alma de su pobre Hermana. Pruebas terribles a que Dios la sometió durante cinco años

Al fin del primer año de Priorato de Madre Valenzuela, Madre Mariana rezaba, cierta vez, como era su costumbre, en el Coro Inferior, donde también estaba la feliz convertida, cuando fue arrebatada en espíritu y vio a Jesucristo que, triste y amoroso, mirándola le dice:

"Esposa y querida mía, ya es tiempo de que sufras por cinco años las penas del Infierno que aceptaste con caridad heroica para salvar el alma de tu pobre Hermana. Prepara para esto tu ánimo y templa tu espíritu con el don de fortaleza, pidiendo con insistencia a mi Divino Espíritu. Desciende a lo profundo de tu alma y tomándola con los brazos de confianza, ponla en mi amorosa Bondad, enciérrala en la Llaga de mi costado, que fue abierta para asilo de mis almas predilectas, colócala bajo el maternal cuidado de mi hermosa Virgen Madre.

Purifica más tu alma con la Gracia de la absolución que recibirás, con aumento de fe y humildad, y mañana, después de permanecer contigo en la Comunión, no se consumirán las Especies Sacramentales, y comenzará tu Infierno". Y, bendiciéndola, el Señor se escondió en su Sagrario, cárcel de Amor.

Terminado el éxtasis, Madre Mariana ponderó con la inteligencia sutil que de Dios había recibido, la gravedad de sus padecimientos: tembló a la vista de ellos, pero se alegró por sufrir para salvar del eterno fuego del Infierno un alma Religiosa.

Llamó al Padre Menor que tenía para sus consultas íntimas, y le comunicó todo, se confesó de una manera extraordinaria para recibir la absolución. Esa alma humilde y santa no cometió en toda su vida sino ligeras imperfecciones, propias de la vida mortal. Se preparó todo el día para recibir a Dios en la Eucaristía, como si fuera la última vez. Sentía afectos ardentísimos de amor, de gratitud, de fe. Fue un día lleno de júbilo.

Después de la Comunión, el Infierno...

Cuando a la mañana siguiente se aproximó a la Mesa de los Angeles para despedirse, por el largo período de cinco años, de la íntima unión y trato familiar que tuviera con su Dios, a quien amaba con todas sus fuerzas, fue como si le arrancasen el corazón. No se cansaba de estrecharlo contra su pecho, queriendo si posible fuese, retenerlo por algunos momentos más. Mas su hora había llegado.

Consumidas las Especies Sacramentales, Madre Mariana sintió un fuerte dolor en su corazón, pareciendo como que lo tiraban con violencia de su pecho, y el quedó insensible a su Dios..., sintió tedio hacia El, y como una especie de odio, una desesperación en la cual no

había vislumbre de esperanza... Procuraba reflexionar sobre el heroico sacrificio que había hecho en favor de aquella alma hermana para salvarla, y en lugar de encontrar alivio, sentía rabia, desesperación y total desconfianza en Dios.

Quería olvidarse del Divino Corazón que le amó hasta entregarse por ella a crueles tormentos y a humillaciones infinitas, sentía, por lo mismo, sobre sí el peso de la Sangre de Dios derramada en vano por una alma condenada.

Ella recordaba bien todos los sublimes Misterios del Dios humanado, de su Virgen Madre, Pura e Inmaculada desde su Concepción, mas, estos recuerdos constituían para ella fuente perenne de incesante rabia y desesperación, ella se sentía una hija de la Inmaculada Concepción, pero ahora, condenada.

De su mente había desaparecido la noción de cinco años y únicamente podía discernir una Eternidad de aflicciones. Quería animarse pensando que algún día terminaría su Infierno, pero oía unas voces roncas y terribles que le decían descompasadamente: "Eternidad... Eternidad... Para siempre... para siempre... ¡En el Infierno ninguna Redención! ¡Monja que desperdició el tiempo, que disipó innumerables Gracias, merece los tormentos inauditos y el más horrible padecimiento de pena de perdición!"...

Los tormentos de los cinco sentidos

Recaían sobre Madre Mariana los terribles castigos de los sentidos. Su cuerpo era como una brasa viva que ardía sin consumirse, en medio de ardores inauditos e indecibles. Después del calor pasaba a un frío imposible de ser expresado o descrito, mucho más intenso del que fuera si se estuviese enterrado en una colina de nieve. Su res-

piración era oprimida por un peso inmenso que venía ya por el fuego, ya por la nieve...

Ante sus ojos surgían horribles visiones infernales; sus oídos eran fustigados atrozmente con las blasfemias de los condenados y de los demonios; le inundan el olfato olores repugnantes más intensos que si estuviesen sobre ella las inmundicias de todo el mundo; el tacto era atormentado como que el lecho en que ella parecía estar era duro con la dureza del Infierno, lleno de puntas afiladas que la penetraban hasta las entrañas; el paladar era torturado por un sabor horrible, completamente desconocido para ella, era azufre derretido que a la fuerza, los demonios le hacían tragar, dándole duros golpes que le volteaban el cerebro, removiéndole los sesos e incitándole a la rabia, a la desesperación, a la blasfemia.

Durante este tiempo, nunca abrió los labios para proferir la menor palabra que pudiera transparentar sus amarguras en la Comunidad. Sólo lo sabía el Padre Menor que la asistía.

El rechazo de Dios

Su memoria era afligida por el recuerdo de las Gracias recibidas de la amorosa Bondad de Dios y de María Santísima, a Quito -en su prueba- parecíale haberla perdido para siempre. Le causaba horror el recuerdo de la Gracia de la vocación religiosa y de los encantos de la vida monástica, en la que sufría padecimientos tan grandes, mayores de los que la atormentaban, [pero] parecíanle verdaderos gozos, pues le era dado intentar amar a Dios, [lo] que no podía hacerlo en la situación [en] que se encontraba.

Su entendimiento comprendía perfectamente y con mayor claridad, quién era Dios y María Santísima, lo que era el Cielo o el éxtasis eter-

no donde viven los bienaventurados. Pero sentía que para ella estaba todo acabado definitivamente, sin esperanza alguna de poseerlos.

Su voluntad ya no tenía libertad para hacer el mal o preferir la práctica de lo bueno, como en su vida mortal, pues estaba cautiva y presa, sufriendo los rigores de la Justicia divina. Quería recurrir a la Misericordia y en el fondo de su alma atormentada encontraba sólo estos ecos: "Ya es tarde... todo pasó... y ahora sólo te queda el castigo eterno. La justicia vengadora pesa sobre ti. El Infierno... la Eternidad...". "El tiempo desperdiciado", ella se decía, "ahora veo que equivoqué la senda de la verdad"...

Madre Mariana cargaba sobre sí todos los pecados de su Hermana por quien sufría, como si fueran pecados suyos, y que la atormentaban con su peso y su recuerdo, en el cual no había esperanza de alivio ni de perdón, porque veía a Dios disgustado e irritado con ella. María Santísima le demostraba indiferencia así como su Padre, el Serafín Llagado, lo mismo su Madre y Fundadora y todos sus amigos celestiales.

Ella estaba convencida de que era justo tal castigo, tantos eran los pecados de su Hermana por quien debía expiar. Sin embargo, el pensamiento consolador de que, en ese estado, era sobre la tierra el alma más amada de Dios -y que sufría por el espacio de cinco años, por haberse heroicamente sacrificado para salvar una alma hermana- escapaba de su mente y sólo se quedaba la idea de que estaba condenada para siempre.

Esas sombras tan tétricas le atormentaban su espíritu y constituían su mayor Infierno.

Quería amar a Dios, elevarse hasta El. Y se sentía rechazada. Miraba a Dios, y contemplando su infinita hermosura, que para siempre había perdido, entraba en una desesperación tan angustiante, que le venía el deseo de acabar con su propia existencia.

Como, entre tanto, el alma es inmortal eso le servía para acrecentar un nuevo furor más desesperante, que un Infierno así era incompren-

sible e inexplicable. En una palabra, no había para esa criatura sufrida el menor consuelo, la menor tregua a su dolor ni cualquier forma de alivio físico o moral.

Todas las criaturas sin excepción se volvían para ella, fuente de grande tormento. Las atenciones y cuidados de su Priora y de la Comunidad aumentaban el sufrimiento. Ella se consideraba enteramente sola e irremediablemente perdida y sólo vivía y respiraba una atmósfera de odio.

Nuestro Señor explica a las Madres Fundadoras los padecimientos de Madre Mariana

Todos los tormentos que dejamos descritos, y cuantos otros más que esta criatura experimentó, los sufría día y noche, a toda hora, en todo tiempo y lugar.

Durante ese período de dura expiación, ella era un modelo de dulzura y humildad, de mansedumbre y de exacta Observancia de la Regla. Las Religiosas tenían un espejo en qué mirarse, un despertador continuo, y un modelo ejemplar que imitar.

Grave, digna y dulcemente amable, manifestaba en su semblante una mortal y profunda tristeza. Atraía los corazones, el afecto y las miradas de su Comunidad, pero nadie se atrevía a preguntarle el origen de su dolor.

En los dos primeros días que estaba en su Infierno, las Madres Fundadoras se extrañaron al verla afligida y se preguntaban: "¿Qué será? ¿Estará ya en su Infierno?". Y rogaban al Señor que les aclarase el misterio.

El Señor no tardó en responder las preguntas de sus fieles Esposas.

Un día en que todas comulgaron, les comunicó que Madre Mariana, su querida y fiel Esposa, ya estaba padeciendo el Infierno que aceptara, por el período de cinco años, para poder salvar el alma de su Hermana culpable, que padecía sin el menor refrigerio y que nadie podría aliviar sus penas. Les mostró el corazón de Madre Mariana, que El había guardado bien oculto en su propio Corazón Sagrado, custodiado por su Madre Inmaculada. Todo este tiempo ella permanecería sin su corazón quedando así sin poder amar y distraerse con El, en trato y comunicación íntimos. Por el contrario, conservaría una delicadísima sensibilidad para padecer física y moralmente las penas de daño y de sentido de una alma condenada. Además, como grandes crímenes se cometían en esta época en la Colonia, solamente esta heroína detenía el brazo de la divina Justicia para que toda aquella posesión hispánica no fuese sepultada entre las ruinas del volcán Pichincha, el que sacudía con fuertes temblores aquellas regiones culpables.

El dolor deja sus huellas

Con ese grande padecimiento, Madre Mariana se debilitaba rápidamente.

Perdió el color rosado de su rostro, ahora ya amarillo; los ojos hundidos y tristes, toda ella expresaba un dolor íntimo y profundo.

Al notar esto, Madre Valenzuela, que mucho la amaba, le dice: "Madre, ¿qué tiene Vuestra Reverencia, que os estáis enflaqueciendo rápidamente y perdéis vuestro color natural? Si estáis enferma es mejor que vayáis al médico para que os cure cuanto antes. No puedo admitir la idea de que muráis y me dejéis en esta tierra. Nadie me quita el recelo de que la dolencia de la Hermana..., os haya contagiado pues la serviste de cerca y aspiraste todos sus malos humores. Yo

bien quise que ella muriese, mas ahora será lo contrario. Vos moriréis y ella quedará sana. Morirá la esperanza del Convento y quedará vivo el estorbo. ¡Este pensamiento me acompaña día y noche y me quita el sueño! ¡Por Dios, Madre! Reparad vuestra salud y en cuanto os restablezcáis tomad un descanso completo. El frío de la madrugada y de la noche debe perjudicar vuestra salud. ¡Levantaos tarde y dormid temprano, no ayunéis, ni hagáis penitencia alguna, pues ya sois un cadáver vivo!". Y abrazándola, Madre Valenzuela lloraba.

"Además me asegurasteis", proseguía la Priora, "que ninguna se contagiaría. ¿No será que Vuestra Reverencia se ha sacrificado para que la enfermedad no pasase a ninguna y se quedase sólo en vos? Si yo hubiera sospechado esto no hubiera permitido que vos la asistieseis ni que os aproximarais a preguntar cómo estaba, hasta esto os hubiera prohibido".

Madre Mariana respondió con calma y con la dulzura de siempre:

"Mi Madre, cuánto os agradezco vuestros cuidados y temores, mas, os aseguro que de ninguna manera estoy contaminada con la enfermedad de mi pobre Hermana, es que Dios Nuestro Señor me castiga en esa forma mis ingratitudes. Su santísima Voluntad es que yo sufra -y sufriré- el rigor de la Divina Justicia. Como mi Priora y mi Madre, rezad y rogad por mí pues lo necesito mucho. Al respecto de reponerme y de eximirme, al menos en parte, de la Observancia de la Regla, no hay razón suficiente para ello, pues no padezco ninguna enfermedad física. Estad tranquila y disponed de mí con toda libertad en lo que Vuestra Reverencia quisiere".

Con este raciocinio Madre Valenzuela se tranquilizó con respecto al contagio de la enfermedad, mas no dejaba de sufrir viéndola enflaquecer día a día.

Procuraba alimentarla y esta humilde y obediente Religiosa tomaba y comía todo lo que su Priora le daba y ordenaba. La Madre Abadesa se admiraba de esta obediencia tan pronta, su Observancia regular tan exacta y su conducta irreprensible aun en los pormenores, en la vida de la Comunidad.

Conforme a exacta y verídica narración dada por su Director, se sabe que la oración mental de esta sufrida criatura, en lugar de serle, como antes, un consuelo, alivio y sustento, era su Infierno cruel.

Los que estudiamos teología mística, conocemos los distintos medios con que el Señor purifica y abrillanta las almas que quiere elevar a un alto grado de sublime perfección; lo sabemos por estudio, no por experiencia propia. No somos capaces, por eso, de saber cuántos y cuáles fueron los padecimientos interiores de esta Religiosa Concepcionista, mártir de la caridad fraterna. Sería necesario que ella misma nos contase o que los sufriésemos nosotros mismos para podernos dar cuenta de la magnitud de este dolor intenso y profundo, y expresarlo un tanto. No hay otro medio.

El Confesor aumenta las privaciones interiores de Madre Mariana

A propósito de la recepción de los Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, su Director garantiza que en esta época, como en ninguna otra, era admirable la pureza de su hermosa alma y no había materia para absolverla. Ella, con todo, estaba convencida de que era la mayor de las pecadoras, por haber desperdiciado las Gracias tan singulares que la Bondad Divina le había concedido.

Entre tanto, el Confesor de la Comunidad, porque ignoraba el estado de purificación de esta heroica alma, aumentaba sus sufrimientos, le reprendía con severidad. "¡Oh, qué cambio tan brusco, Madre! ¿Por qué eso? Antes erais un alma simple, sin simulación y ahora no se os entiende; no sé lo que me decís. Temo mucho que algún pecado oculto sea la causa de este trastorno. Examinaos bien y volveos a Dios. Si perdemos la inocencia, tenemos una segunda tabla para salvarnos,

que es la penitencia. En el estado actual de vuestra alma, que no la comprendo, no puedo imponeros que comulguéis, pues temo hacerme responsable por un alma enajenada. Ved si podéis o no aproximaros para recibir a un Dios ante quien se estremecen las columnas del Cielo y las del Infierno".

El Confesor nunca le mandó a comulgar. Era un Padre Menor, su Director, quien le obligaba, bajo Santa Obediencia, a recibir las Comuniones prescritas por la Regla, orden que esta dócil y abnegada criatura obedecía sin replicar. Para estos casos se preparaba con profundísima humildad. Comulgaba, mas no sentía ni el amor, ni la dulzura de otros tiempos, ni la presencia de su amoroso Creador. En esos momentos, en verdad, cesaban toda rabia y desesperación, pero ella continuaba en indecible oscuridad de espíritu que ocasionaba increíbles sufrimientos interiores a esta alma seráfica, en cuyo fondo ardía muy vivo el fuego del Amor divino, siendo su aparente situación espiritual como ceniza que lo mantenía oculto.

La convertida

Entre tanto, la pobre Hermana enferma, por la que Madre Mariana se había sacrificado, se enmendaba; no obstante, la Madre Abadesa la trataba siempre con severidad y hasta aspereza. Muchas veces, las inobservantes, que eran un número reducido, procuraban que su antigua capitana urda nuevas revueltas. Le decían que al final Madre Mariana ya desaparecería del Convento por la muerte, pues día a día se arruinaba más, y que ya era tiempo de agilitar las cosas para colocarla a ella como Priora y acabar con las españolas.

Esta Religiosa algunas veces se hacía sorda a las voces tan persuasivas, que, semejante a incautas sirenas querían hacerla volver a hacer-

la naufragar en el mar profundo del antiguo relajamiento, de donde pudo ser liberada a costa de la inocencia y caridad heroica de Madre Mariana. En otras ocasiones ella trataba a las inobservantes con desprecio. Pero en otros momentos, flaqueaba y se inclinaba a ceder; cuando esto sucedía, corría a donde Madre Mariana, su seguro refugio y, poniéndole al corriente de todo, le pedía consejo, oraciones y fortaleza.

Esta santa criatura, con una admirable calma y dulzura, como si nada adverso pasara en su alma, la escuchaba con caridad y le daba consejos prácticos.

Apenas con hablarle disipaba sus temores, fortalecía su espíritu y la sostenía en su perseverante conversión.

Es mejor el sufrimiento que los festejos por la nueva Priora

Pasaron así los años del Priorato de Madre Valenzuela, que de tanto sufrimiento comenzó a padecer del corazón. Era acometida de frecuentes ataques y andaba muy mortificada. No quería en esos momentos separarse de la compañía de Madre Mariana, pues sólo así se consolaba. Mas, por otro lado, sus pesares aumentaban al ver a Madre Mariana consumirse, ella que siempre humilde, simple dócil e inteligente, distraía a su Priora que tanto amaba.

Llegó, pues, la época de la nueva elección. Las inobservantes votaron por la capitana, que en aquel momento estaba muy lejos de pensar en novedades. Ella misma votó, con Madre Valenzuela y otras, por Madre Mariana.

El estado de debilidad y completa ruina de Madre Mariana causaba temor a la Comunidad; por esto la mayoría de votos fue por Madre

Inés Zorrilla, que fue confirmada como Abadesa. Le prestaron Obediencia y festejaron su elección ruidosamente y con mucha alegría.

En estos justos regocijos de la Comunidad tomó parte activa y personal la heroica Madre Mariana, a pesar de sus indecibles y profundos sufrimientos. ¡Quién lo creyera! Así extenuada y sufrida, entretenía a su Comunidad festejando la elección de la nueva Priora con su arpa y su melodiosa voz, que parecía haber adquirido timbres celestiales en su profundo dolor, siendo ejemplo y admiración para sus Hermanas, las que cada día la amaban más.

Mientras procuraba infundir alegría a su muy querida Comunidad, el alma de ella estaba bien lejos de sentir el menor consuelo personal. Sola en su desierto interior, padecía su cruel Infierno, sintiendo aumentar el odio o la desesperación, mas -cosa admirable e incomprensible-, se manifiesta exteriormente para sus Hermanas como dulzura, amabilidad y bondad sumas.

Madre Inés Zorrilla la quería mucho, pero Madre Magdalena de Jesús Valenzuela la aventajaba, y a todas, en afecto. Siempre que le acometían fuertes ataques al corazón, suplicaba con insistencia tener a Madre Mariana por compañera. La Madre Abadesa pedía, entonces, a ésta que fuese a hacer compañía a la antigua Priora, porque le demostraba mucha admiración. Y esta dócil criatura, como si fuese una recién profesa, obedecía sin la menor réplica a cuanto le era insinuado, porque ella jamás esperaba una orden formal, procurando siempre adivinar los deseos de sus Prioras, para ejecutarlas prontamente. Madre Valenzuela la amaba cada vez más y con profunda gratitud, pues sin descuidarse de nada, le prestaba todos los servicios como si fuese una criada.

¡Mi Dios, qué ejemplos inimitables! Si estuviésemos nosotros en tal

estado interior, seríamos ineptos para prestar cualquiera de esos servicios tan delicados, a nuestros hermanos, y por más virtud que pongamos, en algo hubiéramos demostrado disgusto o cólera, a pesar de los mayores esfuerzos.

Esta joven heroína Concepcionista sobrepasó a los mayores entendidos en la ciencia teórica mística. En cuanto a su virtud, bastaría este cruel padecimiento, conducido del modo como ella lo hizo, para que –a su tiempo–, la Santa Iglesia, por medio del Soberano Pontífice, la elevase a la honra de los altares. Religiosa inimitable en sus caminos extraordinarios, en lo cuales, nadie, sin ser llamado por Dios, debe imprudentemente entrar para no extraviarse. Pero, todos podemos y debemos imitarla en su humildad, obediencia, dulzura, silencio, prudencia y caridad, virtudes que tornan a una persona religiosa, atrayente y con las que muchas almas pueden aproximarse a Dios, volviendo atrás en sus pasos, si hubieran caído en relajación, o tornándose más perfectas en la virtud, si permanecen fieles a la Gracia.

¡FELIZ MONASTERIO DE LA INMACULADA CONCEPCION DE QUITO, QUE ABRIGO DENTRO DE SUS MUROS TAL CRIATURA!

¡Felices en todos los tiempos las Hermanas Religiosas, que llamadas por Dios, residieran en este lugar, santificado por esta santa criatura!

¡Feliz la Familia Seráfica que cuenta con tal heroína entre sus filas, y feliz mil veces yo, que siendo Fraile Menor, tengo tal Hermana!

PASARON MÁS DE TRES AÑOS...

Transcurrieron así los tres años de Priorato de Madre Zorrilla, durante los cuales hubo alguna decadencia en la fidelidad del Monasterio, por falta de prudencia de la Priora, no por maldad, porque mis Hermanas, las Religiosas de la Inmaculada Concepción nunca fueron

malas. Esto no relato; en tiempo oportuno habrá quien lo haga; esto sería muy engorroso para mí que escribo la vida de la Madre Mariana de Jesús Torres. Pasemos, pues, adelante.

Cuando se concluyó el Priorato de Madre Zorrilla, Madre Valenzuela estaba un tanto mejor de salud por haber descansado del cargo de Priora, que tantos sinsabores trae consigo. Madre Mariana, con todo, se aniquilaba más, era, sin exagerar, un cadáver vivo.

Llegado el tiempo de la elección de la nueva Priora, Madre Valenzuela fue nuevamente escogida por mayoría de votos y fue confirmada por el Prelado Ordinario.

Esta Religiosa rechazaba tal responsabilidad, que para ella era un peso enorme. Madre Mariana, por eso, le dice estas pocas palabras: "Madre, aceptad, Dios lo quiere; después descansaréis de todo". Palabras proféticas, pues a los tres meses de su Priorato, Madre Valenzuela dejaba la tierra para elevarse a las regiones eternas.

Madre Mariana sale del Infierno

Confirmada esa elección, Madre Mariana, como siempre, tomó la tarea de entretener a su Comunidad en sus justos regocijos; mas no cesaba aún su Infierno. En el décimo quinto día después de la elección, la Comunidad hacía su Oración Mental cotidiana, y con ella Madre Mariana, cuando ésta, de repente, dio un grito y cayó desmayada. Madre Valenzuela la recogió en sus brazos, masajeándola para hacerla recobrar el sentido. En su semblante se notaba un profundo dolor que le invadía el alma.

"Está muriendo", decía la Priora. "Dios mío, no me quitéis mi consuelo".

"Moriré tranquila si permaneces junto a mí", y lloraba como una niña.

Madre Zorrilla, juntamente con las Madres Fundadoras Españolas, salió en busca de remedios. Volvieron poco después al Coro y dijeron a la Madre Abadesa, que la prudencia exigía que se llevase a Madre Mariana al dormitorio para que recibiera atención. Así se hizo. La Madre Priora se puso junto a Madre Mariana que yacía como muerta y no permitía que nadie, salvo las Madres españolas, la tocasen.

Le aplicaron canecas de agua hirviendo y cataplasmas. Cuatro horas habían pasado, y viendo que no volvía en sí, llamaron al médico, el cual, después de haberla examinado, meneó la cabeza y dijo: "¡Qué lástima! ¡Haré lo imposible, mas si dentro de una hora no vuelve en sí, es un hecho que ella se nos fue!".

Madre Valenzuela, más que cualquier otra, no se conformaba y lloraba sin consuelo, abrazada a Madre Mariana, que no daba señales de vida. Más de tres cuartos de hora después, lentamente abrió los ojos y se encontró en los brazos de su Priora. Se reclinó, por sí misma, en su cama y viendo llorar tanto a la Superiora le dice:

"Madre, siento haberos dado disgusto", y apretando la mano de la Abadesa junto a su pecho exclamó: "¡Llena de lágrimas, ni una más! Cuán bueno y digno de amor es nuestro Dios", y viendo a Madre Francisca de los Angeles le dice: "Madre, hacedme la caridad de traerme un poco de agua de anís del país, pues ya sabéis que éste es un soberano remedio para todo mal".

Espanto del facultativo

La humilde Religiosa pidió entonces la bendición a su Priora y licencia para tomar agua, cosa que hizo con una alegría nunca vista.

La Madre Abadesa se inquietó con eso y se puso triste. Madre Mariana habiéndolo notado le dice: "Madre, no sufráis, siento tanto

gozo porque estoy sana, para la Gloria de Dios y consuelo de Vuestra Reverencia a quien serviré con amor filial", y tomando la mano de su Priora la aproximó a los labios y la besó, bañándola con sus lágrimas.

De allí a una hora el médico apareció y la encontró bien, con buen pulso y dice admirando: "La ciencia humana no llega a comprender el Querer Divino. Nada tengo que hacer ni recetar. Mucho me alegro de que esta santa criatura no nos haya dado el adiós; me felicito y a vosotras también. Continúo siempre a las órdenes". Y se retiró.

Después de tomar el agua de anís, dijo Madre Mariana a la Superiora:

"Madre, ya se acerca la hora del Coro para irnos a alabar al Señor; después, en el refectorio, donde Dios, nuestro bueno y amoroso Padre ya nos tiene puesta la mesa, nos servirá hoy un plato muy excelente". Y diciendo eso, se oyó llamar a la puerta; la Hermana tornera fue a atender y regresó trayendo algunos finos y grandes panes, muy raros, enviados por la señora Marquesa, que los mandó a hacer para ese día, especialmente para su querida Comunidad de Concepcionistas.

Madre Valenzuela se admiró de todo. Parecíale un sueño la repentina mejoría de su querida Madre Mariana y le preguntaba a menudo cómo estaba. "Bien, Madre", le respondía invariablemente.

Las Madres españolas manifiestan sus secretos

Llegó la hora del Coro y la Madre Abadesa pensó que le hiciera daño el esfuerzo de la oración después del desvanecimiento tan fuerte que le pasó y le dice: "Madre, yo quisiera que no fuese hoy al Coro; cuando terminemos yo la buscaré e iremos juntas al refectorio".

Esa humilde Religiosa responde: "No veo inconveniente en asistir con

mis Hermanas al Coro, mas, si Vuestra Reverencia piensa conveniente, que yo quede acompañando a las Madre Francisca y Magdalena, que están también impedidas de participar, lo haré, pues me place obedeceros".

La Abadesa confirmó: "Sí, Madre, hoy no iréis. Nos veremos por la tarde, tenemos todo el día". Y con la tranquilidad de un alma obediente, Madre Mariana permaneció allí, rezando con las dos Religiosas.

Ella hizo sus oraciones con aquel acostumbrado fervor y devoción que infundía creciente ardor en esas almas seráficas. Mientras sus Hermanas le decían:

"Madre, y Hermanita nuestra, mil parabienes porque concluiste el tiempo de vuestro penar. Vuestra alma está confirmada con el sello indeleble de la caridad divina, ¿no es verdad? En la Comunión de hoy, esto nos manifestó a todas las españolas nuestro Buen Jesús, de la misma forma que hace cinco años nos reveló vuestro padecimiento.

Creednos, muy sufridas fuimos a la Sagrada Comunión, temiendo que nos dejaras huérfanas y solas, mas, cuando nos fue dado ver vuestra gloria, cesó nuestro dolor y dio lugar al júbilo.

Durante estos largos cinco años, os acompañamos en vuestros padecimientos, junto a vos estuvimos en espíritu, y ahora hemos cesado de ayudaros con nuestras oraciones, sacrificios y penitencias, pidiendo fortaleza y valor para vuestra alma atormentada". Y le abrazaron.

Profecías sobre el futuro del Monasterio. Monjas en el Purgatorio y retorno de los Menores

Madre Mariana respondió al abrazo diciéndoles: "¡Ah, mis Hermanas! ¡Cuán horrible es el Infierno! No hay palabras para expresarlo y sólo

pasando se puede saber en qué consiste el Infierno. Mas, también, cuán inefables son los gozos de la Gloria del Cielo, a donde fui llevada por manos de Nuestra Madre Santísima, la Virgen María, como sabéis y donde estuve toda la mañana de hoy.

Os confiaré un secreto, el cual deberéis guardar como todos los demás, pues a vosotras no os lo puedo ocultar. Y es que nuestra Hermana... por quien expié, morirá al cabo de un mes, y nuestra buena Madre Priora después de dos meses y quince días.

Nuestra Abadesa deberá pasar un siglo en el Purgatorio, pero nosotros podemos disminuir esos sufrimientos, sino nuestra Hermana permanecerá allí hasta el día del Juicio. Mas, igualmente, nosotras y nuestras sucesoras, podemos mitigar hasta cierto punto sus penas. Ella conocerá algún alivio, cuando en el transcurso de los siglos nuestros Frailes Menores nos asistan. Desde el Cielo, después de haber dejado la tierra, yo propiciaré esa asistencia al Monasterio.

Voy a vivir largos años y os enterraré a todas vosotras, mas, habéis también de saber que muchas de nuestras Hermanas irán al Purgatorio, mientras nuestro Convento esté sujeto al Ordinario y saldrán al Cielo en cuanto retorne a la jurisdicción de los Menores. Eso sucederá después de largo tiempo. Nosotros lo veremos desde el Cielo, y ayudaremos a nuestras Menores a conseguir esta Gracia, después que ellas hubieren sido probadas con grandes tribulaciones, las que vendrán por manos de las propias y de las gentes ajenas.

Y sabéis, ¿por qué esas nuestras Hermanas permanecerán en el Purgatorio, hasta el retorno de los Frailes Menores? Porque sobre ellas pesa la vida particular que por mucho tiempo se introducirá en nuestro querido Convento, los relajamientos de todos los tiempos y los sufrimientos y lágrimas de aquellas que, con corazón recto, ansiaron cumplir la Regla al pie de la letra y por cuyo cumplimiento sufrieron humillaciones, desprecios y calumnias. Estas, serán benditas por el Señor que derramará en sus almas torrentes de Gracias divinas, las que serán gérmenes de grande y oculta santidad. Yo a todas conocí y me complazco en ellas, ellas sostendrán, en ciertas épocas, ésta

nuestra querida Comunidad, que está en agonía.

¡Mas, también ay de las hipócritas, de las relajadas que fijaron su vida en infidelidades! Serán pocas, pero siempre las habrá, así como también habrá santas.

Aquellas labrarán la corona de éstas, del mismo modo como a nosotras nos la labraron algunas de nuestras Hermanas. Bien empleadas fueron nuestras dificultades para la Fundación y sustento de nuestro Monasterio. Felices los trabajos de nuestra Madre Fundadora, que desde el Cielo bendice a todas sus hijas fieles, hijas también nuestras y Hermanas de todos los tiempos".

Concluida la oración de la Comunidad, la Madre Abadesa vino presurosa a donde Madre Mariana, y la encontró bien contenta y animada, ya sin aquella palidez mortal. Llena de gozo la llevó al refectorio y tuvieron algún descanso. La pobre Hermana convertida –a quien hasta su muerte nos referiremos como "la capitana"–, se deshacía en gentilezas para con Madre Mariana, que la trataba con dulzura y amor de madre, pues le costaron los padecimientos de su alma; era pues verdaderamente hija de sus dolores interiores y por eso la amaba con ternura.

Nuestro Señor devuelve el corazón de Madre Mariana

Ya se vio que Madre Mariana pasó del Infierno al Cielo; ella misma lo narró a sus Hermanas, las Madres españolas. Aumentaremos lo siguiente:

En la mañana del otro día, Madre Mariana se acercó a la Santa Comunión radiante de alegría; su rostro manifestaba la gloria de su alma. En la tarde del día anterior había hablado con su Director, el Padre Menor, narrándole todo lo que había pasado en su largo desmayo.

En la Comunión de ese primer día de su gloria, vio que Cristo Nuestro Señor sacaba de su Corazón Santísimo, el suyo propio bien purificado, el cual, durante los cinco años de prueba, El lo había guardado bajo el maternal cuidado de María Santísima. Nuestro Señor, juntamente con su Madre Purísima, volvieron a colocar el corazón de Madre Mariana en su pecho y tomaron nuevamente posesión como de algo que, en absoluto, les pertenecía. Con el corazón, retornaron todos los afectos tiernos y amorosos de antes y aún más abundantes.

Notó también, la Santa Religiosa, que los demonios temblaban, con todo el Infierno, al ver que había escapado de sus garras esa criatura inocente, a quien habían atormentado como a una condenada, y queriendo arremeter contra ella, no lo conseguían, pues su simple presencia bastaba para ponerlos en vergonzosa desbandada.

Además, se les había prohibido hacer grandes males al Convento donde ella vivía, donde iba a morir y donde se conservarían sus restos, aunque ocultos. Por humilde pedido suyo, Madre Mariana alcanzó de Dios ser cimentada en dos arcos de su Convento por haberse sacrificado para conservar su Monasterio, el que sería tan perseguido en todas las épocas por los buenos y los malos, ignorando éstos y aquellos, la conveniencia de permanecer en el corazón de la ciudad, este bendito claustro, para ser el pararrayo de tantos crímenes privados y públicos, que personas de todo sexo y condición, cometerán en esa ciudad.

¡Ay de Quito, si se pierde este Monasterio! ¡Tiemblen sus moradores!

Muere la capitana

A partir de ese día, Madre Mariana comenzó a restablecerse, como por encanto, su rostro recobró la antigua alegría, el color rosado de

sus mejillas volvió a todo su ser. La salud de Madre Abadesa entre tanto, se debilitaba y la capitana amaneció en cama con muchísima fiebre; en su delirio llamaba a Madre Mariana.

La Priora quiso prohibir a ésta que la asistiera, mas ella afirmó que ésa era la Voluntad de Dios y que esa pobre Hermana no se levantaría más de su cama. La Superiora, que cuidaba de Madre Mariana con solícito afán, accedió con dificultad.

Estaba siempre atenta para ver cómo iban las cosas y la manera cómo había que tratar a la capitana; al certificarse que Madre Mariana se recuperaba día a día y que la enferma se dirigía a ella con amor y respeto, se tranquilizó, mas en ningún momento dejó de vigilarla.

Finalmente la capitana se puso a las puertas de la muerte. Se confesó muy bien, recibió con devoción los últimos Sacramentos, pidió perdón de sus desvíos y malos ejemplos, y teniendo a Madre Mariana a su cabecera, murió el viernes a las tres de la tarde.

Madre Mariana vio el Juicio de esta Hermana. Y como la capitana vio que Madre Mariana estuvo en el Infierno cinco años, sufridos por un alma inocente, y ése había sido el precio de su salvación. Ella llevó a la Eternidad esa profunda gratitud y frecuentemente en el Purgatorio se acordaba del heroico sacrificio hecho en su favor y pedía a su benefactora, que por medio de las oraciones, Comuniones y penitencias, aliviase sus padecimientos. Madre Mariana siempre fue caritativa para con el alma de esta capitana y, hasta el fin de su vida, procuró aliviarla y consolarla. Hasta el día en que surja una alma hermana que tenga mucho trato con Dios, y conociendo varios secretos y comunicándose con el Purgatorio, obtendrá para ésta y para otras almas, grandes alivios. Esto se dará, conforme dejó dicho Madre Mariana, en el siglo XX.

Transcurrían acelerados los días de la semana. Entre tanto, el mal del corazón de Madre Valenzuela, la Abadesa, se iba agravando. Pasará ya el gobierno del Monasterio a Madre Mariana, y cuidada y asistida día y noche por ella sin separarse un instante, ya en sus últimos instantes, recibió los Sacramentos y cerró sus ojos a la luz material y los abrió a la eterna claridad, después de tres breves meses de Priorato.

Madre Mariana lloró muchísimo. Ella adornó el cadáver, a nadie confió este trabajo, lo hizo ella misma. Lo adornó con flores y arregló las andas que para este fin existían en el Monasterio, las que Madre Mariana mandara hacer, cuando, por primera vez fue elegida Priora, y que se estrenó con el venerable cadáver de Madre María de Jesús Taboada. Después descansarán en ellas, sucesivamente, con el andar del tiempo, los cuerpos de todas las Fundadoras y demás Religiosas que vayan muriendo, inclusive el propio cuerpo de Madre Mariana de Jesús Torres. Con afecto filial, esta Religiosa, lloró a Madre Valenzuela, pues se querían mucho.

XXVIII

Madre Mariana es electa Abadesa por tercera vez. Especiales favores que recibió de la Santísima Virgen

Muerta la Madre Magdalena de Jesús Valenzuela, después de tres cortos meses de Priorato, Madre Mariana notificó de esto al Prelado a fin de que éste ordenase lo que se debía hacer en este caso.

El Prelado envió una nota secreta a Madre Mariana de Jesús Torres, constituyéndola Presidente-Abadesa por tres años. La humilde Religiosa al leer la nota, respondió inmediatamente haciendo ver al Prelado la conveniencia de que se deje libertad para que el Convento escogiera la nueva Priora, a fin de que las Esposas de Jesucristo eligiesen con libertad a aquella a quien obedecieran con amor, evitando así resentimientos y recelos, los que son causa de grandes perturbaciones en la Comunidad.

Madre Mariana es escogida nuevamente para Priora

El Prelado aceptó las justas razones de esta Religiosa desinteresada y humilde, en la que reconoció, una vez más, el cúmulo de virtudes que adornaban su alma; y vino a presidir la elección.

La primera votación salió dividida entre las Madres Mariana de Jesús, Magdalena de San Juan, Ana de la Concepción e Inés Zorrilla; la segunda entre las Madres Mariana de Jesús y Magdalena de San Juan; en la tercera Madre Mariana obtuvo la mayoría. El Prelado la confirmó con mucha alegría, exhortando a las Monjas a amarla y obedecerla como cabeza y Madre de la Comunidad. Allí mismo, en presencia del Prelado, las Religiosas rindieron Obediencia a Madre Mariana y esperaron a que saliera el Prelado, para festejarla.

Las inobservantes estaban siempre poco contentas mas, como eran tan pocas y sin jefe, nada podían hacer; por el contrario, se empeñaban en mostrarse alegres, pero no era de la abundancia del corazón lo que manifestaban al exterior... Todo lo que pasaba en sus corazones y los esfuerzos que hacían eran vistos por la humilde Madre Abadesa, que las amaba mucho y reprendíase a sí misma por su poca dedicación al servicio de Dios, cuando estas buenas Hermanas trataban de moderarse y reprimirse.

Ellas eran las predilectas de su cariño maternal, procuraba remediar sus necesidades antes que las expusiesen, pues ella las conocía de antemano.

Cuando se trataba de algún relajamiento o falta contra la Regla, inmediatamente, sin dejar pasar la ocasión, llamaba a su celda o lejos de las Hermanas, y con una encantadora dulzura les hacía ver la felicidad temporal y eterna de las Religiosas observantes, cumplidoras de su Regla hasta en los mínimos detalles. Decía enseguida a cada una en particular la falta cometida, la abrazaba con ternura, rogándole con humilde exigencia que no vuelva a cometer tal falta y rezaba con la culpable un Ave María, después de lo cual le besaba los pies. Le daba así ejemplo de sólida humildad y atraía a las almas de sus hijas por medio de la dulzura propia que caracteriza a las suaves Esposas del amadísimo y humildísimo Jesús, con quien viven unidas por los fuertes e indisolubles lazos de divina y heroica caridad.

La Santísima Virgen se queja de Madre Mariana

Corrían por este tiempo, los primeros días del año 1610; y cada día de este feliz año era una serie ininterrumpida de fuerzas sobrenaturales, tanto de parte de Dios como de María Santísima, Madre y Señora nuestra, la cual, repetidas veces en ese período, amonestó a su predilecta hija por la tardanza en mandar a trabajar su estatua, que debería ser colocada sobre la cátedra abacial, desde donde como Señora absoluta del Monasterio, Madre y Priora, gobernaría su querida Comunidad hasta el fin de los tiempos. Y la amenazaba, si esto no hiciese, con disminuirle las Gracias y favores para darlas a otra alma mejor, que supiese corresponder y efectivizar su pedido de varios años.

El corazón de la humilde Religiosa ardía, entonces, en nuevos incendios divinos, y como una tierna niña culpada, pedía perdón a su Madre Santísima, recordándole que ella se consideraba incapaz de indicar al escultor, por más hábil que éste fuese, las reales facciones de su encantadora hermosura. Y que ella le había dicho que temía no ser creída por el Prelado y por los Sacerdotes, y con esto se iría a pique su muy querido Convento, para cuya fundación y conservación había sufrido su Madre Fundadora, que, gloriosa, gozaba la felicidad eterna, como también las demás Fundadoras. Mas, rogaba a la Reina del Cielo y de la tierra, conocedora de todas las cosas futuras, le indicase los medios de que se valdría para obedecerla y agradarla, pues ésta era su única ambición sobre la tierra.

Indice

INTRODUCCIÓN

Fundacion del Monasterio 5

Relaciones geográficas de Indias. Descripción del estado eclesiástico de San Francisco de Quito por Diego Rodríguez Docampo 8

Lista de las Abadesas que han gobernado este Monasterio de la Inmaculada Concepción de Quito desde su Fundación 10

PRÓLOGO

I

Patria, país de nacimiento de la Reverenda Madre Mariana de Jesús 18

Nuestro Señor Sacramentado es salvado de las llamas 19

"Dios nos dio, Dios nos quitó. Bendito sea su Santo Nombre" 19

II

Mariana oye por primera vez la Voz de Jesús Sacramentado .. 21

Removidos los obstáculos, Mariana recibe la Primera Comunión 22

Primera visión de Nuestra Señora: Mariana es destinada para la Orden de Concepcionistas 23

Celestial Desposorio con el Hijo Unigénito de Dios..... 24
Mariana lleva un vida más angelical que humana 24
La Comunión frecuente, oración, contemplación y mortificación 25

III

El Rey de España envía para Quito las primeras Concepcionistas 27
Nueva aparición del Divino Niño Jesús 28
La despedida de la casa paterna..... 29

IV

Terrible tempestad, sobrevino en el mar..... 31
Aparición de la serpiente infernal: "No permitiré la Fundación" 32
Mariana es arrebatada en admirable éxtasis: Visión de Nuestra Señora 33
El don de profecía 34

V

La Fundación del Monasterio 36
Manifestaciones de regocijo por la Fundación 37

VI

Noviciado y Profesión de la Hermana Mariana de Jesús Torres 39
La Santísima Virgen corta una de las venas del corazón..... 41

VII

La Madre Priora ejercita a Mariana en la virtud de la humildad 43

El Divino Esposo la favorece con un nuevo éxtasis 44

Nuestro Señor coloca en los labios de Madre Mariana una gota de licor divino 45

VIII

Las rigurosas disciplinas 46

Aparición de la Sagrada Familia en el Ejercicio del "Vía-Crucis" 47

En las horas de siesta hacía penitencias atroces 48

Los ayunos y abandonos en la Semana Santa 49

IX

La vida de Madre María fue una oración continua 50

Su profunda intimidad con el Angel de la Guarda 52

X

A los pies del Tabernáculo confía al Amado sus dolores secretos 53

Aparición de Nuestro Santo Sacramentado, de la Santísima Virgen y de la Magdalena 54

La muerte de Madre Mariana 55

Mariana se presenta ante el trono de la Santísima Trinidad.. 56

Nuestro Señor le presenta dos coronas 57

Ella deja las glorias del Cielo y baja a la tierra para proteger a sus hijas 59

La resurrección de Madre Mariana 61

Un Hermano es arrebatado en éxtasis viendo la glorificación de la Santa en el Cielo 62

XI

Oficio de Proveedora 65

Oficio de Sacristana 66

Oficio de Hermana Tornera 67

Oficio de Vicaria de Coro 68

XII

Madre Mariana es escogida para Maestra de Novicias 70

Conocía [a] fondo el interior de cada Religiosa 72

Embestida infernal contra la recitación del Oficio Parvo de Nuestra Señora 73

XIII

Madre Mariana recibe los Sacratísimos Estigmas de Nuestro Señor 75

Madre Mariana enferma gravemente por su vida de penitencia 76

Todas tus cosas fueron ilusión, engaño y mentira 77

Se agrava la noche oscura de las tribulaciones 78

Era el dos de febrero de 1589 81

En el apogeo de las privaciones, refulgente aparición de Nuestra Señora: la serpiente es precipitada al Infierno 81

Jesucristo sufre más que tú 83

Muerte mística de la Hermana Mariana de Jesús 84

Su resurrección 86

XIV

Madre Mariana es elegida Priora 91

Nuestra Señora envía a Madre Mariana un manjar celestial .. 93

Confunden a la Santísima Virgen con la Marquesa 94

Madre María recibe la noticia de su muerte 95

Pronóstico sobre el relajamiento en la vida de Comunidad .. 96

XV

De cómo Madre Mariana de Jesús continuó gobernando con acierto el Monasterio. Ultima enfermedad de la Madre Fundadora y su preciosa muerte. Lamento de su Comunidad 97

Se agrava la enfermedad de Madre María 98

Profecías de [la] Madre Fundadora respecto de la Orden 99

Ultimas palabras y bendición de [la] Madre Fundadora 101

La agonía 103

Su muerte y sepultura. El juicio de Dios 103

Madre Mariana libra del Purgatorio el alma de Madre María . 106

XVI

Sufrimientos de Madre Mariana ante el anuncio de la separación de los Frailes Menores. De cómo sus acciones prorrogaron por algún tiempo la separación. Admirables sucesos con que Dios consuela a su Esposa. Anuncio de la separación de los Frailes Menores 108

Los Menores volverán 109

Embestida satánica y aparición de San Gabriel Arcángel 111

Madre Mariana escucha, una vez más, la Voz de Nuestro Señor Sacramentado 113

XVII

La Santísima Virgen del Buen Suceso comienza a pedir a Madre Mariana la ejecución de su Imagen para gobernar el Monasterio. Segunda aparición de esta Soberana Emperatriz ... 114

Aparición de Nuestra Señora del Buen Suceso 116

Madre Mariana escucha la Voz del Divino Espíritu Santo 119

XVIII

De la elección de Madre Magdalena de Jesús Valenzuela como Priora. Madre Mariana entrega con humildad su cargo y comienzan sus terribles sufrimientos en unión con las Madres españolas. Separación de los Menores. De cómo se prestó obediencia al Ordinario 121

Los Frailes Menores se despiden del Monasterio de la Inmaculada Concepción 122

Encarcelamiento de Madre Mariana: desprecios y burlas 123

XIX

Sobre las Gracias especiales que Dios Nuestro Señor concede a sus Esposas en la cárcel, ya que por su Amor estaban cautivas. Visitas celestiales que recibieron 128

La milagrosa Cruz con fulgores celestiales 129

Palabras de Nuestro Señor a Madre Mariana 129

San Francisco castiga a una Religiosa inobservante..... 130
Nuestra Señora apaga la lamparita del Santísimo 131
Nuestro Señor [se] aparece a Madre Lucía de la Cruz 132
Aparición del Apóstol del Amor..... 132
Aparición Angélica y tormento del torno 134
Visión mística y Misterio de la Encarnación 135
Otras visiones menores. Castigo a las Hermanas inobservantes..... 136

XX

Las ilustres prisioneras salen de la cárcel. Dios Nuestro Señor reivindica la inocencia de sus Esposas 138
Madre Valenzuela alcanza la libertad de las prisioneras..... 139
Las santas prisioneras dejan la cárcel..... 141

XXI

Madre Mariana de Jesús es electa nuevamente Abadesa. Favores que recibe de su Divino Esposo. Las calumnias que sufre y su nuevo encarcelamiento 142
Reelección de Madre Mariana. Representación de Nuestro Señor 142
Nuestro Señor castiga la tentativa de cisma de las inobservantes..... 144
Maquinaciones de las inobservantes contra Madre Mariana.. 146
Madre Mariana es encarcelada 147
Madre Mariana continúa en la cárcel. Las otras Fundadoras se juntan a ella. Sufrimientos que tuvieron las prisioneras. Ter-

cera Aparición de la Santísima Virgen del Buen Suceso a Madre Mariana de Jesús 149

Las otras Fundadoras Españolas también son encarceladas.. 150

Una noche en la cárcel, luz y voces venidas del Cielo..... 153

XXII

Tercera aparición de la Santísima Virgen. 16 de enero del año del Señor 1599 156

Nuestra Señora se presenta. Designios de Dios sobre el Monasterio de la Inmaculada Concepción de Quito 157

Profecía sobre el futuro de la Colonia y del Monasterio 158

Nuestra Señora del Buen Suceso ordena la ejecución de su Imagen 160

El Prelado que volverá a restaurar la Comunidad agonizante 161

De cómo se tomó la medida de la Madre de Dios 162

Ultimas palabras. Bendición de Nuestra Señora del Buen Suceso 163

Visión del Dragón infernal 165

La vida en la cárcel..... 166

Versos que Madre Mariana de Jesús Torres compuso en la prisión, en el año de 1599 168

XXIII

El Prelado saca de la prisión a Madre Mariana y a las demás españolas. En triunfo la conducen a la sede Abacial. Prisión de la Monja culpable 170

Llega la orden de libertad para Madre Mariana y las Madres Fundadoras 171

Rosas del cielo 172
Prisión de la cabecilla de las inobservantes 173
Del modo como Madre Mariana trataba a las inobservantes... 173
Madre Mariana obtiene la libertad de la Monja cautiva..... 174
Ingratitud de la inobservante 176

XXIV

El Priorato de Madre Mariana de Jesús. De su gobierno hecho con admirable prudencia y santidad. Sus sufrimientos y, por cuarta vez, encarcelada 178
Cómo Madre Mariana corregía las faltas 179
Nueva orden de prisión para Madre Mariana 181
En medio de la prueba, visión de Nuestro Señor 183
Madre Mariana es encarcelada por cuarta vez 184
Versos que Madre Mariana cantaba mientras estaba reclusa en la celda 184
Lava las calumnias 186
Oración 187

XXV

Madre Mariana sale triunfante de la prisión. Prodigio que se realiza con la Santísima Virgen de la Paz en la elección de la nueva Priora 188
El encargado del Obispo quiere liberar a Madre Mariana 189
Nota del Obispo a Madre Mariana 190
Dificultades en la elección de la nueva Priora 191
Procesión de las inobservantes..... 193

La "Patronita" 194
Madre Mariana enfrenta a las inobservantes..... 196
El milagro de la "Patronita"..... 197
Las lágrimas de la Virgen de la Paz 198
El perdón para las Hermanas legas 199
Ardid de las inobservantes 200
Otra elección más..... 202
Aún sin resultado la elección para nueva Priora 203
La solución del Prelado 204
Visión de Madre Mariana sobre el destino eterno de las inobservantes..... 205
Holocausto pedido por Nuestro Señor..... 207
Madre Valenzuela elegida Priora 209
Descripción de la Cárcel 210
El interior de la cárcel 211
Dos columnas..... 212
Consideraciones 215

XXVI

Priorato de Madre Magdalena de Jesús Valenzuela 218
Alegría en el Monasterio de la Inmaculada Concepción 219
El misterioso contenido de una caja 221
Velas que se convierten en huesos..... 222
Se prepara una gran cena 224
Se reúne la Comunidad 226

La inocencia de Madre Mariana es reivindicada 227
Cómo las inobservantes reaccionaron frente al castigo 229
Se escribe el documento dando cuenta de todo lo sucedido... 230
Aparición de la Virgen de la Paz a Madre Mariana..... 231
Cinco años de Infierno por el alma de la capitana inobservante 232
Aceptación heroica..... 234
Las extrañas voces que salen de la cárcel..... 235
El Exorcismo 237
Ingratitud de la prisionera 239
Las revelaciones de Nuestro Señor comienzan a cumplirse .. 240
¿Quién cuidará a la enferma?..... 242
Consulta a Jesús Sacramentado 243
Madre Mariana propone a las Fundadoras para servir de enfermeras..... 245
La alegría de las Fundadoras..... 248
La Madre Abadesa da obediencia a las Fundadoras Españolas 249
La Marquesa tienen un sueño..... 251
La enorme paciencia de las Madres españolas para curar a la enferma..... 253
Treinta días..... 255
Muerte, juicio y... conversión de la Monja inobservante 256
Reparación y penitencia..... 258
Se termina el primer año de Priorato de Madre Valenzuela .. 260

XXVII

Infierno que Madre Mariana padeció para salvar el alma de su pobre Hermana. Pruebas terribles a que Dios la sometió durante cinco años 261

Después de la Comunión, el Infierno 262

Los tormentos de los cinco sentidos 263

El rechazo de Dios 264

Nuestro Señor explica a las Madres Fundadoras los padecimientos de Madre Mariana 266

El dolor deja sus huellas 267

El Confesor aumenta las privaciones interiores de Madre Mariana 269

La convertida 270

Es mejor el sufrimiento que los festejos por la nueva Priora 271

Pasaron más de tres años 273

Madre Mariana sale del Infierno 274

Espanto del facultativo 275

Las Madres españolas manifiestan sus secretos 276

Profecías sobre el futuro del Monasterio. Monjas en el Purgatorio y retorno de los Menores 277

Nuestro Señor devuelve el corazón de Madre Mariana 279

Muere la capitana 280

Fin de Madre Valenzuela 282

XXVIII

Madre Mariana es electa Abadesa por tercera vez. Especiales favores que recibió de la Santísima Virgen 283

Madre Mariana es escogida nuevamente para Priora 284

Intransigencia de Madre Mariana 285

La Santísima Virgen se queja de Madre Mariana 285

Esta edición de:
VIDA ADMIRABLE DE LA MADRE MARIANA, TOMO 1.

Se terminó de imprimir en los talleres
de la Fundación Jesús de la Misericordia, Quito–Ecuador,
el 2 de febrero del 2008, festividad de la Santísima Virgen de la Candelaria.